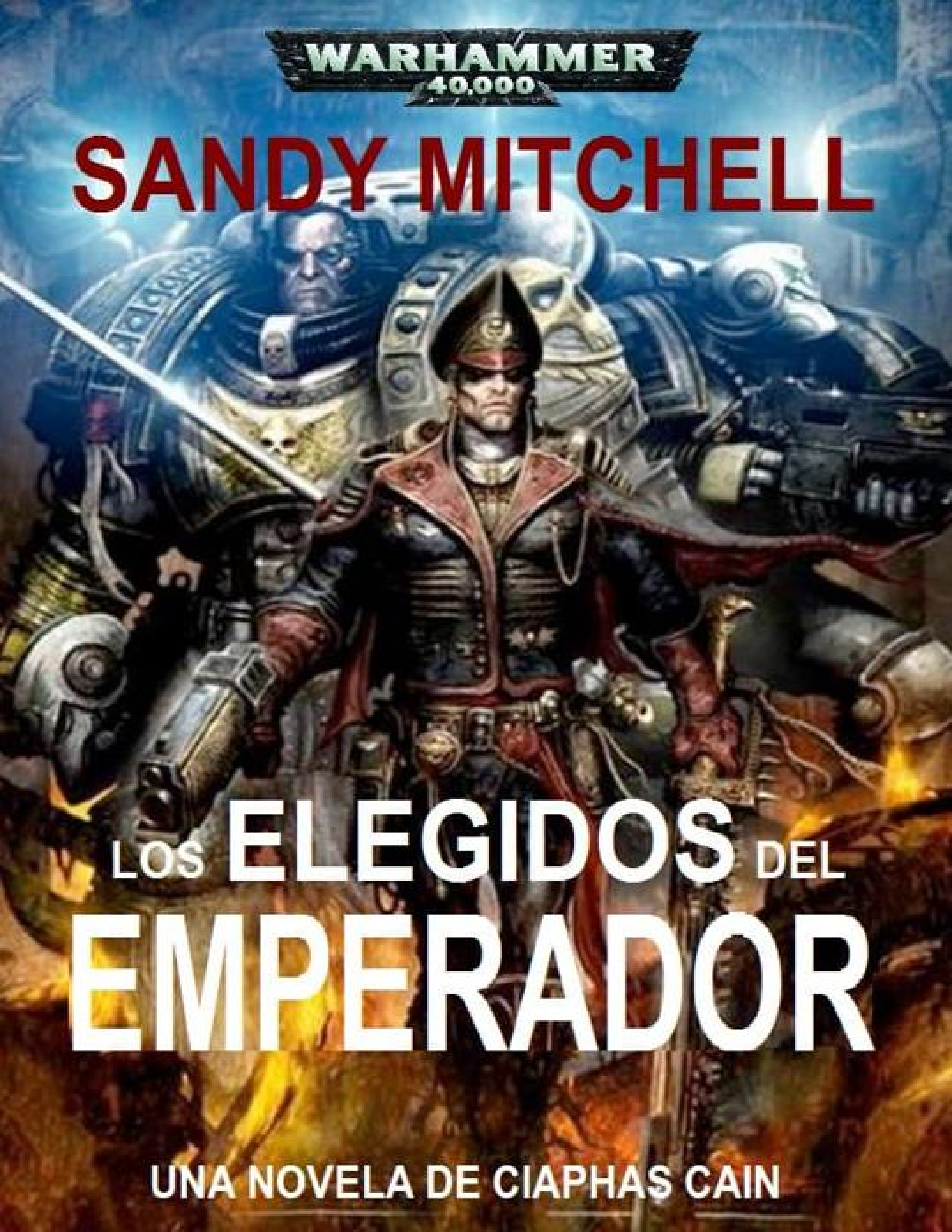

WARHAMMER
40,000
SANDY MITCHELL
LOS ELEGIDOS DEL
EMPERADOR
UNA NOVELA DE CIAPHAS CAIN

LOS ELEGIDOS DEL EMPERADOR

Saga del Comisario Ciaphas Caín, séptimo volumen.

***“The Emperor's Finest”* por Sandy Mitchell**



SÓLO PARA PERSONAL AUTORIZADO



TRADUCCIÓN Y EDICIÓN DEL PERGAMINO ORIGINAL:

ERUDITO ESCRIBA
CARACTACUS MOTT



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente.

Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicum por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra.

No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

Por Dave, por mostrarnos al resto de nosotros cómo debe hacerse.

NOTA EDITORIAL:

Esta selección de los Archivos de Caín cubre un período relativamente breve de la vida de Caín, aunque muy lejos de carecer de incidentes, cuando fue asignado al Estado Mayor del Cuartel General de la Brigada como comisario independiente. Al revisar los registros de esos seis años, no es difícil comprender por qué se las arregló para ser reasignado a un regimiento en servicio activo a la primera oportunidad que pudo, ya que incluso volver a primera línea le pareció ser algo relativamente seguro en comparación con algunas de las misiones que se le estaban asignando, una consecuencia de su indeseada reputación de heroísmo que al parecer encontraba tan natural como inconveniente en extremo. (Una reputación que, fiel a sí mismo, continúa insistiendo a lo largo del presente extracto que es completamente inmerecida. Muchos de mis lectores han tomado esta afirmación a la ligera, y otros muchos la han interpretado como modestia, resultado, y a su vez prueba, de sus propias virtudes. Habiéndolo conocido personalmente, tiendo a considerar que la verdad es algo más complicada que cualquiera de ambas teorías).

Ya he hecho públicas varias de sus hazañas posteriores, con el 597º Valhallano, y no veo la necesidad de recordar las circunstancias que tuvieron que darse para que finalmente consiguiera su deseo. En su lugar, he elegido concentrarme en lo que puede haber sido el incidente crucial de aquel

período de su vida, cuyas consecuencias tendrían serias repercusiones en las décadas venideras. En retrospectiva, también podemos discernir los primeros indicios de los vientos destinados a convertirse en la tormenta que amenazó con engullir todo el Brazo Oriental durante el cambio de milenio.

También influyó en mi elección de este capítulo de sus memorias la consideración de que esta selección responde una serie de preguntas planteadas y aun no contestadas en algunos de los anteriores volúmenes que ya he editado y distribuido entre mis compañeros inquisidores, entre las que se encuentra la naturaleza de su conexión con el capítulo Astartes de los Recobradores; y las circunstancias que rodearon su participación en el desacertado abordaje del pecio espacial Engendro de Condenación. Dado que los detalles de su nombramiento como oficial de enlace de la Guardia Imperial con el Capítulo, y su accidentado viaje para reunirse con ellos, han sido narrados en uno de los breves extractos que ya he difundido, he preferido no incorporar dicho texto en este volumen, comenzando con el relato de Caín sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en la Campaña de Viridia.

Como siempre, me he esforzado por aclarar las cosas siempre que lo he considerado apropiado, bien mediante notas a pie de página o bien introduciendo textos con información adicional de otras fuentes, especialmente cuando la costumbre de Caín de concentrarse en incidentes relativamente triviales que le afectaron personalmente, amenaza con hacer perder de vista el panorama general. En cualquier caso, la mayor parte de lo que sigue es el texto original de Caín sin adulterar, y acorde a su idiosincrasia habitual.

Amberley Vail, Ordo Xenos.



CAPÍTULO UNO

No es frecuente el oírme decir que me sentía feliz de encontrarme en camino a una zona de guerra tan rápido como las corrientes de la disformidad pudieran llevarme, pero en el caso de la Campaña de Viridia estaba preparado para hacer una excepción. Mi viaje hasta allí había sido muy accidentado, y eso por decir algo. Había abordado un transporte del Adeptus Mechanicus con la intención de acortar mi viaje, tan sólo para acabar huyendo para salvar mi vida a través de un mundo tumba necron, donde mis anfitriones habían sido tan incautos como para ponerse a investigar. Si no hubiera sido por la fortuita llegada de una nave del Capítulo Astartes de los Recobradores, no habría habido ningún superviviente de aquella misión. Yo había escapado por los pelos, y había tenido más suerte de la que nadie tiene derecho a esperar. Supongo que nadie creerá ni una palabra de esto **(1),** así que me atendré a la historia que puedo probar. En cualquier caso, dudo mucho que alguien vaya a leer estas divagaciones mías, así que se podría decir que no se trata más que de un juego intelectual por mi parte para llenar mis horas muertas.

(1) *Esto nos indica que esta porción de sus memorias fue redactada algún tiempo antes de que se permitiera escribir una más detallada narración del incidente en Interitus Prime; un típico ejemplo de su caballerosa aproximación a la cronología.*

No puedo decir que tenga muchos recuerdos de mis primeros días a bordo del crucero de combate *Revenant* **(2)**, pero no es algo sorprendente dado el estado en que lo

abordé. Cuando volví en mí, me encontré en un espartano sanatorium, yaciendo en una cama que parecía exageradamente grande para mí cuerpo, mientras que unos rostros que no reconocía entraban y salían de la niebla que parecía flotar justo delante de mis ojos.

***(2)** En sus memorias sobre su épica huida de un mundo tumba necron, Caín describe esa nave como una barcaza de batalla, lo que sin duda es una exageración dado que tales gigantescas naves solo son empleadas cuando una significativa porción de un Capítulo Astartes debe ser transportado a las zonas de guerra. Sin embargo, entra dentro de lo posible que, dada la rareza de tales naves, Caín simplemente creyera que ese era un término genérico aplicado a cualquiera de las naves empleadas por los Marines Espaciales. El relato en cuestión es: "Ecos de la Tumba", traducido por el inestimable Rodina.*

-Comisario-, comenzó a preguntar una voz que sonaba imposiblemente profunda, rica y resonante**-. ¿Está despierto?**

Por un momento dudé de ello, todavía cómodamente aislado de la realidad por los productos farmacéuticos que atiborraban mi torrente sanguíneo. Para mi drogada mente, la voz sonaba como la del propio Emperador, y me encontré preguntándome si debería haber pasado un poco más de tiempo en los templos, y quizás un poco menos en bares, casas de juego y burdeles, pero fuera como fuera, parecía que ya era un poco tarde para preocuparse por eso. Si estaba ante el Trono Dorado, sólo tendría que esperar que su ocupante estuviera de buen humor, y tratar de dirigir la conversación a un terreno más seguro lo antes posible **(3)**. Entonces uno de los indefinidos rostros se acercó lo suficiente como para que me concentrara, y finalmente mi memoria reaccionó.

(3) *Evidentemente aquí está bromeando... o al menos espero de corazón que así fuera.*

-Creo que sí-, dije en voz baja, vagamente sorprendido por lo débil que sonaba mi voz. Por un momento me pregunté si era debido al desuso, y temí haber estado inconsciente durante semanas, pero cuando mis facultades empezaron a funcionar, me di cuenta de que simplemente sonaba débil en comparación con la que se había dirigido a mí. Casi de inmediato, mi memoria me dio un empujón, y reviví mi desesperado salto a través del portal de la disformidad Necron, y mi llegada a bordo de su nave justo a tiempo para encontrarme con un grupo de abordaje de los Marines Espaciales**-. Las criaturas de metal-,** pregunté ansiosamente**-. ¿Están muertas?**

-Eso es discutible-, dijo uno de los tres gigantes que me rodeaban, y sonrió de una forma un tanto inquietante. Una garra mecánica, que parecía que estaría más cómoda conectada a un cargador de energía, se cernía detrás de su hombro, a la manera de las mecadendritas de un tecnosacerdote.

El rostro que estaba inclinado sobre mí le lanzó una mirada de reproche antes de volverse de nuevo hacia la cama sobre la que yo estaba acostado. He de decir que, aunque estaba ligeramente acolchada, me pareció condenadamente dura para una enfermería.

-Tendrá que disculpar el sentido del humor de Drumon, comisario. No siempre es apropiado-. Una mano tan ancha como un plato se deslizó detrás de mis hombros y me ayudó a levantarme para sentarme y así

poder ver mejor lo que me rodeaba. Estaba rodeado de superficies metálicas brillantes, tan bruñidas como las botas de un sargento instructor, haciendo que el lugar se sintiera más como un santuario del Mechanicus que como un lugar de curación. Si no hubiera sido por el penetrante aroma de los antisépticos, el icono del Emperador, en su encarnación de Gran Sanador, mirándome con severidad desde la pared de enfrente, nunca me habría dado cuenta de que estaba en un sanatorium. La mayoría del equipo que esperaba ver en tal lugar estaba ausente, tal vez ordenado y bien guardado en los armarios de metal sin distintivos que se encontraban en la pared, y los pocos instrumentos que podía ver no significaban nada para mí**-. Soy el Apotecario Sholer, de los Recobradores. Y en respuesta a su pregunta le puedo confirmar que su nave fue destruida.**

Lo que no respondía exactamente a mi pregunta, pero en ese momento me sonó bastante bien. (Sabiendo lo que sé ahora sobre los necrones, ni siquiera me habría molestado en preguntar, pero no olvidemos que aquella fue la primera vez que me había encontrado con ellos. Hoy en día no descartaría que hubieran sobrevivido aun cuando todo el planeta en el que se encontraban hubiera sido arrasado **(4)**.)

(4) *De hecho, ciertamente hay informes de guerreros necrones que aparentemente han sobrevivido en mundos decretados Exterminatus. Aunque, dada su evidente maestría en tecnologías de la disformidad, es bastante más factible que estos "supervivientes" simplemente se las arreglaran para llegar a un portal oculto bajo la superficie planetaria, antes de que las tormentas de fuego asolaran los planetas.*

-Ciaphas Caín-, me presenté, haciendo una cortés reverencia con la cabeza, acto del que me arrepentí casi inmediatamente por los violentos mareos que me

embargaron**-. Creo que soy su nuevo oficial de enlace de la Guardia Imperial.**

-Eso es lo que tengo entendido-, confirmó el tercer gigante, hablando por primera vez. Como los otros, estaba vestido con una armadura de ceramita de un color blanco apagado, con guanteletes amarillos, aunque la suya tenía incrustaciones y mucho más ornamentada que las de sus camaradas. Inclinó la cabeza y continuó**-. Soy el Capitán Gries, al mando de la Fuerza Expedicionaria Viridiana. Parece que su reputación era menos exagerada de lo que habíamos supuesto.**

-Así es-, añadió el Tecnomarine Sholer que se había presentado al disculpar a Drumon, mientras su garra mecánica se flexionaba ligeramente mientras hablaba**-. Pocos hombres pueden jactarse haber escapado indemne de un mundo tumba necron.**

-Casi indemne-, le corregí, recordando de repente que había perdido dos de mis dedos por un disparo de las horribles armas de los asesinos metálicos. Nervioso por el recuerdo, levanté mi mano derecha y me encontré mirando un montón de vendas sin forma, un bulto informe que no me permitía distinguir ninguna forma que insinuara lo que ocultaban. Como si el recuerdo de aquella herida hubiera pulsado un interruptor, empecé a sentir en mi mano un insoportable picor.

-Los injertos augméticos están soldándose muy bien-, me aseguró Sholer, como si yo tuviera la más mínima idea de lo que estaba hablando. Antes de que pudiera preguntárselo, Drumon volvió a intervenir.

-Dado que solo usted ha sobrevivido-, dijo**-, mientras que decenas de sus compañeros han muerto, perder dos dedos parece ser un pequeño precio a pagar.**

-Visto así-, dije**-, creo que no me queda otra que estar de acuerdo. Para ser sincero, ni siquiera me di cuenta de que los había perdido hasta que me despedí de las criaturas en el túnel-.** La broma era bastante torpe, lo admito, pero, dadas las circunstancias, no estaba en mi mejor momento, y en cualquier caso cumplió con su cometido, que era convencer a mi audiencia de que era modesto en cuanto a mi supuesto heroísmo. He descubierto, y comprobado una y otra vez, que cuanto más intento restar importancia a mi inmerecida reputación, más gente se la cree.

Drumon parecía agradablemente sorprendido por mi actitud. Su amplio rostro, con una ligera cicatriz, se ensanchó por un instante con una sonrisa apenas perceptible, antes de volver a su anterior gesto serio. Gries no reaccionó en absoluto, de hecho, retomó la conversación como si nadie hubiera hablado, con la determinación de un servidor que intentaba seguir unas simples instrucciones**-. Me gustaría un informe completo de sus experiencias en Interitus Prime lo antes posible-,** añadió.

Técnicamente, supongo, podría haberle dicho que se guardara sus apenas veladas órdenes para sí mismo, ya que las únicas personas ante las que respondía pertenecían al Comisariado, pero eso difícilmente habría sido educado, o político. Iba a tener que trabajar con él, o con la gente bajo su mando, durante bastante tiempo, y enfrentarme a él

antes incluso de que me incorporara oficialmente no ayudaría precisamente tener una futura buena relación. Además, de todas formas, iba a tener que inventar algo que enviar al General Lokris y su personal en el cuartel general de la brigada, para explicar cómo me las había arreglado para perder una nave estelar entera, y dado que tanto ella como la expedición que transportaba a pertenecían al Adeptus Mechanicus, estaba seguro de que estos también estarían muy interesados por lo que yo pudiera decir sobre lo sucedido.

Ciertamente, no me iba a causar ningún daño permitir que el Capitán de los Recobradores tuviera acceso a una copia. Cuanto más difundiera mi versión de los hechos, menos probable sería que alguien pudiera afirmar que yo había tenido alguna responsabilidad en lo que había sucedido. (Lo cual, por una vez era totalmente cierto, pues en este caso tan sólo había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado, como por otro lado parece haber sucedido demasiado a menudo durante mi larga e ignominiosa carrera). Por ello simplemente asentí de nuevo e intenté ignorar las estrellas que estallaban detrás de mis ojos como resultado del incauto movimiento.

-Si alguien puede encontrarme una pizarra de datos, me pondré a ello de inmediato-, dije**-. No es que tenga mucho más que hacer mientras estoy aquí.**



La tarea de revivir la pesadilla por la que tan recientemente había pasado no fue precisamente el entretenimiento más agradable que pude haber elegido, pero a medida que avanzaba, me encontré exponiendo los acontecimientos con mayor facilidad y fluidez, recordando mis pasadas experiencias con más detalle de lo que en un principio había esperado. Sin duda ayudó que tuviera un inesperado aliado en este esfuerzo, pues Drumon se había autodesignado para interrogarme y me visitó en varias ocasiones en las habitaciones que me asignaron cuando salí del sanatorium. Mientras yo le contaba mis experiencias, él me preguntaba sobre el equipo que los tecnosacerdotes habían empleado para explorar las ruinas, y los impíos artefactos que recordaba haber visto en las profundidades del mundo tumba. Comprendía que su interés se centrara en los conocimientos arqueoteconológicos que yo le podía proporcionar, y no en mi compañía, pero a medida que el viaje avanzaba, nuestras conversaciones fueron abarcando otros temas, y no puedo negar que fue bastante más agradable que mi contacto con el otro Astartes que había encontrado hasta entonces.

No era el único humano normal a bordo, por supuesto: de hecho, las pocas docenas de Recobradores **(5)** eran superados tres o cuatro a uno por los siervos del capítulo que tripulaban la nave. Encontré en estos sirvientes una compañía tediosa en el mejor de los casos, aún más que los skitarii que había conocido a bordo del *Regalo del Omnissiah*. Su reverencia por los Astartes a los que servían parecía secundar su devoción al Emperador, y, sin estar acostumbrados a una sociedad normal fuera de su pequeño mundo, mantenían educadamente las distancias, rechazando cualquier intento de conversación reduciendo sus intercambios conmigo en respuestas formales y lo más breves posible.

(5) *Un comentario un tanto vago por su parte: al parecer había alrededor de 40 o 50 en total, de lejos muchos menos del número requerido para formar una Compañía, pero aun así eran más que suficientes para tratar con el tipo de insurrección civil que estaba teniendo lugar en el Sistema Viridia.*

Me asignaron como asistente un joven llamado Gladden, quien era tan eficiente, discreto e intachable, que me encontré añorando la presencia de Jurgen más de lo que hubiera creído posible. Es cierto que mi ayudante era un insulto andante al uniforme de un Guardia Imperial, que hacía que el orko promedio pareciera marcial y limpio en comparación, pero había aprendido a confiar en su tenaz lealtad, y se había convertido en un invaluable baluarte contra los aspectos más onerosos de mi trabajo. Sin embargo, después de meditar al respecto, había decidido dejarlo en el cuartel general de la brigada; en parte porque la idea de que Jurgen estuviera cerca de los mejores guerreros que el Imperio había producido jamás me chocaba demasiado, y en parte porque había tenido la sensación de que Lokris ya me estaría buscando otra misión adecuada para el héroe que él imaginaba cariñosamente que yo era, y quería que mi ayudante estuviera cerca de él para rechazar cualquier cosa que se desviara del protocolo.

Como resultado Drumon se convirtió en lo más cercano a un compañero tolerable antes de llegar a Viridia, y me encontré esperando con alegría sus ocasionales visitas. La última vez que pasó por mi habitación me encontró tomando notas para mi informe con una pluma, y la leve sonrisa que ya había visto unas cuantas veces antes se dibujó en su rostro.

-Veo que sus nuevos dedos parecen funcionar satisfactoriamente-, dijo, con un rastro de orgullo en su

voz.

-Así es-, le confirmé, dejando de lado el tedioso trabajo con una sensación de alivio y flexionando mis recién adquiridos augméticos. Todavía encontraba su alterada apariencia un poco desconcertante, pero por fin había empezado a sentirlos como parte de mi propio cuerpo, y fui capaz de coger las cosas de nuevo sin mirar para asegurarme de que había juzgado correctamente la distancia en lugar de pasarme o bien quedarme corto por un milímetro o dos. Según supe más tarde, Drumon los había construido él mismo, colaborando con Sholer en la cirugía, así que parecía que tenía mucho que agradecerle al Tecnomarine. Asentí con la cabeza en dirección a la pila de papeles**-. Al menos terminaré con esto antes de salir de la disformidad-,** añadí.

-El hermano-capitán estará complacido-, dijo Drumon. Como de costumbre, se mantuvo de pie y parecía perfectamente cómodo en tal postura. En el tiempo que pasé con los Recobradores rara vez vi a los Astartes sentados, y cuando lo hacía era casi siempre por alguna razón práctica, como conducir o ir en la parte trasera de un Rhino**-. Habrá poco tiempo para el papeleo cuando lleguemos a Viridia.**

-Supongo que no-, acepté, sirviéndome una muy necesaria copa de amasec. De hecho, planeaba hacer todo lo que fuera posible para evitar visitar cualquiera de los frentes de batalla, pero no iba a admitirlo ante uno de los elegidos del Emperador.

Aunque no me iba a ser posible tal y como iban a resultar las cosas. La insurrección había seguido creciendo mientras estábamos en tránsito por la disformidad, así que para cuando llegamos a Viridia, nociones como frente y retaguardia habían dejado de tener ningún significado militar. Todo el sistema era un enorme caldero, hirviendo de conflictos, y estábamos a punto de caer en medio de ellos.

-¿Ha encontrado tiempo para analizar el informe estratégico?-, preguntó Drumon, y yo asentí con la cabeza a la placa de datos que estaba sobre en el escritorio, a mi lado.

-Le he echado un ojo-, admití, que era lo mejor de lo que cualquiera podía esperar, y mucho mejor de lo que normalmente me manejaba con los documentos informativos proporcionados por el Munitorum. Normalmente encontraba formas mucho más agradables de pasar mi tiempo a bordo de una nave, que navegar a través de la turbia prosa de esos zánganos del Administratum, cuyas conclusiones invariablemente resultaban haber sido superadas por los acontecimientos mientras estábamos en tránsito por la disformidad, pero dado que el *Revenant* estaba visiblemente falto de oportunidades de recreo no tuve mucho más que hacer en esta ocasión**-. Pacificar a Viridia parece bastante simple, al menos sobre el papel.**

En aquellos momentos mi confianza parecía más que justificada. Las rebeliones en sistemas de la retaguardia como este tendían a ser provocadas por quejas contra el gobierno planetario en lugar de contra el propio Imperio, y la llegada de unos pocos regimientos de la Guardia era normalmente más que suficiente para poner a ambos

bandos de rodillas. Por lo que podía ver, la situación apenas merecía el despliegue de los Astartes, y los Recobradores sin duda habrían encontrado un mejor uso para su tiempo si no hubiera sido por el hecho de que el Sistema Viridia era un importante proveedor de alimentos y materias primas para los mundos colmena del sector: a menos que el flujo de los diezmos se restableciera en un plazo bastante corto, estos comenzarían a sufrir problemas sociales y económicos, lo que conduciría a una ola de inestabilidad que, si no se controlaba, en una década afectaría a una docena de mundos. La mano de obra y los recursos necesarios para poder corregir dicha situación serían incalculables.

-Coincido-, dijo Drumon, con toda la confianza que hubiera esperado de uno de los elegidos del Emperador, y debo admitir que lo consideré más que justificado. La chusma rebelde normal no duraría ni cinco minutos contra un par de docenas de Guardias, por no hablar de los genéticamente mejorados Marines Espaciales. Estaba a punto de decir algo más, pero la familiar desorientadora sensación de una nave estelar deslizándose a través de la barrera que separa el universo material del inmaterium se apoderó de mí en ese momento, dejándonos a ambos poco dispuestos a seguir conversando.

-Supongo que nunca me acostumbraré a esto-, dije, sin saber en ese momento lo frecuentes que iban a ser mis viajes en los años siguientes, y fui capaz de encogerme de hombros y controlar las persistentes náuseas casi de inmediato. En esta ocasión agradecí contar con la copa de amasec que me había servido unos momentos antes, y la vacié en un par de tragos.

Estaba empezando a sentirme relativamente normal de nuevo cuando las luces parpadearon, y un débil temblor recorrió las placas de la cubierta bajo mis pies. Los recuerdos de mi experiencia a bordo de la "*Mano de la Venganza*" unos años antes hicieron que mi corazón se acelerara, y ya estaba cogiendo mis armas cuando, tras escuchar una comunicación a través del pinganillo que llevaba en su oído, Drumon me dijo lo que yo ya había deducido por mí mismo.

-Parece que estamos siendo atacados-, informó.

NOTA EDITORIAL:

Fiel a su costumbre, Caín apenas proporciona datos respecto al trasfondo de lo que estaba sucediendo, así que este momento me parece tan buen lugar como cualquier otro para insertar una visión general más objetiva de la Campaña de Viridia, en el momento de la llegada de Caín.

Extracto de *"El virus de la traición: La limpieza de Viridia y sus secuelas"*, por Lady Ottaline Melmoth, 958.M41.

Es justo decir que los primeros meses de lo que se convertiría en la Insurrección Viridiana dieron pocas pistas sobre el alcance del caos y la carnicería que estaba por llegar. Lo que había comenzado como una ola de protesta popular contra la discutida imposición de un impuesto del dos por ciento sobre el incienso y las velas votivas por parte del Administratum, dio lugar casi simultáneamente a estallidos violentos en varias provincias. Estudiándolo con retrospectiva, podemos ver cuán cuidadosamente se orquestaron los eventos, desde el momento en que un agente de la conspiración deslizó por primera vez la controvertida medida en las proyecciones fiscales para el año siguiente. A pesar de las protestas del gobernador planetario de que nunca había visto dicha propuesta, y ciertamente no la habría aprobado si lo hubiera hecho, una gran parte de la población le echó directamente la culpa, e incluso algunos llegaron a bautizarle como *"Alarico, el hereje"* (un apodo con el que el pobre hombre sigue cargando aún hoy en día, aunque ahora como una simple broma de mal gusto).

Solo podemos conjeturar cuánto de la predecible condena de la Eclesiarquia al llamado *"impuesto a la piedad"* fue espontáneo, y cuánto el resultado de una terrible infiltración en sus filas, pero lo que no se puede negar es la indignación con la que reaccionó el ciudadano Viridiano medio. Siempre hemos estado orgullosos de llamarnos gente temerosa del Emperador, y la perspectiva de no poder mantener las pequeñas ofrendas que adornan hasta la más humilde de las viviendas, o de hacerlo sólo a costa de la hambruna y la miseria, una elección que muchos de nuestros ciudadanos más pobres habrían hecho sin duda, era casi intolerable para la mayoría del proletariado.

El gobernador DuPanya prometió que se aseguraría personalmente de que la legislación propuesta nunca fuera promulgada, pero fue en vano. A principios del 928, el *"impuesto a la piedad"* se había convertido en un punto de encuentro para los descontentos de todo tipo, unidos sólo por su aversión al gobierno planetario. Después de que los disturbios iniciales fueran suprimidos por los Guardianes **(6)**, respaldados en algunas ocasiones por elementos de las Fuerzas de Defensa Planetaria, las inevitables bajas entre la población civil se convirtieron en el foco de nuevos resentimientos, y la consiguiente oleada de disturbios se intensificó con lo que pareció, en aquel momento, una rapidez asombrosa, pero que a toro pasado fue claramente el resultado de una cuidadosa coordinación por parte del oscuro enemigo cuya existencia aún nadie sospechaba. En poco tiempo Viridia se volvió casi ingobernable, y al gobernador DuPanya no le quedó más remedio que pedir ayuda a la Guardia Imperial.

(6) *La denominación local empleada para designar a las fuerzas de la ley.*

No tardó en enviarse la ayuda solicitada, pero la distancia entre las estrellas es enorme, y pasaron muchos agonizantes meses antes de que la vanguardia de la fuerza de socorro llegara a nuestro sistema. Para alegría y asombro de todos los ciudadanos imperiales leales, la primera nave en llegar no fue una nave de la Guardia Imperial, sino una auténtica barcaza de combate **(7)** de los Astartes, que además de transportar a los incomparables guerreros de los Marines Espaciales, también incluía al Comisario Caín, el héroe cuyas hazañas contra los invasores orkos de Perlia habían inspirado a miles de millones de personas en todo el sector.

(7) *Queda patente en este texto que Melmoth trabajaba bajo la misma malinterpretación que Caín.*

Sin embargo, el destino quiso que tan pronto como la *Revenant* volvió al espacio normal fuera atacada a traición, puesto que la anarquía que para entonces había abrumado a nuestro mundo natal, ya se había extendido hasta engullir las estaciones espaciales y los hábitats mineros dispersos a lo largo y ancho del sistema.



CAPÍTULO DOS

Sin tener en mente ningún plan mejor, seguí a Drumon hasta el puente. Si era necesario, estaba preparado para argumentar que mi posición como oficial de enlace me obligaba a estar al tanto de cualquier acontecimiento inesperado, aunque para ser sincero, tan sólo supuse que aquel sería el mejor lugar para averiguar lo que, en nombre del Trono, estaría pasando. He estado involucrado en un buen número de batallas espaciales durante mi servicio, muchas más de las que cualquier Guardia tiene derecho a esperar, y en demasiadas de ellas lo único que he podido hacer era sentarme y esperar a que la nave de transporte de tropas recibiera un impacto. Al menos en el puente uno puede seguir en el hololito el desarrollo de los eventos, algo que produce un curioso distanciamiento de los hechos, mientras los diferentes iconos ejecutan su majestuosa danza de vida y muerte.

Sin embargo, nadie cuestionó mi derecho a estar allí, lo cual fue una grata sorpresa. De hecho, lo único que me sorprendió más fue que hasta que llegó Drumon, no había ningún Astartes en el puente.

-Tecnomarine-. El capitán de la nave, que por alguna razón disfrutaba empleando el título de **capitán de navío (1)**, abandonó su trono de control e inclinó su cabeza respetuosamente. (No es algo que la Armada apreciaría, que el hombre a cargo abandonara su puesto por el protocolo en medio de una batalla, pero como ya estaba

empezando a comprender, los Capítulos de Marines Espaciales tienen una perspectiva diferente de las cosas. Sin embargo, hasta qué punto eran diferentes fue algo que no acabaría de comprender por completo hasta unas décadas más tarde.)

(1) *Termino empleado por el capitán de una nave debido a que también es el rango empleado por los Marines Espaciales, y el aplicarlo a un sirviente, incluso en este contexto, podría llevar a confusión.* ***Shipmaster*** *en el original.*

-Continúe, Capitán de navío-. Drumon le devolvió el saludo con una inclinación de cabeza apenas perceptible, y el capitán de navío volvió a su trono, de inmediato absorto en el torrente de información que le llegaba a través de una pantalla. Una de las estaciones de control que se extendían alrededor de la silenciosa y poco iluminada cámara permanecía vacía, mientras el resto estaban ocupadas por encorvados tecnoadeptos que servían los sistemas de puntería entre apagados cantos y nubes de incienso, y cuando la imponente figura del Tecnomarine ocupó su lugar ante ella, observé que esa estación en concreto estaba situada por encima de las otras, de tal manera que un hombre de más de dos metros de altura pudiera trabajar en ella cómodamente estando de pie. El resto de las terminales estaban ocupados por siervos del capítulo con uniformes similares a los de la Armada Imperial, aunque con insignias diferentes, sin duda reflejando su afiliación y estatus de alguna manera, aunque aquel no me pareció el mejor momento para indagar al respecto.

-¿Qué está pasando?-. Pregunté, y Drumon miró brevemente en mi dirección como si se sorprendiera de mi presencia, mientras sus finos dedos continuaban pulsando sonoramente las teclas de su terminal de datos. Una

ventisca de imágenes, que cambiaban demasiado rápido para que yo pudiera seguirlas, bailaron sobre su rostro, reflejando la pantalla que tenía ante él.

-Sólo hemos sufrido daños mínimos-, me aseguró para mi gran alivio. La última vez que estuve a bordo de una nave bajo fuego enemigo acabé tratando de respirar en el vacío, aunque afortunadamente apenas fue durante un puñado de segundos, aunque he de reconocer que a Jurgen y a mí nos pareció muchísimo más tiempo.

-¿Pero quién nos ataca?-. Insistí, y si a Drumon le estaban irritando mis preguntas, fue demasiado educado para mostrarlo. A modo de respuesta, activó una pantalla cercana, y me encontré mirando la imagen ligeramente borrosa de una corbeta de las Fuerzas de Defensa del Sistema.

-Nave Viridiana, este es el crucero de ataque *Revenant*, del capítulo Recobradores del Adeptus Astartes-, transmitió el capitán de navío, con voz entrecortada**-. Detenga el ataque y ríndanse, o serán destruidos en el nombre del Emperador.**

-Están virando-, dijo uno de los vasallos, y su voz me sonó igualmente tranquila**-. Parece que se preparan para otro ataque.**

-Los puestos de artillería están listos-, dijo el capitán de navío, y luego miró a Drumon buscando su aprobación.

El Tecnomarine asintió de nuevo.

-Todas las baterías preparadas-, aseguró a la tripulación, y su voz se transmitió fácilmente a todos los rincones del puente.

-Disparen en cuanto estén listos-, dijo el Capitán de navío, su voz tan tranquila como si acabara de pedir una taza de recafeina**-. Esperen a fijar el objetivo-.** Los segundos se alargaron insoportablemente, mientras la imagen de la nave atacante se hacía cada vez más grande en mi pantalla, esperando ver rayos de energía saliendo de ella con cada latido del corazón.

-Objetivo fijado-, anunció otro de los tripulantes del puente, que parecía igualmente relajado, y finalmente me di cuenta de que era la presencia de Drumon lo que les hacía tan desapasionadamente eficientes. Nadie quería ser quien defraudara a la tripulación delante de sus señores, así que seguían el reglamento a rajatabla, sin tomar atajos o soltar impulsivamente las típicas blasfemias como hacían las tropas de la Guardia con las que yo estaba acostumbrado a lidiar, y entonces estalló la tormenta de rayos.

Un momento después, la corbeta atacante estalló en pedazos, como un diente de león al viento, mientras nuestras baterías de estribor le arrancaban las tripas, para convertirla en una nube de restos que se disipaba lentamente y se alejaban en el vacío.

-¿Quiénes serían?-. Pregunté, sin esperar realmente una respuesta, pero el encargado del auspex me respondió de todos modos.

-Su transpondedor IFF lo designo como la *Lady Helene*, uno de los cúteres (2) de las Fuerzas de Defensa del Sistema (FDS).

***(2)** Termino genérico para las naves de guerra ligeras sin capacidad para viajar a través de la disformidad.*

-Entonces deberían haber estado de nuestro lado-, dije, empezando a sentir que, después de todo, las cosas no iban a ser tan simples. Si parte de las FDS se habían amotinado, entonces lo más probable era que una importante proporción de sus contrapartidas en las FDP hubieran seguido el ejemplo (o, más probablemente, siendo el ejemplo).

-Confirmado-, retumbó Drumon, y por un momento pensé que había respondido a mi comentario, antes de darme cuenta de que probablemente había estado demasiado ocupado escuchando una voz por su comunicador como para haberme oído**-. Informaré al comisario.**

-¿Informarme de qué?-. Pregunté, ya más que medio convencido de que no quería saberlo. Sus primeras palabras fueron más que suficientes para darme la razón.

-La situación se ha deteriorado significativamente-, dijo, con una encomiable moderación**-. Según las señales interceptadas, el estado de guerra civil se ha extendido a lo largo y ancho de todo el sistema.**

-Jodidamente genial-, dije, viendo poca necesidad de contenerme dadas las circunstancias**-. ¿Tiene el capitán**

Gries alguna sugerencia de cómo afrontar esta nueva situación?

Ya conocía a Drumon lo suficientemente bien como para estar seguro de que la expresión que se le dibujó en la cara era de una leve sorpresa respecto a que me molestara en hacerle aquella pregunta**-. Intervención inmediata-,** me respondió, y luego se apartó para escuchar una voz en su auricular**-. Está embarcando en la cubierta del hangar mientras hablamos, y le invita a unirse a él.**

No hace falta decir que fuera una invitación que no podía siquiera considerar rechazar. Yo estaba allí como enlace con el personal de mando de los Recobradores, lo que básicamente significaba Gries, así que dondequiera que él fuera, yo también tendría que ir. Al menos hasta que las fuerzas de la Guardia Imperial aparecieran, y pudiera encontrar alguna excusa plausible para ir y molestarlos a ellos en su lugar.

-Estaré encantado de acompañarles-, dije, esperando que mi voz sonara como si lo dijera en serio.



Llegué a bordo del *Revenant* por teletransporte, y en aquel momento estaba inconsciente, así que aquella fue la primera vez que vi uno de los hangares de la nave de guerra. Mi primera impresión al atravesar la escotilla hermética, que se cerró detrás de mí con un chillido de

metal contra metal, fue de una ordenada actividad. La inevitable multitud de siervos del Capítulo estaba ocupada bajo la atenta supervisión de un puñado de ellos cuyo porte y comportamiento denotaba que ostentaban un rango superior al de sus compañeros, aunque la iconografía de sus uniformes seguía siendo extraña para mí. Un sorprendente número de ellos tenían augméticos visibles, que indicaban un cierto grado de peligro en sus ocupaciones (incluso para los estándares de servicio a bordo de una nave de guerra), o el tipo de voluntad de adoptar voluntariamente cualquier mejora que ayudara a su trabajo, una actitud que yo había encontrado anteriormente tan sólo entre los miembros del Adeptus Mechanicus. Sospechaba esto último, ya que había deducido por los skitarii a bordo del *Regalo del Omnissiah* que existía algún tipo de pacto entre los Recobradores y los acólitos del Dios-Máquina, pero no había tiempo para pensar en ello en aquel momento. Gries y su séquito eran claramente visibles en la distancia, sobresaliendo por encima de los tripulantes que les rodeaban, y me puse en camino cruzando lo más rápido posible la resonante llanura metálica que nos separaba.

Como todos los hangares en los que había estado, la cámara era inmensa, aunque su tamaño era curiosamente reconfortante; por primera vez desde que subí a bordo sentí un cierto alivio de la persistente sensación de extrañeza que había experimentado en todos los demás lugares de la nave, cuyos pasillos y escotillas habían sido diseñados para acomodar en su mayor parte a los Marines Espaciales, algo que me dejaba sintiéndome curiosamente pequeño, a diferencia de las bahías de atraque por las que había pasado al embarcar y salir de las naves de tropas, sin embargo, el vasto espacio destacaba por una impresionante eficiencia. Todos los equipos necesarios para repostar y rearmar el par de Thunderhawks que lo ocupaban estaban

bien guardados, y había una marcada ausencia de palés de carga y otros equipos abarrotando el lugar.

Las Thunderhawks también eran impresionantes, y yo disminuí un poco mi ritmo al aproximarme a la que tenía más cerca. No eran tan grandes como las naves de descenso con capacidad para un pelotón que la Guardia usaba rutinariamente, y mucho menos como las gigantes capaces de albergar a toda una compañía en las que había viajado ocasionalmente, pero su sobria solidez era increíblemente tranquilizadora. Sin duda su pesado blindaje podría absorber un montón de fuego enemigo, y parecían más que capaces no sólo de aguantar sino también de atacar, a juzgar por la cantidad de artillería que podía ver en su fuselaje. Estaban pintadas de amarillo y blanco, como la armadura de los Astartes que marchaban por la rampa de abordaje hacia la que me estaba acercando, mientras el eco del retumbar de sus pisadas contra la rampa metálica resonaba a modo de redobles de tambor, y se veían tan relucientes como si se fueran a despegar por primera vez. Habiendo empezado a comprender un poco de lo que la tradición significaba para un capítulo de los Marines Espaciales, no tenía dudas de que eran considerablemente más venerables de lo que parecían, tal vez incluso con siglos de antigüedad, pero su inmaculada condición era un tributo a Drumon y a los visioingenieros a su cargo. Debo admitir que aquella sublime visión me reconfortó agradablemente, pues me costaba concebir un enemigo capaz de enfrentarse a unas naves tan formidables.

Subí por la rampa la rampa siguiendo la estela de los gigantes con servoarmaduras que me precedían, hasta llegar a un compartimento de pasajeros construido para las mismas dimensiones ciclópeas que todo lo demás,

evidentemente diseñado para los Astartes. Tan sólo la mitad de los asientos estaban ocupados, así que ocupe uno de los que estaban vacíos, sintiéndome un tanto extraño, como un niño en el sillón de un adulto, mientras jugueteaba con los cinturones de seguridad. Mis pies colgaban torpemente sobre las placas de la cubierta, y no pude tensar las correas tanto como hubiera deseado, pero al menos tenía espacio más que de sobra para mi espada sierra sin necesidad de desacoplarla de mi cinturón de armas, como hubiera sido el caso a bordo de cualquier nave de desembarco de la Guardia Imperial.

-Comisario-. El casco de Gries giró en mi dirección, fácil de identificar, ya que estaba tan ricamente ornamentado como su armadura y coronado por una cresta verde y negra**-. ¿Está preparado?**

-Por la gracia del Emperador-, respondí, recurriendo a una de las respuestas que generalmente utilizaba para evitar comprometerme, y sintiendo que no haría daño parecer un poco más piadoso de lo habitual rodeado de tantos sublimes ejemplos. Eran quince en total: el escuadrón de mando de Gries, y me alegró ver que incluía a Sholer, con su narthecium listo para ser usado en su antebrazo izquierdo, y diez soldados con servoarmaduras tácticas, ya divididos en dos escuadrones de combate. La mayoría llevaban bólters, del tamaño de los que yo estaba más acostumbrado a ver montados en vehículos blindados, sujetándolos con la misma facilidad con la que un guardia manejaba su fusil láser, mientras que dos de sus camaradas estaban equipados con armas pesadas, las cuales habrían requerido de todo un equipo de tropas ordinarias para poder usarlas eficazmente en el campo de batalla. Uno portaba un lanzamisiles, llevando varias recargas en su cintura,

mientras que el otro sujetaba con facilidad el primer cañón láser portátil que había visto sin su soporte. Todas las placas frontales de sus cascos lucían el mismo tono amarillo que sus guanteletes, aunque las del capitán brillaban con lustre dorado en lugar de pintura amarilla.

-Que Él nos proteja-, entonó Gries en respuesta, aunque para mi sorpresa, hizo el gesto de la rueda dentada que generalmente asociaba con los miembros del Adeptus Mechanicus en lugar del signo del Aquila.

No tuve mucho tiempo para pensar en aquel curioso detalle, porque la rampa de embarque se estaba cerrando, mientras que los motores se encendían y comenzaban a rugir hasta alcanzar un tono que me dejó los oídos zumbando. Podría haber estado bien para los Astartes, cuyas cabezas estaban protegidas dentro de sus cascos, pero para mis desnudos oídos resultaba evidentemente incómodo. Sin embargo, no tenía sentido quejarse de ello, incluso si alguien hubiera podido haberme escuchado, así que me calé la gorra hasta el fondo y resolví tranquilamente que me haría con unos tapones para los oídos antes de aceptar otro vuelo en una Thunderhawk.

-Mire en el armario a su izquierda-, me dijo el Recobrador más cercano, sus palabras apenas audibles por el aullido de los motores, incluso a pesar de estar amplificadas por el vox incorporado en su casco. Con cierta dificultad seguí su sugerencia, ya que todo estaba dispuesto para brazos mucho más largos que los míos, y descubrí unos auriculares acolchados de comunicaciones con un comunicador vox acoplado. Me lo puse con gratitud, y el ruido se redujo casi instantáneamente hasta un nivel que consideré soportable.

-Gracias-, respondí, sintiéndome un poco torpe.

-Este es nuestro objetivo principal-, señaló Gries, activando una pictopantalla. Parecía que alguien de su equipo había estado ocupado en el relativamente corto intervalo de tiempo desde nuestra llegada al sistema, y había logrado reunir una notable cantidad de información**-. Fidelis, la capital planetaria, está siendo disputada por tres de las principales facciones rebeldes. Las fuerzas leales están atrincheradas alrededor del claustro del Administratum, el recinto de la catedral, el santuario del Mechanicus y el palacio del gobernador, sin duda esperando que los rebeldes se debiliten entre ellos-.** Los puntos de referencia que había indicado se iluminaron en verde en el mapa**-. Nos desplegaremos desde el palacio. Si podemos asegurar la seguridad del gobernador, entonces el gobierno del Emperador debería ser rápidamente restaurado.**

Me encontré asintiendo con la cabeza, obviamente asumiendo que el hombre aún estaba vivo. Si no lo estaba, y había sido lo suficientemente desconsiderado como para expirar sin dejar una línea de sucesión clara, entonces la confusión resultante mientras los pretendientes se peleaban por el trono, probablemente haría que nuestro trabajo fuera diez veces más complicado.

-Supongo que tiene buenas razones para creer que él sigue al mando-, dije, más para mostrar que estaba prestando atención que otra cosa. El casco de Gries se inclinó en una casi imperceptible señal reconocimiento.

-Hizo un picto-discurso hace cinco horas, apelando a la calma y prometiendo un justo castigo contra todos los que continuaban desafiando la voluntad del Emperador. Los rebeldes respondieron como se podría esperar.

-¿Bombardeando el palacio?-, Pregunté, y el casco del capitán se inclinó de nuevo.

-Dada la cantidad de daños que ya ha sufrido el edificio, podemos inferir fácilmente que se las ha arreglado para sobrevivir al último bombardeo-. Ajustó la imagen de la pantalla, y el palacio y sus terrenos se precipitaron hacia nosotros, abarcándola por completo. O bien el *Revenant* llevaba algunos de los sensores de largo alcance más sofisticados que jamás había visto, o bien Drumon había conseguido acceder a la red orbital de la FDP, porque según la marca de tiempo de la esquina en la imagen, estaba tomada en tiempo real. El palacio en sí mismo mostraba señales de enormes daños, con un ala entera totalmente quemada cuyo techo se había derrumbado, mientras que el resto de la estructura estaba llena de señales de artillería pesada. Los muros perimetrales, que habían sido diseñados teniendo en mente este tipo de contingencia, mostraba las inequívocas señales de haber resistido varios asaltos, y habían sido apuntalados o reforzados en algunos lugares, aunque para mi alivio, no pude ver ninguna brecha real. El fangoso terreno que separaba ambas estructuras, que presumiblemente había sido una vez los jardines del palacio, estaban atravesados por trincheras y por las huellas de vehículos blindados, de los cuales podían verse varias docenas estacionados alrededor del lugar. Esas eran buenas noticias, aunque sólo

fuera eso, ya que significaba que habría una guarnición importante de fuerzas leales de las FDP detrás de las que podría esconderme, si por alguna inconcebible rareza del destino, se diera el caso de que me quedara sin los Marines Espaciales.

Gries destacó un área abierta entre la línea de trincheras y el edificio, que el sentido común y la experiencia me dijeron que debía estar cubierta por armas emplazadas desde al menos dos posiciones diferentes.

-Esa será nuestra zona de aterrizaje-, dijo**-. Mi equipo y el comisario presentarán nuestros respetos al gobernador DuPanya, mientras que el equipo del sargento Trosque saldrá de inmediato para garantizar la seguridad de la catedral y el santuario del Omnissiah.**

El sargento, a quien ya había detectado gracias a la espada sierra que llevaba en la cadera, junto a la funda de su pistola bólter, no hizo ningún signo visible de reconocimiento, pero su voz respondió de inmediato.

-Un escuadrón de combate debería ser suficiente para cada objetivo. El mío protegerá el santuario, el de Veren la catedral.

-¿Y qué pasa con la Thunderhawk?-. Pregunté, esperando que la respuesta fuera algo como que la mantendrían en el suelo con los motores en marcha por si necesitábamos una rápida extracción, aunque sabía con certeza que eso era extremadamente improbable.

-Buscar y destruir-, dijo Gries, lo que tenía mucho sentido. Con los leales locales atrincherados en cuatro enclaves conocidos, cualquier unidad militar fuera de esos lugares serían renegadas, unidas a una u otra de las facciones en lucha, y un blanco claro para la nave de combate-. Dejemos que los rebeldes sepan de nuestra llegada.

Dada la cantidad de potencia de fuego que había visto al abordar, no le iba a resultar difícil llamar su atención. Asentí con la cabeza, en señal externa de aprobación.

-Podríamos empezar a hacerlo mientras descendemos-, comenté.

Gries volvió a manipular los controles de la pantalla, y la imagen cambió a una vista externa retransmitida desde parte del sistema de control de tiro a juzgar por los gráficos de los objetivos superpuestos. Todavía estábamos a gran altitud, pero innegablemente dentro de la atmósfera **(3)**. Mientras observaba paralizado las humeantes ruinas de Fidelis en el horizonte, me encontré tratando de distinguir los puntos de referencia que Gries había destacado durante la breve sesión informativa. La catedral era la más fácil de localizar, todavía dominaba el barrio en el que se encontraba, a pesar de las ruinas derrumbadas de la mayoría de sus torres. Ya con un punto para orientarme, pronto pude distinguir las formas de blancas superficies del zigurat del Administratum, y el revestimiento de acero bruñido del santuario del Mechanicus. Sin embargo, el palacio del gobernador era otro cantar, menos alto que los otros y rodeado por un grupo de mansiones más pequeñas y

sus jardines, como una grox hembra joven con su camada. A medida que nos acercábamos, se hizo evidente que muchas habían sido quemadas, y todas habían sido saqueadas. Al observar los daños no pude evitar pensar que estos se correspondían más bien con la acción de una turba descontrolada que por el transcurso de una batalla.

(3) *Como suele hacer tan a menudo en el curso de sus memorias, Caín resume comprensiblemente los eventos en busca de un mayor efecto dramático; incluso a su máxima aceleración, una Thunderhawk necesitaría varias horas para alcanzar Viridia desde el punto más cercano al sistema que fuera viable para permitir la traslación al materium de una nave como el Revenant.*

Entonces la nube de humo se despejó, y pasamos por encima del muro exterior del palacio, demasiado rápido como para ser atacados por el armamento tierra-aire enemigo, pasando sobre los rostros alzados de los guardias defensores y asaltantes con idénticas expresiones de asombro **(4)**. Abruptamente, sentí la presión de los cinturones de seguridad, cuando el piloto activó los retrorreactores, deteniendo nuestro avance, haciendo que mi estómago pareciera flotar libre de mi cuerpo mientras descendíamos velozmente hacia el suelo. En ese momento me alegre de que Jurgen no estuviera conmigo, sabiendo que era propenso a marearse incluso durante los vuelos tranquilos, y sin duda alguna, este no era precisamente uno de esos. Sin previo aviso, sentí como sí una bota del tamaño de un orko me diera una patada en el estómago, a la vez que el ruido de los motores se reducía hasta unos niveles casi soportables. Habíamos aterrizado.

(4) *Evidentemente es una exageración, puesto que la Thunderhawk habría realizado la pasada a tal velocidad que apreciaciones tales como observar las expresiones de los rostros de la gente en tierra serían imposibles para cualquier ojo humano.*

-Prepárense para desembarcar-, dijo Gries mientras la rampa comenzaba a descender, dejando entrar un remolino de aire húmedo, ligeramente perfumado con el olor de la vegetación quemada por nuestros propulsores al aterrizar. El equipo de fuego **(5)** de Trosque se desplegó en primer lugar, descendiendo velozmente por la rampa y asegurando las inmediaciones; me alegró comprobar que no daban nada por sentado, a pesar de que se suponía que nos encontrábamos en territorio aliado. Después de un momento el sargento nos confirmó que la zona estaba asegurada, así que Gries y su escuadrón de mando les siguieron. No viendo ninguna razón para quedarme atrás, y convencido de que si había una traición en marcha no podría encontrar mejor lugar donde refugiarme que detrás de un sólido muro de ceramita armada con bólters, así que troté tras ellos, tratando de adoptar una pose lo más imponente posible entendiendo, claro está, que mi cabeza apenas llegaba a la altura de sus hombreras.

(5) *Término de la Guardia Imperial equivalente a una escuadra de combate de los Marines Espaciales.*

Cuando mis botas tocaron tierra firme, atravesando la crujiente costra formada por las cenizas y el barro cocido que aún humeaba suavemente bajo la Thunderhawk, me rodeó una humareda y traté de contener el reflejo de toser. Nadie más había tosido, y no quise ser yo quien socavara la dignidad de la ocasión.

Cuando Gries abandonó la rampa, se detuvo un momento, con dos de sus compañeros a cada lado, exactamente un paso detrás de él. Tomado brevemente por sorpresa, también me detuve, prácticamente a su espalda, alineado con los otros cuatro Astartes, formando parte de su

formación, y por supuesto, completamente cubierto de lo que nos esperase delante.

-Bienvenidos a Viridia-, dijo alguien, y yo me desplacé un poco hacia un lado para tener una mejor vista. Evidentemente nos estaban esperando, ya que una delegación había venido a nuestro encuentro: se trataba de tropas ceremoniales, con llamativos uniformes, aunque a estas alturas se veían bastante desgastados, portando sus fusiles láser como hombres que acabasen de descubrir para qué servían, aunque listos para emplearlas en cualquier instante, protegiendo a un hombre vestido con unas vestimentas tan ridículamente ornamentadas que no podía haber ninguna duda sobre su identidad, incluso antes de que se presentara**-. Soy el gobernador DuPanya-.** Dijo, y acto seguido, para mi asombro, se arrodilló**-. Nos honran con su presencia.**

-Por favor, levántese-, le dijo Gries, y el sistema de vox de su casco, tal vez misericordiosamente, purgó cualquier rastro de sorpresa o diversión de sus palabras**-. Tenemos mucho que discutir, y poco tiempo que perder con ceremonias-.** Levantó la mano, quitándose el casco, y DuPanya se relajó visiblemente al ver la cara del capitán. No se trataba del tipo de rostro patricio que solían aparecer en los hololitos, pues contaba con muchos augméticos y abundante tejido cicatricial, pero sin duda resultaba mucho más amistoso que una inexpresiva máscara de ceramita**-. Soy el capitán Gries del capítulo de los Recobradores, estos son mis hermanos de batalla y este...-,** se giró, aparentemente sorprendido de encontrarme tan cerca**-, es el comisario Caín, nuestro enlace con las unidades de la Guardia Imperial de la Fuerza Expedicionaria.**

-¿Guardia Imperial?-, preguntó DuPanya, poniéndose de pie tal y como se le había ordenado, y dedicándome una mirada que me permitió por primera vez observar su rostro. Parecía estar apenas entrando en la mediana edad, aunque yo estaba demasiado familiarizado con la afición de la nobleza por los tratamientos de rejuvenecimiento, incluso en un mundo atrasado como este, como para poner mucha fe en la apariencia exterior, y con una ligera obesidad. Sin embargo, tenía una mirada aguda, y sus ojos me miraron detenidamente**-. No estaba informado de su presencia.**

-Aún se encuentran en la disformidad-, le dije, pensando con cierta tristeza que podría haberme ahorrado una considerable cantidad de inconvenientes si hubiera retrasado mi partida para viajar con ellos, y que cualquier alocada misión a la que el zoquete de Lokris hubiera estado planeando arrastrarme no podría haber sido peor que aquellas abominaciones metálicas de las que apenas había logrado escapar con vida en Interitus Prime.

-Si el Emperador quiere, deberían estar aquí en una semana-. De hecho, deberían llegar en los próximos días, si no se había dado ninguna fluctuación en las corrientes de la disformidad desde la última estimación que escuché, pero dado que nada relacionado con la propia naturaleza del Reino del Caos era seguro, preferí pecar de precavido. Levanté un poco la voz, por encima del aullido de los motores de la Thunderhawk, que volvían a acelerar una vez que el equipo de Veren había desembarcado siguiéndonos**-. Pero tal vez este no sea el mejor lugar para discutir sobre asuntos operativos.**

-Así es-, concordó Gries, y su voz cortó el estruendo como si este fuera poco más que el murmullo del viento a través

de los árboles.

-Habiendo venido aquí para asegurar su seguridad, parece un poco imprudente charlar justo donde el enemigo podría negarnos nuestro objetivo con una salva de mortero afortunada o con el disparo de un francotirador-. Eso no parecía habérsele ocurrido al gobernador, quien todo hay que decirlo, parecía relativamente despreocupado ante tal posibilidad. Sin embargo, se dio la vuelta y se dirigió al interior, seguido por su escolta que parecía considerablemente aliviada de volver a un área fuertemente protegida. Gries y su séquito les siguieron, mientras yo me mantenía entre ambos grupos, unido a ambos por los lazos establecidos por el protocolo, pero sin ser realmente parte de ninguna de ellos.

Cuando alcanzamos las pesadas puertas de madera del palacio y pasamos dentro, le dediqué un último vistazo a la Thunderhawk, que se elevaba del suelo como un ave rapaz en busca de presa. Bajo su sombra, Trosque y Veren dirigían sus secciones hacia la muralla perimetral, en direcciones divergentes mientras cada uno se dirigía al acceso más cercano a su objetivo, yo respiré aliviado y silenciosamente di las gracias al Trono puesto que estaría bien a cubierto antes de que el tiroteo se pusiera serio. No tenía ninguna duda de que los Astartes darían cuenta rápidamente con cualquier traidor que se interpusiera entre ellos y sus objetivos, pero el contacto inicial de ambas fuerzas se produciría lo suficientemente cerca como para que exponernos a recibir cualquier daño colateral que tal encuentro pudiera ocasionar.

Bueno, quizás la Thunderhawk podría ayudar a despejarles el camino. Dio perezosamente una vuelta sobre nuestras

cabezas por última vez, y luego se alejó rugiendo, buscando algo a lo que disparar.

Al observar cómo se alejaba, sentí una leve sensación de inquietud, reflejando que, para bien o para mal, ahora estaba comprometido con la defensa de aquella cabeza de playa, sin ningún lugar a donde ir a menos que fuera a través del enemigo. Entonces recobré la razón, y me aseguré que podría estar tan seguro allí como en cualquier otro lugar de Viridia. Después de todo, el palacio aún no había caído todavía, y ahora había sido reforzado por cinco de los más formidables guerreros del Imperio, además de mi humilde persona. Eso, a buen seguro debería ser capaz de evitar meterme en más problemas.

NOTA EDITORIAL:

*Caín ha aludido de pasada a la importancia de Viridia en el subsector, pero conociendo un poco más sobre este mundo, y el sistema del que forma parte, queda muy claro el por qué su pacificación fue tan importante como para justificar el despliegue de una fuerza expedicionaria de Astartes. El siguiente extracto es casi tan idiosincrásico como la propia prosa de Caín, pero cumple su propósito de proporcionar los suficientes antecedentes como para aclarar mucho de lo que sigue sin sacrificar la legibilidad a la pedantería. Remito a quien desee mayor detalle al "**Compendio de Notas del Golfo de Damocles y sus Regiones Limítrofes (Abreviado), volumen MCLXXIV, apéndices 17, 2.378 y 3.452.691**", que puede consultarse en cualquier archivo del Administratum, una vez que se hayan presentado las solicitudes correspondientes por triplicado y tras el correspondiente e indefinido periodo de espera.*

De *"Lugares interesantes y gente ociosa: Guía para trotamundos"* por Jerval Sekara, 145.M39

El mundo agrícola de Viridia se encuentra un poco alejado de las regiones más pobladas del Golfo de Damocles, pero se puede llegar a él con sorprendente facilidad, debido al gran volumen de tráfico hacia y desde los mundos colmena vecinos. Esto hace que sea una terminal útil, ya que desde allí puede obtenerse fácilmente un billete hacia cualquier eventual destino que un viajero pueda desear una vez que sus decididamente bucólicos encantos hayan comenzado a palidecer.

Sin embargo, merece la pena una breve estancia, puesto que consigue combinar tanto la simplicidad rural como la sofisticación urbana de una manera que, si bien no es única, es ciertamente poco común en esa región del Imperio. Esto se debe en parte al gran volumen de transporte mercantil, ya que los emprendedores capitanes de barcazas de cereales compiten enérgicamente entre sí para sacar algún tipo de beneficio sus rutas intrasistema, asegurando un suministro constante de mercancías extra mundanas de una variedad casi sin parangón en otras partes del subsector. Como dice un dicho local, *“si no lo puedes encontrar en Viridia, entonces lo más seguro es no exista”*.

Todo lo cual ha hecho a este mundo tolerantemente próspero, con una boyante clase mercantil, que, al igual que cualquier arribista imperial, malgasta sus beneficios en grandiosas arquitecturas y empresas filantrópicas destinadas a mejorar la fortuna de los artesanos, lo quisieran o no. Como resultado de ello Fidelis, la capital planetaria, está anormalmente inundada de enormes edificios públicos, ornamentados hasta el último centímetro de sus superficies y separados por una profusa dispersión de parques y jardines. La población local es trabajadora y piadosa, hasta tal punto que casi todas las calles contienen una capilla o santuario al Emperador. No obstante, se lanzan de todo corazón a una celebración bajo cualquier pretexto, siendo especialmente populares las fiestas anuales dedicadas a algún aspecto del ciclo agrícola. Sin embargo, el epítome de la arquitectura eclesiástica es, sin lugar a duda, la catedral de Fidelis, que en tamaño y esplendor puede rivalizar con las que se encuentran en mundos mucho más poblados, y que atrae a peregrinos de todo el sistema Viridiano.

Porque, a diferencia de la mayoría de los otros mundos agrícolas, Viridia exporta mucho más que alimentos. El resto del sistema planetario del que forma parte es excepcionalmente rico en minerales, y millones de sus ciudadanos viven fuera del planeta, en orbitales, estaciones y hábitats mineros, dedicados a cosechar esta recompensa tan asiduamente como lo hacen sus primos de la superficie que empuñan azadas. De hecho, no es exagerado decir que alrededor de la mitad de la población total de Viridia nunca ha puesto un pie en el planeta que nominalmente llaman hogar, y nunca lo hará. La materia prima que recogen se envía a las fábricas de los sistemas vecinos en un interminable flujo, saciando el hambre de sus líneas de producción con la misma eficacia que las barcazas de grano lo hacen con los obreros que trabajan en ellas.

CAPÍTULO TRES

DuPanya y sus guardaespaldas nos guiaron a través del palacio a buen ritmo, a través de pasillos alfombrados con paredes cubiertas de tapices y de galerías con suelo de madera cuya superficie pulida resonaba por los pasos de los Marines Espaciales que, dondequiera que pisaban, provocaban raspaduras y grietas en la cera cuidadosamente aplicada durante generaciones. Los rostros enmascarados de los antepasados del gobernador miraban con desaprobación desde las paredes aquel imprevisto vandalismo, aunque a DuPanya no pareció importarle mucho, de hecho, ni siquiera pareció darse cuenta; después de todo, el daño era lo suficientemente leve, especialmente si se le comparaba con la devastación que la artillería rebelde ya había causado en su palacio.

Los Astartes parecían igualmente indiferentes, caminando con la misma sincronización que había observado antes en sus camaradas, golpeando el suelo con el pie izquierdo exactamente al mismo tiempo, seguidos por el derecho, con la misma precisión que un servidor. Cada vez que daban un paso, el suelo se estremecía bajo el impacto combinado, y yo sentía las vibraciones resultantes subiendo por mis piernas, hasta el punto de que empecé a sentirme como si estuviera a bordo de alguna embarcación ligeramente inestable. Afortunadamente la sensación fue relativamente breve, ya que al poco tiempo, el suelo de madera cedió el paso al rococemento desnudo, con las paredes toscamente acabadas con el mismo material, y me di cuenta de que ahora estábamos en un búnker debajo del propio palacio. A medida que descendíamos varios niveles, encontré que mi inquietud disminuía; ese reducto oculto había sobrevivido indemne a innumerables bombardeos de artillería, y sin

duda continuaría haciéndolo. Así pues, con algo que se aproximaba a la tranquilidad, atravesé un par de puertas blindadas, servicialmente abiertas por un par de guardias con los mismos uniformes de ópera cómica que sus compatriotas, que al menos tuvieron el decoro de cuadrarse y saludar cuando pasamos a su lado, para encontrarnos en un centro de mando razonablemente bien equipado.

Mientras observaba los sólidos contrafuertes y el grueso techo que nos protegía, entre las altas figuras con servoarmaduras que bloqueaban la mayor parte de mi visión alcancé a vislumbrar los intermitentes destellos procedentes de pantallas y terminales, pero no pude ver nada hasta que se desplegaron en abanico, indicando que por fin habíamos llegado a la zona de operaciones.

-Gobernador-. Un hombre de mediana edad con un uniforme bastante más práctico que los que habíamos visto hasta aquel momento, parecido a la ropa de campaña estándar de la Guardia Imperial, moteado en grises y azules **(1)**, miró hacia arriba desde el hololito que dominaba el centro de la zona. En él se proyectaba una imagen ligeramente parpadeante de la ciudad, salpicada de iconos que estaba bastante seguro de que marcaban las posiciones de las tropas amigas y enemigas**-. Los Astartes están atacando al enemigo fuera de las puertas este y noroeste-.** Si le sorprendió ver a mis compañeros o a mí, no dio ninguna señal de ello, simplemente asintió con la cabeza a modo de preocupado saludo en nuestra dirección, y decidí que, fuera quien fuera, me caía bien. O bien se ocupaba de defender nuestro enclave, o simplemente había decidido que por narices se iba a mostrar impresionado por nosotros, un juego que yo conocía bien, y al que siempre me gustaba jugar.

(1) *Aunque Caín no lo dice explícitamente, no hay duda de que espera que sus lectores estén lo suficientemente familiarizados con las tácticas militares como para reconocerlo, aunque también es bastante cierto que algunos tipos de patrones de camuflaje urbano eran adecuados para ser empleados en las operaciones en Fidelis.*

Gries asintió, sin duda manteniéndose al día del progreso de sus hombres mediante los sistemas de seguimiento incorporados a su armadura, y yo empecé a arrepentirme de haberme deshecho de los voluminosos auriculares que había llevado antes de dejar la Thunderhawk. Habían sido pesados e incómodos, cierto, pues habían sido diseñados para cabezas mucho más grandes que la mía, pero me había acostumbrado a seguir el progreso de una batalla a través del sistema de comunicación que usaba habitualmente, que me encontré totalmente aislado de los acontecimientos sin ellos - una sensación con la que ningún miembro del Comisariado se siente cómodo, particularmente uno tan paranoico como yo. Bueno, tendría que conformarme con el hololito para seguir lo que estaba pasando**-. Así es-,** confirmó el capitán de los Recobradores**-, y proceden hacía sus objetivos sin contratiempos. La resistencia es ligera.**

Desde mi punto de vista, parecía que el enemigo estaba lanzando todo lo que podía contra las dos escuadras de marines, pero supongo que desde el punto de vista de Gries, después de haber visto un mundo lleno de necrones, una pandilla de tropas FDP rebeldes resultaban ser poco más que patos de feria para practicar el tiro al blanco.

-Gracias, general-. DuPanya se deshizo de su túnica con evidente alivio, y para mi sorpresa, llevaba debajo un uniforme similar al del oficial que le había saludado, aunque

sin las insignias de rango en el cuello**-. Así está mejor-.** Le entregó el vestido ricamente estampado al guardia más cercano y me sonrió, como un hombre que hace una confidencia**-. No puedo soportar esos malditos vestidos-,** dijo**-. Me hacen parecer un maldito edredón.**

No podía discutírselo, así que no lo intenté. En su lugar, fui hacia el hololito y me dirigí al general**-. Sin duda sabe quiénes somos-,** dije**-, así que no perderé el tiempo con presentaciones-.** Sobre todo porque yo no tenía ni idea de quiénes eran los tres compañeros de Gries; al fin y al cabo, con sus cascos puestos me parecían todos iguales, aunque dudaba de que si se los hubieran quitado hubiera cambiando la cosa**-. ¿Qué estamos viendo aquí?**

-La disposición actual de todas las unidades que conocemos-, respondió el hombre de azul y gris, aparentemente tan feliz de prescindir de las formalidades como yo**-. Azul para los leales, y amarillo, verde y rojo para las diferentes facciones enemigas. Se han atacado entre ellos tanto como a nosotros, así que nos hemos contentado con dejarlos seguir en ello mientras esperábamos que llegara la fuerza de socorro.**

-Ese momento ya ha llegado-, le recordó Gries, asomándose repentinamente a mi lado y mirando fijamente la pantalla con una expresión pensativa en su cara**-. Estos despliegues no tienen sentido.**

Miré la pantalla con más cuidado, tratando de ver lo que quería decir. Los iconos rojo, amarillo y verde estaban

agrupados alrededor de los enclaves azules como espuma alrededor de un sumidero. Cada uno rodeando cualquier reducto imperial que había en el sector de la ciudad que controlaban. Uno cada uno, más el palacio, que parecía estar en el vértice de sus zonas de influencia, y que estaba bordeado al sur y al este por el rojo, el amarillo al norte y el verde al oeste.

-Tiene razón-, dije un momento después. Había concentraciones de color a lo largo de sus fronteras mutuas, pero no eran contiguas. Eso no era del todo inesperado, ya que las facciones en pugna necesitarían mucha más mano de obra para fortificar una línea arbitraria de varios kilómetros de largo de lo que ninguna podría soportar, pero las posiciones en las que se habían atrincherado no parecían particularmente estratégicas, y varios puntos débiles potenciales habían quedado completamente indefensos.

Gries alcanzó el atril de control, murmurando las letanías que los visioingenieros que mantenían sistemas similares para la Guardia parecían emplear mientras jugueteaban con los mandos. Debió haber manipulado los correctos, porque los tres conjuntos de colores se volvieron repentinamente de un único y uniforme enfermizo color púrpura, y entonces el patrón encajo en su lugar.

-Trono de Terra-, exclamé horrorizado**-. ¡Toda la ciudad es una trampa!**

-Evidentemente-, dijo Gries, como si hubiera sido algo obvio, aunque supongo que a buen seguro así debía haber sido para él desde el primer momento.

Sólo DuPanya parecía confundido**-. ¿General Orten?-,** preguntó, lo que al menos respondió a la pregunta del nombre de aquel tipo**-. ¿Qué quiere decir?**

-Quiere decir que hemos sido unos idiotas-, respondió Orten, con la mirada tan contrita como cualquiera tendría después de haber sido golpeado por esa incómoda constatación**-. La disputa interna con la que hemos estado contando para debilitarlos ha sido un mero montaje-.** Suspiró fuertemente**-. Me quedaré en mis aposentos hasta que pueda convocar el consejo de guerra.**

-No hará tal cosa-, le dije**-. Si este lío es realmente culpa suya, que me condenen si le dejo escapar tranquilamente hacia un pelotón de fusilamiento-.** Orten y DuPanya se quedaron boquiabiertos, y aunque los Astartes se mantuvieron tan impasibles como siempre, algo en su actitud logró transmitir también un cierto grado de sorpresa **(2)**.

(2) *Bastante comprensiblemente, dado que buena parte de los colegas de Caín habrían hecho arrestar al hombre, como poco, pendiente de una investigación, y la otra parte simplemente le hubieran pegado un tiro en la sien sin molestarse siquiera en empezar las formalidades para un interrogatorio.*

-El comisario Caín tiene razón-, dijo Gries mostrando su acuerdo**-. No es el momento de privarnos del oficial de mayor rango de la FDP.**

Asentí con la cabeza, aceptando la inesperada muestra de apoyo**-. Ahora mismo necesitamos de su conocimiento**

sobre la situación local. Ya podremos determinar de quién es la culpa de todo esto una vez que los rebeldes hayan hincado las rodillas.

-Por supuesto, estoy a su disposición-, dijo Orten, con la apariencia de quién acaba de saltar de la sartén para caer en las brasas.

-Me temo que aún no les sigo-, dijo DuPanya, evidentemente confuso, y Gries señaló al hololito con un guantelete amarillo.

-Estas disposiciones de las tropas solo tienen sentido si los rebeldes actúan como una sola fuerza unificada. Pueden defender la ciudad de ataques externos con gran eficacia, y obstaculizar los movimientos de cualquier activo imperial que intente desplegarse dentro de ella.

-Un aterrizaje de la Guardia Imperial tendría que tener lugar en el espacio puerto-, añadí, señalando el campo de aterrizaje en las afueras de Fidelis, desde donde, en tiempos más felices, aterrizarían y despegarían las naves y los transbordadores orbitales**-. Es el único espacio abierto lo suficientemente grande para establecer una cabeza de playa. Pero una vez que estuvieran allí, no serían más que meros patos de feria para un bombardeo coordinado, desde esas unidades de Basilisks y Manticores.**

Orten asintió**-. Que hasta ahora se han estado apuntando unos a otros, o eso nos han hecho creer.**

-Deben ser neutralizados-, dijo Gries con calma**-. Ahora que somos conscientes de la magnitud del engaño, la estratagema no tendrá éxito.**

-No mientras los rebeldes piensen que seguimos estando engañados-, dije, preguntándome cómo se las arreglaron para conseguir realizar un truco de prestidigitación tan enorme. El grado de coordinación requerido habría sido inmenso, y hubiera puesto a prueba las habilidades incluso de un alto mando experimentado, así que difícilmente encajaba con las capacidades de una chusma de milicianos descontentos. Las palmas de mis manos volvieron a picarme, pero esta vez no hubo una repentina avalancha de perspicacia que diera sentido a mi persistente inquietud, así que dirigí mi mente a las preocupaciones más inmediatas**-. El problema es que en el momento en que nos movamos para eliminar esas posiciones, se darán cuenta de que estamos al tanto del engaño.**

-Esa es también mi conclusión-, confirmó Gries**-. Redirigir nuestras escuadras revelaría nuestras intenciones de inmediato, ya que el enemigo seguramente sabrá ya cuál es su destino-.** Volvió a estudiar el hololito**-. Sin embargo, las baterías de los Manticores están cerca de la línea de avance que tomaríamos para relevar a los defensores del claustro del Administratum. Si mis hermanos de batalla y yo hacemos una tercera salida, los rebeldes no se darán cuenta que ese es nuestro objetivo hasta que ya sea demasiado tarde.**

-Lo cual sólo deja pendientes a los Basilisks-, concordé, incapaz de encontrar fallos en su razonamiento.

-¿Podría eliminarlos la Thunderhawk?-. Preguntó Orten, y yo sacudí la cabeza.

-Lo dudo-, le dije**-. He servido anteriormente con una unidad de artillería, y siempre están preparados para un ataque aéreo. En el momento en que aparezca en sus auspex, los Basilisks se dispersarán. Conseguiríamos algo, pero no hay garantías de que no sobrevivan los suficientes para montar un bombardeo efectivo del aeródromo.**

-Entonces usted tendría que encontrar la manera de llegar hasta ellos, ¿no es así? -. Dijo una nueva voz, y me volví para encontrarme con una joven con una versión aún más absurda del elaborado uniforme que llevaban la mayoría de los soldados del búnker. La tela carmesí estaba adornada con una trenza de plata, y el escudo del regimiento estaba bordado en sus charreteras con hilo de oro, que brillaban bajo los focos casi tan brillantemente como los botones de su chaqueta, aunque la pareja superior se había dejado sin abrochar para exponer una generosa porción de escote. Todo el conjunto tenía claramente su origen en las manos de un modisto más que de un intendente, aunque la pistola láser enfundada en su cintura parecía de verdad, aunque fuera lo único.

-Comisario, honorables Astartes, les presento a mi hija Mira-, dijo DuPanya, aunque el parecido era tan fuerte que ya lo había deducido por mí mismo. Mira DuPanya obviamente había heredado la complexión de su padre,

aunque hasta ahora la tendencia genética a la gordura no había llegado más allá de un toque de exuberante madurez en sus pómulos, e impartiendo un agradable relleno a la chaqueta y al pantalón de su uniforme, lo que ciertamente me habría tomado el tiempo de apreciar en circunstancias más relajadas. Su pelo era rubio y muy tupido, con unos ojos verdes que miraban en nuestra dirección como si de alguna manera se decepcionara al no encontrarnos más entretenidos.

-Eso podría ser un poco más fácil decirlo que hacerlo-, respondí, dirigiéndome a ella directamente, en un tono que, aunque formalmente educado, logró transmitir un claro mensaje: *así que vete y deja el trabajo de soldado a los profesionales.* Desafortunadamente, Mira, como a mi pesar muy pronto descubriría, no reconocería una indirecta ni aunque se la entregaran envuelta para regalo, con una etiqueta que pusiera "indirecta" en letras mayúsculas.

-Sólo si uno es lo suficientemente estúpido para quedarse en la superficie, donde todos puedan verle venir-, dijo con desdén, y fue a pararse al lado de su padre, que comenzaba a mostrarse claramente incómodo. Tampoco podía decir que pudiera culparlo, ya que obviamente tenía una idea mucho mejor de quiénes éramos y qué representábamos.

Sin embargo, para mi sorpresa, Orten estaba asintiendo pensativo**-. ¿Quieres decir usando la red subterránea?-,** preguntó, y Mira se hizo eco del gesto.

-Por supuesto que sí-, dijo ella, mientras el desprecio y la confianza en sí misma se mezclaban en su voz de una

manera que ya empezaba a parecerme bastante molesta**-. Pasamos suficiente tiempo colocando trampas en los túneles de servicio para impedir que los rebeldes entraran, ¿no? ¿Por qué su gente no puede utilizarlos para salir?**

-Suena factible-, dije, habiendo pasado suficiente tiempo corriendo por los entresijos subterráneos de varios mundos para ser perfectamente consciente de la extensa naturaleza de las infraestructuras que casi con toda seguridad sustentaría una urbe del tamaño de Fidelis**-. ¿Hay aquí abajo algún mapa que podamos consultar?**

-Debería haberlos-, dijo Orten, y se fue a conversar con un ayudante cercano.

Me volví hacia Gries**-. He estado en túneles de servicio antes-,** dije**-, y tienden a ser un poco estrechos-.** Intenté imaginarlo a él y a sus hombres metiéndose por los conductos en los que solía jugar de niño **(3)**, y fracasé estrepitosamente**-. Tal vez sea mejor que se atenga a su propuesta original, y deje a los Basilisks a una unidad local.**

(3) *Aparentemente en los subterráneos de una Colmena, aunque sigue siendo un misterio en que mundo se encontraba esta.*

-Ciertamente-, aceptó Gries**-. Un asalto en dos frentes, en la superficie y bajo ella, parece ser la mejor estrategia. Una vez que nuestras fuerzas estén comprometidas, las escuadras de combate y la Thunderhawk pueden ser desviadas para respaldarnos.**

-Suena bien-, confirmé.

-Entonces podemos empezar tan pronto como haya seleccionado un equipo para acompañarle-, dijo Gries, y me di cuenta demasiado tarde de en qué me había metido. No hace falta decir que nunca tuve la intención de liderar en persona el asalto a los Basilisks, pero sabiendo la imagen que Gries se había hecho de mí, creyéndose totalmente que mi hinchada reputación estaba plenamente justificada, me resultó evidente el por qué había hecho esa suposición. Por desgracia para mí, ahora no podía echarme atrás sin defraudar a los Astartes con los que se suponía que debía servir de enlace, y socavar mi autoridad frente al gobernador, así que no me quedó otra que asumir la situación en que me había metido y tratar de sacar ella todo lo que pudiera. Al menos las cosas no podían empeorar, o eso pensé en aquel momento.

-Yo me encargaré de eso-, dijo Mira, interrumpiendo de nuevo con toda la arrogancia casual de un mocoso rico nacido para gobernar un planeta. Asintió con frialdad al capitán de los Astartes**-. Estaremos listos para salir en media hora.**



Para cuando consiguieron organizarse los efectivos de la FDP ya había pasado casi una hora y ya habíamos recibido la alentadora noticia de que las dos escuadras de combate habían alcanzado sus objetivos sin sufrir baja alguna, y que

la Thunderhawk al acecho había revolucionado a los rebeldes como hormigas enloqueciendo cuando alguien metía un palo en su hormiguero. En ese momento me encontré enfrascado en una conversación totalmente inoportuna con la hija del gobernador, que parecía incapaz de asimilar la idea de que alguien tuviera más autoridad que ella.

-Lo siento, mi señora-, dije, ejerciendo todas las habilidades diplomáticas que poseía para suprimir el impulso de decir algo mucho más directo**-, pero en conciencia no puedo permitir que nos acompañe.**

Mira me miró con el tipo de expresión que supongo normalmente reservaba para una doncella que había preparado su baño a la temperatura equivocada**-. Yo dirijo esta expedición-,** resopló con sequedad**-. Aprenda a vivir con ello.**

-Que usted quien siga con vida es lo que me preocupa-, dije, decidiendo que evidentemente la sutileza era un concepto que le resbalaba**-. El campo de batalla no es lugar para un civil-.** Especialmente si su presencia podía ponerme en peligro, algo que ella haría con toda seguridad.

La hija del gobernador se enderezó en toda su estatura hasta alcanzar la altura de mi barbilla, mientras se las arreglaba para mirarme con cierta soberbia**-. Soy coronel en jefe del regimiento de la casa-,** dijo, señalando con un dedo el pecho de su ajustado uniforme, justamente entre los prominentes pechos que apuntaban vigorosamente en

mi dirección**-. ¿O es que acaso no puede reconocer un uniforme militar cuando lo ve?**

-Por regla general, si-, repliqué, tratando con dificultad de evitar mirar fijamente la zona del uniforme que estaba señalando**-. Pero, en cualquier caso, el título de coronel en jefe es generalmente considerado como un rango honorario.**

Un ligero rubor comenzó a extenderse por su mejilla, seguido de un ceño petulante. Sin duda, la sensación de no lograr salirse con la suya le estaba resultando una novedad sumamente desagradable**-. ¿Cuánto entrenamiento militar real ha realizado? -.** Pregunté.

-Mis obligaciones habituales no me dejaban tiempo para ese tipo de cosas-, admitió a regañadientes**-. Pero he estado fuera de las murallas en un par de ocasiones-.** Cogió la pistola, que había obtenido de quién sabe dónde, con más confianza de la que normalmente esperaría ver en un civil, y tuve que admitir que la manejó como si de verdad supiera lo que estaba haciendo**-. Y he estado usando armas en cacerías desde que era una niña.**

-Imagino que en muy raras ocasiones las presas le devolvían el fuego-, repliqué sarcásticamente. Me volví hacia DuPanya, que estaba rondando cerca con la escuadra de soldados que lo habían escoltado al encuentro con la Thunderhawk. A pesar de su ridículo atuendo, todos parecían poder manejarse lo suficientemente bien, algo que realmente esperaba: en la mayoría de los mundos, las tropas de la casa que custodiaban al gobernador solían ser

la flor y nata de la FDP, o por lo menos lo mejor que les quedaba después de cumplir con los diezmos de la Guardia. Me habría sentido mucho más feliz realizando esa estúpida misión con los guardias adecuados detrás de los que esconderme, pero al menos aquel grupo era lo mejor que había disponible. La mayoría mantenían cuidadosamente una expresión neutral, pero unos pocos no ocultaban lo mucho que disfrutaban del espectáculo de ver a su coronel en jefe ante una inesperada resistencia**-. ¿No puede hacerla entrar en razón?**

-No muy a menudo-, admitió DuPanya, sonando casi orgulloso del hecho**-. Y aunque su rango puede ser honorario, como usted dice, ella se lo toma en serio. Después de todo, la convierte en la oficial de mayor rango del regimiento.**

-Entiendo-, dije, muy animado al comprender que, si tal era el caso, yo podría dispararle legítimamente si me incordiaba en exceso**-. Pero estamos perdiendo el tiempo en este asunto-.** Gries y sus Astartes ya habían abandonado el búnker de mando, y estarían a medio camino de la puerta principal. Si debíamos estar en posición antes de que el enemigo se diera cuenta de que sus baterías de artillería eran el verdadero objetivo de los Recobradores, y al mismo tiempo estar listos para lanzar nuestro propio asalto, tendríamos que ponernos en marcha cuanto antes; de lo contrario, llegaríamos tan solo para encontrar a nuestro objetivo en alerta máxima, en lugar de contar con la ventaja de la sorpresa.

-Entonces deje de desperdiciarlo-, dijo Mira. Se volvió e hizo un gesto a los soldados, la mayoría de los cuales

llevaban cargas de demolición en sus mochilas, además de sus armas habituales**-. En marcha.**

-Quédense donde están-, dije, congelando el primer movimiento del escuadrón, quienes al instante se quedaron inmóviles. Me volví hacia Mira, adoptando en mi cara la expresión más intimidante de comisario**-. Permanecerá en la retaguardia. Aprenda a vivir con ello-.** Como había anticipado, el hecho de que le devolvieran sus propias palabras no le sentó nada bien.

-Corríjame si me equivoco, comisario-, respondió, pronunciando mi título en un tono que habría congelado el helio**-, pero tenía la impresión de que su cargo es puramente consultivo, fuera de la cadena de mando normal.**

-Técnicamente así es-, admití, enmascarando mi repentino malestar. En cualquier caso, nuestros consejos son generalmente escuchados con atención por los oficiales que los reciben. Porque si ese no es el caso, tenemos derecho a pegarles un tiro, algo que suele decantarles prestar atención.

-Entonces considere que le he escuchado-, dijo Mira, y volvió a dirigirse a los soldados**-. Muévanse.**

Bueno, estaba claro que no podía dispararle frente a su padre y esperar continuar con una relación laboral productiva, y dado que posiblemente el enemigo hiciera ese trabajo por mí, me encogí de hombros con lo que esperaba

que pareciera indiferencia casual**-. Tomo nota, coronel-,** dije con sequedad.

CAPÍTULO CUATRO

Al principio, y para mi cuidadosamente oculta sorpresa, las cosas parecieron ir bien después de todo. Demasiado ingenua o arrogante para apreciar los peligros de ir en la vanguardia, Mira dirigió la marcha desde el frente, algo que claramente sentó bien entre los soldados que nos acompañaban, caminando confiadamente a través del laberinto subterráneo como si simplemente estuviéramos dando un paseo en lugar de adentrarnos en territorio enemigo a cada paso que dábamos. A mí me parecía bien. Aparte de disfrutar de la bonita figura que presentaba desde mi punto de vista, estaba seguro de que atraería el fuego de cualquier enemigo que pudiera estar acechando aquí abajo, o bien activaría cualquier trampa que pudieran haber puesto, sirviendo de advertencia al resto de nosotros.

Entrar en el laberinto de los túneles había resultado ser sorprendentemente fácil, simplemente fue necesario pasar por una escotilla de acceso situada en el suelo de un pasillo cerca de las cocinas del palacio, y como me había enderezado después de flexionar las rodillas para absorber el impacto del aterrizaje, me sentí inmediatamente más cómodo que en cualquier otro momento desde mi llegada a Viridia. Estuviera acompañado o no por un imán para el fuego enemigo absurdamente vestido, aquel era un ambiente en el que yo me sentía como en casa, todos mis viejos instintos de habitante de colmena volvieron a mí. Eché un vistazo alrededor, notando con aprobación los trozos de metal quemados en la pared que una vez había soportado una escalera que conducía a la alcantarilla que estaba encima. Orten me había asegurado que se habían tomado todas las precauciones posibles para salvaguardar el palacio y sus alrededores de la infiltración enemiga, salvo

colapsar los túneles completamente con cargas de demolición (lo que habría evitado que DuPanya huyera si el palacio caía en manos de los rebeldes que le asediaban, aunque según decía eso era impensable), y me alegró ver que parecía tener razón en eso. Aparte de una lamentable tendencia a creer en las evaluaciones de inteligencia sin hacer demasiadas preguntas, parecía ser bastante competente, y sentí cierta satisfacción por lo acertado de mi decisión de dejarlo vivo y mantenerlo en su cargo.

De repente nos vimos sumidos en la oscuridad, al cerrarse la trampilla por la que habíamos entrado, y sentí que mis otros sentidos se agudizaban como siempre hacían en ausencia de luz. Una leve corriente de aire contra mi cara me proporcionó un sentido de dirección, y los ecos superpuestos de las botas contra el rococemento me señalaban donde estaban las paredes**-. Cierren los ojos por un momento-,** aconsejé**-. Les ayudará a adaptarse.**

-O podríamos encender las linternas-, replico Mira, uniendo la acción a la palabra. Un repentino destello de luz me hizo entrecerrar los ojos, y un par de soldados la siguieron, llenando el estrecho pasillo con danzantes haces de luz, que iluminaban los tubos y cables fijados a las paredes y al techo. Al menos ella había tenido la sensatez de sujetar su linterna al soporte para la bayoneta de su fusil, dejándole ambas manos libres para manejar el arma, algo que los demás no tardaron en imitar.

-Buena idea, coronel-, dije, con gran sarcasmo**-. ¿Y qué tal si mientras lo hacemos formamos un coro y nos ponemos a cantar por todo lo alto "*Soldados del Trono*" a fin de asegurarnos de que el enemigo nos oiga llegar?**

-Tú eres el que dijo que nos estamos quedando sin tiempo-, me contestó desabridamente mientras se reincorporaba, y se volvía para encabezar un rápido trote, algo que provocó interesantes bamboleos en su ajustado uniforme**-. No llegaremos a ninguna parte tropezando en la oscuridad.**

Reacio a admitir que ella tenía razón, me contenté con quedarme lo suficiente atrás para aprovechar las sombras, con la reconfortante certeza de que mi abrigo negro sería un camuflaje casi perfecto en la oscuridad, particularmente contra un enemigo aún deslumbrado después de disparar a Mira.

Después de unos pocos cientos de metros, que según mis cálculos nos situaban más o menos bajo el muro exterior, pude ver la razón de su confianza. El pasillo de delante estaba bloqueado por una pared de hormigón fresco, en la que se había colocado una estrecha puerta de hierro, lo suficientemente ancha como para que solo pasara un hombre de cada vez. Mira se detuvo justo delante y colocó la palma de la mano sobre la placa del escáner de un lector de código genético, que evidentemente había sido conectado a la cerradura por un tecnosacerdote con preocupaciones más urgentes que hacer un buen trabajo. El dispositivo zumbó y soltó unos pitidos por un momento, dándome tiempo para alcanzarla, entonces el pestillo hizo clic, y la puerta se abrió. Sorprendentemente, yo fui el único que se puso en guardia **(1).**

(1) *Con lo que quiere decir que debió haber desenfundado su espada láser, aunque no se haya molestado en comentarlo.*

-¿Cómo sabes que el enemigo no está esperando en el otro lado?-. Pregunté, sorprendido por su sonrisa mientras se detenía en el umbral para mirarme.

-Porque ninguna de las minas ha explotado-, respondió**-. Mejor que te des prisa, se activarán de nuevo en treinta segundos**-. Y atravesó la puerta, trotando para alejarse en la oscuridad, seguida por sus tropas.

La seguí, mientras la puerta retumbaba al volver a cerrarse, prefiriendo guiarme por la luz relativamente tenue de su luminador, y aceleré mi paso en cuanto comprobé que no había estado exagerando sobre las minas. Había un gran grupo de cargas de fragmentación, fijadas a las paredes y al techo, con sus carcasas especialmente diseñadas para desplegar su mortal carga lo más ampliamente posible. A la intemperie serían letales, pero en un espacio tan confinado como éste, simplemente destrozarían a cualquiera lo suficientemente incauto como para acercarse a ellas, convirtiendo al desgraciado en una niebla sanguinolenta.

Mantuve el paso acelerado hasta estar seguro de que estaba más allá del rango de alcance de aquellos letales dispositivos, escuchando como se rearmaban con un débil clic apenas un segundo o dos después de haber pasado por el punto de estrangulamiento, y suprimí un escalofrío**-. ¿Alguna otra pequeña sorpresa como esa?** -. Pregunté, asegurándome de mantener un tono de voz lo más firme posible.

-Ninguna de la que tengamos que preocuparnos-, me aseguró Mira. Yo sabía por experiencia que tales

afirmaciones sólo sirven para tentar al destino, y, para reafirmar mi amargo pensamiento, antes de que el día terminara, nos encontraríamos con una sorpresa más grande y mortal de lo que cualquiera de nosotros podría haber imaginado. Pero como todavía estaba en una dichosa ignorancia de tal hecho, me di la vuelta y la seguí, en lugar de correr en la dirección opuesta tan rápido como pudiera.

Tras más o menos una hora de caminata rápida llegamos a nuestro destino. De acuerdo con el mapa que Orten nos había proporcionado, y que yo había cargado inmediatamente en mi placa de datos, no era la ruta más directa; pero evitaba tener que pasar por cualquier punto de estrangulamiento en el que hubiéramos tenido que arrastrarnos, escalar o superar obstáculos, que Mira no tenía ni la complexión ni el temperamento para afrontar. Como no creía que hubiéramos perdido un tiempo apreciable por el desvío, que nos había llevado a través de la habitual colección de conductos de servicios, desagües y alcantarillas (la última de las cuales había provocado audibles quejas de la aristocrática Mira, para mi malvada diversión, aunque me cuidé mucho de disimularlo), no me molesté en decirle nada.

A pesar de mis temores, su linterna no parecía haber atraído ninguna inoportuna atención algo que, contrariamente a lo que se podría esperar, no hizo nada para aliviar la tensión que sentía. Cuanto más tiempo estuvimos sin ser descubiertos, más sentía que estábamos a punto de serlo, y me encontré escuchando atentamente en busca de cualquier rastro de sonido que pudiera traicionar a los rebeldes que nos pudieran estar acechando en la oscuridad. Escuché muchos sonidos, como pueden imaginar, pero el instinto y la experiencia me permitieron identificar la

mayoría de los ruidos casi de inmediato, y descartarlos como cualquier tipo de amenaza.

Los más comunes se debían a meras alimañas, corriendo para esconderse en cuanto nos acercábamos con nuestras linternas y el ruido que producíamos, pero de vez en cuando estos eran más fuertes, indicando una presencia humana. Sin embargo, invariablemente éstos también huían en lugar de tratar de contactar con nosotros, lo que significaba que eran civiles, con una actitud comprensiblemente cautelosa hacia los hombres armados. No tenía ni idea de si eran obreros, que intentaban evitar que la fracturada infraestructura de la ciudad se desmoronara por completo, o simplemente desafortunados desposeídos, endémicos de los desórdenes civiles a gran escala, y lo suficientemente desesperados o temerosos como para intentar encontrar algún tipo de refugio allí abajo. Sea como fuere, no nos disparaban, y eso era todo lo que me importaba.

-Ya hemos llegado-, dijo Mira al final, y revisé mi cronógrafo, preguntándome qué tipo de progreso estarían haciendo Gries y su equipo. Por lo que había visto de ellos, había bastantes posibilidades de que ya hubieran alcanzado su objetivo, y que estuvieran acabando su trabajo. Una vez más, me encontré tratando de alcanzar el comunicador que normalmente habría llevado en mi oído, y lamentando amargamente su ausencia. Por supuesto, ya se me había ocurrido buscar uno en el búnker de mando, pero las FDP viridianas carecían de tales refinamientos. Lo mejor que pudieron ofrecerme fue una voluminosa unidad vox portátil, que actualmente rebotaba en la espalda de su operador. Sin embargo, tratar de usar aquel trasto nos habría costado un tiempo que justo en un momento en el que no podíamos permitirnos, así que no me quedó otra que resignarme a

permanecer fuera de contacto un poco más, e intentar ignorar mis recelos lo mejor que podía.

-Bien-, respondí, revisando subrepticiamente mi placa de datos para ver dónde estaba realmente aquel lugar al que decía que habíamos llegado. Resultó ser una alcantarilla, situada directamente bajo la plaza que los rebeldes habían decidido usar como parque de artillería, y empecé a formarme los primeros trazos de un plan de batalla. Imagino que pensarán que ya era un poco tarde para eso, y probablemente tengan razón, pero habían sido las circunstancias las que me habían encajado en aquella estúpida misión, y no por decisión mía, con lo que no había tenido muchas oportunidades de pensar mucho al respecto, más allá de la preocupación más inmediata de asegurar mi propia supervivencia. Le hice señas al operador del vox para que avanzara, y se acercó a mí, quitándose los voluminosos auriculares mientras lo hacía.

-Caín a Astartes-, dije, rezando al Emperador para que la frecuencia que se me había dado fuera correcta, y asegurándome de ser lo más breve posible, en caso de que estuviéramos siendo monitoreados**-. Estamos en posición. ¿Y ustedes?**

-En combate-, respondió para mi alivio Gries**-. Encontramos una ligera resistencia. La Thunderhawk comenzará los ataques de distracción en dos minutos.**

-Gracias-, respondí, mientras observaba al único escuadrón de soldados que me acompañaba, y a la distintiva y poco marcial figura de Mira, que escuchaba con atención, pero

que, por una vez y gracias al Emperador, pareció capaz de resistir la tentación de meter baza**-. Vamos a necesitar toda la ayuda que podamos conseguir.**

-Dejen este canal abierto-, dijo Gries, y luego cortó la comunicación.

-¿Qué ha querido decir con eso?-, exigió saber Mira, como si pensara que yo sabía la respuesta y que no la compartía para molestarla.

Me encogí de hombros**-. Probablemente quiere una posición exacta que darle a la Thunderhawk, para que no terminemos en el lado equivocado en un escenario de fuego amigo-,** me arriesgué a decir. Considerando la cantidad de muerte concentrada que representaba esa aeronave de combate, me parecía una precaución de lo más razonable. Me dirigí al sargento a cargo del escuadrón, cuyo nombre desconocía. Mira no se había molestado en presentarlos, si es que para empezar consideraba a los hombres bajo su mando nominal como individuos**-. Tendremos que subir y averiguar exactamente dónde están las piezas de artillería. Con un poco de suerte podremos usar las cargas de demolición para colapsar este túnel debajo de ellas, y anular así las baterías sin tener que abrirnos paso combatiendo a través de los centinelas.**

-Eso si esas unidades están estacionadas lo suficientemente cerca del túnel-, comentó el sargento, señalando el eslabón débil de mí plan, aunque asegurándose de no socavar mi autoridad al declararlo, como lo han hecho los eficientes *oncom* **(2)** desde que los

primeros humanos bajaron de los árboles en la Sagrada Terra y comenzaron a tirarse piedras unos a otros.

***(2)** Oncom - Oficial no comisionado, es decir, que han ascendido desde soldado raso y no han acudido a ninguna academia militar.*

-Esperemos que así sea-, dije**-, o tendremos que hacer esto de la manera difícil.**

De mis tiempos en el 12º de Valhallan **(3)**, sabía que probablemente cada pieza de artillería contaría con un equipo completo, más unos cuantos centinelas, personal de apoyo logístico y un puñado de oficiales, tanto subalternos como no comisionados, para asegurarse de que los reclutas cargaban los proyectiles correctamente. Dado que sabíamos, por las pictoimágenes orbitales, que había cinco **Basilisks** en la unidad, podía estimar con certeza que habría entre treinta y cincuenta hombres. Aunque con verdaderos soldados de la Guardia habría estado más que satisfecho de tener una probabilidad de tres o cinco a uno contra meros amotinados de las FDP, no era lo mismo contando con las tropas que me acompañaban ahora, aunque probablemente eran mejores que los rebeldes a los que nos íbamos a enfrentar. Y eso sin tener en cuenta a Mira, que probablemente equivaldría a que el enemigo contara con una escuadra extra.

***(3)** Unidad de Artillería a la que Caín estuvo asignado al principio de su carrera.*

-Bueno, sólo hay una manera de averiguarlo-, dijo, y antes de que pudiera detenerla comenzó a subir por la escalera que llevaba hasta la tapa de la alcantarilla sobre nuestras cabezas. Habiendo visto lo suficiente para saber

que no tendría sentido discutir con ella, y dado que dispararle no era una opción estando tan cerca del enemigo pues a buen seguro algún centinela lo escucharía, no me quedaba otra que seguirle la corriente, al menos por el momento.

-Esperen aquí-, le ordené al sargento, quién pareció más que feliz con la orden**-. Compruebe las cargas en mi ausencia-.** No tenía sentido que toda el escuadra nos acompañara fuera, cuando estaba totalmente seguro de que Mira se bastaría para atraer sobre sí misma la atención del enemigo. Sin embargo, no podía dejarla a su suerte, así que me lancé tras ella, esperando un momento para asegurarme de que su aparición a la luz del día no fuera seguida de inmediato por una descarga de fusiles láser.

No fue el caso, así que saqué la cabeza del agujero con precaución, encontrándome en una calle que tenía el aspecto de haberse llevado lo peor de la guerra: los edificios a ambos lados habían recibido múltiples impactos, con sus fachadas perforadas por el prolongado e indiscriminado uso de la artillería pesada, mientras que unos pocos metros más adelante la calzada había quedado completamente bloqueada al tráfico por el casco oxidado de un Chimera quemado. Aprovechando la cobertura que éste me ofrecía, salí del agujero como una rata de sumidero olfateando comida fresca y me escabullí a sotavento del vehículo abandonado.

-¿Dónde están los demás?-, me preguntó Mira, desde la altura de mis rodillas, al haberse encogido para pasar por debajo de la hoja del bulldozer del Chimera que había quedado en posición elevada, en busca de protección extra, la primera cosa sensata que la había visto hacer. Su arma

estaba preparada, apuntando en dirección a la alcantarilla, evidentemente para cubrir mi avance, y recé silenciosamente una oración de agradecimiento al Trono Dorado por no haberla asustado lo suficiente como para que apretara el gatillo.

-Se han quedado abajo-, le respondí en voz baja**-. Les ordené que nos esperaran allí.**

-¿Qué hiciste qué?-. Se puso de pie y me miró fijamente, aunque el efecto quedó algo difuminado por la gruesa capa de suciedad que se había pegado a su chaqueta y a las rodillas de sus pantalones; al menos ahora encajaba un poco mejor con el paisaje que nos rodeaba, lo cual era algo positivo**-. ¡Los necesitamos con nosotros!**

-¿Alguna vez has ido a acechar en alguno de tus viajes de caza?-. Pregunté.

Mira asintió hoscamente**-. Por supuesto-,** dijo, teniendo el sentido común de hablar también en voz baja, lo que fue una grata sorpresa.

-¿Y había una cantidad considerable de soldados preparados para dispararte mientras lo hacías?-, le pregunté tranquilamente.

Mira sacudió la cabeza con desdén**-. Por supuesto que no, en ese caso hubiera sido un juego temible...-,** comenzó y entonces cayó en la cuenta de golpe**-. Ya veo lo que quieres decir. Tenemos que movernos en silencio, lo más discretamente posible.**

Sacudí la cabeza**-. Voy a tener que moverme en silencio-,** le expliqué**-. Quédate aquí, por si acaso necesito fuego de cobertura.**

Sería el primero en admitir que asumir el riesgo de explorar las posiciones enemigas en persona, en lugar de dejar que fuera Mira quien arriesgara su augusto pellejo, puede parecer un gesto poco habitual por mi parte, pero en ese momento tenía razones suficientes para tomar esa decisión. En primer lugar, tenía más que suficiente práctica en escabullirme en las inmediaciones de posiciones del enemigo sin ser visto, mientras que las supuestas habilidades de Mira eran un factor desconocido. En segundo lugar, gracias al tiempo que pasé con el 12º de Valhallan, sabía lo suficiente sobre las unidades de artillería como para evaluar cuán grande era la amenaza de la batería una vez que le echara una mirada decente, mientras probablemente Mira informaría que los Basilisks estaban pintados de un color horriblemente pasado de moda. En tercer lugar, gracias a mi afinidad innata por los ambientes subterráneos, sabría al instante, con sólo un vistazo, lo cerca que estaban de los túneles del alcantarillado, y donde sería mejor colocar las cargas para causar la máxima cantidad de daños posible.

Por un momento pareció que Mira estaba a punto de discutir, pero antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo el piloto de la Thunderhawk decidió proporcionar la distracción que Gries me había prometido. Lo que ella había estado a punto de decir quedó abruptamente cortado por el sordo estrépito de una detonación distante, y una columna de humo se abrió paso por encima del artificial horizonte de los edificios que nos rodeaban, seguido un momento

después por un débil temblor que me llegó a través de las suelas de las botas. Parecía que habían alcanzado un depósito de municiones, o algo igualmente combustible; en cualquier caso, podía apostar con bastante seguridad que habrían captado la atención de los rebeldes.

Aprovechando la momentánea ventaja, corrí hacia el edificio más cercano, cuya estructura parecía mantener cierta solidez, a pesar de la cantidad de agujeros que atravesaban sus paredes exteriores. Evidentemente había sido un centro comercial de algún tipo, pero lo que solía venderse allí era algo que yo sólo pude tratar de adivinar, ya que los saqueadores habían visitado el lugar mucho antes que yo, y habían terminado de destrozar el lugar. Entré por el largo y ancho hueco donde solía estar una ventana, haciendo crujir los cristales rotos al para sobre ellos, y me dirigí hacia las sombras de la parte trasera de la tienda, donde, como en el túnel, mi sombrío uniforme me permitiría confundirme con el entorno más fácilmente.

El Emperador o la suerte me acompañaron, y encontré una escalera justo al otro lado de una puerta de madera que había sido arrancada de sus bisagras. También había un ascensor, pero no lo habría usado ni aunque hubiera habido electricidad; la idea de ser descubierto por el enemigo atrapado en una pequeña caja de metal era, como mínimo, de lo más inquietante. Subí las escaleras con rapidez, cinco o seis pisos, antes de que una corriente de aire frío detuviera mi ascenso, y me aventuré en lo que evidentemente había sido uno de los pisos superiores del centro comercial. De hecho, independientemente del número de pisos de los que el emporio había presumido en su pasado, aquel era en aquel momento lo más alto que podía llegar. El techo se había desplomado en la mitad del

área del piso, junto con suficientes escombros como para estar seguro de que los restos de la estructura que quedaban por encima de ese nivel no soportarían mi peso con total seguridad.

En cualquier caso, supuse que ese piso estaría lo suficientemente alto para mis propósitos, y solo necesite echar un rápido vistazo para confirmarlo. Faltaba la pared más lejana, y el piso se terminaba abruptamente a un metro de donde debería haber estado, permitiendo una vista panorámica de gran parte de la ciudad. Me dirigí hacia allí con cautela, comprobando el estado del suelo en cada paso, pero afortunadamente era lo suficientemente sólido, y en uno o dos minutos estaba lo suficientemente cerca del borde como para ver el parque de artillería de los rebeldes, a través de los restos del edificio intermedio situado en el otro lado de la calle. Era evidente que este había sufrido muchos más daños que en el que yo estaba; y aunque todavía quedaban algunos pisos en pie, había quedado reducido a la mitad de la altura de la destrozada estructura en la que yo me encontraba.

La más superficial de las miradas fue suficiente para decirme que mi plan de colapsar la alcantarilla no funcionaria. Sólo una de las piezas de artillería estaba en el lugar correcto para quedar incapacitada, el resto estaba dispersa alrededor de la plaza, contando con los restos de los edificios para su protección y camuflaje, rodeadas de emplazamientos de sacos de arena. Tampoco había ninguna posibilidad de poder hacer una carrera y colocar cargas de demolición: nos derribarían antes de tener la más mínima posibilidad de acercarnos. Al cambiar el viento, me llegó el ronroneo de los motores en ralentí y el sabor acre del promethium quemado; tenía razón en que estaban

preparados para dispersarse si aparecía la Thunderhawk, volando en su dirección. Quizás si minásemos los caminos con las cargas de demolición que habíamos traído con nosotros podríamos embotellarlos lo suficiente para que la nave de combate las eliminara, pero nuestras posibilidades de poder colocar los explosivos al descubierto sin ser vistos eran mínimas.

Todavía estaba meditando sobre el problema cuando un rayo láser paso siseando a mi lado, impactando contra los restos de una de las columnas que solían soportar el piso de arriba. Me giré, sacando mis armas y maldiciéndome a mí mismo por tonto. La razón por la que había elegido este lugar para explorar el emplazamiento del enemigo también lo convertía en el lugar perfecto para colocar centinelas, y debería haber previsto la presencia del enemigo. Dos hombres corrían hacia mí, con las pistolas en ristre, disparando sin detenerse, algo por lo que di gracias al Emperador ya que afortunadamente para mí es casi imposible disparar con precisión yendo a la carrera; si hubieran tenido la sensatez de quedarse quietos y apuntar bien, probablemente me habrían derribado antes de que pudiera siquiera darme cuenta de su presencia.

Por desgracia para ellos, yo no cometí el mismo error, apenas di un par de zancadas para refugiarme detrás del robusto pilar que ya había detenido uno de sus tiros, antes de ponerme en cuclillas y devolverles el saludo con un par de disparos de mi pistola láser. De primeras mi puntería no fue mejor que la de ellos, uno de mis disparos apenas alcanzó el borde de la armadura del torso del hombre de la derecha, pero fue más que suficiente para hacerle dudar. Le ahorre la molestia de buscar una cobertura, metiéndole un tercer y menos apresurado disparo entre los ojos. Cayó con

fuerza, y aparte de los involuntarios espasmos reflejos, no se volvió a mover.

Esto me dejaba solo al segundo hombre, que se había desplazado a un lado, hacia la parte derruida del piso, con la esperanza de flanquearme y esquivar el obstáculo que representaba el pilar de rococemento tras el que me había refugiado. Me hice a un lado para esquivarle, mientras trataba de apuntarle, pero con una tardía oleada de sentido común cambió a automático, rociando mi improvisada cobertura con una ventisca de fuego demasiado intensa como para que yo pudiera arriesgarme a salir para hacer lo propio.

Los disparos cesaron abruptamente, y aproveché la oportunidad que me presentaba esa momentánea pausa, fintando a un lado mientras me ponía de pie, alzando mi espada sierra para hacer frente a la esperada carga del enemigo, al tiempo que buscaba un objetivo con mi pistola láser. Para mi sorpresa, ya estaba derribado, yaciendo entre los escombros del suelo, más muerto que Horus. Me acerqué al cadáver con cautela, anticipando algún tipo de trampa, pero al acercarme pude ver que le faltaba la parte posterior de la cabeza, destrozada por un disparo láser. Por el ángulo de la herida, pude ver que le habían alcanzado desde abajo, fuera del edificio.

Me acerqué cautelosamente al borde de desmoronada fachada y miré hacia abajo. Mira estaba todavía agazapada a sotavento del Chimera quemado, con su arma levantada y apuntando en mi dirección. Al verme, bajó el arma y me saludó, de una manera que, incluso a esa distancia, me pude percatar de que estaba bastante orgullosa de su trabajo. Difícilmente me iba a quejar por eso dadas las

circunstancias, así que le devolví el gesto y me dirigí a registrar los cuerpos de los últimos centinelas. No llevaban ningún equipo de vox, ni ningún otro artilugio que pudiera proporcionarme algo de información útil, así que comencé a ir hacia las escaleras, con la única intención de volver al agujero y desaparecer de la vista antes de que alguien pudiera echarlos en falta y decidiera pasarse por allí.

Desgraciadamente, apenas había avanzado un paso o dos antes de que el aire pareciera espesarse a mi alrededor, los pelos de mis brazos se erizaron como si una tormenta eléctrica se estuviera formando, y una notablemente desagradable sensación de presión comenzó a presionar desde detrás de mis ojos. Sentí como si mis senos nasales estuvieran llenos de rococemento, trastabille y mi visión se difumino. Entonces, tan repentinamente como había empezado, la sensación terminó, dejándome algo mareado, aunque indudablemente aliviado.

Me apresuré a volver al agujero en la pared, mirando al exterior ansiosamente, justo cuando el estruendo provocado por el aire desplazado resonaba entre los edificios, de manera similar a las distantes explosiones, allá donde la tripulación de la Thunderhawk continuaba divirtiéndose. El parque de artillería rebelde estaba en un estado de completa confusión, con gente corriendo por todas partes, como ratas en una habitación cuando alguien enciende las luces, y al comenzar los disparos, empecé a comprender el motivo. Altas figuras ataviadas con armaduras blancas y amarillas avanzaban sin prisa por el pandemónium, obviando los impactos de fusiles laser y las ocasionales granadas lanzadas en su dirección, con un magnífico desdén. Eran más grandes y voluminosos que los Astartes que había visto hasta entonces; aunque me familiarizaría

con ellos más adelante. Era la primera vez que veía una armadura modelo Exterminador en acción, aparte de un puñado de segundos a bordo de una nave Necron antes de perder el conocimiento. La mayoría de los Astartes que las vestían parecían llevar bólters de doble cañón, que tenían una asombrosa potencia de fuego, desgarrando todo rastro de resistencia con una pasmosa facilidad, y uno de ellos contaba con un par de módulos lanzamisiles instaladas en sus hombros.

Mientras observaba, el Exterminador disparó uno de cada módulo, alcanzando un Basilisk que había empezado a alejarse, envolviéndolo en una explosión que derribó a muchos de los defensores a su alrededor, mientras los Astartes avanzaban tranquilamente, sin verse aparentemente afectados por ella. Otro de sus compañeros se acercó a la pieza de artillería más cercana y comenzó a destrozarla literalmente con sus manos, las largas garras de metal adheridas a sus guanteletes atravesaron el grueso metal como si no tuviera más sustancia que la niebla o las sombras, con una débil nube de arcanas energías chisporroteando a su alrededor **(4).**

(4) *La práctica habitual es desplegar unidades de Exterminadores especializadas, equipadas o bien con armamento para luchar a distancia o bien cuerpo a cuerpo. No está claro el porqué del comentario de Caín, puesto que en este caso concreto o bien habían sido enviadas dos escuadras al completo, o bien los Recobradores habían combinado unidades de ambos tipos para formar una nueva unidad, tal y como fue confirmado posteriormente. En cualquier caso, esta práctica es sumamente poco frecuente.*

Presos del pánico, los miembros de la tripulación de la unidad de artillería saltaron del vehículo, y corrieron en direcciones aleatorias, desesperados por escapar antes de que esas formidables garras se interesaran por su carne.

A regañadientes, aparté mis ojos del espectáculo, porque no es frecuente el encontrarme tan cerca de una batalla sin que alguien desvíe mi atención al intentar matarme, y miré hacia abajo para asegurarme de que Mira estaba bien. En ese momento se la veía claramente un tanto aprensiva, aunque nadie podría culparla; aparte del desconcertante efecto de quedar atrapada en el perímetro de un campo de teletransporte, estaría escuchando todo el ruido de los combates sin tener idea de lo que estaba pasando. La saludé de nuevo para llamar su atención, tan despreocupadamente como pude, y empecé a bajar las escaleras para tranquilizarla. Después de todo, por muy molesta que me resultara aquella mocosa mimada, el caso es que acababa de salvarme la vida, algo que siempre he agradecido, a lo que había que sumar que era considerablemente más atractiva que Jurgen, quien normalmente se encargaba de realizar tal trabajo.

-¿Qué está pasando?-, exigió saber, en el mismo instante en que estuve al alcance de su comunicador.

-Los Marines Espaciales están encargándose de la artillería por nosotros-, le dije, tratando de no sonar muy complacido por ello**-. Ese dolor de cabeza de hace unos minutos fue provocado por el teletransporte de un grupo de Exterminadores-.** Algo que me parecía un tanto exagerado, dado que una escuadra de combate normal de Astartes podría haber eliminado a los rebeldes sin sudar, aunque sólo los Exterminadores tenían el entrenamiento y la experiencia para desplegarse por teletransporte. Un pensamiento me golpeó de improviso, y asentí con la cabeza en una repentina comprensión**-. Ahora me explico el que Gries quisiera que mantuviéramos abierto el**

enlace de vox. Deben haberlo usado a modo de baliza de posición.

-Entonces tenemos que traer a nuestra gente aquí arriba-, dijo, girando hacia la alcantarilla de la que habíamos salido**-. Los Astartes podrían necesitar refuerzos.**

-Lo dudo mucho-, dije, esforzándome por ocultar el alivio que sentía de mi voz. Podría ser debido al efecto del edificio, pero me pareció que el fuego se estaba reduciendo tanto en intensidad como en volumen**-. Pero tienes razón en lo de volver a ponernos a cubierto tan rápido como podamos-.** Si había leído bien la situación, los pocos rebeldes que quedaban pronto dejarían de intentar luchar, empezarían a huir por sus vidas en cualquier momento, y ese sería un mal momento para quedar atrapados al descubierto. Esperaba que Mira se pusiera a discutir conmigo, ya que parecía ser su reacción habitual más o menos por reflejo cada vez que intentaba inculcarle algo de sensatez, pero si estaba a punto de hacerlo o no, el caso es que nunca tuvo la oportunidad. En su lugar, se agachó detrás del destrozado Chimera y levantó su arma.

-Demasiado tarde-, dijo.

CAPÍTULO CINCO

Una rápida mirada alrededor del casco del Chimera fue todo lo que necesité para confirmar que Mira tenía razón: ya no había forma de que pudiéramos volver a los túneles sin ser vistos. Una escuadra al completo de infantería rebelde, vistiendo todavía los restos de sus viejos uniformes de las FDP, redecorados con algunos garabatos pintados en los lugares antes ocupados por los parches de su antigua unidad, que habían sido arrancados de las mangas, se estaban desplegando en la calle más abajo, en formación de combate y avanzando en nuestra dirección. Mientras observaba como se acercaban, las palmas de mis manos empezaron a picarme con más intensidad. Aunque todavía no podía especificar que pasaba, sabía que algo no iba nada bien.

-Hay más allá arriba-, comentó Mira, blandiendo su arma en dirección al piso superior desde el que había estado observando al enemigo, y donde había dejado a los dos centinelas muertos unos momentos antes. Fue recompensada por un parpadeo de movimiento, aunque quienquiera que fuera se agachó de nuevo, quedando fuera de nuestra vista con una prisa casi indecente.

-¡Mierda!-. Exclamé, sin tener en cuenta el hecho de que había una dama presente. Estaríamos muertos si alguien empezara a dispararnos desde ahí arriba, y aunque Mira había matado a un hombre desde aquella distancia, no imaginé ni por un momento que sería capaz de repetir su hazaña con rayos láser zumbando a su alrededor**-. Todo este tiempo tiene que haber habido un tercer hombre ahí arriba vigilándonos.**

No entendía cómo podría haber estado allí todo el rato, porqué en ese caso, a buen seguro habría intervenido en el tiroteo. Pero la única otra explicación que se me ocurría tampoco tenía sentido. Ninguno de los centinelas que habíamos eliminado tenía equipo de vox, así que ¿cómo podrían haber pedido ayuda?

-Estoy más preocupado por los que están aquí abajo-, dijo Mira, disparando un par de veces antes de que pudiera detenerla, derribando a uno de los soldados que avanzaban hacia nosotros haciendo que el resto corrieran a esconderse. Me sonrió exultante de alegría, antes de volver a vigilar al enemigo**-. ¡He cazado uno!**

-En lugar de esperar a disparar lo suficiente como para asegurarte de derribar a varios a la vez, una vez se hubieran acercado un poco más-, le recriminé, tratando de no sonar muy tajante al respecto. Preparé mis propias armas, y me agaché justo cuando un rayo láser alcanzó el descolorido metal sobre nuestras cabezas, enviando una breve lluvia de partículas de óxido al rojo que se bailaron sobre mi gorra. Como temía, el hombre del edificio también nos estaba apuntando, aunque, gracias al Emperador, parecía ser un tirador bastante deficiente.

-Pues en realidad creo que lo estoy haciendo bastante bien-, le replicó Mira, girando para enviar un par de tiros de represalia en dirección al piso superior. Esta vez no pareció darle a nada, pero tuvo éxito en desanimó a quien fuera de intentarlo de nuevo por un momento o dos**-. Al menos les disparo, en lugar de dedicarme todo el rato a criticar a los que si hacemos algo.**

Nada en todos mis años como comisario me había preparado para una respuesta como esa, pero a decir verdad, tampoco me había encontrado antes a alguien como Mira; y menos vistiendo una parodia de un uniforme militar, y aparentemente tratando de estar a la altura. Hasta ese momento, mis tratos con las hijas de la aristocracia se habían limitado al tipo de veladas a las que mi fraudulenta reputación me había hecho merecedor de ser invitado, generalmente como parte de una delegación de un contingente de la Guardia Imperial que, o bien acababa de llegar al sistema para hacer frente a alguna apremiante amenaza, o bien estaba a punto de partir después de haberlo hecho. Sabía que eran razonablemente buenas bailarinas, moderadamente aburridas y una compañía tolerablemente agradable para la noche, pero eso era todo. No tenía sentido desperdiciar nuestros últimos momentos en una discusión sin sentido, así que me guardé la instintiva y ácida respuesta que pugnaba por salir de mis labios y volví a mirar por encima de la Hoja Empujadora instalada en el frontal del Chimera.

-Definitivamente algo va mal aquí-, dije. No eran rebeldes aterrorizados que huían de los Astartes: sino que avanzaban con rapidez y determinación, de una cobertura a otra, con la mitad del grupo avanzando mientras el resto mantenía a sus compañeros cubiertos con sus disparos. Eché la cabeza hacia atrás para cubrirme tras la gruesa placa de acero justo antes de que esta recibiera una ventisca de rayos laser.

-¿Tú crees?-. Mira levantó su arma para devolver el fuego, sin tener en cuenta el estado de su cargador, y yo disparé unos cuantos tiros hacia el piso superior, seguro de que

nuevamente había visto movimiento allí arriba. La situación se volvía cada vez más desesperada: sólo era cuestión de tiempo que quienes nos acechaban desde las alturas consiguieran hacer un disparo afortunado, o que las tropas que avanzaban consiguieran flanquearnos.

Analizándolo en retrospectiva, probablemente habríamos muerto, o algo mucho peor, en apenas otro puñado de minutos, si no hubiera sido por los rebeldes supervivientes en el parque de artillería. Por la gracia del Emperador, eligieron aquel momento para escapar, corriendo alocadamente por la avenida formando una incipiente y aullante turba, olvidando por completo cualquier pretensión de disciplina militar en la desesperada carrera por la salvación.

-¡Vamos!-, le grité a la vez que agarraba a Mira por el brazo y salía corriendo hacia la alcantarilla abierta antes de que tuviera la oportunidad de empezar a discutir de nuevo**-. ¡Esta es nuestra oportunidad!**

He de decir en su favor, que pareció coger la idea, lanzándose en un inusitado esprint para una mujer cuya idea habitual de ejercicio era probablemente caminar por el pasillo hasta el comedor. El momento era crucial: habría sido irónico, por no decir otra cosa, habernos protegido de los disparos de nuestros enemigos con los cuerpos de sus camaradas, tan sólo para caer pisoteados hasta la muerte por aquella histérica multitud.

Tal y como estaban las cosas, conseguimos llegar a la alcantarilla de la carretera sin más dificultades de las que cabría esperar, a pesar del riesgo de torcernos un tobillo

debido a la multitud de escombros que llenaban la calzada, disparando un par de veces a nuestros enemigos más visibles mientras corríamos; no con esperanza alguna de alcanzarles, por supuesto, sino con la vaga esperanza de evitar que ellos nos dispararan. Sin ver la necesidad de perder más tiempo del necesario, alcé mi pistola láser y mi espada sierra sobre mi cabeza, para evitar que se trabaran en el borde de la alcantarilla, y salté con los pies por delante hacia la oscuridad que había debajo. No era un extraño a este tipo de situaciones, habiendo crecido en los bajos fondos de una colmena, y ya estaba flexionando mis rodillas para absorber el impacto cuando golpeé el rococemento a unos tres metros de profundidad. No me importa admitir que la sacudida fue mucho más fuerte de lo que recordaba cuando estaba en el reformatorio, pero conseguí mantenerme en pie y di un par de cautelosos pasos para comprobar que mis tobillos seguían donde debían estar, en lugar de haber subido por las espinillas hasta las rodillas, que era justo lo que se sentía.

-¿Estás loco?-. Preguntó Mira, bajando por la escalera, iluminando la estrecha cámara con la linterna que todavía estaba sujeta a su fusil láser, y yo me encogí de hombros.

-¿Cómo podría saberlo?-. Pregunté, aunque su respuesta no me importaba un carajo. A lo largo de mi carrera, ya había conocido los suficientes casos de personas con problemas de salud mental como para llenar un asilo, y todos y cada uno de ellos pensaban que estaban perfectamente cuerdos. Sin embargo, para mi alivio, Mira desdeñó responderme, habiendo encontrado algo más que había llamado su atención.

-¡Sargento!-, gritó, levantando ecos que se perdieron por los túneles**-. ¿Dónde está usted?**

-¡Silencio!-. Le ordene al tiempo que por primera vez comenzaba a percatarme de la ausencia de la escuadra que habíamos dejado aquí**-. Algo va muy mal.**

-De eso ya me he dado cuenta yo sola-, me replicó con tono mezquino, mientras barría el túnel al azar con el rayo de su linterna, lo que tampoco era de ninguna ayuda. Al menos no había signos visibles de un combate reciente, lo que supuse que era algo bueno**-. Deberían haber estado esperándonos-.** Evidentemente, la muy noble dama aún no se había percatado de la gravedad de nuestra situación. Estaba claro que para ella no se trataba más que de una molestia menor, similar a cuando se veía obligada a esperar a un chofer que se hubiera retrasado.

-Tenemos que ponernos en marcha-, dije. Lo que les había sucedido a nuestros compañeros era un misterio que podía esperar a ser resuelto más tarde-**. La escuadra enemiga estará aquí abajo tras nosotros en cualquier momento-.** Como para puntualizar mis palabras, algo tintineo por los peldaños de la escalera, y comencé a correr por el pasillo sin pensármelo dos veces**-. ¡Granada! -.** Le advertí a grito pelado por encima de mi hombro.

Afortunadamente, Mira era lo suficientemente rápida en la toma de decisiones cuando la situación lo requería, y ya me estaba pisando los talones cuando la carga de fragmentación explotó, salpicando de metralla el lugar donde habíamos estado apenas un momento antes.

-¡Me acabas de dejar a mi suerte!-, me gritó indignada, una vez que los ecos se habían extinguido lo suficiente como para poder escucharla.

-Te advertí del peligro-, le respondí secamente**-. ¿Qué más quieres? En el campo de batalla no se estila un "*Las damas primero*", querida-.** Y menos mal que fue así, porque, si quieren mi opinión, de lo contrario ambos habríamos quedado destrozados por la explosión.

Mira me miró fijamente, boqueando como un pez fuera del agua, demasiado aturdida como para poder decir algo por primera vez desde que la había conocido. Aprovechando mi momentánea ventaja, alcancé el cañón de su fusil **(1)**, y le apagué la linterna.

(1) *Solo podemos especular en que había enfundado y envainado sus propias armas.*

-Y mantén esa maldita cosa apagada-, añadí**-, si es que quieres salir de aquí con vida.**

Me preparé para la discusión que estaba seguro llegaría, pero nuestras aventuras hasta el momento parecían haber convencido a Mira de que jugar a los soldados era mucho más peligroso de lo que esperaba, y se contentó con murmurar algo que sonó a "campesino". Con todo, me han llamado cosas mucho peores en otras ocasiones, así que ciertamente podría vivir con eso.

-Vamos-, dije, tomando su brazo y conduciéndola hacia un pasaje lateral que podía sentir cerca por el alterado patrón

de los ecos a su alrededor. Supongo que era posible que nuestros perseguidores se rindieran después de lanzar su granada de fragmentación por la alcantarilla, pero si yo hubiera estado tan decidido a ver a alguien muerto como parecía estar ellos, entonces a buen seguro no estarían dando nada por sentado hasta ver el cuerpo.

-¿Hacia dónde?-, preguntó Mira, aunque al menos lo hizo en voz baja.

-A dondequiera que esto lleve-, le respondí, resistiendo la tentación de encogerme de hombros, aunque de todos modos ella no podría haber visto aquel gesto. Había una débil corriente de aire, lo que significaba que debía eventualmente debía dar al aire libre, o al menos conectar con algún lugar que si lo hiciera. Entonces capté el inconfundible sonido de pies que corrían por la galería que acabábamos de dejar atrás, y le apreté el bíceps**-. Quieta.**

Por lo menos, aquella vez tuvo la decencia de cumplir mi orden sin discutir, y permanecimos inmóviles mientras el ruido de pesadas botas se hacía cada vez más fuertes, acompañados por el resplandor de unas linternas, cuya intensidad iba en aumento mientras se filtraba en nuestro refugio, aunque afortunadamente, aun estaban lo suficientemente lejos como para alcanzar nuestra posición. Si alguno de los soldados que nos perseguían se hubiera molestado en dirigir el haz de su linterna a lo largo del pasaje lateral, con toda seguridad nos habrían pillado, pero por suerte parecían convencidos de que seguíamos por el túnel principal, y de que podrían alcanzarnos si corrían lo suficientemente rápido. Mientras el resplandor y los veloces pasos se desvanecían, Mira dejó escapar un suspiro de alivio y se desplomó contra mí.

-¿Quién era esa gente?-, preguntó.

-No tengo ni la menor idea-, le contesté, feliz de dejarla muda y quieta por un minuto o dos, mientras me orientaba y recuperaba el aliento. Estando seguro de que, por el momento, habíamos eludido a nuestros perseguidores, saqué la placa de datos de mi bolsillo y revisé el plano de Orten, asegurándome de mantener mi espalda entre el pasillo detrás de nosotros y el tenue brillo de la pantalla. El rostro de Mira resplandecía en la oscuridad, mientras se inclinaba hacia adelante para mirarlo.

Unos segundos de escrutinio fueron suficientes para identificar el pasaje lateral en el que nos habíamos refugiado, y mi espíritu comenzó a animarse, al menos ligeramente. No habíamos llegado muy lejos, y si podíamos seguir la corriente de aire que aún sentía contra mi cara hasta la superficie, nos acercaríamos lo suficiente a los Astartes como para reunirnos con ellos.

-Tenemos que volver atrás-, dijo Mira, con el ceño fruncido de preocupación mientras estudiaba la pantalla**-. Este pasaje va completamente en sentido contrario.**

-Es el camino correcto, mientras nos aleje de esos soldados-, le repliqué en seguida**-. Pronto se darán cuenta de que les hemos dado esquinazo, y volverán a la carga-.** Está claro que eso ni se le había pasado por la cabeza.

-¿Pero qué pasa con nuestra propia gente?-, me preguntó**-. ¿No deberíamos intentar encontrarlos?**

Sacudí la cabeza negativamente, olvidando que no podría ver el gesto en la oscuridad**-. No tiene sentido-,** le dije sin rodeos**-. Algo debe haberles pasado, o habrían estado esperándonos. En el mejor de los casos, habrán visto a unos rebeldes tratando de escapar por los túneles y todavía estarán tratando de cazarlos.**

-Y en el peor de los casos, los amotinados los habrán encontrado primero-, concluyó Mira.

-Correcto-, dije, sin querer pensar demasiado en esa opción. Estaba concentrado en la evidente contradicción que teníamos delante, por un lado estaban los disciplinados y coordinados soldados que nos perseguían, y por el otro la desorganizada chusma que fortuitamente se había interpuesto en su camino justo cuando nos tenían a tiro.

-Entonces pongámonos en marcha-, propuso**-. ¿Podemos usar de nuevo la linterna?**

Después de un momento, acepté, aunque a regañadientes. Haríamos muy pocos progresos si ella, la hija del gobernador no entendía el laberinto en el que nos encontrábamos, y yo no quería seguir allí cuando la escuadra que habíamos eludido volviera para comprobar los túneles laterales**-. Por el momento-,** dije**-. Pero sigue escuchando con atención. En el momento en que oigamos movimiento detrás de nosotros, quiero que la apagues. ¿Queda claro?**

-Cristalino-, dijo ella, y volvió a activarla. El haz de luz reveló el mismo ladrillo antiguo que había visto en la alcantarilla principal, con su superficie húmeda y resbaladiza debido a los líquenes, aunque, para evidente alivio de Mira, el pasaje del ramal en el que habíamos entrado parecía ser un desagüe para las inundaciones de las tormentas en lugar de una cloaca. La corriente de agua bajo nuestras botas era clara, y notablemente menos olorosa que el arroyo que habíamos dejado atrás tan recientemente**-. ¿Qué es eso?**

-Nada bueno-, dije, deteniéndome para examinar la mancha de liquen que había descubierto. Había sido raspado por algo que había dejado surcos paralelos de ladrillos visibles. Extendí mis dedos, pero apenas era capaz de abarcarlos**-. ¿Circulan en la ciudad alguna historia de mutantes viviendo en los túneles?**

-Por supuesto-. Comento Mira riéndose, antes de darse cuenta de que yo no estaba bromeando**-. Siempre hay historias sobre los subterráneos de las ciudades. Dudo que haya algún lugar en el Imperio que no tenga similares y tétricas leyendas populares.**

Bueno, ella tenía razón en eso, lo que no significaba que en algunas de ellas no hubiera un germen de verdad. No tenía sentido preocuparse por ello: los soldados detrás de nosotros eran lo suficientemente reales, y cualquier otra cosa que pudiéramos encontrar en el futuro no dejaba de ser ahora nada más que una mera amenaza potencial. Hice un gesto hacia delante nuestro, hacia la oscuridad**-. Después de ti-,** añadí sarcásticamente.

-Pensé que habías dicho que "*las damas primero*" no contaba en el campo de batalla-, me replicó Mira, moviéndose y dedicándome una sonrisa.

-Si cuenta cuando la dama es quién lleva la linterna-, le repliqué, asegurándome de que me quedaba lo suficiente atrás como para aprovechar mi abrigo negro en la oscuridad. Una leve alteración en el patrón de ecos hizo cosquillas en el borde de mi conciencia, y la insté a seguir adelante, acelerando mi propio ritmo mientras lo hacía**-. Mejor que te muevas. Están regresando.**

Mira no necesitó más estímulos y comenzó a correr a un ritmo más rápido, con su fusil láser preparado para luchar. La seguí, aprestando mis propias armas, aunque esperaba no necesitarlas, pero sospechando a ciencia cierta que las iba a necesitar a no mucho tardar.

La débil corriente de aire se fue haciendo cada vez un poco más fuerte, y comencé a pensar que lograríamos volver a la superficie antes de que los soldados que nos perseguían reencontraran nuestro rastro, pero desgraciadamente en ese aspecto iba a acabar profundamente decepcionado.

-Apaga la luz-, murmuré, justo antes de que los pasos llegaran al cruce a nuestras espaldas, y, para mi alivio, Mira me hizo caso de inmediato, sin discusión alguna.

-Puedo ver la luz del día-, suspiró, con un palpable alivio en su voz, y debo confesar que me sentí igual. Un tenue brillo gris se filtraba en el túnel desde algún lugar más adelante, y nos apresuramos hacia él, seguros de que

nuestros perseguidores ya debían estar ganando terreno. El ruido de las botas a nuestras espaldas se hizo más fuerte, indicándome claramente que habían entrado por el pasillo más estrecho siguiéndonos, y mis omóplatos comenzaron a hormiguear, anticipando el impacto de un rayo láser en cualquier instante.

El resplandor frente a nosotros comenzó a ser cada vez más brillante, pero también el brillo más amarillento de las linternas comenzó a penetrar en el túnel detrás de nosotros, y me di vuelta para lanzar una ráfaga de disparos con mi pistola laser. Difícilmente creía que les pudiera alcanzar a alguno de ellos, pero esperaba que eso pudiera asustarlos lo suficiente para que fueran más cautelosos, ralentizando su avance.

-¿Estás seguro de que es buena idea darles ideas?-. Me preguntó Mira con tono mosqueado, pero yo estaba demasiado ocupado tratando de escuchar la conmoción que había generado mi acción detrás nuestro como para prestarle atención. Las luces en movimiento se atenuaron, y el ritmo de las botas contra el suelo de ladrillos se interrumpió abruptamente. Los ecos hacían difícil estar seguro, pero me sonaba como si el soldado en vanguardia hubiera tropezado, o incluso hubiera sido derribado, si había tenido mucha suerte, y los demás tropezaban con él o reducían el paso para superar el repentino obstáculo.

-Acabo de comprarnos unos segundos más-, dije**-. ¡No los desperdicies! -.** La luz delante nuestra era ya lo suficientemente brillante como para reconocer nuestro entorno, más ladrillos cubiertos de líquenes, y pude ver las gotitas de agua que lanzaban nuestros pies al pisar sobre la fina película de agua que cubría el suelo del túnel. También

la corriente de aire era más fuerte ahora, y el olor era más fresco; estábamos casi al aire libre.

Abruptamente salimos del túnel, entrando en una amplia cámara, de la cual salían varios pasadizos similares al que habíamos atravesado. Mira se detuvo, casi en el centro, iluminada por un tenue rayo de sol, que resaltaba por la ornamentación chillona de su túnica y su ya bastante destartalado peinado.

-¡Me cago en la puta Disformidad del carajo!-, exclamó con voz furiosa.

Me sorprendió tanto escuchar el repentino juramento cuartelario en labios de una dama de alta cuna, que me llevó un momento comprender la razón de su arrebato. Cuando lo hice, debo confesar que sentí que la respaldaba de corazón. La luz del día y el aire fresco procedían de una reja metálica en el techo, al menos a un metro por encima de nuestras cabezas, sin un sistema evidente para llegar a ella, o incluso para cruzarla si encontráramos la forma de llegar allí.

-¡Súbete a mis hombros!-. Le ordené, guardando mis armas para liberar mis manos y agachándome para facilitarle a Mira tal operación.

Ella me miró como si estuviera trastornado.

-¡Soy una dama, no una artista de circo!-, me replico ofendida.

-Serás una dama muerta si no podemos abrir esa reja-, le respondí**-. ¿Preferirías auparme tu a mí?**

Cualquier respuesta verbal resultó totalmente innecesaria, simplemente se echó el fusil laser a la espalda y trepó para posarse incómodamente sobre mis hombros, con las piernas colgando a cada lado de mi cuello como una bien mullida bufanda. La sujete de las piernas para estabilizarla, y ella me apartó las manos, casi perdiendo el equilibrio en el proceso.

-¡Esas manos!-, gritó, en tono profundamente indignado.

-Estoy seguro de que estás convencida de que eres el regalo del Emperador a los hombres-, gruñí**-, pero créeme querida, un sobeteo furtivo es lo último que tengo en mente en este momento. ¡Abre esa maldita reja!-.** El escuadrón que nos perseguía se estaba acercando incómodamente para mi gusto, y aunque era difícil distinguir algún sonido con los muslos de Mira pegados a mis oídos, de repente me convencí de que también podía oír movimiento en algunos de los otros túneles.

-¡No puedo abrirla!-, exclamo ella, con un timbre de pánico sonando en su voz**-. ¡La han soldado!**

-Oh, maldita sea-, me quejé, y de repente las piezas encajaron cuando me fijé lo que estaba haciendo Mira, y observe un par de pequeños trozos de metal en el borde de la rejilla. Había visto salientes idénticos no mucho antes,

donde la escalera había sido retirada de debajo de la trampilla por la que habíamos entrado en los túneles bajo el palacio, y de repente estaba dispuesto a apostar la paga de un año a que uno similar había estado aquí no mucho tiempo atrás**-. No nos han perseguido hasta aquí, nos han dirigido como si fuéramos ganado.**

-¿De qué estás hablando?-. Exigió saber Mira, mientras la ayude a bajar de mis hombros, con una considerable sensación de alivio. Esas suaves formas podrían ser estéticamente agradables, pero no la convertía precisamente en un peso ligero.

-Estamos atrapados-, dije, con toda la contención que pude reunir, y volví a desenfundar mis armas. Definitivamente había movimiento en varios de los túneles, pero no podía estar seguro de cuales, y qué tan grande era el número de enemigos acercándose: los ecos se superponían demasiado. Si pudiera determinar uno que estuviera en silencio, todavía podríamos ser capaces de correr, aunque...

Abruptamente, esa esperanza se evaporó, cuando la escuadra rebelde que nos había atacado en la superficie llegó trotando a la cámara, con sus armas apuntándonos. Observé que les faltaban un par de hombres, lo que me dio una cierta satisfacción vengativa; si estuviera en camino hacia el Trono Dorado, al menos me llevaría una guardia de honor conmigo.

Mira desenganchó su propia arma y la preparó para el combate, pero yo me adelanté a ella poniendo una mano en el cañón.

-Retírate-, dije**-. Obviamente por ahora nos quieren vivos, pero estoy seguro de que cambiarán de opinión si empiezas a disparar.**

-Muy bien, comisario-, dijo alguien detrás nuestro. La voz me era vagamente familiar, pero no fue hasta que me volví y vi al sargento de Mira saliendo de otro de los túneles que todas las piezas encajaron en su lugar. Él también llevaba su arma, con una confianza que me confirmó que estaba perfectamente dispuesto a usarla en el momento en que sintiera tal necesidad. Había otras tres o cuatro caras familiares a su lado, con el mismo ridículo uniforme, incluyendo a nuestro operador de vox, con su transmisor portátil aun en su lugar. Todos seguían llevando sus armas, pero las cargas de las mochilas habían sido evidentemente guardadas en otro lugar para su seguridad. No tenía ni idea de dónde estaba el resto del equipo, pero sospechaba que lo habían pagado caro por negarse a cambiarse de chaqueta, por así decir. El sargento y sus compinches se veían decididamente peor por el desgaste, con sus chalecos antibalas marcados y abollados, y sus rostros doloridos.

-Mi señora será una gran ventaja cuando se una a nosotros, pero usted, un engranaje del mismo corazón de la maquinaria de guerra imperial será un premio de un incuestionable valor.

-Sigue soñando-, dijo Mira con desdén**-. Si crees que voy a traicionar a mi mundo y a mi padre, eres más estúpido de lo que pareces.**

-Pensarás diferente cuando la prole te acoja en su seno-, le aseguró el sargento, y un chorro de agua helada pareció deslizarse por mi columna vertebral. Los soldados renegados estaban cubiertos de innumerables heridas, pero todos habían sufrido idénticas laceraciones bajo la caja torácica, señaladas por un chorro de sangre, ya coagulada. Ya había visto antes heridas como aquellas y observé de nuevo los rostros de los hombres. Como esperaba, parecían aturdidos y desorientados, pero seguían el ejemplo del sargento. Sólo él parecía estar alerta y bajo control, con su propio chaleco carente de marchas, seguramente un híbrido de tercera generación, o puede que más, pero que aun era capaz de pasar totalmente por humano.

A pesar de mi creciente horror, mantuve mi voz firme, ocultando el conocimiento de lo que había deducido y buscando desesperadamente alguna vía de escape en la cámara y sus alrededores. Más gente, o, para ser más exactos, más cosas que parecían personas, estaban emergiendo a la luz, de una boca de túnel a otra boca de túnel, algunos armados, aunque la mayoría iban desarmados. Muchos llevaban rastros visibles de su inhumana herencia: algunos tenían una o dos extremidades extra, acabadas en garras afiladas, mientras que otros tenían la piel endurecida formando una especie de armadura natural, o eran solamente traicionados por una sutil mala postura al caminar, como Kamella, la chica de placer que había intentado arrancarme la cabeza en Keffia.

-¿Qué son?-, preguntó Mira, mientras la curiosidad y la repugnancia se mezclaban en su cara**-. ¿Mutantes?**

-Las historias ahora ya no te parecen tan descabelladas, ¿verdad? -. Le pregunté, sin querer

revelar a los híbridos que conocía su verdadera naturaleza. No sabía cómo ocultar aquel conocimiento nos podía ayudar, pero no estaba dispuesto a conceder al enemigo ninguna potencial ventaja, por pequeña que esta fuera. Un túnel parecía estar aún abierto, y yo activé mi espada sierra, empujando a Mira hacia él. Por supuesto que eso era precisamente lo que no debíamos hacer, no necesitaba ser capaz de acceder a la mente de la prole para saberlo, pero fingir que nos engañaban, aunque sólo fuera por unos segundos, podría inclinar la balanza a nuestro favor. Era una oportunidad increíblemente pequeña, pero hacía sólo unas semanas que yo me había lanzado de cabeza a través de un portal disforme Necron, y en comparación, lo que estaba pensando hacer ahora parecía un plan realmente sensato.

Como esperaba, todos respondieron a la vez, dando un par de pasos hacia delante en medio de un espeluznante silencio, tensando el cordón alrededor de Mira y de mí, mientras seguían saliendo de los túneles y entraban en el espacio abierto. Incluyendo, para mi cuidadosamente oculto alivio, al sargento híbrido y sus recientemente implantados soldados.

-Sígueme la corriente-, murmuré, suponiendo que si no me escuchaban, seguro que algunas de entre todas aquellas abominables monstruosidades sería capaz de leer mis labios y compartir ese conocimiento con sus compañeros de prole**-. dirijámonos al túnel detrás nuestro. Si alguno de ellos hace ademan de ir a disparar, derríbalo tú primero.**

Mira asintió con la cabeza, una vez, con fuerza, con una rígida postura debido a los nervios**-. Cuenta con ello-,** me aseguró, sin mostrar apenas trazas de vacilación en su voz.

-Buena chica-, dije, manteniendo la farsa y sintiendo que, en semejante coyuntura, un poco de estímulo verbal seria visto como un comportamiento muy de comisario, añadí en voz alta**-. Si se cercan demasiado, rocíalos con una buena ráfaga en automático.**

Lo que probablemente sería tan efectivo como darles una regañía, si la multitud a la que había sobrevivido en Keffia era un ejemplo al que atenerse. A la mente de la prole no le importaban unas pocas pérdidas, más de lo que le importa a un ejército tiránido, sin embargo, si es el tipo de amenaza que funcionaría contra una horda de mutantes, y en realidad yo estaba más interesado en confundir al gestáltico intelecto alienígena al que nos enfrentábamos que en dar consejos tácticos sensatos.

Además, casi funcionó. Estábamos a punto de prepararnos para mi desesperada apuesta, dado que el sargento híbrido estaba ya prácticamente al alcance de mi espada sierra, cuando me di cuenta de un ominoso sonido de algo arañando el suelo surgía de las profundidades del túnel a nuestras espaldas. Me giré lentamente para enfrentarme a la nueva amenaza, con Mira siguiendo mi ejemplo, mientras la boca de mi estómago se retorcía terriblemente. Reconocía aquel sonido: un exoesqueleto quitinoso, moviéndose con rapidez.

Alcé mis armas, pero antes de que pudiera disparar, la espantosa forma de un genestealer puracepa irrumpió en el sombrío portal y se lanzó sobre nosotros.

CAPÍTULO SEIS

Cuando vio por primera vez la monstruosidad Xenos, Mira chilló, como sólo ella podía hacerlo; si no hubiera tenido una imagen que mantener, probablemente me habría unido a ella, pero interpreté mi papel, y lance un ineficaz mandoble con mi espada-sierra, al tiempo que me hacía a un lado para apartarme de su camino. Por suerte, el movimiento me acercó a mi verdadero objetivo, aunque no tuve tiempo de aprovechar la ocasión, ya que la criatura se giró velozmente, extendiendo sus cuatro extremidades tratando de destriparme. Mira apretó el gatillo de su fusil, descargando una ráfaga, yo me estremecí, anticipando la caricia del fuego amigo; pero afortunadamente ella estaba apuntando al túnel, del que segundos después surgió otro genestealer, que se abalanzó sobre ella como un Chimera a toda velocidad. No tenía ni idea de cuántos más de aquellos bichos podrían estar acechando en las profundidades de la ciudad, pero afortunadamente la mente de la prole parecía pensar que con uno para cada uno de nosotros sería más que suficiente para dominarnos e implantarnos su corrupta semilla **(1)**.

(1) *Muchos de los híbridos también tenían la capacidad de hacer eso, pero para ese momento la mente colmena posiblemente había decidido que Caín sería un bocado más duro de roer que los soldados de las FDP, y por tanto había enviado a sus recursos más formidables para dominarlo.*

-Tirad las armas-, nos instó el sargento híbrido**-. No os harán daño si no os resistís.**

-Sí, seguro-, dije sarcásticamente, desviando los monstruosos brazos con mi espada sierra. Mi hoja mordió profundamente, atravesando la armadura quitinosa y cortando la carne y hueso que había debajo, rociando restos

e icor alrededor de la cámara, manchando las caras de los espectadores más cercanos. Ninguno reaccionó con la repugnancia que normalmente esperaría, sólo siguieron mirando en impasible silencio, que a su manera me resultaba aún más desconcertante que la detestable criatura a la que me estaba enfrentando.

-Solo nos convertiréis en abominaciones como vosotros (2).

***(2)** Sospecho que aquí está exagerando un poco, porque un combate singular contra una criatura tan temible como un genestealer puracepa no deja tiempo para lanzar discursos desafiantes.*

La criatura se estremeció, retirando el miembro herido, y yo rodé por el suelo para esquivar otro ataque, justo cuando su puño se cerraba tratando de agarrarme justo allí donde yo había estado un instante antes, y fallando por milímetros. El que se acercaba a Mira, también refrenó su carga un momento, mientras una ráfaga rayos láser perforaba su armadura de quitina en su tórax, para ponerse de nuevo en movimiento en cuanto el arma quedó en silencio, al agotarse su fuente de energía. Con un grito que casi me rompe los tímpanos, Mira arrojó el arma descargada contra la imparable monstruosidad, con la esperanza de lograr el Emperador sabe qué. El genestealer apartó el objeto de metal con un veloz gesto, estrellándolo contra el suelo, donde quedo ignorada por los híbridos que nos observaban.

-¿No podrías haberlo recargado?-. Pregunté enfadado, al tiempo que me percataba de que el monstruo que la atacaba estaba a mi alcance, y que podría cortarle la pierna de un mandoble, mientras que yo intentaba distanciarme del que trataba de hacer lo propio con mi persona, así que

le lancé un tajo con todas mis ganas. Una vez más, la espada-sierra se hundió en su carne, haciéndole tropezar y caer de lado, chocando con el otro genestealer que seguía lanzándose desesperadamente en mi dirección, y ambos cayeron al suelo literalmente enredados.

-¡Él lleva las células de energía de repuesto!-. Me replicó Mira indignada mientras retrocedía, aprovechando la confusión que se produjo para pasar por encima de las enredadas criaturas, y mirando al sargento mientras lo hacía. La multitud de híbridos comenzó a acercarse, avanzando para estrechar la arena en la que luchamos, así que yo disparé un par de veces con mi pistola, derribando a los dos más cercanos al túnel del que habían salido los genestealers.

Por supuesto, no podía ser de otra forma, pensé irritado. Los nobles nunca cargaban nada ellos mismos; para eso estaban los sirvientes.

-¡Recoge tu maldita arma!-, le grité, mientras Mira casi tropezó con ella, y se agachó para recogerla sin dejar de correr. En mi opinión, ya que la habían confiado un fusil láser, lo mínimo que podía es hacer era cuidarlo **(3).**

(3) *El reglamento de la Guardia Imperial es inflexible a este respecto, exigiendo la ejecución como pena por perder el arma reglamentaria, a menos que fuera como consecuencia inevitable de una acción en el campo de batalla. Lo cual quizás explica la tendencia de los soldados de la Guardia por cargar siempre y en todo momento con sus armas reglamentarias cuando estaban en activo, incluso cuando iban a las letrinas.*

Los puracepas estaban logrando desenredarse y a aquellas alturas parecían terriblemente enfadados, incluso más de lo

que solían estarlo los de su especie **(4).** Como si fueran uno solo, se volvieron para mirarme fijamente, evidenciando que la mente de la prole me percibía como la mayor amenaza presente. A decir verdad, había visto esponjas de baño con aspecto más amenazador del que presentaba Mira en aquel momento, y sin nada que perder, hice lo que único que creí que no se esperarían: me enfrente a ambas criaturas rugiendo.

(4) *Puede que Caín se hubiera encontrado con Puracepas en Keffia, aunque el breve registro de sus actividades allí solo menciona a los híbridos. Podría ser que hubiera visto alguno de ellos en alguna de las esporádicas operaciones de limpieza contra las escindidas esquirlas de las flotas colmena en las que estuvo involucrado antes de esta misión.*

-***¡WAAAAAAAAGHHHHH!***

Un grito tan fuerte y entusiasta como el de los orkos con los que me había encontrado en Perlia, con mucha más frecuencia de lo que hubiera deseado. Como esperaba, toda la atención de los híbridos presentes se centró en mi persona, así que cuando me aparté, dejando a los dos saltando para atacar al lugar donde de repente yo ya no estaba. En cambio le descerrajé un disparo al sargento, y durante un instante crónico, ninguna de las criaturas reaccionó, tomadas ambas completamente por sorpresa.

Cuando el sargento cayó al suelo, yo estaba justo entre la multitud que nos rodeaba, blandiendo mi espada sierra en patrones defensivos que los años de práctica y duelos habían logrado que me salieran por instinto, de manera que apenas era consciente de ello, cosechando una rica y repelente cosecha de apéndices cortados y derramando obsceno icor por doquier. Las tropas de la FDP recién

implantadas estaban todavía demasiado aturdidas para reaccionar, cayeron sin siquiera intentar resistirse, y sentí una pequeña duda en aquel instante, acallada con el reflejo de que no sólo era mi deber purgar su corrupción sino también proporcionarles una misericordiosa liberación. Mientras el opvox caía, con la cabeza volando en una dirección y su cuerpo en otra, dejé caer mi pistola sobre el empapado suelo de rococemento sin prestar atención y cogí el auricular, rezando al Trono para que siguiera sintonizado en la misma frecuencia que recordaba.

-¡Astartes! ¡Ayuda!-. Fue lo único que tuve tiempo de gritar, antes de ser arrastrado al húmedo suelo por una marea de cuerpos deformes. Naturalmente, hice todo lo que pude para resistirme, pateando y blandiendo salvajemente mi espada sierra hasta que me fue arrancada y arrojada lejos de mi alcance, con lo que ya solo me quedaba morder a quienquiera que se me acercase lo suficiente, pero ya era inútil; simplemente eran demasiados. Por un momento no pude ver nada más que rostros retorcidos, con sus expresiones en blanco, y encima moviéndose en un espeluznante silencio. Nadie chillaba, gritaba o me insultaba, y eso me resultaba de lo más inquietante. Al menos hasta que se apartaron y me encontré mirando a los ojos del genestealer al que había mutilado.

En demasiadas ocasiones a lo largo de mi ignominiosa carrera me he encontrado totalmente convencido, y con buenas razones para ello, de que había llegado mi último momento, pero pocas de ellas estuvieron acompañadas de una sensación tan completa de absoluta impotencia como en aquella ocasión. En casi todos los demás casos, al menos había tenido la ilusión de poder influir en el resultado, con la posibilidad de una última y desesperada apuesta que

finalmente acababa dando sus frutos, pero en esa ocasión no había nada que pudiera hacer, más allá de retorcerme ineficazmente y soltarles una retahíla de blasfemias que habría hecho sonrojar a un cultista de Slaanesh. Sin embargo, eso no perturbó en lo más mínimo al genestealer, quien sólo siseo a través de su herido tórax y abrió sus mandíbulas de una manera obscena e innatural, enseñándome demasiados dientes y añadiendo una capa de pegajosa baba al resto de desagradables substancias que ya arruinaban mi abrigo.

Algo se movió en la parte posterior de su garganta, y un grueso tubo muscular emergió en lugar de una lengua. Me estremecí, anticipando el punzante dolor que aquello estaba a punto de infligir en mi pecho, y, lo que aún era peor, saber que iba a sufrir una completa subversión de todo lo que yo era. ¿Seguiría sintiéndome yo mismo dentro de cinco minutos?, y si no era así, ¿acaso me importaría? Recordé a los soldados implantados que conocí y junto a los que había luchado en Keffia. Recuerdo que me habían parecido perfectamente normales, sin dar ninguna pista de su alterada naturaleza, hasta que se revelaron al volverse contra nosotros en el calor de la batalla contra sus compañeros de prole. Si me volviera como ellos, contando con que en aquellos momentos tenía acceso a un capítulo de Marines Espaciales y a los niveles superiores de la Guardia Imperial, el daño que mi alterado yo podría haber hecho a los intereses del Imperio hubiera sido incalculable. Y lo que hubiera sido aun peor, yo estaría perfectamente feliz conmigo mismo en mi nueva y pervertida forma, con lo que la perspectiva de ser convertido en una marioneta de los tiránidos por una cucaracha gigante me resultaba absolutamente intolerable.

Repentinamente, la criatura que se cernía sobre mí se sacudió y tembló, lanzando un fuerte rugido de dolor, que casi ahogó el tableteo de un fusil láser disparado en automático, mientras la lluvia de más disparos se abría paso a través de su acorazado caparazón quitinoso y comenzaba a hacer un impío estropicio en sus entrañas. Tomada por sorpresa una vez más, la mente de la prole se desconcentró por un momento, y la miríada de manos y garras que me atrapaban aflojaron su agarre.

Era la única oportunidad que necesitaba. Una vez liberado de sus garras, recogí mis armas, que alabado sea el Emperador, aún estaban en el suelo al alcance de mis manos, y me volví para enfrentarme a mi libertador. Por naturaleza soy algo optimista, pero nunca me hubiera atrevido a esperar que mi mensaje hubiera sido respondido con tanta celeridad, si es que eso llegaba a suceder.

-¿Qué demonios sigues haciendo aquí?-. Pregunté asombrado, lanzando un nuevo tajo a mi alrededor con mi espada sierra y disparando al azar, seguro de que, a buen seguro, en una multitud tan densa, no faltarían candidatos para recibir un disparo.

Mira se detuvo por un segundo, antes de quitar de su arma la célula de energía gastada, colocar una nueva y continuar disparando al segundo genestealer, aunque esta vez con ráfagas cortas y precisas, presumiblemente tras haber descubierto lo rápido que ésta se agotaría si continuaba disparando en el modo automático.

-Gracias por salvarme el cuello, mi señora-, dijo ella sarcásticamente**-. No se preocupe, comisario, para eso**

estamos-. Estaba de pie, a horcajadas sobre el cuerpo del sargento, lo que al menos explicaba de dónde habían salido las recargas. Sin duda a partir de ahora cargaría con sus municiones ella misma, si es que todavía sentía la necesidad de jugar a los soldados.

-Ahora se corre, se agradece después-, repliqué, abriéndome paso hasta ella**-. Pero déjame decirte que, definitivamente, me alegro mucho de verte.**

-Me siento halagada-, dijo, retrocediendo hacia la boca del túnel más cercano mientras seguía acribillando al genestealer con ráfagas de láser. Sin embargo, éste estaba hecho de un material más duro que el otro y continuó avanzando inexorablemente, cojeando torpemente sobre su pierna herida, sin duda ayudado por el hecho de que Mira se veía obligada de tanto en tanto a cambiar su objetivo para mantener al enjambre de híbridos alejados de nuestras espaldas. Si los que tenían armas se hubieran acordado de usarlas, ambos hubiéramos estado muertos en segundos, pero para mi aliviado asombro continuaron evitando usar sus armas de fuego, todavía creyendo que contaban con la ventaja numérica y que eventualmente podrían atraparnos con vida para convertirnos en parte de su mente colmena. Probablemente también tenían razón en eso, pues se acercaban a nosotros con una velocidad y precisión que no hubiera creído posible si no hubiera visto en el pasado de lo que eran capaces, y seguían mostrándose tan impasibles ante sus propias pérdidas como los mismos tiránidos. Por cada uno que caía bajo nuestros disparos y ante mi chirriante espada sierra, otro ocupaba su lugar, así que sólo sería cuestión de tiempo que acabaran abrumándonos y nos atraparan.

Disparé a otro híbrido que se interponía entre nosotros y la boca del túnel, pero incluso mientras lo hacía me di cuenta de que era demasiado tarde: esa salida también estaba bloqueada, y la silenciosa multitud nos presionaba por todos lados. Por segunda vez en un puñado de minutos, me enfrentaba a la inminente certeza de mi propia muerte, o al menos a la muerte de todo aquello que me definía.

-Ha sido un honor servir con usted, coronel-, dije, sintiendo que mi último acto debería ser fiel a mi cargo como comisario y tratar de levantar la moral de Mira. El Emperador sabe que no he sido un comisario modelo, pero al menos me iba a asegurar de morir como uno.

-Ambos sabemos que eso es una mentira como un templo-, contestó sombríamente, mientras su última célula de energía se agotaba a pesar de sus intentos por ahorrar municiones, y comenzó a usar el pesado fusil laser como si fuera un garrote**-, pero agradezco el gesto.**

-Es un placer-, dije, justo cuando mi pistola láser también se agotó, y lancé un mandoble con mi espada sierra contra el genestealer. Sólo nos quedaban unos segundos, pero estaba decidido a llevarme a tantas de aquellas abominaciones como pudiera. El tiempo se ralentizó y se estiró, como suele ocurrir en este tipo de circunstancias, y de repente me di cuenta de un creciente chillido, cuya intensidad aumento al igual que su volumen. Dirigí una mirada de aprensión a la boca del túnel más cercana, anticipando la repentina aparición de un nuevo horror, quizás un Arbylis **(5)**, en estos momentos nada me iba a sorprender... excepto lo que realmente sucedió después. Con un estruendo como si de un trueno se tratara, y una repentina explosión de ozono que me puso de punta los

pelos de mis brazos **(6)**, el techo sobre nuestras cabezas se vaporizó en una explosión de luz tan deslumbrante que me dejó parpadeando, con brillantes imágenes bailando en mi retina durante varios minutos. Fragmentos de escombros carbonizados nos rodearon, pero afortunadamente ninguno de un tamaño significativo nos alcanzo; el turbo láser debía haber golpeado de lleno el terreno sobre nosotros, para no dejar restos más grandes que unos pocos puñados de grava.

(5) *Una variante de Carnifex, bautizada de esta forma por el característico sonido que emite su arma de bioplasma.*

(6) *Obviamente resultado de la ionización de la atmosfera a su alrededor debido a la descarga de un turbolaser.*

-¿Qué demonios ha sido eso?-, exclamó Mira, mientras el ruido duplico repentinamente su volumen al haber desaparecido la barrera intermedia de ladrillos, tierra y hormigón.

-¡Es la Thunderhawk!-. Grité, reconociendo la distintiva silueta que pasaba por encima de nuestras cabezas, mientras su sombra eclipsaba momentáneamente al sol en el pozo ahora descubierto en el que nos encontrábamos. Un segundo después, el rugido de su motor fue repentinamente interrumpido por el característico tableteo de fuego pesado, y los híbridos se dispersaron, corriendo en busca de cualquier refugio que pudieran encontrar en los túneles circundantes, mientras que el genestealer explotaba en mil pedazos justo cuando trataba de acercarse de nuevo a nosotros**-. ¡Y los Astartes!**

La inconfundible maciza figura de los Exterminadores, a los que había visto destrozar las piezas de artillería de los herejes, se desplegaron alrededor del borde del pozo, vomitando el fuego de sus bólters tormenta hacia el fondo del pozo, mientras que los híbridos huían y morían en masa. Sin embargo, la nuestras no era una posición cómoda donde esperar, incluso dada la inhumana precisión de los Marines Espaciales, pero estos elegían sus objetivos sin siquiera acercarse a nosotros, y en cualquier caso los disparos se extinguieron tan rápido como cabria esperar, dada la rapidez con la que se quedaron sin objetivos.

Mira y yo nos miramos fijamente, sonriendo como idiotas, sin poder creer en el escaso margen por el que habíamos escapado con nuestras vidas y almas intactas.

-Parece que te debo una disculpa-, me dijo Mira después de un momento, su generoso escote temblando de emoción**-. Debería haber escuchado tu consejo y haberme quedado atrás.**

-Dadas las circunstancias-, le concedí adoptando el papel de aguerrido soldado, a la vez que trataba de no quedarme embobado ante sus generosos atributos**-, sólo puedo estar agradecido de que no lo hicieras-.** Ahora que los Exterminadores se habían quedado sin bichos que matar, descendieron hacia el foso, básicamente con el expeditivo acto de saltar, creando toda una serie de pequeños temblores en el suelo al aterrizar. En ese momento no tenía idea alguna de cómo pretendían volver a salir de allí **(7)**.

(7) *Dado que seguramente se teleportarian de regreso al Revenat una vez concluida su misión, es entendible que no se preocuparan ni por un segundo de como saldrían de aquel pozo.*

Mira me miró pícaramente**-. Estoy segura de que podemos encontrar alguna manera de darnos las gracias mutuamente de una manera más satisfactoria-,** dijo con una picante sonrisita, que no me dejo lugar a dudas de qué tipo de agradecimiento tenía en mente. Asentí con la cabeza, pues tal perspectiva me parecía claramente atractiva, más tras lo que acabábamos de pasar, y que demonios, bien sabe el Emperador que me lo había ganado.

-Estoy seguro de que algo se nos ocurrirá-, dije, y luego me dirigí al Exterminador al mando, fácilmente reconocible por la espada de energía que llevaba junto con su bólter tormenta**-. Muchas gracias, sargento. Su intervención ha sido de lo más oportuna.**

-Su muerte siendo huésped de los Recobradores habría sido una afrenta al honor de nuestro capítulo-, me contestó a su vez, con los sepulcrales tonos de los de su clase emanando de la unidad de vox de su casco. Para ese momento yo ya estaba acostumbrado a ese timbre de sus voces, pero Mira se quedó claramente sorprendida, parpadeando visiblemente cuando este continúo hablando**-. Nos apresuramos a alcanzar el punto de origen de la transmisión que envió.**

-Entonces haré todo lo posible para ayudarles a mantener el honor de su Capitulo-, le contesté, sintiéndome extrañamente desconcertado por aquella desapasionada declaración. Los otros Astartes se desplegaron, con las armas preparadas, para pinchar los cuerpos caídos de los genestealers y los híbridos. Hice un

gesto hacia los restos del más cercano, llamando la atención del sargento, aunque no tenía duda de que los vox incorporados a los cascos de los Marines Espaciales ya zumbaban con la noticia**-. Especialmente ahora que las cosas se han vuelto un poco más complicadas.**

NOTA EDITORIAL:

La llegada de los Recobradores a Viridia demostró ser tan rápida y decisiva como generalmente suelen ser las intervenciones de un Capítulo de Astartes, y la noticia de su llegada se difundió con celeridad. Aunque en esas primeras horas su presencia se había limitado enteramente a la capital planetaria, el efecto sobre el resto del planeta había sido muy profundo; algo que Caín, fiel a su costumbre, ni se molesta en mencionar, como tampoco se molesta en comentar la situación que se vivía en Fidelis.

Como no puedo suponer que mis lectores compartan su falta de interés por el panorama general, he decidido adjuntado el siguiente extracto para llenar dicha laguna.

De *"El Virus de la traición": La Purificación de Viridia y sus Consecuencias”* por Dama Ottaline Melmoth, 958.M41.

La llegada de los Astartes fue tan bienvenida por los leales servidores del Emperador como sorprendente, y muchos de los fieles tomaron su llegada como un signo de su especial interés en nuestro bendito mundo. De hecho, muchos servicios de acción de gracias comenzaron en templos y capillas por todo el mundo incluso antes de que concluyera su primera batalla. No es que esto supusiera ninguna diferencia en el fervor de los celebrantes: para ellos, la próxima batalla para purificar Viridia de la herejía y cosas aun peores, parecía poco más que una formalidad, ya que toda la galaxia sabe que los Marines Espaciales constituyen

la poderosa mano derecha del mismísimo Emperador, y que en el mismo momento en que se embarcan en una búsqueda en su santo nombre, tal misión puede considerarse completada **(8)**.

***(8)** Aquellos de entre nosotros que han tenido mucho contacto con los Astartes, y por tanto sean conscientes de que estos suelen estar más preocupados por las tradiciones de sus propios capítulos que en colaborar con otras entidades políticas imperiales, encontraran que estas palabras les suenen un tanto huecas.*

Los Astartes efectuaron su primer aterrizaje en Fidelis, en el palacio del Gobernador DuPanya, y sin perder tiempo rompieron las líneas de asedio de los herejes, que habían mantenido al ungido custodio del planeta del Emperador confinado e impotente para intervenir directamente en la constante agitación de la lucha civil que tanto había hecho para mancillar el bello rostro de Viridia. Una vez liberado, nuestro amado gobernador tomó inmediatamente las riendas de su interrumpida administración, mientras que los Astartes se lanzaban en pos de victorias aún mayores. La catedral, siempre un faro de esperanza en tiempos desesperados, y por lo tanto bajo la constante amenaza de los elementos disidentes, fue liberada en apenas una hora, al igual que el santuario del Omnissiah, liberando a los tecnosacerdotes para comenzar a atender a los espíritus-máquina heridos de la ciudad con la mayor rapidez posible.

Quizás la batalla más desesperada tuvo lugar al tratar de eliminar las dos localizaciones de baterías de artillería que los rebeldes habían establecido para evitar un desembarco masivo de tropas de la Guardia Imperial, y que, si se hubiera permitido que siguieran en tal lugar, se habrían cobrado un terrible precio en vidas y recursos. La importancia crucial de esa misión se deduce del hecho de que la misión de eliminar una de ellas estaba dirigida por el

mismísimo comandante de la fuerza expedicionaria Astartes y su guardia personal, mientras que la tarea de colocar una baliza para guiar al equipo de ataque teletransportado asignado para destruir a la otra estaba encomendada nada menos que al Comisario Caín, acompañado por la coronel Mira DuPanya, la hija menor del gobernador y una formidable guerrera por derecho propio.

No hace falta decir que ambas misiones fueron un éxito rotundo, con la destrucción completa de los objetivos designados, aunque una de ellas tuvo consecuencias inesperadas y sumamente graves. En la misión de reconocimiento liderada por DuPanya y Caín tuvo lugar un inesperado encuentro en el camino hacia su objetivo, que permitió revelar la verdadera naturaleza del enemigo al que nos estábamos enfrentando y, por primera vez, se hizo evidente el alcance real de la horrible conspiración que corroía el mismo tejido de nuestra sociedad (y bastante literalmente, a mi entender).

CAPÍTULO SIETE

Los días siguientes transcurrieron en un previsible borrón de sesiones informativas, conferencias y ocasionales baños de sangre, a medida que se hizo evidente hasta donde se había infiltrado el culto de genestealers. Por decirlo suavemente, aquellas sanguinarias criaturas estaban por todas partes, desde el cuerpo del Arbites **(1)** local hasta el gremio de los basureros, y descubrirlos para extirparlos fue un trabajo que me hubiera alegrado enormemente que no me hubiera caído encima. Afortunadamente, las tropas de la Guardia llegaron al sistema en el plazo previsto, incluyendo una mezcla de regimientos de Tallarn, Vostroyan y Caledonia, así que no hubo escasez de forasteros incuestionablemente libres de la mancha xenos para empezar a reunir sospechosos y comenzar el proceso de cribado y erradicación.

(1) *Como la mayoría de los viajeros curtidos, Caín solía emplear ese término para referirse a las fuerzas locales de la ley, en lugar de a los miembros reales del Adeptus Arbites. Como se ha mencionado previamente, en Viridia estas fuerzas policiales recibían el nombre de Guardianes.*

-El problema es-, me comentó Mira, en una de sus periódicas visitas sociales a mi habitación**-, que eso significa investigar más o menos a toda la población planetaria-.** Se encogió de hombros, creando interesantes ondulaciones en el tejido de la bata que apenas cubría lo justo, y se inclinó hacia adelante para estudiar el tablero de regicida en la mesa que nos separaba, dándome la oportunidad perfecta de apreciar aquel extraordinario efecto. Era una jugadora entusiasta, aunque pecaba de ser un tanto directa, que por cierto era una actitud que parecía aplicar a todas sus actividades recreativas, y a pesar de que

habíamos empezado con mal pie, me estaba resultado una compañera sorprendentemente agradable. Al menos durante el corto periodo de tiempo que esperaba permanecer en Viridia. No pude evitar sentir que su innato egocentrismo acabaría agotándome después de un tiempo **(2)**, aunque supongo que, dada su educación, no era del todo culpa suya.

***(2)** Evidentemente la ironía de esta frase se le escapa incluso al propio Caín, aunque sospecho que no a la mayoría de mis lectores.*

-El quid de la cuestión en estos momentos es purgar a esas criaturas de las instituciones más influyentes, y hacerlo lo más rápido posible-, le contesté, inspirándome en lo que recordaba de la Campaña de la Keffia, en la que todos los temas políticos habían tenido lugar tan por encima de mi cargo que podría decirse que estaban en la estratosfera: en aquellos días relativamente despreocupados, todo de lo que tenía que preocuparme era reunir a los infractores, ver a nuestros cañones Earthshaker lanzar proyectiles a un enemigo demasiado distante como para devolvernos el fuego, y evitar los ocasionales intentos del coronel Mostrue de conseguir enviarme a lo más crudo del frente. (Aparte de verme involucrado en una lucha cuerpo a cuerpo con una horda de híbridos genestealers que, por supuesto, me recordaban incómodamente a los que Mira y yo nos habíamos enfrentado tan recientemente). Lo más importante es que cuanto antes pudieran empezar los Viridianos a limpiar su propio desastre, antes podría volver al cuartel general de la brigada y alejarme de cualquier cosa que quisiera matarme; al menos hasta que el General Lokris encontrara otra insanamente arriesgada misión que asignarme.

Tampoco era muy probable que los Recobradores permanecieran en el planeta una vez que la frenética actividad de las acciones iniciales se hubo relajado, tras haber quebrado la columna vertebral de la rebelión. Todavía había algunas unidades amotinadas de las FDP por el planeta, ya estuvieran compuestas de híbridos y humanos implantados bajo la influencia de la mente de la prole, o aferrándose a las chorradas ideológicas con que les habían alimentado en primer lugar, a fin de que se unieran a la revolución y que no estaban dispuestos a admitir que habían sido engañados por los xenos, aunque difícilmente iban a durar mucho tiempo contra la Guardia, por no hablar de los guerreros elegidos del Emperador. Gries no se había molestado en mantener en secreto el hecho de que tenía la intención de retirarse para buscar una guerra más interesante, tan pronto como los Recobradores hubieran terminado de limpiar los hábitats extra planetarios, y cuando los Astartes dejaran Viridia, mi asignación como enlace llegaría a su fin, dado que apenas habría necesidad de que siguieran en contacto con la Guardia Imperial.

Entretanto, me sentía mucho más cómodo de lo que había esperado. Mira había convencido a su padre para que me asignara una habitación de invitados en palacio, citando la necesidad de tenerme a mano como consejero militar con experiencia en infestaciones de genestealers, y si era consciente de sus verdaderos motivos, el gobernador fue lo suficientemente caballeroso como para fingir ignorancia. De hecho, el alojamiento era demasiado lujoso, y yo había acabado durmiendo en uno de los sofás, puesto que la cama me resultaba excesivamente blanda, al menos para ese propósito.

-Supongo que sí-. Dijo ella mientras derribaba uno de mis eclesiarcas, rodeaba a mi rey con sus propias piezas, y se reclinaba en su asiento, con aire de suficiencia**-. Me parece que el juego es mío.**

-Eso parece-, dije. En realidad, probablemente podría haberle dado la vuelta en un par de movimientos más, pero el consiguiente final de la partida habría sido tediosamente prolongado, y el inevitable enfado de Mira por haber quedado como una tonta me habría estropeado el resto de la tarde. Mientras que al renunciar ahora conseguiría que se encontrara de buen humor, y lista para pasar a actividades más agradables, que ambos sabíamos que eran la verdadera razón de estas visitas.

Fue así que me encontré con sentimientos encontrados cuando escuché el sonido de la puerta de mi suite al cerrarse, seguido por el inconfundible estruendo de una bolsa de equipaje soltada sobre la alfombra. Los ojos de Mira se abrieron de par en par, de la misma manera que cuando vio por primera vez a los genestealers, e incluso antes de que un olor familiar alcanzara a mis fosas nasales, hubiera apostado una considerable suma de dinero por a quién me iba a encontrar en cuanto me diera la vuelta.

-Jurgen-, saludé, con un grado de calidez que me sorprendió encontrar en mi voz**-. ¿Cómo, en el nombre de Terra, se las ha arreglado para llegar aquí? -.** Se veía tan poco agraciado como lo recordaba, como si un desastre hecho hombre se hubiera vestido, o más bien enredado, de alguna manera con una aleatoria colección de equipo de la Guardia, pero el caso es que estaba encantado de verlo de nuevo.

-En una de las naves de tropas-, explicó mi ayudante, hurgándose la nariz pensativamente, tomando mi retórica pregunta tan literalmente como lo hacía con todo lo demás**-. Después me subí al primer transbordador. El general no estaba contento con eso, pero le dije que debía estar con usted, así que me hicieron un hueco.**

-Apuesto a que sí-, dije, sabiendo muy bien lo obstinado que podía llegar a ser Jurgen en la búsqueda de lo que concebía como su deber, independientemente de cualquier diferencia de rango o estatus entre él y el desafortunado blanco de su ira. No tengo duda de que sin la protección de las cuasicomisariales credenciales que su posición como mi ayudante le confería, habría sido fusilado en el acto por insubordinación en innumerables ocasiones. Indiqué a mi huésped, que parecía aún más sorprendida de que aparentemente conociera esta aparición que por su original apariencia**-. Le presento a Milady DuPanya, hija de su Excelencia, y una oficial superior de la FDP. Mira, mi ayudante, el artillero Jurgen.**

-Encantado de conocerla, señorita-, dijo Jurgen, misericordiosamente demasiado alejado como para que se le ocurriera ofrecerle la mano. Incapaz de reconciliar su evidente condición de civil con lo que le había dicho sobre su rango militar, levantó una mano hasta el rebelde mechón de pelo lacio que se escapaba de debajo de su casco en un gesto algo entre un informal hola y un saludo militar, para acabar rascándose la cabeza perplejo**-. Creía que estaba con los Astartes, señor.**

-Haciendo de enlace con ellos-, le expliqué**-. Pero el centro de mando principal de la FDP está aquí, en el palacio, lo que significa que también será el centro de la operación de la Guardia.**

-Ya veo-, dijo Jurgen, asintiendo pensativamente**-. Así que por eso tiene que estar aquí. Para que eso del enlace funcione.**

-Resulta lo más conveniente-, dijo Mira, con unas risitas apenas sofocadas**-. Por eso de ser el enlace.**

-Sí, así es-, dije, un poco más rápido de lo que pretendía. Jurgen y yo habíamos pasado por muchas cosas juntos, y él había salvado mi vida más veces de las que puedo contar. Yo estaba acostumbrado a que la gente lo juzgara por su apariencia poco atractiva, pero la burla apenas velada de Mira me enfadó. Tal vez afortunadamente, ambos mostraron ser muy espesos, aunque cada uno a su especial manera, y ella permaneció tan ajena a mi desaprobación como Jurgen sobre su burlón comentario**-. Tendremos que encontrarte unos aposentos.**

-Eso no será un problema-, señaló Jurgen, hurgando en su bolsa**-. Tengo un saco de dormir-.** Empezó a estudiar el lujoso salón para encontrar un lugar donde extenderlo.

-Me alegra ver que está tan preparado como siempre-, dije, tratando de no imaginar el caos al que reduciría la elegante cámara al día siguiente de instalarse, eso sin mencionar el trastorno que su presencia causaría a la continua, y tan agradable, relación de "*enlace*" que tenía

con cierto coronel honorario del Regimiento de la Casa**-. Pero estoy seguro de que podemos hacer que se sienta un poco más cómodo que eso.**

-Por supuesto que podemos-, dijo Mira, recomponiéndose por fin de la sorpresa y adoptando una expresión más profesional**-. Las suites de huéspedes de esta ala tienen cuartos anexos para el servicio-.** Indicó una puerta cerrada en una pared interior, que yo había asumido al mudarme que simplemente daba a una suite contigua como la mía, para beneficio de los huéspedes que necesitaban un poco más de espacio para expandirse**-. Puede ocupar ese.**

-No quisiera causarle problemas, señorita-, dijo Jurgen, aparentemente bajo la impresión de que se proponía encargarse ella misma de su acomodo.

Mira sacudió la cabeza**-. No es ninguna molestia-,** le aseguró, manteniéndose seria de una manera encomiable**-. La puerta principal del pasillo debe estar aún abierta, para el servicio de limpieza-.** Hacia quienes sentí una repentina punzada de simpatía, aunque nunca los había visto**-. Y podemos hacer que el mayordomo prepare esa habitación por la mañana.**

Me hecho una mirada inquisitiva mientras indicaba la puerta de conexión, y yo asentí. A pesar de su apariencia desaliñada, y el miasma a calcetines sudados que le rodeaba, la discreción de Jurgen era considerable; nunca se entrometía sin una buena razón. Sin mencionar que, con un culto de genestealers acechando en el vecindario, yo dormiría mucho más tranquilo sabiendo que mi ayudante y

su fusil láser estaban al alcance de mi oído. Siempre tenía mis propias armas a mano, no hay ni que decirlo, pero me resultó sorprendentemente reconfortante saber que una vez más tenía un apoyo en el que podía confiar sin reservas. De hecho, no es una exageración decir que sólo aprecié plenamente cuánto lo había echado de menos una vez que Jurgen se había materializó tan inesperadamente en mis aposentos.

-Entonces, si no necesita nada más, señor, me iré a dormir-, se despidió mi ayudante, agachándose para recoger su equipo.

-Probablemente sea lo mejor-, le dije**-. Ahora que la Guardia ha llegado, mañana tendremos un día muy ocupado.**

-Casi con toda seguridad-, coincidió Mira, mientras la puerta se cerraba, dejando sólo el persistente rastro de su presencia flotando en el aire a modo de odorífero fantasma. Ella levantó una ceja especulativa en mi dirección y añadió con esa picara sonrisa que tanto había llegado a apreciar**-. Tal vez sería mejor que nos pusiéramos al día con nuestras labores de enlace mientras tenemos la ocasión.**



Bueno, no me equivoqué sobre el efecto que la llegada repentina de unos cuantos miles de guardias iba a tener

sobre el planeta, y sobre mi paz mental. Ahora había una fuerza de la Guardia Imperial en el sistema que debía coordinar con los Astartes, Gries comenzó a contactar conmigo por vox con más frecuencia que el hasta entonces acostumbrado contacto diario, y además con una mayor duración que los concisos intercambios a los que nos habíamos acostumbrado, que en gran medida consistían en enumerar los nidos de genestealers erradicado por sus Astartes (alto) y por la FDP de Orten (lamentablemente bajo) desde el comunicado anterior. Dado lo comprometida que estaba la FDP, Gries había decidido establecer el cuartel general operativo de los Recobradores en el santuario del Adeptus Mechanicus, donde, según pude saber, sus hombres y él habían sido tan bienvenidos por los discípulos del Omnissiah como nunca antes lo habían sido aquellos ajenos a su orden. Aún no me había aventurado a cruzar la ciudad para unirme a ellos, sintiendo que mi deber me exigía quedarme lo más cerca posible del búnker de mando de la FDP, y del alojamiento bastante menos espartano que ofrecía el palacio.

Sin embargo, a los dos días de la llegada de la Guardia, empecé a encontrar más atractiva la perspectiva de un poco de austeridad del Mechanicus. Amablemente, el Gobernador DuPanya había puesto el búnker bajo su casa a disposición de la fuerza expedicionaria **(3)**, lo que significaba que estaba tratando con asuntos del estado mayor casi sin parar. Como era de esperar, todos, desde los comandantes de regimiento hasta sus comisarios, querían conocerme, saber mi opinión sobre asuntos de los que nunca había oído hablar y preguntarme si podía sugerir a los Astartes que pusieran esos asuntos urgentes en lo más alto de su lista de tareas pendientes. Si no hubiera sido por Jurgen y su incansable labor desviando la mayoría de estas peticiones con su habitual combinación de terquedad y

adhesión literal al protocolo, nunca habría podido alejarme del vox para contactar con Gries. Incluso la presencia de Mira empezaba a parecer escasa compensación por la interminable letanía de peticiones, quejas e informes.

(3) *Probablemente para asegurarse de que no le dejaban completamente fuera del círculo de toma de decisiones.*

Por lo que había visto de los Astartes durante nuestro viaje allí, no me cabía la menor duda, de que su paciencia para este tipo de caos sería limitada, y eso en el mejor de los casos, así que sin duda comprenderán mi sorpresa una mañana cuando Gries solicitó una reunión con el gobernador, y los oficiales superiores de la Guardia, en cuanto les fuera posible. En aquel momento estaba desayunando con Mira, y me miró con curiosidad sobre el plato que acababa de rellenar con grox salado, huevos escalfados y algunas especies locales de pescado ahumado.

-¿Qué motivos crees que tendrá para solicitar esta reunión-, me preguntó, y yo me encogí de hombros, fascinado, como siempre, por la cantidad de comida que parecía ser capaz de devorar sin que tuviera ningún efecto adverso en su figura.

-Supongo que lo pronto lo averiguaremos-, dije, mientras disfrutaba dando pequeños sorbos de mi taza de tanna **(4),** agradeciendo la previsión de Jurgen, quien había traído una provisión con él. No me había dado cuenta de cuánto echaba de menos ciertas cosas, hasta el momento en que había vuelto a contar con ellas**-. De todas formas, necesitábamos convocarlo para una reunión de estrategia conjunta. Probablemente sea mucho más**

fácil si para empezar piensa que ha sido todo idea suya.

(4) *Una bebida valhallana a la que Caín se aficionó al poco de su primera asignación con un regimiento de dicho planeta. El porqué es algo que aún a día de hoy me sigue intrigando.*

-Tal vez-, concordó Mira, aunque parecía ligeramente confundida**-. ¿Pero no entiendo por qué no iba a venir si hubierais sido vosotros quienes se lo hubierais solicitado primero? Pensaba que se suponía que todos debíamos cooperar.**

-A los Astartes les gusta cooperar bajo sus propios términos-, le dije, remarcando mis palabras con sorbos del fragante líquido. No tenía ninguna duda de que eran celosos servidores de Él en Terra, pero cualquiera que fuera la alquimia que los había hecho más que humanos, innegablemente también los había hecho diferentes. Tal vez si no me hubiera sentido tan afectado, tanto física como mentalmente, por mis experiencias en Interitus Prime, podría haber interactuado con ellos en mayor medida durante nuestro viaje hasta Viridia, y encontrado más puntos en común entre nosotros, aunque en el fondo lo dudaba. Lo más cercano a una conexión personal que había sido capaz de forjar fue con Drumon, y él estaba más interesado en los necrones y en sus infernales dispositivos que en cualquier aspecto relacionado con las sutilezas sociales.

-¿Y a quien no le gusta eso?-, preguntó Mira meditabunda. No se me ocurrió ninguna respuesta que no sonara trillada o presuntuosa, así que me refugié en mi desayuno y simplemente me encogí de hombros.



Otorgando al gobernador el mérito que le correspondía, he de decir que no perdió tiempo en organizar la conferencia que Gries había solicitado. Cuando entré en el búnker de mando, disfrutando aun del sabor del tanna en mis labios, me sorprendió gratamente ver que Orten ya se encontraba allí, al parecer por invitación expresa de DuPanya. Tenerlo a mano como fuente de conocimiento local sería muy útil, y nos ahorraría la molestia de volver a informarle más tarde en el improbable caso de que necesitemos para algo a las fuerzas bajo su mando. Asentí en su dirección a modo de afable saludo e intercambié con él algunas palabras, observando con silenciosa diversión cómo mi amabilidad hacia él parecía cambiar la actitud de varios de los oficiales de la Guardia presentes, de la indiferencia o el desdén apenas oculto a una cordialidad ligeramente forzada. No hay que decir que le habrían dedicado poco tiempo para la FDP aún incluso si una buena parte de sus miembros no hubiera disparado a sus hombres, pero bajo las actuales circunstancias, no me habría sorprendido mucho saber que al menos algunos de ellos no sospecharan que Orten fuera un híbrido. **(5)**

(5) *De hecho él fue uno de los primeros Viridianos en ser analizado y declarado libre de la mancha xenos. De otra forma difícilmente habría estado respirando para aquel momento, y ya no digamos tener acceso a una de las instalaciones más segura de todo el planeta.*

Bastante más sorprendente fue la presencia de Mira, que llevaba otro de sus uniformes estilo tarta nupcial, pero al

menos esta vez había tenido el suficiente sentido común para contar con un escote más recatado, para no distraer al personal. Me sonrió cuando entré, aunque si alguno de los oficiales allí reunidos se dio cuenta, tuvieron el detalle de no tomarlo por otra cosa que por un enamoramiento perfectamente natural de una dama de alcurnia hacia el gallardo héroe que se suponía que yo era. Me dirigí hacia donde se encontraban ella y a su padre, aprovechando para recibir los saludos de los oficiales de la Guardia que conocía, o que querían dar esa impresión.

-Gobernador-, dije, saludándolo primero, como exigía el protocolo, antes de asentir con la cabeza a Mira**-. Coronel. Que inesperado placer-.** Y así era. No me había dicho nada de acompañarme cuando salió de mi despacho apenas una hora antes, y debió cambiarse muy rápido, al menos de acuerdo a sus estándares. Muchos de los oficiales imperiales que nos rodeaban parecían confundidos por su presencia, ya que, aunque aceptaran su rango militar como algo real, cosa que francamente yo dudaba que hiciera cualquiera de ellos, era de lejos la más joven de la sala. Sonrió de nuevo, pero antes de que pudiera responder, DuPanya intervino cortándola, tan hábilmente como yo podría haber partido en dos a un oponente con mi espada sierra.

-Mi hija se encuentra aquí en calidad de mi potencial heredera, Comisario (6)-, explicó**-. En estos días de incertidumbre, es importante que esté al tanto de los asuntos políticos, en caso de que tuviera que tomar las riendas del gobierno.**

(6) *Eso no es estrictamente cierto, dado que ella era una la más joven de tres hermanos, aunque si era la única de ellos presente en ese momento en Fidelis.*

-Por supuesto-, dije, asintiendo gravemente, como si en aquel momento hubiera algún gobierno en Viridia que mereciera tal nombre, aparte de los nerviosos guardias con sus fusiles, que aplicarían cualquier fragmento del código de ocupación **(7)** que recordaran en el caso de que hubiera algo o alguien que pareciera amenazar la seguridad de sus compañeros, y usarían sus armas indiscriminadamente si su paranoia fuera adecuadamente estimulada (algo que no sería muy complicado, ya fuera bajo las circunstancias correctas o incluso las incorrectas**)-. Pero estoy seguro de que todos esperamos que no se llegue a eso-.** Ciertamente a buen seguro así lo haría si fuera un Viridiano.

(7) *O por usar su título oficial: Código de Regulaciones y Procedimientos de la Ley Marcial de Emergencia para la Salvaguarda de las Poblaciones Civiles en Áreas Bajo la Protección de la Guardia Imperial y Fuerzas Aliadas de su Divina Majestad (CCXXXVIº edición revisada, 759.M40).*

-Claro, claro-. DuPanya echó un vistazo a su hija, aparentemente entendiendo sin esfuerzo el significado implícito en mis palabras, y cambio la discusión a temas más apacibles**-. ¿Qué cree que quieren discutir los Astartes?**

-No tengo ni idea-, admití, tratando de que no se trasluciera en mi voz el hecho de que tal desconocimiento me tenía un tanto irritado. Se suponía que estábamos en el mismo bando, pero, como he mencionado antes, los Astartes seguían sus propias normas, y confiaban tanto o tan poco en sus aliados como les convenía. Al menos, eso era cierto para los Recobradores, y no tengo razón para sospechar que no se cumplía la misma premisa en el resto

de los capítulos **(8)-. Pero estoy seguro de que pronto lo descubriremos.**

(8) *Ciertamente es así en la vasta mayoría de los Capítulos. La mayoría de ellos, si no todos, contaban con sus propias tradiciones y secretos, e incluso algunas veces hasta tal grado que serian considerados heréticos en unidades menos devotas entre los sirvientes del Emperador.*

No tuvimos que esperar mucho tiempo. A la hora señalada, con extrema puntualidad, el sincronizado golpeteo de botas blindadas contra el rococemento, que había acabado asociando con los Astartes, resonó a través del búnker, sacudiendo paredes y techos, provocando la caída de una fina película de polvo desde las vigas de soporte sobre todos, como si de una ligera capa de caspa sintética se tratara, y todos los ojos se volvieron hacia la puerta principal. Al cabo de uno o dos momentos, en el que el estruendo y la vibración aumentaron hasta niveles casi incómodos, apareció Gries, flanqueado por un par de los compañeros de escuadra que lo habían acompañado antes **(9)**. Un instante después me lleve una auténtica sorpresa. Drumon iba a la zaga de ellos, a uno o dos pasos. Lo habría reconocido sin dudarlo, aunque hubiera llevado puesto su casco, que estaba colgando de un cinturón lleno de bolsillos en la cintura, junto a una enfundada pistola de plasma, gracias a la garra metálica de su espalda, el brazo articulado al que estaba sujeta estaba plegada en paralelo a su columna vertebral. Llevaba una espada y su vaina en el lado opuesto a su pistola, con una runa de activación de algún tipo en el pomo. Evidentemente estaba acostumbrado a usar ambas armas a la vez, de la misma forma que yo hacía con mi espada sierra y mi pistola láser, y sonreí involuntariamente, divertido por haber encontrado otra pequeña cosa que el imponente tecnomarine y yo parecíamos tener en común.

(9) *Por lo que podemos inferir que en algún momento del pasado se habían quitado los cascos permitiendo que Caín les viera los rostros descubiertos, o bien podía reconocerlos por los motivos heráldicos personales que lucían en sus armaduras, lo más probable es que fuera por esto último.*

Al verme, Drumon me devolvió la sonrisa e inclinó la cabeza en mi dirección a modo de saludo, lo que sorprendió a los oficiales que se percataron de ello, aparte de a mí mismo. De hecho, estaba tan sorprendido que me tomé un momento para estudiar al tecnosacerdote de túnica roja que se deslizaba suavemente tras él, como un gretchin siguiendo a un orko **(10)**. No tenía ni idea de que podía presagiar la presencia del tecnosacerdote, pero estaba seguro de que no sería para nada bueno.

(10) *Sospecho que es una analogía que el Tecnomarine no habría apreciado.*

-Capitán-. DuPanya se adelantó para saludar a Gries, que le echó una mirada, y luego se quitó el casco, colgándoselo de la cadera como había hecho Drumon. Al ver a los dos hombres juntos, me vino a la cabeza la incongruente visión a un adulto, inclinando la cabeza para escuchar pacientemente a un niño inoportuno**-. ¿A qué debemos este inesperado placer?**

-Hemos estado hablando con los acólitos del Omnissiah-, explicó Gries, sin preámbulo**-. El Magos Yaffel cree haber identificado la fuente de la corrupción genestealer.**

Como estoy seguro de que pueden imaginar, aquel anuncio llamó inmediatamente la atención de todos los presentes.

La sala, que se había quedado bastante tranquila cuando aparecieron los Astartes, acabo de quedarse completamente en silencio. No podía oír más que el susurro de mi propia respiración, y estoy bastante seguro de que algunos de los presentes incluso dejaron de hacerlo por un momento. Afortunadamente, antes de que nadie tuviera tiempo de ponerse azul, Drumon y el tecnosacerdote se apoderaron del hololito, engatusándolo para que cobrara vida con algunos toques diestros de sus guanteletes de ceramita y mecadendritas respectivamente, mientras murmuraban las letanías de activación. Todos nos apretujamos, tratando de parecer que no estábamos usando los codos a propósito para conseguir una mejor vista, y yo hice lo posible por ignorar la proximidad de Mira, que estaba aprovechando la situación para acercarse a mí considerablemente más de lo que el decoro permitiría normalmente con otras personas presentes.

-Estoy seguro de que reconocerán esto-, comenzó el tecnosacerdote, con el tono chirriante de una carretilla que necesita ser engrasada. Aparentemente, como muchos de sus hermanos, había reemplazado sus cuerdas vocales, aparte de muchas otras cosas, con sistemas augméticos. Mientras hablaba, se movía ligeramente, oscilando de un lado a otro como un borracho tratando de seguir el ritmo del suelo; aunque después de un momento o dos pude ver metal bajo su túnica, y caí en la cuenta. La mitad inferior de su cuerpo había sido completamente extirpada, dejando su torso reposando en una placa de metal, que a su vez estaba sostenida por un fino tubo de acero, que finalizaba en una única rueda con un grueso neumático. Sin la menor duda, contaría con un giroscopio instalado en algún lugar para proporcionarle estabilidad, pero, de ser así, apenas parecía adecuado para la tarea, pues necesitaba constantes ajustes

menores de equilibrio para evitar que su propietario acabara cayendo por los suelos.

Todos asintieron con la cabeza cuando apareció una imagen del sistema estelar Viridiano, el planeta en el que estábamos marcado con la runa verde que, con cierto optimismo, lo identificó como que ahora está a salvo de nuevo en manos Imperiales. La mayoría de los hábitats extraterrestres importantes estaban marcados de forma similar. Aunque aquello no fue ninguna sorpresa. Los Recobradores dejados atrás en el *Revenant* tampoco habían estado inactivos mientras progresaba la guerra en tierra, y habían retomado la mayor fortaleza rebelde con una facilidad que había hecho que la mayoría de las demás se negaran a luchar, mientras que el crucero de ataque aplastó a las naves de las Fuerzas de Defensa del Sistema incapaces de mostrar su lealtad al Imperio con la misma pasmosa facilidad como se había ocupado de aquella que había sido lo suficientemente incauta como para atacarnos cuando salimos de la disformidad. Sólo unos pocos iconos rojos identificaban a los disidentes, señalando con bastante eficacia los enclaves extra planetarios donde los genestealers habían logrado afianzarse de manera significativa, y su escaso número me sorprendió gratamente **(11)**

(11) *En realidad no era ninguna sorpresa, puesto que, para empezar. los cultos genestealer debían haber sido inicialmente muy pequeños en número*, *para concentrarse en expandir su influencia en el planeta, que es donde se encontraban las instituciones que buscaban subvertir. La mayor parte de los rebeldes activos en el espacio cercano al planeta no eran sino ingenuos engañados por la mente colmena de la prole, en lugar de ser miembros activos de la misma.*

-Hace 147 años-, continuó el tecnosacerdote, aparentemente indiferente a nuestros asentimientos y murmullos**-, fue detectada una llamarada de energía de la disformidad en el halo (12). El análisis realizado en aquel entonces sugirió que había surgido de la disformidad un objeto de considerable masa, y se envió una nave de las Fuerzas de Defensa del Sistema para investigar. Sin embargo, afortunadamente para ellos, el objeto desapareció de nuevo en el inmaterium antes de que pudieran obtener más que unos pocos registros de sensores de largo alcance-.** Drumon hizo algo en el atril de control, y la imagen cambió a una indistinguible mancha que para mí no se parecía a nada más que a un tubérculo enfermo. No parecía haber nada particularmente amenazador en aquella imagen, pero la cara de DuPanya había palidecido. Mira miró a su padre, y por primera vez desde que la conocía la vi preocupada por otra persona.

(12) *El anillo de restos cometarios que suelen marcar la frontera nominal de un sistema estelar.*

-El pecio espacial-, dijo pesadamente el gobernador, y pueden estar seguros de que eso provocó una fuerte reacción en los presentes. El rostro lleno de cicatrices de Gries se movió adoptando un gesto que tenía toda la apariencia de un ceño fruncido, y miró a DuPanya como un tutor de escuela enfrentado a un alumno que acabara de tropezar con un catecismo.

-¿Era consciente de esto?-, preguntó, su voz retumbando en el búnker como un lejano terremoto.

DuPanya asintió.

-Por supuesto-, le aseguró, recuperándose rápidamente**-. Pero como sólo estuvo en el sistema por unas pocas horas, sentimos que el riesgo que representó para nuestra seguridad había sido insignificante. Mantuvimos a la FDS en alerta por un tiempo, pero sin nada a lo que disparar, no parecía tener mucho sentido prolongar la vigilancia.**

Ocultando mi sorpresa al comprender que, aparentemente, el gobernador estaba en su segundo siglo de vida, aunque supongo que es algo que debería haber esperado, dado lo que ya había deducido sobre la afición de la nobleza por los tratamientos de rejuvenecimiento, asentí juiciosamente como si en realidad estuviera valorando sus palabras**-. Es comprensible-,** dije, preguntándome por primera vez si Mira era realmente tan joven como parecía, aunque acabé decidiendo que aquello era algo que no me importaba un comino**-. Si hubiera habido pieles verdes a bordo, estoy seguro de que se habrían dado cuenta.**

Muchos de los oficiales imperiales presentes sonrieron ante mi modesto comentario, pues una invasión de orkos no destaca precisamente por su sutilidad, pero parecía que Gries tenía tan poco tiempo para las bromas como para cualquier otra cosa que no fuera la matanza de los enemigos del Emperador**-. Tal complacencia fue negligente en extremo-,** sentenció.

DuPanya se sonrojó azorado.

-**Difícilmente podíamos permanecer en alerta indefinidamente-,** señaló, un poco a la defensiva**-. Habría cundido el pánico entre la población, sin ningún efecto positivo. Y en cualquier caso nuestras defensas no se han diseñado para contrarrestar un tipo de infiltración tan insidiosa.**

Gries no tuvo que molestarse en soltar un *"Quizás deberían haberlo hecho"*. Su silencio fue lo suficientemente enfático. Para disipar la tensión que flotaba en el ambiente, y evitar cualquier recriminación que pudiera germinar de él, intervine a fin de restaurar y reforzar nuestra unidad y compromiso, como el pequeño y buen comisario que se suponía que era.

-Todo lo cual plantea la pregunta de cómo llegaron al planeta los genestealers-, dije, como si realmente quisiera saber la respuesta.

-Magos, estoy seguro de que un hombre de su erudición habrá sido capaz resolver tal misterio-. Al tambaleante medio hombre se le veía tan halagado como era posible con una cara compuesta mayormente de metal. Se supone que los acólitos del Omnissiah están por encima de las mezquinas emociones humanas, pero frecuentemente he notado que parecen ser tan susceptibles a la adulación como cualquiera.

-El balance de probabilidades parece favorecer un oportunista abordaje de prospectores de minerales en busca de botín-, entonó, y su suave tono estuvo en marcado contraste con el del capitán de los Marines Espaciales**-. El halo está repleto de pequeñas naves,**

que la tripulación de la FDS habría encontrado muy difícil de detectar por la distancia a la que se encontraban, dado el efecto de enmascaramiento del casco y la profusión de restos cometarios registrados en su auspex.

Eso me pareció bastante plausible. Sólo se necesitaría un puñado de personas para que la contaminación genética arraigara, haciéndose más fuerte con cada generación de híbridos, y la tripulación de una pequeña nave serviría perfectamente de incubadora para crear un nido. Particularmente si tuvieran espacio a bordo para uno o dos puracepas, para acelerar el proceso un poco.

-Lo que plantea otra alarmante posibilidad -, dije**-. Dada la cantidad de carga que entra y sale del sistema, y el número de naves encargadas de su transporte, ¿cómo podemos estar seguros de que algunas de estas abominaciones no han viajado a otros sistemas del sector, con la intención de difundir su corrupción lo más ampliamente posible?-.** Las expresiones de los oficiales superiores que me rodeaban eran toda la indicación que necesitaba para saber lo poco que les agradaba aquella idea.

-Eso parece poco probable-, intervino Drumon, para alivio de todos**-, aunque sería prudente enviar un mensaje astropático a las autoridades apropiadas en los sistemas cercanos.**

-Estoy de acuerdo con eso-, coincidió Gries**-. Los cultos genestealers generalmente se centran en corromper un mundo de cada vez-.** Bueno, supuse que él lo sabría,

siendo el mayor experto local en los enemigos del Imperio, y la mejor manera de raspar sus restos de las suelas de sus botas.

-Una preocupación más apremiante es el propio pecio espacial-, apuntó Yaffel, con el inconfundible aire de un hombre acostumbrado a arrastrar a todo el mundo de vuelta al asunto que les ocupaba**-. A dondequiera que vaya, seguirá infectando sistemas habitados.**

-Por no hablar de aquellos por los que ya ha pasado-, dije. Eché un vistazo al búnker, y finalmente conseguí captar la atención del analista de inteligencia entre los generales**-. Tendremos que buscar en los registros, tratar de encontrar otros avistamientos que coincidan...**

-Ya los hemos identificado-, me aseguró Drumon, y volvió a mostrar brevemente el leve gesto divertido que recordaba haber visto a bordo del ***Revenant*** durante mi convalecencia**-. Se trata del *Engendro de Condenación*, visto por primera vez en el 447.M36, en el *Frente de la Frontera Exterior**. O, al menos, visto por primera vez por alguien que sobrevivió para hacer un informe. Sus movimientos son tan conocidos como cualquier grupo de restos a la deriva en la disformidad**

(*) Spinward Drift *en el original, fuente: https://warhammer40k.fandom.com/es/wiki/Frente_de_la_Frontera_Exterior*

-Bueno, al menos eso es un consuelo-, dije, tratando de sonar como si lo dijera en serio, y que aquel nombre no me

había dejado algo desconcertado. Quién lo bautizo así, y la razón por lo cual no podían bautizar a esas cosas con nombres algo más alegres, es algo que está más allá de mí comprensión **(13) -. Es una pena que no podamos avisar a quienquiera que vaya a ser el siguiente en ser visitado por esa cosa.**

(13) *Tradicionalmente los pecios espaciales son bautizados por miembros de un conclave la Sagrada Inquisición responsables del sector donde haya sido detectado por primera vez, y como Caín acertadamente apunta, estos tienden a dejarse llevar por lo melodramático.*

-Desafortunadamente, dada la intrínseca naturaleza de la disformidad, tal predicción no puede hacerse-, explico Yaffel, sin lograr evitar que un toque de arrepentimiento se colase en su mecánica y monótona voz-. **Sin embargo, puede ser posible seguir al pecio hasta su próximo destino.**

-¿Cómo?-, preguntó DuPanya, razonablemente bajo las circunstancias, mientras que Mira se limitó a mirarme, al tiempo que hacía un gesto sorprendentemente vulgar que indicaba locura mental. En privado, estaba de acuerdo con ella, pero si los Astartes se tomaban en serio estas tonterías, lo menos que podíamos hacer era escuchar lo que aquel tipo tenía que decir.

-Entrando en la disformidad en el mismo punto en que lo hizo el Pecio-, dijo Yaffel**-, y dejándonos llevar por la corriente. Hemos examinado los registros de numerosos cargueros que entraron y salieron del Sistema Viridia en el último siglo y medio, y las indicaciones son que el flujo del inmaterium en esta**

región de espacio y tiempo se ha mantenido razonablemente estable.

-Razonablemente estable es un término relativo-, interrumpió de nuevo Drumon, con sequedad**-. Seguir la corriente equivocada nos llevará a un sistema completamente diferente. Pero tenemos un buen navegante a bordo del *Revenant,* y considera que la apuesta es factible.**

-Por no mencionar los cálculos que he hecho, que deberían reducir las posibilidades considerablemente-, añadió Yaffel.

-Entonces, y perdóneme si me equivoco-, dijo DuPanya**-, ¿debemos deducir que pretende intentar localizar al *Engendro de Condenación* con su propia nave?**

-Exactamente-, le confirmó Gries. Giró la cabeza, paseando su mirada por los oficiales reunidos**-. La Guardia Imperial debería ser capaz de resolver los problemas de Viridia ahora que la rebelión ha sido quebrada. Una vez que las operaciones que tenemos en marcha hayan concluido, nos iremos.**

-Les echaremos de menos-, dije tratando de mostrarme lo más diplomático posible, interviniendo antes de que ninguno de los oficiales de la Guardia pudiera hacer algún desafortunado comentario que pudiera llevar a herir los sentimientos de los Astartes o algo peor**-. Pero todos**

debemos cumplir con nuestro deber, dondequiera que nos lleve.

Mirándolo con retrospectiva, a veces me pregunto qué habría pasado si en ese momento hubiera tenido la sensatez de callarme y la cantidad de disgustos que me habría ahorrado, pero sinceramente, en el fondo dudo que hubiera cambiado algo. Estaba claro que Gries había tomado una decisión sobre todo el asunto antes de que se comunicara conmigo por vox esa mañana, y un capitán de los Astartes era un hombre a quién difícilmente se le podía decir que no. Su mirada se posó en mí.

-Comisario. Puede acompañarnos, si así lo desea. El *Engendro de Condenación* es una amenaza para todo el sector, y lo seguirá siendo hasta que sea neutralizado. Sin duda, los altos mandos de la Guardia Imperial valorarán su informe sobre nuestras acciones.

-No dudo que así será-, dije suavemente, mientras intentaba desesperadamente pensar en una razón plausible para no ser arrastrado a aquella lunática búsqueda. No se me ocurrió ninguna, y, una vez más, me encontré maldiciendo mi infundada reputación. ¿Cómo podría negarme, en una sala llena de generales y comisarios de alto rango mirándome fijamente, y sintiendo todos ellos una envidia nada disimulada? Me encogí de hombros, decidido a sacar el mayor partido posible de mi mala situación**-. Mis órdenes eran mantenerme en contacto con usted durante tanto tiempo como considerara necesario, así que por supuesto me siento feliz de continuar con ella. Instruiré a mi ayudante para que haga los arreglos necesarios para nuestra partida.**

-Muy bien-. Gries asintió con la cabeza, se dio la vuelta y salió del búnker sin decir una palabra más, seguido por el resto de los Astartes y el bamboleante tecnosacerdote. Entonces estalló un auténtico maremágnum de voces, siendo la incredulidad y la indignación las notas predominantes, y me di cuenta de Mira me estaba tirando del brazo, con el rostro muy serio.

-Ciaphás-, dijo seriamente**-, tenemos que hablar. Sobre nosotros.**

CAPÍTULO OCHO

Jurgen se tomó la noticia de nuestra inminente partida con su flema habitual, aunque debo decir que no estaba muy entusiasmado con la perspectiva de regresar tan pronto a una nave estelar después de haber padecido hacia tan poco una reentrada planetaria. En cualquier caso, para Jurgen, las órdenes eran sacrosantas. De vez en cuando yo barrunté que él realmente creía que la cadena de mando se alargaba ininterrumpidamente hasta el Trono Dorado, así que incluso asuntos tan mundanos como el nombramiento del ordenanza responsable del día de las letrinas, estaban imbuidos con la inexpugnable autoridad del propio Emperador. Como fuera, él simplemente asintió con la cabeza y se ocupó de preparar mi equipaje sin la menor vacilación.

-**Muy bien, señor. ¿Querrá almorzar algo antes de partir?**

-Pues ahora que lo dice, sí-, le contesté, después de meditarlo un momento. No había perdido tiempo en pedir un audífono de comunicación vox al recién llegado contingente de la Guardia, para reemplazar el que se había evaporado junto con el *Regalo de Omnissiah*, así que pude seguir los preparativos de los Astartes para su partida sin tener molestar a Gries, algo que sin duda fue un alivio para ambos. Recuperar sus escuadras de combate activos, que estaban dispersos por la mitad del sistema, les iba a llevar un poco de tiempo, incluso para guerreros de su formidable eficacia, y considerando que, fieles al código de su capítulo, ninguno de ellos estaría dispuesto a romper el contacto con

un enemigo aún vivo y dejar a medias la tarea que se les había asignado.

El almuerzo también sería una buena oportunidad para despedirme de Mira, en términos razonablemente buenos (aunque ya me había despedido de ella en el búnker de mando con la mayor rapidez y tacto posibles). Sus palabras me habían afectado, lo cual puede sorprenderle a cualquiera, considerando algunos de los peligros a los que me he enfrentado en nombre del Emperador, pero he de decir que uno sabe perfectamente que esperar de un orko que carga contra ti. Cuando una mujer le dice a uno que quiere hablar *"sobre nosotros"*, de lo único de lo que puedes estar completamente seguro es que no vas a salir ileso por mucha experiencia de combate que tengas.

Para mi sorpresa, y debo confesar que para mí enorme alivio, mi invitación no fue atendida, salvo por una amargada doncella, que me informó con una extraña mezcla de placer y disgusto que su señora *"no estaba disponible"*. Pude creerla sin problemas, recordando la expresión enfurruñada en la cara de Mira cuando conseguí despegarme de ella en el bunker y "*encontrar*" un asunto urgente que atender con el analista de inteligencia con el que había intentado hablar anteriormente. Desde el momento en que nos liamos por primera vez, fue obvio para mí que nuestra relación sería tan fugaz como todas las demás que había mantenido a lo largo de los años. Mi posición y mi deber con el comisariado hacían inevitable que fuera enviado a otra guerra tan pronto como la situación en Viridia se estabilizara, pero el pequeño mundo de Mira siempre había girado en torno a ella, y yo estaba empezando a darme cuenta, algo tarde, de que no iba a

aceptar amablemente mi partida en otros términos que no fueran los suyos propios.

Oh, bueno, lo siento por ella, pensé. Por muy heredera de un planeta que fuera **(1)**, no podría creer que pudiera tener algún poder que ejercer sobre Gries si intentaba convencerle para que me dejara atrás. Por un momento, la imagen mental que aquel pensamiento evocó en mi mente, con la petulante joven aristócrata arengando al capitán de los Marines Espaciales, lo que me hizo sonreír brevemente, antes de que la descartara y concentrara mi atención en asuntos más urgentes.

(1) *Lo cual pone en evidencia el hecho de que Caín nunca conoció la existencia de los hermanos de Mira, aunque a buen seguro es algo que en algún momento alguien debió mencionárselo. También es una evidencia de lo absorbente que debía ser Mira.*

-Mire a ver si en la cocina tienen alguno de esos pequeños lagartos, y algo de ese paté de pescado ahumado-, le pedí a Jurgen. Sin duda las raciones a bordo del *Revenant* eran adecuadas, pero resultaban bastante básicas e insípidas, pues generalmente las pequeñas comodidades de la vida quedan muy abajo en la lista de prioridades de un Marine Espacial, mientras que yo tenía la intención de aprovechar al máximo las habilidades del chef del gobernador mientras tuviera la oportunidad**-. De lo contrario, use su iniciativa. Y no olvide coger algo usted.**

-Muy bien, señor-, dijo, y se marchó tan pronto como pudo sin comprometer el aire de dignidad que entendía que era el apropiado para alguien en la exaltada posición de ayudante personal de un comisario, y que se esforzaba por

mantener en todo momento, en la dichosa ignorancia del hecho de que era completamente invisible para todos menos para él. Regresó poco después con una gran bandeja cubierta, cuyo contenido me entregó, y una bolsa térmica que goteaba vapor, y que, para mi tácito alivio, se llevó a su propia habitación, ya que hay pocas cosas en la galaxia que puedan quitarle más el apetito a uno que ver (o escuchar) a Jurgen comiendo a dos carrillos.

Después de terminar nuestros respectivos almuerzos, no había mucho más que hacer, ya que entre los dos no teníamos mucho equipaje, y Jurgen ya había encargado de prepararlo, así que me encontré en la inoportuna y novedosa situación de tener algo tiempo libre, que en ese momento me pesaba como una losa. Trate de ocuparme de hacer todo el trabajo posible, visitando el búnker por última vez para transmitir toda la información que pude sobre el estado de la situación que los Astartes estaban dejando atrás (principalmente un montón de herejes muertos), y recoger las últimas noticias del progreso de la campaña de la Guardia en caso de que, desafiando mis expectativas, Gries pudiera estar interesado en ello. (Tal y como pasó después, yo tenía razón en ese aspecto. Tan pronto como dejamos el Sistema Viridia, su atención se centró completamente en la persecución del pecio espacial, y no recuerdo que volviera a mencionar la campaña viridiana).

Para mi alivio, no me encontré con DuPanya en ninguno de los pasillos del palacio, ya que no estaba en absoluto seguro de cuánto sabía de mi relación con su hija, o de su reciente disgusto. Al final nunca volví a verlo. Encontré a Orten merodeando por el centro de mando, marginado por el resto de los oficiales de la Guardia, pero decidido a hacer todo lo posible para evitar que hicieran un estropicio en su mundo

natal, y me aseguré de despedirme de él tan públicamente como me fue posible: No sé si con ese gesto conseguí que alguien lo tomara un poco más en serio, pero esperaba de corazón que así fuera **(2).**

(2) *Muchas historias viridianas sobre la guerra le otorgan a él el crédito de reunir a las fuerzas leales de las FDP, y convertirlas en una sólida unidad de combate que jugó un papel decisivo en expulsar del planeta la mancha genestealer, pero obviamente hemos de asumir, en los informes y biografías locales, la existencia del habitual chovinismo local y la necesidad de contar con héroes nacidos en el planeta. Los registros de la Guardia Imperial simplemente informan de su efectivo papel como mediador entre ellos y las fuerzas de las FDP, que muy optimistamente podría haber sido interpretado como un apoyo a regañadientes.*

No supe más de Mira, antes de dejar el palacio, algo que he de confesar que me resultaba indiferente. Por un lado, no pude evitar sentir un cierto alivio por haber evitado un incómodo encuentro que probablemente hubiera terminado en recriminaciones, pero, por otro lado, nunca me ha gustado dejar atrás los asuntos pendientes. Mientras Jurgen nos guiaba para salir del patio principal y atravesaba los restos de los jardines a lo largo de la calzada principal, que se estaba claramente marcada como una franja recta de barro marginalmente menos revuelto que el terreno a su alrededor, me encontré echando una mirada hacia atrás sobre la placa de blindaje que protegía el compartimento de la tripulación del Salamander que Jurgen había requisado vete a saber dónde, para escrutar los cientos de ventanas en busca de un destello de pelo rubio; pero fue en vano. Por fin, al pasar por la puerta maltrecha de la muralla exterior por la que Trosque había lanzado su ataque a los sitiadores, el palacio desapareció de la vista, y dirigí mi atención a nuestro entorno inmediato.

No había visto mucho de Fidelis en el relativamente corto tiempo que había transcurrido desde nuestra llegada. En las pocas ocasiones en que me aventuré a salir para comparar notas con los comandantes de la Guardia o Astartes en el campo, había estado cómodamente a bordo de un Rhino que amablemente me habían asignado mis anfitriones, y cuya llegada siempre parecía despertar cierto grado de interés, tanto entre los Guardias como entre los leales de las FDP. Parecía que los Recobradores seguían tomándose el asunto de mi seguridad personal tan en serio como había insinuado el sargento Exterminador, lo cual me venía de perlas. Los únicos inconvenientes que había descubierto hasta ahora eran la incapacidad de ver nada más allá del interior del TBP **(*)**, que era considerablemente más espacioso que los Chimeras con los que estaba más familiarizado, y el hecho de que los asientos de los bancos estuvieran a la misma escala que los accesorios a bordo de la Thunderhawk: correctos para la sobrehumana estatura de un Marine Espacial equipado con su servoarmadura, pero resultaba claramente incómodo para nosotros, los ordinarios mortales. El resultado fue que sólo pude echar breves vistazos a la ciudad, por así decir, generalmente en zonas en disputa, donde la cantidad de ruido ambiental y el fuego de las armas implicaban que merodear por la ciudad fuera decididamente imprudente.

(*) *Transporte Blindado de Personal.*

Ahora que podía echar un vistazo me encontré gratamente sorprendido, incluso a pesar de que Jurgen iba conduciendo a toda leche pasando las calles como si fuéramos una bala de cañón, vamos, a su vertiginoso ritmo habitual, y esquivando aquellos pocos obstáculos demasiado sólidos como para que las orugas de nuestro vehículo los

superaran. Finalmente, la marea de la guerra había retrocedido de la capital, donde tan sólo quedaban unos pocos focos de resistencia y disturbios con los que tratar, y los primeros signos de algo que empezaba a asemejarse a la normalidad comenzaban a aparecer, como verdes brotes entre las cenizas de un incendio forestal. El camino hacia el puerto estelar estaba libre de escombros, con los peores baches que parcheaban su superficie improvisadamente reparados con restos de rococemento, algo que supongo era de esperar, dada la ingente cantidad de tráfico militar que retumbaba a lo largo de la carretera y en ambas direcciones. Lo que no había previsto era el número de vehículos civiles que arremolinaban entre ellos, sobrecargados transportes de carga en su mayoría, atestados de muebles, posesiones y gente de rostro sombrío que se aferraban a la vida entre lo que quedaba de su pasado. Supuse que estarían tratando de volver a sus casas, o a donde una vez estuvieron estas, esperando continuar donde lo habían dejado, desafiando toda sentido común. La mayoría de los destartalados transportes estaban decorados con iconos del Emperador, y unas pocas y escasas ofrendas habían sido dejadas en los santuarios al lado del camino, donde, sin duda, serían robadas tan pronto como cayera el atardecer, desafiando el toque de queda **(3)**.

(3) *De hecho lo más probable es que no fuera así, dado la bien conocida tenacidad y ferviente fe del pueblo de Viridia hacia el Trono Dorado. Aunque, dadas las circunstancias, admito que podría haber habido excepciones.*

Las calles laterales, a las que Jurgen finalmente tuvo que dirigirse, impaciente con las restricciones que la densidad del tráfico en la vía principal le imponía a su natural inclinación de pisar el acelerador al máximo y no levantar el pie, que como era de esperar estaban más despejadas, pero

incluso en ellas se observaban los signos del retorno de la vida cotidiana, algo que me pareció de lo más alentador. La gente se movía entre los escombros de los destruidos edificios, salvando lo que podían, aunque si podía considerar como un ejemplo el centro comercial en el que me había encontrado con los centinelas de la mente colmena, dudaba que los saqueadores hubieran dejado nada valioso **(4)**. En algunos lugares se observaba elevarse el humo de las hogueras encendidas para cocinar, allí donde quedaba suficiente de las estructuras originales para poder resguardarse de la lluvia, y que ocasionalmente eran complementados con lonas u otros improvisados materiales de construcción.

(4) *Probablemente estarían buscando por materiales que pudieran aprovechar para construir que buscando objetos de valor.*

Pocas de las personas con las que nos cruzamos nos dedicaron alguna mirada, con la inevitable excepción de los niños, que jugaban entre las ruinas con la total despreocupación de los asuntos mundanos propia de los críos. Tendían a alzar la mirada hacia nuestro vehículo mientras pasábamos raudamente, triturando con las orugas tanto las piedras como los restos de rococemento esparcidos a nuestro paso, gritando o agitando las manos, antes de volver a sus juegos.

Por lo que pude ver, por el momento, parecía haber pocos avances en cuanto a las labores de reconstrucción organizada, aunque ocasionalmente vislumbramos lo que podría ser el comienzo de un esfuerzo coordinado para devolver a Fidelis a su anterior estado de habitabilidad. Un puñado de tecnosacerdotes parecía estar reconociendo la ciudad, vagando por ella en solitario o en grupos de dos,

tomando sobrias notas en sus placas de datos o husmeando en los conductos, mientras que un grupo de zapadores de uno de los regimientos vostroyanos estaba levantando chozas de madera en un parque que Jurgen ni siquiera se molestó en tratar de eludir, presumiblemente con la intención de albergar a los esperanzados ocupantes de los camiones que habíamos visto antes. El único edificio activamente en reparación que pudimos ver fue un templo local, donde refugiados harapientos estaban colocando ladrillos bajo la atenta supervisión de un anciano eclesiarca, sin duda a cambio de la promesa de comida y una cama para pasar la noche **(5)**.

***(5)** Como suele hacer tan a menudo, el cinismo habitual de Caín en todo lo concerniente a los miembros de la Eclesiarquia pueden haberle conducido a una conclusión errónea. Dada la devota naturaleza de la mayoría de los viridianos, es realmente posible que los trabajadores que participaban en la reconstrucción del templo lo hicieran por motivos espirituales en lugar de por razones más mundanas.*

Momentos después, nuestro avance comenzó a disminuir de nuevo, y yo asomé mi cabeza por encima de la placa de blindaje que protegía el compartimento de pasajeros, y mientras lo hacía tome mi pistola láser por acto reflejo. Normalmente me gustaba que los Salamanders que solicitaba estuvieran equipados con un bólter pesado en ese compartimento, de manera que tuviera al alcance de la mano algo un poco más letal que mi pistola en caso de que las cosas se pusieran mal, pero en esta ocasión Jurgen sólo había tenido que coger lo que había podido encontrar disponibles en el parque de vehículos, de manera que esta vez, en caso de que surgieran problemas, me las iba a tener que arreglar con mi arma de mano. Un sargento de Caledonia, con un uniforme con el patrón moteado de camuflaje del mismo estilo de los que prefería Orten, nos hizo señas para que nos detuviéramos, mientras que el

escuadrón de soldados que lo acompañaba nos mirara con los ojos cautelosos de los veteranos de combate. Mantenían sus fusiles láser apuntándonos, como debían hacer con tantos equipos de las FDP aun del lado de los insurrectos y alborotadores, y me alegró ver que no dejaron de mantenernos en sus miras ni siquiera después de que pudieron ver con claridad mi uniforme.

-Comisario-. El sargento asintió con la cabeza a modo de saludo, sin duda preguntándose si él o alguno de sus hombres se encontraba en algún problema, pero decidido a no mostrar sus dudas. Muy pocos guardias se alegraban alguna vez al ver un fajín rojo, lo que sin duda explica el desmesurado número de mis colegas que infortunadamente han abandonado este mundo debido a desgraciados accidentes de fuego amigo**-. No le esperábamos.**

-Probablemente porque ni siquiera yo tenía ni idea de que nuestra gente estuviera desplegada en esta zona-, le comenté, notando el débil alivio entre los soldados**-. Mi ayudante y yo vamos de camino al espacio puerto-.** Sonreí a los soldados, que aún nos seguían apuntando**-. Pueden retirarse. No somos híbridos ni mascotas de los genestealers.**

-Por supuesto que no, señor-, aceptó el sargento, dando un paso hacia adelante, un poco nervioso, comprobando un auspex portátil**-. Pero si me permite, señor... Estoy seguro de que no querrá que descuidemos nuestras órdenes.**

-Naturalmente que no, adelante-, acepté, enfundando mi pistola láser y bajando del vehículo para que pudiera

realizar su escáner genético con más facilidad. La unidad emitió un pitido, y una runa parpadeó en verde, después de lo cual todos se mostraron un poco más tranquilos, particularmente una vez que el aparato también confirmo que Jurgen era una razonable aproximación de un ser humano**-. Debo elogiarles por su prudencia.**

Mi elogio fue bien recibido, como yo sabía que sería. Hay formas mucho mejores de manejar a las tropas que simplemente infundiéndoles el miedo al Emperador, un concepto que en estos días trato de inculcar en los jóvenes cachorros a mi cargo, con la vaga esperanza de que sus carreras duren un poco más que su primera patrulla nocturna.

El sargento asintió.

-Eso es lo peor de luchar contra los genestealers-, concordó**-. Nunca se sabe quién puede resultar ser un híbrido o un implantado. Mi propio compañero de escuadra se volvió contra nosotros en Keffia, así sin más, sin ninguna clase de advertencia, y había estado con nosotros desde el principio. Yo mismo me vi obligado a pegarle un tiro.**

-También yo estuve allí-, comenté, sin querer ahondar mis recuerdos de aquella experiencia**-. Viví una situación similar. Mal asunto, se mire como se mire.**

El sargento se encogió de hombros.

-También he de decir que aquel tipo nunca me cayó bien. Y gracias a él me gane el galón. Por mostrar iniciativa. Así que supongo podría haber ido peor.

Volví a sonreír.

-Es usted un optimista nato, sargento. La Guardia necesita hombres como usted.

-Muy amable de su parte, señor-. Y que el Emperador me ayude, el tipo se sonrojó de verdad**-. Pero me temo que tendrá que dar la vuelta. La calle es intransitable.**

-Conseguiremos pasar-, sentenció Jurgen, con discreta confianza, tomando aquella afirmación como un desafío, como yo sabía que haría.

El sargento sacudió la cabeza.

-Lo dudo mucho-, dijo. Jurgen estuvo a punto de ponerse a discutir con él, pero con una mirada mía se calmó, y lo dejó pasar.

-¿En qué modo esta intransitable?-, pregunté, y el sargento se encogió de hombros.

-Simplemente ya no está ahí-, dijo llanamente. Bueno, eso me sonó muy raro, así que dejé el Salamander con el motor en marcha y caminé por la calzada llena de

escombros. Durante los primeros cien metros más o menos, nada parecía haber cambiado: tenía ante mí un paisaje urbano devastado, y mis botas rozaban los pequeños trozos de escombros que cubrían el asfalto.

Luego la calle terminó, tan definitiva y abruptamente como si hubiera sido extirpada con un escalpelo. Durante unos pocos metros la superficie de la carretera se onduló, como una corriente de lava endurecida, y luego simplemente se precipitaba en una amplia fosa, de unos tres o cuatro metros de profundidad. Puede parecer increíble, leyendo esto ahora, pero mi primer pensamiento fue simplemente lo afortunados que habíamos sido al encontrarnos con los soldados cuando lo habíamos hecho; de no ser así y no nos hubiéramos visto forzados a parar, podríamos haber descubierto el agujero por el expeditivo método de caer en él. Fue entonces cuando miré a mi alrededor y pude ver cómo los bordes de los edificios en el perímetro también se habían derretido y fluido como la cera de una vela, y me alcanzó la comprensión de lo que había sucedido allí. Este fue el lugar donde Mira y yo habíamos librado nuestra desesperada batalla bajo tierra, y estuvimos a punto de ser erradicados como seres humanos justo antes de que la Thunderhawk desintegrara el techo para permitir que los Exterminadores acudieran en nuestro rescate.

No puedo estar seguro de cuánto tiempo estuve allí de pie, reviviendo el horror y maravillándome de la precisión de nuestros rescatadores, antes de que un olor familiar me devolviera a la realidad.

-Ese es un agujero del carajo-, comentó Jurgen, materializándose junto a mi hombro, y como siempre, con su arma presta para ser usada.

Asentí con la cabeza.

-Si que lo es-, coincidí, observando el túnel del que habían surgido al final los pura cepas. No quedaba nada de aquellas abyectas criaturas que nos habían atacado, excepto unas pocas manchas de grasa en la losa de rococemento del suelo del foso, cubierto por la lluvia; algunos de los Exterminadores habían portado lanzallamas, y se habían asegurado de que todos y cada uno de ellos habían sido consumidos en la pira de la justicia imperial antes de abandonar el lugar. No podía dejar de preguntarme cuántos más de aquellos xenos aun acechaban bajo nuestros pies, o cuántos aparentes inocentes humanos aun portaban su obscena contaminación genética. Pero gracias a Gries y al archivero tecnosacerdote, Yaffel, ese ya no era mi problema.

-Va a ser necesario dar un pequeño rodeo-, sentencio Jurgen, después de un momento o dos de profunda deliberación.

-Estoy seguro de ello-, le confirmé, dándome finalmente la vuelta, antes de que mi imaginación pudiera empezar a jugar con los ecos del pasado**-. ¿Puedes encontrar otro camino para cruzar esta zona? Todavía tenemos una lanzadera que coger.**

Jurgen asintió.

-Déjelo en mis manos, señor-, dijo.



Gracias al habitual agresivo, y sin duda alocado, estilo de conducción de mi ayudante, el inesperado desvío no nos retrasó demasiado: llegamos a la plataforma de aterrizaje justo cuando la Thunderhawk en la que había llegado al planeta, o bien un gemelo idéntico que recordaba haber visto en la bahía del hangar, rugía sobre nuestras cabezas y aterrizaba entre las paredes de contención como un ave rapaz regresando a su nido. La mía no fue la única cabeza que se giró para seguirla: las decenas de guardias y marineros que deambulaban por el lugar, y que sin duda estaban más que acostumbrados a la incesante llegada y salida de Valkirias, Aquilae y solo el Trono sabe que otros modelos de lanzaderas, naves de transporte y de combate, no pudieron evitar que la distintiva silueta de la nave Astartes atrajera su de inmediato su atención.

Afortunadamente, Jurgen seguía siendo tan flemático como siempre, aparentemente considerando que no era nada más que una nave como cualquier otra, y se abrió camino entre las distraídas tripulaciones de tierra con su habitual aplomo, esquivando a los transportes de carga y los trabajadores por el típicamente estrecho margen tan habitual en él. Afortunadamente el ruido de nuestro motor y el del Thunderhawk en espera ahogaron los epítetos, nada halagüeños, que nos siguieron, aunque los gestos que los acompañaron fueron más que suficientes para transmitir su esencia.

Mientras conducía en su veloz eslalon rodeando las paredes de contención que rodeaban la plataforma **(6)**, quedó claro que Jurgen y yo no éramos los únicos invitados del Capítulo que esa tarde pretendían embarcarse para el *Revenant*. El Magos Yaffel también estaba allí, balanceándose aún más de lo habitual debido al retroceso de los propulsores en reposo, acompañado por un puñado de tecnoadeptos, y un par de servidores, que estaban ocupados en la transferencia a bordo de la nave de una ingente colección de cajas y paquetes. Cuando Jurgen detuvo nuestro Salamander y comenzó a recoger nuestro equipo, yo salí del vehículo de un salto y asentí con la cabeza para saludar cordialmente a los mecanos **(7)**.

***(6)** Cuya misión no era otra que amortiguar el sonido de los reactores verticales, que siempre resultaban terriblemente ruidosos tanto en los aterrizajes como en los despegues, y para contener lo peor de una explosión en caso de que se produjera un accidente.*

***(7)** Un ligeramente despectivo mote empleado irreverentemente hacia los acólitos del Dios-Maquina, bastante común entre la Guardia Imperial, y aparentemente derivado del engranaje que emplean como símbolo de su vocación.*

-Magos-, le saludo, elevando un poco la voz para que se escuchara sobre los aullantes motores**-. No sabía que vendría con nosotros.**

-El Omnissiah dirige nuestros pasos por el camino del conocimiento-, respondió Yaffel, subiendo el volumen de su vox para superar el estruendo. Absteniéndose de señalar que en su caso eso sería singularmente difícil, simplemente asentí con la cabeza, como si la evidente cita **(8)** tuviera algún significado para mí**-. Además, la reserva potencial de datos que se obtendrán en este esfuerzo es incalculable-.** En aquel momento pensé que sus palabras

no eran más que una simple figura retórica. Si hubiera sabido entonces a qué se refería, habría subido a bordo del Salamander y le habría dicho a Jurgen que condujera rumbo al horizonte con toda la velocidad que pudiera conseguir del vehículo (que sin duda habría sido considerable). Sin embargo, me limité a intercambiar algunas cortesías más reflexivas, antes de seguir a mi sobrecargado ayudante hasta el inicio de la rampa de embarque, aparte de esquivar a un sirviente en su camino de regreso por otra carga de lo que Yaffel y sus compinches consideraban equipo esencial para el viaje.

(8) *Extracto del Soylens Viridiensis del Espíritu-Maquina, una popular obra creada para hacer más comprensibles los preceptos por los que se rigen el Adeptus Mechanicus para la mayor parte de la población que no tenemos el más mínimo interés o comprensión en la tecnoteología; sin duda un loable esfuerzo, aunque resultó ser un fracaso total, pues resulta ser demasiado espeso para el lector ocasional al tiempo que demasiado simple, incluso para los niveles más bajos de entre los tecnosacerdotes. No resulta ninguna sorpresa descubrir que su autor no fue ni más ni menos que el Magos Yaffel, uno de los pocos que lo habían leído.*

Cuando recuperé el equilibrio, otro vehículo se acercó suavemente a nuestro abandonado Salamander, y sentí que una extraña inquietud me embargaba de repente. Era un vehículo terrestre, largo y elegante, con los cristales blindados de sus ventanas polarizadas en el mismo negro brillante de la carrocería. Por alguna razón me acordé de los reflectantes e inexpresivos rostros de los asesinos metálicos de los que había huido en Interitus Prime. A los que casi preferiría enfrentarme de nuevo, si mi repentina intuición sobre la identidad del pasajero del coche resultaba ser correcta.

Desgraciadamente para mí, lo fue. Un chófer uniformado en una librea que conocía muy bien desde mi llegada al

planeta salió del compartimento del conductor y se deslizó hasta la puerta del pasajero. Al abrirla, apareció Mira, y su repentino cambio de expresión fue una clara indicación de que el vehículo estaba insonorizado tan eficazmente como protegido de la vulgar mirada del pueblo llano, y me saludó alegremente.

Le devolví el saludo, ocultando mi alivio por su evidente buen humor con una leve sonrisa para transmitirle que me sentía agradablemente sorprendido, y ella se acercó a mí trotando, sonriendo como un cachorro que acaba de descubrir cómo abrir la nevera. Evidentemente, se había cansado de jugar a los soldados, ya que había descartado el uniforme de gala en favor de algo un poco más femenino: una blusa índigo, escotada, como casi todo lo que almacenaba en su armario, y una falda carmesí que le llegaba hasta la rodilla, y que, como la blusa, estaba confeccionada con algún material que brillaba ligeramente cuando le llegaba luz. Además, debido a las turbulencias provocadas por las Thunderhawks, este se ondulaba constantemente, de modo que Mira parecía estar vestida por un nimbo de arco iris. Su calzado era sorprendentemente práctico: botas de caña alta confeccionadas con la piel de algún animal local, aunque dudaba de que su dueño original hubiera lucido un rosa tan fluorescentemente.

-Mira-, la saludé, exhalando un poco más fuerte de lo que pretendía, mientras me envolvía en un abrazo que le habría partido las costillas a un orko**-. Es muy amable de tu parte venir a despedirme.**

-No se trata de eso-. Sonrió de nuevo, y con una horrenda pero nítida sensación de presentimiento registré

tardíamente el hecho de que el chofer estaba sacando del coche lo que parecía ser casi tanto equipaje como el de los mecanos**-. Yo también voy. ¿No es una sorpresa maravillosa?**

CAPÍTULO NUEVE

Afortunadamente, el ruido que se escuchaba en el interior de la Thunderhawk después del despegue hizo imposible mantener una conversación. Claro que yo sabía dónde estaban los auriculares sobre los que Veren había llamado mi atención durante mi primer viaje, pero lo último que necesitaba era proporcionarle a Mira un canal vox que transmitiría los detalles de nuestra relación a través de una red de comunicación abierta, así que me aseguré de que los que le proporcione justo antes de nuestra partida estuvieran convenientemente desactivados antes de dárselo. Aunque agradecido por la protección auditiva que ofrecían, también me negué a activar los míos: No me interesaba nada de lo que los tecnosacerdotes pudieran decir, y sabía por larga experiencia que Jurgen simplemente se hundiría en un sombrío silencio en el momento en que los patines de nuestra nave dejaran el suelo, demasiado preocupado por mantener en su estómago su última comida hasta que llegáramos a la zona libre de turbulencias más allá de la atmósfera, para responder a cualquier cosa, a menos que se tratara de una emergencia que nos amenazara la vida. O posiblemente una aguda falta de tanna. En cualquier caso, tampoco destacaba por ser un conversador brillante ni aun en sus mejores momentos, así que podemos decir que no me sentí lo que se dice afectado por la situación.

Todo ello me dejó con demasiado tiempo para reflexionar. Naturalmente, antes de levantar el vuelo tuve unos momentos donde pude preguntarle a Mira qué narices estaba haciendo allí, aunque por supuesto fui más cauteloso en las palabras que escogí para formular la pregunta, y ella sonrió de una manera que me pareció terriblemente inquietante. Sin embargo, antes de que pudiera

responderme, los tecnosacerdotes empezaron a subir a bordo, y Jurgen volvió para informarme que nuestro equipaje estaba bien asegurado, así que no tuve más opción que seguir a la manada y esperar que al final todo tuviera una explicación racional. Ciertamente Mira no se comportaba de la manera habitual de la gente que se despide de su mundo natal, observándolo a través de las portillas tanto como podían, tratando de grabar su imagen en sus recuerdos con la casi certeza de que no volverían a verlo, en cambio ella se dedicó a sonreírme de una manera que me recordó incómodamente a un aburrido incursor eldar que busca alguien a quien torturar hasta la muerte para pasar el rato. Quizás simplemente le faltaba imaginación para entender lo que significaba embarcarse en un viaje a través de la disformidad. Incluso si se daba el caso de que regresara a casa, lo más probable es que hubieran pasado décadas, o incluso un siglo o dos, y que fuera tan extraña a la alterada Viridia a la que llegaría, como un extraterrestre que la viera por primera vez **(1)**.

***(1)** También podría ser posible que las sospechas de Caín sobre su verdadera edad fueran correctas, y que esta no fuera la primera vez que se encontraba a bordo de una nave espacial.*

Como era de esperar, no tuve otra oportunidad de abordar el tema hasta después de que la Thunderhawk hubiera atracado en el *Revenant*, después de un viaje que Jurgen probablemente habría encontrado misericordiosamente breve. El crucero de ataque todavía orbitaba Viridia a una altitud relativamente baja, apenas más allá del punto en el que las primeras tenues capas de la atmósfera superior comenzaban a envolver su casco, sin duda para facilitar el uso de su teleportarium, o para permitir que las baterías de sus armas estuvieran en disposición de alcanzar objetivos en la superficie en el improbable caso de que su dotación de

Marines Espaciales necesitara algo de ayuda adicional. Sin embargo, a mí si se me hizo lo suficientemente largo, y sentí una gran sensación de alivio cuando escuché nuestros motores reducir su potencia, y la serie de golpes metálicos que precedieron el aterrizaje. No tengo ni idea de lo que Yaffel y sus tecnosacerdotes habían encontrado para entretenerse. Tal vez conversaron entre ellos, de la manera peculiar en que lo hacen los de su clase, o simplemente permanecieron absortos en comunión con sus placas de datos.

Tampoco tuve muchas oportunidades de hablar con Mira después de desembarcar. Para mi grata sorpresa, Drumon estaba en la parte inferior de la rampa, e intercambió algunas palabras de saludo conmigo, antes de pasar a conferenciar con los tecnosacerdotes y empezar a examinar el equipo que habían traído con ellos. Para cuando terminé de hacer los saludos de rigor, busqué a Milady DuPanya, pero ella ya había cazado a un par de siervos del Capítulo, de aspecto ligeramente aturdido, que evidentemente habían sido lo suficientemente incautos como para vagar dentro de su radio de alcance, y les estaba explicando con gran detalle la forma correcta de ocuparse de su equipaje. Decidí dejarla con sus cosas, y fui a separar a Jurgen de Gladden, el factotum que me había sido asignado para asistirme durante el viaje hasta aquí, pues ya se estaban peleando por el determinar quién debía ser responsable de mi equipaje, con una beligerante tenacidad y gélida cortesía. Aparentemente nadie esperaba que trajera a mi propio ayudante, y mucho menos a uno que se parecía más a un cultista de Nurgle que a un miembro de la Guardia Imperial, por lo que su llegada les había pillado desprevenidos.



Para cuando resolví aquel asunto, Drumon y los tecnosacerdotes habían desaparecido para ocuparse de sus propios asuntos, y el montón de equipaje que Mira había traído con ella se había reducido a algo casi manejable. Me quedé mientras el último de sus paquetes fue arrojado a un carro que parecía más bien ser de los empleados para rearmar las Thunderhawks, y me acerqué a su lado**-. Me rindo-,** dije suavemente, tratando de parecer que estaba bromeando-**. ¿Qué me decías que estabas haciendo aquí?**

-Soy la representante oficial del Gobernador de Viridia-, dijo ella, sonriéndome pícaramente por debajo de su flequillo**-. Mi padre me ha enviado para evaluar si el pecio espacial sigue siendo una amenaza para nuestro sistema.**

-¿Cómo puede ser eso?-. Pregunté, sin duda mirando y sonando tan desconcertado como realmente me sentía**-. Ya abandonó el sistema hará como un siglo y medio, y es poco probable que vuelva.**

-Pero podría haber dejado atrás otras amenazas, como hizo con los genestealers-, argumentó Mira, en un tono que me dejó muy claro que ella no se creía aquel argumento más de lo que yo lo hacía**-. Estaríamos fallando en nuestro deber con la población viridiana si no hiciéramos todo lo posible para asegurar su seguridad, especialmente ahora.**

-¿Así que tu padre te pidió que nos acompañaras en la caza del *Engendro*?-. Le pregunté, tratando de evitar que mi escepticismo fuera palpable en mi voz.

Mira me sonrió de nuevo.

-**Se podría decir que me ofrecí voluntaria-,** dijo alegremente, cogiéndome del brazo.

Asentí de nuevo con la cabeza, siendo capaz de reconstruir aquella conversación padre-hija con demasiada facilidad. Sin duda alguna, todo esto había sido idea suya, aunque me resultaba difícil creer que se hubiera encaprichado de mí hasta tal punto durante nuestra breve aventura como para estar dispuesta a decir adiós a todo lo que había conocido hasta entonces, para seguirme a través de la disformidad. **(2)**

-Es de alabar tu capacidad de sacrificio-, le dije**-. Sin duda, el pueblo te estará debidamente agradecido.**

(2) *Debería decir que lo encuentro bastante plausible: Caín poseía un considerable encanto personal y era perfectamente capaz de usarlo para conseguir lo que quisiera de la gente. Un particular grupo de mujeres habrían sido extremadamente susceptibles de rendirse a el, especialmente si para empezar no hablamos de una mujer especialmente brillante.*

-Sin duda-, aceptó Mira, a quien claramente le importaba un comino lo que pensaba la plebe, y aferrándose a mí con un fuerte apretón**-. Así que parece que estaremos en *estrecho* contacto en un futuro próximo.**



A pesar de la leve sensación de inquietud que seguía oprimiéndome el pecho, debida a mi actual situación, sobre todo en los momentos de tranquilidad en los que tenía tiempo para reflexionar sobre las potenciales repercusiones, tuve que admitir que las palabras de Mira en la bahía del hangar me habían animado al menos en la misma medida en que me habían dado motivos para inquietarme. Como ya he comentado anteriormente, Mira resultaba ser una compañía más que agradable, y a decir verdad, en el viaje hacia Viridia me había sentido bastante necesitado de compañía, al menos una vez que me recuperé lo suficiente para empezar a estudiar el nuevo entorno en el que me encontraba. Esta vez, aunque sin duda las circunstancias eran algo extrañas, tenía a alguien con quien podía conversar, aparte de participar en una variedad de interesantes actividades recreativas, todo lo cual prometía hacer que mi segunda estancia a bordo del *Revenant* fuera de lejos, mucho más agradable que la primera.

También es verdad que esta vez tenía de nuevo a Jurgen a mi lado, algo que me tranquilizaba considerablemente. Habíamos pasado por muchas cosas juntos desde nuestro primer y casual encuentro en Desolatia (y pasaríamos por muchas más en los años venideros, aunque, quizás por suerte, no tenía ni idea de cuánto terror y derramamiento de sangre me esperaba antes de que pudiera sumirme en un relativamente pacífico retiro **(3)**), y la perspectiva de enfrentarnos a los horrores que nos esperaban a bordo del *Engendro de Condenación* parecía mucho menos desalentadora de lo que lo hubiera sido sabiendo que él

estaría allí, cubriendo mis espaldas con la misma firmeza de siempre. Como podrán imaginar, no es que yo tuviera la más mínima intención de acercarme a mil kilómetros de aquella miserable y maldita amalgama de restos en la disformidad, así que cualquier cosa que acechara dentro del enmarañado desorden de restos de naves estelares naufragadas y extrañamente fundidas no me interesaba en absoluto; una vez que lo hubiéramos alcanzado, en el caso de que realmente lo hiciéramos, el capitán de navío y sus equipos de artillería podrían machacarlo a su antojo, y en el improbable caso de que *algo* surgiera de su interior antes que ellos pudieran destruirlo, entonces tendría que ser *algo* extremadamente estúpido si decidía intentar abordar una nave de los Marines Espaciales.

(3) *Este extracto nos indica que escribió este capítulo de sus memorias antes de las incursiones tiránidas y de que la Cruzada Negra le arrastrara de nuevo al servicio activo en los postreros años del 41 milenio.*

Considerándolo todo en su conjunto, supongo que en ese momento me sentía realmente feliz por la absurda misión en que nos habían involucrado y decidí tomarme las cosas de la mejor manera posible, un esfuerzo en el que felizmente Mira parecía estar realmente decidida a ayudar.

-Para empezar, he de decir que aún no estoy seguro de cómo te las arreglaste para convencer a Gries de que te dejara subir a bordo-, le comenté durante una comida sorprendentemente sabrosa en mis aposentos, unas horas después de que hubiéramos embarcado. Una buena parte de su montaña de equipaje resultó contener delicias de un tipo u otro, pues sin duda había tomado nota de mis comentarios sobre la espartana comida con la que había subsistido durante mi viaje a Viridia. Me pareció extraño

desayunar por segunda vez cuando mi reloj insistía en que ya era tarde para ello, pero ya había saltado entre suficientes mundos para estar seguro de que me habría reajustado al sistema cronológico del *Revenant* antes de que pasara mucho más tiempo. Gladden se había acostumbrado a traer mis comidas a mis aposentos en el viaje anterior, y reanudó ese acuerdo sin que se lo pidieran; sin duda los sirvientes se habrían sentido tan incómodos al vernos a Mira y a mí en su comedor como nos habríamos sentido nosotros entre ellos. No tenía ni idea de lo que los Recobradores hacían con las comidas, pero si comían juntos estaba seguro de que encontrarían que atender los gustos y necesidades de los mortales ordinarios les resultaría una dura prueba. En cualquier caso, ni Mira ni yo fuimos invitados a unirnos a ellos, algo en lo que estoy seguro que encontramos tanto alivio como nuestros anfitriones **(4)**.

(4) *Obviamente los Astartes también tienen la necesidad de alimentarse, aunque la mayoría de ellos lo considera como una necesidad básica, proveer de combustible a su metabolismo aumentado, sintiendo tan poco placer en aquel acto como sentían los miembros del Adeptus Mechanicus. La verdadera razón de la reluctancia de los Recobradores a invitarles a tales reuniones se debía principalmente a que en ellos recibían sustento espiritual aparte del físico, y esos momentos estaban acompañados de rezos dedicados al Emperador y al Señor del Capítulo, así como de lecturas de sus propias letanías marciales. Realizar tales actos en presencia de extraños, y en consecuencia revelar sus más sagrados misterios a los no iniciados, resultaría obviamente ser algo inconcebible para ellos.*

Mira se encogió de hombros y mordió el pastel que acababa de untar con una mermelada de arándanos.

-Ya sabes cómo es-, comenzó a explicar mientras masticaba, o al menos eso creí entender, antes de tragar y continuar más claramente**-. Uno puede hacer que la**

gente haga casi cualquier cosa, si te lo propones. Sólo hay que saber cómo pedir las cosas.

Obviamente aquello no respondió a mi pregunta, y siendo yo mismo un veterano de la evasión verbal, persistí, mientras admiraba su técnica. Después de unos momentos más de sparring verbal, que debo confesar disfruté bastante. Finalmente la arrincone para que tuviera que dar una respuesta directa.

-Fue bastante fácil-, admitió, lamiendo algunos rastros de la pegajosa mermelada de sus dedos con una mirada coqueta en mi dirección, para ver si me distraía con aquel viejo truco. (Lo cual, debo decir, podría haber logrado de no ser por el hecho de que para entonces yo ya la conocía bastante bien, así que seguí mirándola con una expresión cortes hasta que se dio por vencida y continuó)-**. Simplemente le dije que era mi deber como miembro de la Casa de Gobierno confirmar que Viridia estaba a salvo, como también lo era el suyo después de haber prometido su ayuda a nuestra gente, y que yo debía estar presente para asegurarme de que la misión era completada.**

-Ya veo-, dije, intentando parecer poco impresionado, aunque si hubiera seguido usando mi gorra en ese momento, me la hubiera quitado. Básicamente, le había dicho a un capitán de los Astartes que partir en busca de una misión privada antes de asegurarse de que cada genestealer, híbrido e implantado de Viridia hubiera sido localizado y erradicado **(5)**, sería un grave incumplimiento de su deber, pero que podría seguir adelante sin poner en cuestión el honor de su capítulo si la llevaba consigo, ya que eso convertiría el actual objetivo en una extensión de su

misión original. Si no hubiera sido por su completo egocentrismo, podría haber sido un extraordinario activo para la diplomacia imperial.

(5) *Algo que probablemente habría requerido de muchos años, como finalmente sucedió.*

-¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que alcancemos al *Engendro*?-. Preguntó Mira, después de su último reconocimiento entre las vacías bandejas que llenaban la mesa y donde no quedaban ya más comestibles.

Me encogí de hombros y le respondí: **-Es difícil de decir-,** lo que sonaba un poco más sólido que soltar un *"que me aspen si lo sé"*, que era lo que en realidad pensaba de tal asunto**-. Supongo que todo dependerá de lo bueno que sea el Navegante para leer las corrientes de la disformidad, y si Yaffel ha hecho bien sus cálculos. Incluso si todo va perfectamente, lo cual nunca sucede, probablemente estaremos siguiendo esa maldita cosa durante meses, si es que alguna vez llegamos a alcanzarla.**

-Entonces parece como si estuviéramos en un viaje bastante aburrido-, concluyó Mira.

-Sí, eso me temo-, asentí mostrando mi acuerdo, sin adivinar lo lejos que iba a estar de la realidad, para mi momentánea tranquilidad mental**-. Tendremos que encontrar la manera de divertirnos lo mejor que podamos.**

-Estoy segura de que podremos ingeniárnoslas a ese respecto-, me dijo pícaramente, antes de bostezar espectacularmente y estirarse de manera que enfatizara sus naturales curvas de una manera que encontré decididamente placentera.

-Parece que estás lista para ir a la cama-, le dije, mientras llamaba a Jurgen para que viniera y recogiera los restos de nuestra comida. Parecía que él y Gladden habían llegado a la clase de compromiso que sólo ocurre o importa a los subordinados celosos de su estatus cuando colisionan sus jerarquías, y que de ahora en adelante los refrigerios y sus subsecuentes restos debían ser entregados de uno a otro en el pasillo que llevaba a las habitaciones de invitados, lo que me parecía una inútil duplicación de esfuerzo, pero si eso mantenía a mi ayudante feliz, entonces me alegraba por él.

Mira me sonrió, la familiar expresión traviesa en su rostro.

-Pensaba que nunca lo ibas a decir-, añadió traviesamente.



Al final, no nos dejaron especular durante mucho tiempo sobre los objetivos de nuestra misión. Después de unas pocas horas de sueño, que me dejaron lo suficientemente descansado para reanudar mis tareas, aunque el aviso había dejado a Mira algo irritada, por decir algo, cuando el

distintivo aroma de Jurgen inundó de nuevo mis habitaciones, acompañado por el más fragante aroma de tanna recién hecho**-. El capitán Gries le presenta sus saludos, señor, y le gustaría verle en el puente lo antes posible-,** me informó, disponiendo sobre la mesita una humeante tetera de tanna y de un par de tazas de té.

-¿Y qué hay de mí?-, preguntó Mira, llegando desde su propio camarote, aunque aún se la veía un poco mal a pesar de una muda de ropa y una ducha rápida. Parecía que encontraba las camas que los Recobradores proporcionaban a sus huéspedes un poco demasiado duras para su comodidad, aunque yo encontraba la mía considerablemente más adecuada para dormir que los excesivamente blandos colchones del palacio de Fidelis.

Jurgen asintió**-. He traído un tazón extra, señorita, en caso de que a usted también le apeteciera uno.**

-Me serviría una taza de recafeina-, dijo ella**-. Aunque no era eso a lo que me refería.**

La intransigente expresión que yo conocía tan bien comenzó a formarse en los sucios rasgos de mi ayudante, y me apresuré a evitar el inevitable enfrentamiento**-. Si no le importa, Jurgen-,** añadí.

-Por supuesto que no, comisario-, respondió, recuperando su compostura, al menos parcialmente, por la tardía cortesía, aunque hubiera llegado con calzador. Sin embargo, la mirada que le dirigió a Mira cuando se fue, dejó

muy claro que el desaire no iba a ser olvidado fácilmente o con rapidez.

-Y no tengo ningún mensaje respecto a la joven señorita.

-Gracias-, dije, mientras desaparecía por el pasillo, la puerta se cerró detrás de él. Tomé la bebida que me había preparado y la degusté con gratitud, mirando con gravedad a Mira a través del vapor**-. Por favor, no trates a Jurgen como a uno de tus sirvientes-,** le advertí tan pronto como estuve seguro de que él no estaba en condiciones de escuchar**-. Es un Guardia Imperial, y el ayudante de un comisario, con un historial ejemplar de coraje frente al enemigo. Merece un poco de respeto.**

Mira me miró fijamente, con su mandíbula temblando por un momento como un bovino rumiando hierba, y con una hosca expresión en su rostro que no había visto desde el día de nuestro primer encuentro. Entonces, tan abruptamente como la niebla que se evaporaba entre las torres al amanecer, se desvaneció, desplazada por otro bostezo que le hizo crujir la mandíbula.

-Por supuesto-, accedió**-. Lo siento. No he dormido lo suficiente-.** Entonces la sonrisa traviesa regresó a su faz**-. Aunque valió la pena.**

Quizás por fortuna me salvé de tener que encontrar una respuesta a eso gracias al regreso de Jurgen, quien llevó la bandeja entregada por Gladden a través de la puerta, con un ligero gesto en dirección a Mira. El olor de la recafeina

comenzó a mezclarse con los demás presentes en la habitación, que ya empezaba a parecer decididamente pequeña, a pesar del alto techo.

-Ella está ahí dentro-, dijo en voz baja, y luego se me dirigió a mí.

-Encontré a Gladden fuera, señor, buscando a la joven, así que me tomé la libertad de dirigirle hacia aquí. Puesto que parecía ser urgente.

-Gracias, Jurgen-, dijo Mira, dedicándole una sonrisa que me sorprendió casi tanto como evidentemente a mi ayudante**-. Muy considerado de su parte. Especialmente porque he sido tan imperdonablemente grosera. Me temo que cuando me acabo de despertar no estoy en mi mejor momento.**

-Está bien, señorita-, dijo Jurgen, totalmente apaciguado por la inesperada disculpa**-. Debería ver al comisario a primera hora de la mañana.**

-Así es-, dije, mientras Mira se alejaba de él, ahogando un ataque de risa con manifiesta dificultad**-. ¿Algo más, Jurgen?**

-Por el momento no, señor-, dijo mi ayudante, retirándose de la habitación con un inconfundible aire de autocomplacencia, mientras Mira se abalanzaba sobre la recafeina como un ave rapaz sobre su presa.

Gladden tosió delicadamente para atraer la atención**-. El hermano-capitán saluda a la enviada viridiana en nombre de los Recobradores, y le sugiere que una visita al puente le puede resultar interesante, mi señora.**

-Entonces, en nombre de la Hegemonía Viridiana, dele mis saludos al Hermano Capitán, y dígale que atenderé a dicha reunión con la debida diligencia-, respondió Mira, con un semblante notablemente formal.

-También yo acudiré, tan pronto como acabé mi té-, dije, rellenando el tazón de tanna.

Gladden se quedó un poco desconcertado por un momento, pero se recuperó rápidamente.

-Entonces le transmitiré la noticia de su inminente llegada-, dijo, y salió de la habitación tan rápido como pudo sin dejar ver que se apresurara.

Mira me miró con ojos acusadores.

-Ciaphas, has sido muy malo-, me dijo sonriendo, sin lograr ocultar su diversión**-. Él sólo estaba haciendo su trabajo-.** Levantó la tapa de una bandeja situada junto a su recafeina, y estudió los bollos de proteína reconstituida con un ceño ligeramente inquisitivo, antes de meterse uno en la boca con un resignado encogimiento de hombros.

-Supongo que tienes razón-, le concedí, sintiendo como si de alguna manera me acabara de atrapar**-. Pero nunca me he sentido cómodo con todo ese florido protocolo-.** En realidad, me había acostumbrado mucho más a ello desde que había sido asignado al cuartel general de la brigada, claro está, pues ello se tradujo en asistir a reuniones diplomáticas de un tedioso como jamás pensé que fuera posible desde mis primeros días con el 12º de Artillería de Campaña, pues yo siempre había preferido que la gente dijera lo que quería decir, o que me mintiera, en un lenguaje claro y sencillo. Para ser sincero, aun hoy día sigo pensando igual, aunque supongo que aquellos tiempos fue una muy buena práctica a aplicar en mi carrera tiempo más tarde, cuando me encontré adjunto al estado mayor del Lord General, y teniendo que abrirme camino a través de los matorrales de esa confusa verborrea protocolaria prácticamente a diario. Afortunadamente, para entonces, mi fraudulenta reputación estaba tan extendida que pude esquivar el juego por completo, haciendo honor a mi imagen de fanfarrón hombre de acción, por lo que al final nunca tuve que aprender a actuar de esa manera. Lo que probablemente fue lo mejor, porque a buen seguro mi cerebro se habría colapsado en simple y llana defensa propia.

Mira se encogió de hombros, incapaz de ofrecerme algo de lo nutricionalmente equilibrado que se estaba zampando, y se tragó el último mordisco con un trago de recafeína**-. ¿Cómo crees que me siento yo? -,** me preguntó retóricamente**-. Crecí pensando que ese tipo de engrudo limpiasuelos era gótico llano.**

-Entonces me sorprende que hayas sido capaz de reajustarte tan bien como lo has hecho-, dije,

preguntándome por un momento hasta qué punto estaba siendo de sarcástico, pero Mira pareció tomar el comentario al pie de la letra.

-No ha sido fácil-, comentó complacida, y se limpió unas migajas de su inevitablemente expuesto escote**-. ¿Crees que esto es un poco atrevido para visitar el puente?**

Examiné el vestido que se había puesto con un ojo crítico. Estaba cortado en una tela de oro brillante, que parecía estar sujeto a su cuerpo por nada más que su fuerza de voluntad, y se amoldaba cómodamente a lo que tocaba. **(6)**. El efecto era ciertamente sorprendente, particularmente si el que se buscaba era el aspecto de una cortesana de altos vuelos, pero difícilmente resultaba adecuado para un ambiente militar. Estaba seguro de que los drones de los Astartes y el Mechanicus no se distraerían en absoluto por ello, si es para empezar se daban cuenta de ello, pero la nave y sus defensas estaban en manos de mortales de carne y hueso, que podrían descentrarse con tal visión vagando entre ellos en un momento crítico, así que por agradable que fuera su visión...

***(6)** Probablemente un cierre estático. Yo solía usar vestidos de ese estilo, aunque nunca fue lo mismo tras un intercambio de fuego con una banda de hrud; además, ocultar un arma vistiendo algo así resultaba siempre extremadamente incomodo, así que a partir de aquella experiencia nunca me preocupe de buscar un reemplazo.*

-Me temo que sí-, contemporicé**-. Tal vez algo un poco más sobrio y profesional encajaría mejor.**

-Vaya, Ciaphas Caín-. Mira me sonrió de nuevo, con una coqueta inclinación de cabeza, que la hizo parecer más que

nunca una golfilla de 50 créditos**-. Creo que estás celoso-.** Entonces, antes de que pudiera reunir mi ingenio para hacer algo más que mirarla asombrado, salió de la habitación.

CAPÍTULO DIEZ

Para cuando Mira regresó, con un vestido más acorde para la reunión, y que me explicó que era uno de sus trajes de caza, había tenido tiempo para convencerme a mí mismo de que me había estado tomando el pelo. Después de todo, la idea de que yo estuviera resentido con el hecho de que otros hombres pudieran apreciar sus atributos físicos era bastante ridícula, sin mencionar el hecho de que la mayoría de los potenciales rivales por sus afectos a bordo del *Revenant* solo podrían ser o bien tecnosacerdotes o Marines Espaciales, y estos no participaban en esta carrera. Eso solo nos dejaba a los sirvientes, y dudaba muy mucho que ella siquiera llegara a considerarlos en ese sentido, dada su tendencia típicamente aristocrática a ver las clases inferiores como poco más que un tipo refinado de servidor automáticos que no iba perdiendo lubricante en la alfombra, y finalmente a Jurgen, que difícilmente respondía a los sueños de una doncella, a menos que esta hubiera perdido tanto el sentido de la vista como el del olfato, y quizás ni con esas.

-Mucho mejor-, la felicité. Hasta ahora no había creído que su armario contuviera algo ni remotamente práctico. Como fuera, esta vez había estado a la altura de las circunstancias, con una chaqueta y un pantalón de colores apagados, y un par de robustas botas, que en conjunto le otorgaban un cierto aire de eficiencia, aunque sin exagerar el efecto. Afortunadamente, parecía haber dejado en casa la pieza de plumas de ave que la acompañaba.

Mira puso cara de circunstancias**-. Es un poco improvisado, en mi opinión-,** comentó, examinándose

críticamente ante un espejo cercano**-. Tal vez debería darle una vuelta.**

-Nos esperan en el puente-, le recordé, consciente del tiempo que ya había perdido hurgando en su equipaje, mientras me inclinaba para enderezar mi gorra en el espejo del que ella se había apropiado. Jurgen me entregó mi cinturón de armas**-. No podemos hacer esperar más a nuestros anfitriones-,** agregué, comprobando los niveles de energía de mi pistola láser y las células de carga de mi espada sierra, antes de fijarla en su lugar**-. No sería ni cortés ni diplomático.**

-Dijo el hombre que piensa que *"tacto"* significa "*pegarle un tiro a algo*"-, rezongó Mira, siguiéndome por el pasillo. Al menos no se había parado a discutir conmigo, por lo que supongo que ya era algo.

-Soy un soldado-, le expliqué, refugiándome detrás de mi profesión. Era obvio que algo la estaba afectando, hasta yo podía verlo, pero por mis huesos que no lograba imaginar de que narices se trataba**-. Eso significa que me tomo mis deberes muy en serio-.** Al menos siempre que supiera que había alguna posibilidad de que alguien me estuviera observando.

-A veces puedes ser muy pomposo, ¿lo sabías? -, me preguntó Mira, con ese tono de voz que las mujeres usan cuando no quieren ni esperan una respuesta, y pasó delante mío con un aire más malhumorado del que nunca había sido testigo. Recordé lo suficiente de la disposición del *Revenant* para encontrar el camino al puente sin dificultad, y afortunadamente, cuando llegamos allí, o bien el humor de

Mira había mejorado, o de nuevo estaba practicando sus habilidades diplomáticas. Como esperaba, el laberinto de pasillos había sido lo suficientemente desalentador para Mira como para que volviera a reunirse conmigo sin decir una palabra unos momentos después de su inexplicable arranque de mal humor, y tan pronto como estuvimos en presencia de nuestros anfitriones volvió comportarse de la mejor manera posible.

-Comisario, tan puntual como siempre-. Tan pronto como entramos en el puente, Gries me saludó con educación, aunque me pareció apreciar algo raro que no pude precisar en su voz, y Drumon levantó la vista de entre un grupo de tecnosacerdotes con los que conferenciaba al lado del hololito, lo suficiente como para saludarme con la cabeza. Mira me miró fijamente, como si hubiera intentado eclipsarla a propósito**-. Milady DuPanya. Apreciamos su presencia.**

-Pero aparentemente no tanto-, murmuró sotto voce, evidentemente olvidando los preternaturalmente agudos sentidos con los que el Emperador había considerado oportuno dotar a sus guerreros elegidos. Sin embargo, si alguno de los Astartes presentes la había escuchado, fueron lo bastante educados o indiferentes como para no responderle.

-¿Ha embarcado el último de sus equipos de combate?-. Pregunté, deseoso de mostrar que realmente estaba interesando, y Gries asintió.

-Así es-, me aseguró**-. La escuadra Trosque completó la limpieza del complejo de la fragua en el Asteroide**

459 mientras usted dormía, y su Thunderhawk atracó hace unos momentos. Nada queda por hacer más allá de limpiar unos pocos restos aislados de la contaminación xenos y restaurar el buen gobierno, tareas ambas para las que la Guardia Imperial parece admirablemente adecuada.

-Estoy de acuerdo con eso-, le dije, aunque estando mucho más familiarizado con la forma en que trabajaba la Guardia que él, me sentí menos optimista que el capitán de los Recobradores sobre lo fácil que resultaría el trabajo. **(1)**

(1) *No le faltaba razón: fue necesaria casi una década hasta que la Ordo Xenos aceptara declarar Viridia libre de la mancha xenos con un adecuado grado de seguridad, aunque las autoridades locales siguen hoy en día vigilantes ante cualquier signo de un nuevo brote.*

-Entonces parece que mi pueblo tiene una considerable deuda de gratitud con su gente-, dijo Mira, con una inclinación formal de cabeza hacia el imponente Marine Espacial, quien giró la suya para mirarla tan sorprendido como si una de las sillas acabara de hablarle.

-Nuestro servicio al Emperador es suficiente recompensa-, dijo**-, aunque su consideración es apreciada.**

-Me complace oírlo-, respondió secamente Mira.

-¿Estamos en marcha, entonces?-. Pregunté, sintiéndome un poco tonto por tener que preguntar. El apenas perceptible zumbido de los motores del *Revenant* se

me había hecho tan familiar en el curso de nuestro viaje a Viridia que no lo había notado desde que había embarcado de nuevo, aunque ciertamente estaba allí, una reconfortante presencia de fondo. Por supuesto, habrían estado al ralentí mientras estaba en órbita, funcionando lo justo para proporcionar energía que alimentaba a los innumerables espíritus de las máquinas de cuya salud dependía la nave, y escuché con atención, tratando de ver si era capaz de determinar si ruido de fondo había aumentado algo; pero si aquel era el caso, yo no fui capaz de notar la diferencia.

-Lo estamos-, me informó el capitán de navío desde su trono de mando.

Me sorprendió un poco, pero aparentemente las preguntas sobre el funcionamiento de la nave le eran automáticamente delegadas a sus respectivos capitanes, lo que no me pareció nada malo; no me gustaría estar a bordo de una nave en combate cuyo capitán tuviera que remitir cada decisión táctica a una autoridad superior**-. Entraremos en la disformidad en las coordenadas materiales designadas en aproximadamente siete horas.**

-Seis horas, cincuenta y cuatro minutos, doce punto trescientos catorce segundos-. Puntualizó el Magos Yaffel mientras ponía en espera el hololito.

-Como he explicado, la sincronización es crucial si queremos entrar en las corrientes de la disformidad de esta región del espacio y el tiempo con la

configuración adecuada para situarnos en la parte más veloz de la corriente.

-Así lo haremos, Magos-, le aseguró el capitán de navío**-, si la voluntad del Omnissiah así lo quiere-.** Entonces, para mi sorpresa, hizo la señal del engranaje, del que se hicieron eco los tecnosacerdotes y Astartes presentes.

-Disculpen mi ignorancia-, dije al acercarme al hololito**-, pero si sólo vamos a seguir la misma corriente que el pecio espacial, ¿cómo podemos esperar alcanzarlo? ¿No viajaremos a la misma velocidad?**

-Una pregunta muy astuta-, dijo Yaffel, a la manera de un didacta nato que se abalanza sobre la oportunidad de iniciar una exposición sobre su tema favorito**-. Pero la situación no es tan desesperada como se podría suponer. No olvidemos que el *Engendro de Condenación* va a la deriva, mientras que el *Revenant* se mueve bajo el poder de sus motores. Eso significa que podemos corregir nuestra velocidad y orientación en la corriente, para optimizar el flujo alrededor de nuestro campo Geller.**

-¿Y en un lenguaje sencillo para el resto de los mortales?-, murmuró para si Mira, aunque luego tuvo la gracia de sonrojarse cuando Drumon respondió al comentario que claramente ella había supuesto inaudible.

-Supongo que el deporte del surf (2) es popular en algunas de las regiones costeras de su mundo, ¿verdad? -, preguntó, y Mira asintió, aunque sólo el

Emperador sabe cómo habría descubierto ese detalle el tecnomarine**-. Entonces piense en nosotros como si estuviéramos montando una tabla deslizándonos sobre las olas en una dirección determinada, mientras que el pecio se bambolea a la deriva hacia donde el Emperador desee en cada momento. ¿Le aclara eso las cosas?**

(2) *Un peculiar deporte practicado en diversos mundos, en similares variantes, en el cual la gente trata de mantener el equilibrio sobre una plancha deslizándose con las olas o corrientes de agua y evitando caer durante el mayor tiempo posible. Hasta el día de hoy, la diversión de tal afición sigue siendo algo que se me escapa por completo.*

-Supongo que sí-, dijo Mira, tan educadamente como pudo**-. Gracias.**

-Además-, dijo Yaffel, tratando de no sonar molesto por la interrupción**-, el *Engendro de Condenación* vuelve al materium a intervalos aleatorios, por indeterminados períodos de tiempo, algunos de los cuales serán del orden de los años. Nosotros, por otro lado, podemos entrar y salir a voluntad de la disformidad. Tan pronto como determinemos que el pecio no se encuentra en un punto de salida determinado, podemos volver a entrar en el inmaterium y continuar nuestra persecución.**

-Comprendo-, dije, vagamente sorprendido al descubrir que realmente lo hacía**-. Pero, para empezar, ¿cómo podemos estar seguros de que hemos encontrado un punto de salida?**

En el momento en que terminé de hablar, supe que me arrepentiría de haber hecho esa pregunta en concreto: Los contoneos de Yaffel aumentaron notablemente, como si apenas pudiera contener su excitación, y levantó una mano para señalar el hololito. Adivinando la gravedad de mi metedura de pata, Mira me dio una fuerte patada en el tobillo, aunque sospecho que mis botas de la Guarda hicieron que tal gesto le resultara más incómodo a ella que a mí.

Afortunadamente, Drumon acudió al rescate, interviniendo justo antes de que el Magos pudiera lanzarse a la diatriba de la jerga tecnológica que, sin querer, yo había estado tan cerca de desatar**-. Esencialmente-,** dijo**-, el paso de un objeto tan grande entre los dos reinos deja un punto débil en el límite entre ellos, que nuestro Bibliotecario y nuestro Navegante creen poder detectar.**

-¿Qué tan débil?-, preguntó Mira, sin duda consciente de que ese punto ya existía dentro de su sistema, y probablemente imaginándose a un montón de demonios surgiendo a través de el para arrasar con Viridia.

Yaffel asintió tranquilizándola, sin duda habiendo tenido que calmar los temores de un número suficiente de oyentes para ser consciente de lo que ella debía estar pensando, y aprovechando la oportunidad de mostrar su experiencia después de todo**-. No lo suficiente como para permitir que ninguno de los habitantes de la disformidad tenga acceso al materium-,** explico, con su monótono tono de voz sonando extrañamente seguro de sí mismo**-. Esa debilidad es más parecida a una deformación de**

la interfaz Inter dimensional que a una ruptura de esta.

-Entendido-, comentó Mira, logrando sonar como si lo dijera en serio**-. Pero si se puede predecir dónde están las debilidades, ¿no podría informarse de qué sistemas están en riesgo y advertirlos por medio de un astropata antes de la llegada del pecio?**

-Las cosas no son tan simples como eso-, apunto Drumon, llamando de nuevo nuestra atención sobre el hololito. Un vistazo a los datos me bastó para reconocer un modelo astronómico del sector y algunos de los sistemas perimetrales**-. Aquí está Viridia-.** El sistema se iluminó en color verde**-. Y estos son los sistemas perimetrales a través de los cuales el *Engendro de Condenación* podría haber viajado-.** Un tubo translúcido comenzó a extenderse desde el punto verde, la boca del mismo se iba ensanchando a medida que se alejaba del punto de origen, de modo que cuando alcanzó su máxima extensión, más de dos docenas de sistemas habían sido tragados por el parpadeante embudo.

-Llevaría toda una vida buscar en todos esos sistemas-, apunté, oscuramente aliviado al darme cuenta de cuán imposible era la tarea que estábamos asumiendo. Después de unos meses encontraría una excusa para dejarlos y volvería a la seguridad de mi escritorio, seguro de que cualquier empresa temeraria en la que entretanto el General Lokris hubiera planeado involucrarme con seguridad ya habría terminado.

-Afortunadamente, no tendremos que hacerlo-, comento Yaffel para mi desasosiego, y que parecía más presumido por segundos**-. Cada punto de emergencia que encontremos reducirá el volumen potencial de espacio en el que podría estar nuestro objetivo, y nos permitirá refinar nuestras predicciones. Después de que los primeros hayan sido determinados, deberíamos ser capaces de acercarnos a ellos de una forma cada vez más precisa.**

-Me alegra oír eso-, mentí.

-Si en primer lugar pueden encontrar algún punto débil-, murmuró Mira a mi lado, sin acabar de coger el sinsentido de hablar en voz baja en tal compañía.

-¿Cómo podremos saberlo hasta que lo intentemos?-, respondió irónicamente Drumon, dejando a todos los demás con un aspecto ligeramente desconcertado.

Después de eso, la sesión informativa había terminado a todos los efectos, aunque me aseguré de hacer algunas preguntas adicionales para mostrar la adecuada preocupación por lo que podríamos estar haciendo. En este momento, Mira había dejado de fingir estar interesada, y simplemente se quedó tan cerca de mí como pudo en un sombrío silencio que empecé a encontrar cada vez más opresivo.

Cuando finalmente decidimos irnos, para dejar que el capitán y su tripulación siguieran con lo que sea que hacen los oficiales del puente de una nave estelar, me pareció

político hacer una pausa por un momento y presentar nuestros respetos a Gries. Para mi sorpresa, reconoció mi saludo y me hizo una seña con la cabeza.

-Confío en que tenga todo lo que necesite, comisario.

Ignorando la expresión engreída de Mira, asentí con la cabeza.

-Su hospitalidad es tan generosa como la recordaba-, le dije con sinceridad**-. Pero me preguntaba, si no fuera una molestia, si tiene un poco de espacio libre en algún lugar donde pueda hacer mis ejercicios diarios de combate. Los descuidé mientras estaba convaleciente, y casi pagué el precio por ello en el nido de los genestealers-.** Sacudido un poco por haber escapado por los pelos, reanudé mis sesiones regulares de ejercicios con la espada-sierra inmediatamente, y no tenía ningún deseo de renunciar a ellas de nuevo si podía evitarlo, aunque mis aposentos eran demasiado estrechos para hacer cualquier ejercicio físico que no involucrara a Mira.

-Por supuesto-. Gries me miró con aprobación y asintió con la cabeza**-. No esperaba nada menos de un guerrero de su renombre. Me encargaré de que le den acceso a una de nuestras capillas de entrenamiento.**

-Gracias-, dije, consciente de la magnitud del honor que tan inesperadamente me había otorgado. Todo lo que había esperado era que me asignaran un pequeño rincón en

alguna de las bahías de carga; su oferta equivalía a que un eclesiástico mayor abriera la puerta del sepulcro de un santo y preguntara cuántos huesos me gustaría llevarme a casa **(3)-. Intentaré demostrar que soy digno del honor que me hace.**

(3) *Aunque evidentemente Caín está exagerando aquí, no le falta razón en su afirmación: nunca he escuchado de la existencia de algún Capítulo Astartes que no considere sus recintos de entrenamiento como una especie de lugares sagrados, y conceder acceso a tales lugares a los forasteros es un honor que raramente conceden.*



El Capitán de los Recobradores hizo honor a su palabra. Apenas habíamos hecho la transición a la disformidad cuando Jurgen llamó a mi puerta con la noticia de que la capilla de entrenamiento terciaria había sido puesta a mi disposición durante una hora al día. No tengo ni idea de cómo eran las otras dos, pero ésta resultó ser una ventilada cámara del tamaño de un campo de scrumball, con suelo de malla metálica y con iluminadores en el techo que podían ajustarse para reproducir cualquier nivel de luz, desde el apagado brillo de las estrellas en un mundo sin luna hasta un deslumbrante resplandor. Gran parte del equipo desplegado por las paredes me era desconocido o estaba destinado a usuarios mucho más grandes y fuertes que yo, por lo que los dejé en paz, prefiriendo recorrer los complejos patrones de ataque y defensa con la espada sierra que años de práctica habían convertido en instintivos reflejos que no requerían de un pensamiento consciente.

Probablemente no era exagerado decir que esas horas de ejercicios de espada solitarios a bordo del *Revenant* fueron de las más felices de mi vida. El Trono sabe que no soy uno de esos molestos piadosos del Emperador, pero los siglos de uso por los mejores de sus guerreros habían imbuido las paredes del lugar con un sentido de dedicación y reverencia por la tradición que me hizo sentir como si todo lo que hacía allí era parte de algo más grande que yo mismo. No es una sensación a la que estuviera acostumbrado, o particularmente cómodo en el curso normal de los acontecimientos, pero en ese momento no podía negarlo.

Siendo honesto, no puedo negar que me encontré con que aquellos períodos de soledad que pasé en aquella capilla se convirtieron en un respiro cada vez más bienvenido de la compañía de Mira. Lo que no quiere decir que me hubiera aburrido de su placentera compañía, el problema era que ella simplemente no tenía nada en que mantenerse ocupada, y parecía emperrada en querer pasar cada minuto que yo no atendía a mis deberes pegada a mi como si fuera un devorarostros de Catachan. Para un hombre tan acostumbrado a su propia sociedad militar como yo, eso difícilmente podría ser visto como una bendición, de manera que me encontraba cada vez con más frecuencia inventando recados para retrasar mi regreso a mis aposentos. En una ocasión incluso llegué a pedirle al Magos Yaffel que me explicara algunos detalles adicionales de las técnicas que estaba usando para rastrear el pecio espacial a través del inmaterium, y que obedientemente transcribí en un informe, que de todos modos sabía muy bien que el General Lokris no se iba a molestar en leer cuando finalmente lo terminara, a pesar de no haber entendido más de una palabra de cada veinte. Algo que tampoco me importaba un ápice.

Todos experimentamos una breve ráfaga de emoción a los diez días de nuestro viaje, cuando Gries anunció que el Bibliotecario de los Recobradores había sentido la deformación de la membrana entre la disformidad y el universo material que Yaffel había predicho, pero cuando el *Revenant regresó* a la galaxia real para echar una rápida mirada alrededor, resultó que estábamos a la deriva por el silencioso vacío entre las estrellas, sin nada en el auspex durante muchos años luz en ninguna dirección excepto por alguna ocasional nube de gas. Sin embargo, los Recobradores y los tecnosacerdotes se sintieron muy animados por esta confirmación de que la teoría era sólida, y como nadie había esperado seriamente dar con aquella infernal reliquia que perseguíamos en el primer intento, reanudamos nuestro progreso de inmediato con la moral alta, excepto en el caso de Mira, que me dijo en términos inequívocos que estaba muy aburrida, y que de alguna manera todo esto era culpa mía por haberla persuadido de acompañarme en este absurdo viaje. Sin embargo, no puedo negar que cuando finalmente se calmó lo suficiente como para disculparse por su actitud, la forma en que materializó sus disculpas valió del todo la pena.

Nuestro segundo regreso de emergencia al materium durante nuestra persecución del *Engendro* nos llevó a un sistema estelar, lo que implicó varios días de frenética actividad mientras analizábamos la información recibida a través del auspex y enviábamos velozmente a nuestras Thunderhawks para comprobar cualquier cosa que pareciera mínimamente prometedora, pero al final nos volvimos a quedar en blanco. Afortunadamente, por suerte o por la gracia del Emperador, la estrella en el centro del sistema no era sino una hosca y encogida enana, que esparcía las brasas post-nova de una llamarada que habría consumido cualquier cuerpo planetario en su zona habitable hacía

eones, y que ahora no estaba orbitada por nada más que estériles pedazos de roca quemada, por lo que los genestealers no habrían encontrado nada o nadie a quien contaminar. Así que, con una rápida oración de agradecimiento al Trono Dorado, partimos de nuevo, zambulléndonos en las corrientes de la disformidad.

Habría pasado un día o así después de reanudar nuestro viaje, cuando al llegar a la capilla de entrenamiento a la hora que me habían asignado me la encontré ya ocupada. Apenas había dado un par de pasos en su interior cuando vi a Drumon en el centro de la cámara, rodeado de ciber-cráneos que giraban a su alrededor atacándole, mientras él se defendía con la espada que le había visto llevar en el búnker bajo el palacio de Fidelis en una mano, y con su pistola de plasma en la otra. La hoja estaba envuelta por un halo de crepitante energía, como el de las garras que había visto usar a los Exterminadores para desgarrar las piezas de artillería de los insurrectos, aunque debía haber moderado su fuerza de alguna manera, ya que los diminutos servidores aéreos simplemente rebotaban hacia atrás al recibir cada golpe, como si quedaran aturdidos por el impacto en lugar de caer rotos en pedazos. De manera similar, su pistola de plasma había sido evidentemente modificada para liberar la más mínima fracción de su carga, puesto que en lugar de vaporizar a cada calavera que alcanzaba, simplemente lo arrojaba a un lado donde se quedaban aturdidos por un momento, antes recuperarse y volver al ataque.

La velocidad y precisión de sus movimientos eran asombrosas. Yo mismo me considero como un duelista adecuado **(4)**, pero nunca había visto nada que igualara la ráfaga de ataques y paradas que el tecnomarine estaba

desplegando ante mis ojos. No sólo eso, de alguna manera era capaz de emplear su arma secundaria con una impresionante precisión, e incluso desviar un poco su atención para golpear a cualquier ciber-cráneo que tratara de sorprenderlo por detrás con el servo-brazo injertado en la parte posterior de su armadura, y que movía con la misma gracia casual que Felicia había mostrado con su similar mecadendrita en Perlia.

(4) *De hecho él estaba siendo terriblemente humilde, pues era uno de los mejores espadachines que me he encontrado jamás, y considerando cual es mi trabajo, eso es mucho decir.*

Aunque me hubiera gustado mucho quedarme y disfrutar del espectáculo, empecé a retroceder hacia la puerta por la que había entrado. Me parecía que Drumon tenía más derecho a usar la capilla de entrenamiento que yo, dadas las elevadas exigencias de sus deberes, que sin duda superaban las necesidades de los invitados de su Capítulo, y sintiendo que con mi presencia me estaba entrometiendo en algo privado y personal. (A aquellas alturas, aunque todavía sentía que tenía poco en común con los sobrehumanos Astartes, había llegado a conocer a algunos un poco mejor como resultado del honor que su capitán había considerado oportuno otorgarme, y había deducido que había muy pocas cosas que un Marine Espacial considerara más importante que perfeccionar sus habilidades de combate). Sin embargo, a pesar de todo mi cuidado debí traicionar mi presencia de alguna manera, porque Drumon interrumpió sus ejercicios para mirar en mi dirección, mientras que los ciber-cráneos atacantes dejaron de moverse, con la excepción de las ligeramente necesarias correcciones para mantener sus posiciones frente a las corrientes de aire que salían de los recirculadores.

-Comisario. Mis disculpas-. Inclinó su cabeza en señal de saludo, y aseguró sus armas, antes de enfundar tanto su espada como su pistola**-. Recientemente realice algunos ajustes en mis armas y quería evaluar su desempeño. Lamentablemente, mis pruebas han tomado más tiempo del que creía.**

-El tiempo vuela cuando uno se divierte-, bromeé, con la intención de asegurarle que no me había causado ninguna ofensa, y luego me encontré preguntándome si no habría sonado demasiado frívolo; después de todo, era casi lo mismo que bromear sobre los sacramentos con un eclesiarca. Sin embargo, para mi alivio, Drumon sonrió.

-Así es-, aceptó, despidiendo a los ciber-cráneos con un gesto: estos se fueron zumbando hasta un rincón de la habitación, como las huesudas moscas de los grox, y el tecnomarine los siguió, deteniéndose frente a uno de los atriles de control cuyo propósito no había podido adivinar hasta aquel momento.

-¿Quiere que deje los drones de entrenamiento activos?-, me preguntó, con una de sus manos cubiertas con un robusto guantelete posado sobre las runas de la pantalla.

-Creo que serían demasiado para mí-, le contesté con honestidad, recordando la rapidez y precisión con la que el Recobrador se había movido, sin contar con el peso de la voluminosa armadura que llevaba.

Drumon me observó, con la cabeza extrañamente inclinada hacia un lado.

-Puede variar la velocidad y el número de los ataques desde este atril-, me explicó, mostrándome el procedimiento a seguir, con sus dedos moviéndose hábilmente alrededor de las esferas a pesar de su tamaño y los guanteletes de ceramita que los cubrían**-. Use estos controles para activar y desactivar el sistema. Si desea aprovecharlo otro día, puedo enseñarle los conjuros correctos para despertarlos.**

-Gracias-, dije. Era una oferta tentadora. Aunque había disfrutado las últimas semanas de lo que mi antiguo instructor de duelo de la escuela, Myamoto de Bergerac, siempre denominaba como la práctica de sombras no era lo mismo que practicar con un oponente, y aunque no era exactamente lo mismo, los drones teledirigidos serían un sustituto más que aceptable**-. ¿Está seguro de que mi pistola láser no los dañara?**

-Esa es una buena pregunta-, comento Drumon**-. Le buscare una célula de prácticas para su arma y así reducir la potencia de sus disparos a los límites de la integridad estructural de los drones-.** Así era como podían seguir rebotando tras recibir un impacto tras otro, que en verdad debería haberlos pulverizado**-. Mientras tanto... -.** Apagó el sistema, y los ciber-cráneos se instalaron en su estantería como pájaros trinchados asándose en un horno.

-Estoy ansioso de probarlos-, dije**-. Hacer los ejercicios está muy bien, pero no hay nada como**

entrenar con un compañero para mantenerse alerta.

-Exacto-, confirmo Drumon, y me miró de forma especulativa**-. Tengo un poco de tiempo libre antes de que tenga que reanudar mis tareas. Si me considera una pareja adecuada, sería un honor ayudar a un invitado de nuestro Capítulo a perfeccionar sus habilidades.**

-Más que adecuado-, respondí ocultando mi sorpresa a duras penas, y preguntándome si viviría lo suficiente como para arrepentirme de haber aceptado la oferta. Pero el caso es que difícilmente podría rechazarla sin que se sintiera insultado y, por extensión, insultar al resto de mis anfitriones. No era la primera vez que me preguntaba por qué me había dejado convencer para dejar el 12º de Artillería de Campaña, donde mi vida había sido tan relativamente sencilla, pero mi hinchada reputación había acabado atrayendo la atención de personas altamente influyentes, y en ese momento es cuando me caí con todo el equipo. Si soy honesto, había pensado que, en el cuartel general de la brigada, disfrutaría de la larga y tediosa carrera detrás de un escritorio, cómodamente alejado de cualquier cosa letal que buscara matarme. Había sido una sorpresa bastante desagradable descubrir que en realidad, ser un comisario independiente con una intachable reputación de temerario heroísmo, me convertía invariablemente en un auténtico imán para las misiones más mortalmente peligrosas disponibles.

-Sugiero empezar solo con las espadas-, propuso Drumon, sacando la suya y presionando la runa de activación. El campo de energía alrededor de su hoja crepitó al volver a la vida, y un parpadeo de duda debió traslucirse

en mi rostro, ya que añadió**-, la intensidad del campo esta reducido a niveles no letales.**

Sonreí, con toda la apariencia de estar disfrutando de la situación**-. ¿No letal para un Astartes, o para un simple mortal como yo? -,** le pregunté sonriendo.

-Ambos, supongo-, respondió Drumon, devolviéndome la sonrisa**-. No debería ser más incómodo que un golpe de refilón de un martillo de asalto-.** Lo cual, por sí solo, sería suficiente para devolverme a los dominios de Sholer si no me andaba con cuidado, así que en realidad no me estaba tranquilizando como evidentemente pensaba que lo hacía. Como fuera, ya era demasiado tarde para echarse atrás, así que desenfundé mi propia arma con un florido movimiento, y activé mi espada sierra, cuyos dientes comenzaron a rechinar.

-Me temo que no puedo devolverle el favor con esta-, dije**-. Cuando golpea… golpea.**

Drumon se puso en guardia, con una postura que me pareció bastante familiar, y me hizo señas para que le atacase-**. Si puede atravesar mi armadura, comisario-,** señaló razonablemente**-, me mereceré unos cuantos rasguños.**

Comenzamos con cautela, probando cada uno el estilo del otro y estudiando que estrategias ejecutar, pero a medida que comenzamos a medirnos el uno al otro el ritmo de nuestros golpes y paradas comenzó a aumentar velozmente. Era consciente de que Drummon se estaba

conteniendo, dándome una oportunidad, y aunque seguí esforzándome, tampoco puse todo mi empeño en el combate, contentándome con seguirle el ritmo en lugar de quemar toda mi energía en una sola serie de ataques a vida o muerte. Evidentemente, él era cegadoramente rápido, como ya había visto anteriormente, pero confié en mis reflejos en lugar de intentar pensar demasiado en lo que estaba haciendo. En mi experiencia de lucha cuerpo a cuerpo, que es mucho mayor de la que me siento cómodo en reconocer, por lo que ello representa, normalmente es mejor esperar a que tu oponente cometa un error que ir a la carga y de repente encontrarse de rodillas buscándote la cabeza. En general, parecía que mi estrategia estaba dando sus frutos: recibí un par de sacudidas del campo de fuerza de su espada, pero me aferré a la mía, y al ver una repentina apertura, me encontré con vía libre hacia el pecho de Drumon. Los dientes de mi espada acababan de empezar a acariciar su armadura cuando sus propios reflejos actuaron, y detuvo mi ataque con una velocidad y precisión que me dejó sin aliento.

-Muy bien-, me felicitó el tecnomarine, con más alegría de la que jamás había visto en él (o en cualquiera de sus hermanos)**-. La primera sangre es suya, comisario.**

-Espero no haber dañado su armadura-, dije, sabiendo lo valiosa que esta sería para él, pero Drumon negó con la cabeza.

-Dejaré esa marca como recordatorio-, dijo**-, de que nunca se debe subestimar a un oponente.**

-Me temo que soy una caja llena de trucos sucios y taimados-, dije, con sinceridad, aunque me aseguré de verbalizarlo con tono jocoso, a modo de broma.

Drumon asintió**-. De acuerdo a mi experiencia, la supervivencia es un honor más que suficiente en el campo de batalla. ¿Le gustaría continuar?**

Bueno, pues a decir verdad sí que me apetecía, y lo hicimos, aunque nunca más logre superar su guardia; aunque siguió conteniéndose, siempre fue un rival muy superior para mí. Cuando terminamos, acordamos volver a vernos la próxima vez que sus obligaciones se lo permitieran, y durante las semanas siguientes nos las arreglamos para entrenar juntos en varias ocasiones. No tengo ni idea de lo que sus compañeros Marines Espaciales pensaron de nuestro acuerdo **(5)**, pero aprecie en muchos de ellos que empezaron a esforzarse para mostrarse más amistosos conmigo desde el momento en que Drumon y yo comenzamos a entrenar juntos.

(5) *Cuando menos, los Tecnomarines tienden a ser un tanto extravagantes en la mayoría de los capítulos, lo que les permite asumir un cierto tipo de libertades en su comportamiento. De hecho, a juzgar por los comentarios de Caín, Drummon parecía ser más aceptado como un igual por sus hermanos de batalla de lo que normalmente debería ser el caso en otros Capítulos, quizás debido a los inusuales y estrechos lazos de los Recobradores con el Adeptus Mechanicus.*

Considerándolo todo en su conjunto, y a pesar de la creciente tensión entre Mira y yo, estaba empezando a caer en una rutina bastante agradable a bordo del *Revenant*; tanto que empecé a dar por sentado que el viaje continuaría sin incidentes hasta que alcanzáramos a nuestra presa, o abandonáramos la búsqueda. Pero, por supuesto, estaba a

punto de recibir un saludable cura de humildad y un serio recordatorio de lo peligrosa que era nuestra misión, y que la galaxia contenía muchos más peligros que el que nosotros perseguíamos tan diligentemente.

CAPÍTULO ONCE

Nuestro tercer intento de interceptar el pecio espacial en el universo material casi nos conduce a todos a una muerte horrible; aunque tampoco es que tuviéramos alguna premonición del riesgo que íbamos a correr mientras nos preparábamos para hacer nuestra última transición de vuelta al reino de lo real. Supongo si acaso, que a aquellas alturas nos estábamos volviendo un poco confiados, seguros de que los cálculos de Yaffel eran fiables, y que los sobrenaturales talentos del Bibliotecario serían suficientes para permitirnos surgir en el materium más o menos sobre el pecio espacial que perseguíamos, o más probablemente, donde hubiera estado en algún momento del pasado.

Por consiguiente, cuando Gries me invitó al puente para observar la transición, mi más inmediata expectativa era la de ser testigo de una repetición de nuestros anteriores intentos: meramente aparecer en un área desierta del vacío, donde probablemente tan solo algunos detalles serían un poco diferentes de los que nos habíamos encontrado en nuestras investigaciones previas, pero básicamente no esperaba más que encontrar otro callejón sin salida que descartar antes de seguir adelante. También Mira había sido invitada a asistir, como exigía el protocolo. Pero ella se había negado a levantarse de la cama, sin duda para alivio de todos los presentes, pues la invitación le había llegado en lo que ella y los cronómetros de la nave insistían que era la medianoche.

Por supuesto, yo ya estaba lo suficientemente curtido como para levantarme sin vacilar, recoger mi pistola de debajo de la almohada (provocando con tal acto una obscena diatriba

en un lenguaje muy poco femenino) y ponerme el uniforme en el mismo instante en que el mensaje me fuera entregado por un Jurgen de ojos soñolientos. Reconfortado por el aroma de la taza de tanna que me había entregado mientras salía, llegué al puente un par de minutos después de que me hubiera asaltado la oleada de náuseas que generalmente acompañaba la transición de la disformidad al materium.

-¿Ha habido suerte?-. Pregunté, y el tripulante de la pantalla del sensorium asintió en mi dirección.

-El sistema está hirviendo de señales de vida. Si los genestealers están aquí, o han pasado por aquí, han tenido muchos objetivos que infectar.

-¿Qué tipo de señales de vida?-. Pregunté. No podríamos haber llegado a un sistema imperial, o para estas alturas nuestros receptores de vox estarían colapsados con todo tipo de tráfico de comunicaciones, y exigencias para que nos identificáramos procedentes de las Fuerzas de Defensa del Sistema locales **-. Por el Trono, ¿en qué lugar del carajo estamos?**

-Estamos procesando los datos del campo estelar para orientarnos-, me aseguró Yaffel tranquilamente, mientras estudiaba el hololito**-. Después de corregir los errores de paralaje, nuestra ubicación más probable sería aquí, más o menos, con un error estimado de ocho segundos luz-.** Uno de los sistemas estelares dentro del embudo verde, que se había reducido sustancialmente desde la primera vez que lo había visto, se encendió con un

brillo más fuerte, y el cono translúcido se encogió un poco más.

-¿Algo en el auspex?-. Pregunté, y el operador levantó la cabeza para mirarme.

-Recibimos miles de contactos-, informó**-. Nos llevará un tiempo reducirlos.**

-¿Miles?-. Pregunté sorprendido, mientras el operador volvía al trabajo, y noté como comenzaban a picarme las palmas de las manos como nunca.

-Escudos de vacío al máximo. Todos a los puestos de artillería en espera-, ordenó el capitán, confirmando lo que más me temía, antes de mirarme a mí**-. Muchos de ellos parecen contar con capacidad de vuelo y están convergiendo sobre nuestra posición.**

-Maravilloso-, dije, antes de darme cuenta de que el sarcasmo no era lo que se esperaba del intrépido guerrero que ingenuamente todos creían que yo representaba, y procuré dibujar una sonrisa en mi cara que esperaba que transmitiera la alegre despreocupación que esperaban encontrar**-. Como se suele decir cuando uno se encuentra en un entorno rico en objetivos. ¿Alguna idea de a quién le vamos a arruinar el día?**

-Aun estamos escaneándoles-. Nos informó el operador del vox cuya voz era casi tan tranquila como la mecánica de Yaffel-**. Estamos interceptando algo...**

-Póngalo en los altavoces-, ordenó Gries, y un momento después un confuso balbuceo de numerosas voces ásperas y guturales tratando de hablar a la vez inundó el puente.

Mi estómago se encogió, y respiré profundamente, calmando la instintiva oleada de pánico que me acababa de invadir. Reconocía ese sonido demasiado bien, incluso pude escuchar una o dos palabras que conocía**-. Orkos-,** escupí.

-No hay duda-, confirmó Gries, sin duda familiarizado con cada enemigo del Imperio del que yo había oído hablar, y quizás del doble de ellos de los que yo ni había oído hablar**-. Y ansiosos de darnos la bienvenida a su manera -.** Miró al capitán de navío**-. Entable combate cuando lo desee.**

-A sus órdenes-, respondió el capitán de navío con una grave inclinación de la cabeza**-. A todas las baterías, abran fuego a discreción.**

Me dirigí hacia el hololito, donde Yaffel había activado un despliegue táctico que me permitió ver lo jodidos que estábamos. Innumerables naves de los pieles verdes pululaban a nuestro alrededor directos hacia nuestra posición, evocando en mi mente el curioso recuerdo de Drumon rodeado por los servo-cráneos, antes de que la mortal seriedad de nuestra situación hiciera a un lado la imagen caprichosa.

Debo reconocer que la disciplina de los artilleros del Capítulo hacía sin duda honor al Capítulo al que servían,

pues no dispararon hasta haber asegurado un objetivo **(1)**, momento en el que desataron toda la furia del impresionante poder destructivo de sus armas en única sola salva concentrada que destruyeron numerosas de las destartaladas naves de los pieles verdes que nos habían atacado. Pero por cada una que derribaban, se adelantaban diez más para cubrir el hueco dejado por sus infortunados congéneres, y si hubieran sido capaces de concentrar el fuego de sus armas, todo habría terminado para nosotros en unos instantes. Afortunadamente para nosotros, los orkos estaban tan desorganizados como siempre, atacando alocadamente como turbas de salvajes, disparando en nuestra dirección, pero sin molestarse en apuntar, y sólo unos pocos de sus disparos dieron en el blanco. Sentí el débil temblor de sus impactos a través del material del casco, seguido por un temblor de mi propio cuerpo en respuesta debido a la aprensión, antes de rechazar el recuerdo de cierto ataque de los pieles verdes al *Mano de la Venganza*, que tan cerca había estado de costarme la vida.

***(1)** No hay de que sorprenderse, dado que probablemente habían sido aspirantes a Recobradores que habían quedado descartados por poco durante el riguroso proceso de selección del Capítulo.*

-Thunderhawks despegando-, informó el oficial del auspex un momento después, y un grupo de puntitos más pequeños **(2)** tomaron posición alrededor del pulsante y grueso circulo que marcaba nuestra posición, y realizando un increíble trabajo manteniendo a los cazas pieles verdes y sus ocasionales salvas de torpedos lejos de nuestro casco**-. Aún no tenemos señales de nuestro objetivo primario.**

***(2)** Obviamente había más de las dos que Caín había visto en el hangar al comienzo de esta narración, aunque también pudiera ser que hubiera más*

atracadas en otras secciones de la nave o bien asignadas a otras labores en las ocasiones en que Caín había visitado la bahía de atraque de la nave.

-Entonces probablemente ya no esté aquí-, comenté, principalmente a Gries, pero asegurándome de que mi voz mantenía un tono tranquilo y razonable de cara al resto del personal presente en el puente**-. Y aunque lo esté, será necesario contar con más de una nave para alcanzarlo a través de tanta resistencia.**

-Estoy de acuerdo-, aceptó el capitán de los Marines Espaciales con su retumbante voz, tras meditarlo un momento, y para mi bien disimulado alivio. Las luminarias del techo parpadearon, sumiéndonos momentáneamente en la oscuridad, rota tan sólo por el espeluznante destello de las pantallas pictográficas y las luces de las estaciones de control, antes de volver a encenderse.

-Los escudos del vacío aguantan-, informó uno de los tripulantes del puente**-. Generadores dos y nueve caídos. Control de daños respondiendo.**

Gries se volvió hacia Yaffel, ignorando las claras implicaciones que me parecieron como un grado imprudente de dependencia**-. ¿Cuál es tu evaluación, magos?**

-La probabilidad de encontrar al *Engendro de Condenación* aun siga en este sistema es ahora de aproximadamente un diecisiete por ciento, y bajando-, explicó Yaffel, después de consultar con un par de sus jóvenes tecnosacerdotes**-. El análisis de los ecos del auspex sólo nos permite llegar a esa**

aproximación, aunque el 5% de las anomalías requieren ulteriores investigaciones, sin embargo, la información recogida en los análisis realizados en nuestros intentos previos, nos permite tomar ese porcentaje como un mínimo irreducible.

-Entonces nos quedamos hasta que la probabilidad baje al 5%-, decidió Gries**-, antes de proceder al siguiente punto de emergencia. Si no existe ninguno, tendremos que regresar con fuerzas suficientes para asegurar este sistema mientras investigamos las restantes anomalías.**

Bueno, buena suerte con eso, pensé, decidiendo que si salíamos de aquí en una sola pieza besaría a un gretchin antes de permitir que me arrastraran en un esfuerzo tan patentemente suicida. Lo que me recordó algo... me puse el pinganillo de comunicación en el oído**-. Jurgen-,** le llame**-, la nave está siendo atacado por los pieles verdes. No alarmes a la Srta. DuPanya, pero sería prudente que la convenciera de que se vista y se prepare para salir de prisa en caso necesario.**

-Muy bien, señor-, respondió mi ayudante, con su habitual actitud flemática**-. No queremos que nos cojan al descubierto de nuevo, como nos pasó en Perlia, ¿verdad?**

-No, no queremos-, le confirmé, sin envidiar un ápice la tarea con que le había castigado. Probablemente Mira se habría vuelto a dormir, y no se tomaría nada bien que la despertaran de nuevo. Pero mejor de mal humor que muerto, al menos en mi humilde opinión, y si la puntería de

los artilleros orkos mejoraba en los próximos minutos, todos podríamos acabar tratando de aprender a respirar el vacío si no nos movíamos rápido. (Y esa no es una experiencia que yo recomendaría, o quisiera repetir).

La cubierta tembló de nuevo bajo mis pies, y nos sumimos en la oscuridad, esta vez durante casi dos segundos. Cuando las luminarias volvieron a encenderse, tenían un tinte rojo, lo que hizo que el puente pareciera un lugar un tanto incómodo, como si alguien lo hubiera rociado con sangre.

-Escudos de estribor caídos-, informó desapasionadamente el hombre de la estación de ingeniería**-. El ECD (3) informa que la reconsagración tomará al menos diez minutos.**

(3) *Equipo de Control de Daños, un término también empleado en la Armada Imperial*

-Es demasiado tiempo-, comencé a decir, justo cuando el hombre del auspex levantó la vista de su pantalla de imágenes.

-Descarga masiva de torpedos entrante-, informó, mientras una tormenta de iconos de contacto apareció en el espacio entre las naves orkas y nuestra posición.

-¡Por el Trono de Terra!-. Tomé aire horrorizado. No había forma en la galaxia de que las Thunderhawks pudieran interceptar tantos misiles, pero dieron lo mejor de sí, logrando reducirlos en un 10% antes de que impactasen

contra nosotros. Lo que sólo dejó los suficientes para desgarrar las tripas de nuestro crucero en lugar de vaporizarlo.

Me preparé para la onda expansiva de los impactos, pero en lugar de las explosiones que esperaba, no sentí más que un ligero temblor a través de las suelas de mis botas, mientras los veloces proyectiles iban impactando sin detonar contra las planchas del casco de adamantium**-. ¡No han detonado! -.** Grité, empujado por una repentina oleada de alivio, que se disipó casi de inmediato cuando se me ocurrió la explicación obvia**-. Debe tratarse de...**

-Prepárense para repeler a las fuerzas enemigas-, ordenó Gries a través de los altavoces internos de la nave, confirmando mi conclusión antes de que pudiera expresarla. Se giró de nuevo hacia Yaffel**-. ¿Magos?**

-La probabilidad de una detección exitosa ha bajado al 8,5%-, le informó el tecnosacerdote, con su voz tan átona como siempre. Podría haber sido mi imaginación, por supuesto, pero hubiera jurado que esta vez estaba oscilando algo más de lo habitual.

-Entonces llamen a las Thunderhawks-, dijo Gries**-, y prepárese para retirarnos tan pronto como baje al cinco por ciento.**

El capitán de navío asintió con la cabeza y abrió su propio canal de vox.

-Puente a Enginarium-, dijo tajantemente**-. Prepárense para entrar en la disformidad**

Por segunda vez en otros tantos minutos, mi suspiro de alivio murió antes de que pudiera terminarlo. En lugar del reconocimiento que todos esperábamos de Drumon o de uno de los visioingenieros a su cargo, el altavoz transmitió sonidos del combate y el rugido de los gritos de guerra de los orkos. Los Pieles Verdes habían abierto una brecha en el Enginarium, y hasta que no fueran desalojados, no podríamos ir a ninguna parte.

Debo decir que, dadas las circunstancias, todos nos lo tomamos con mucha calma. O, para ser honesto, todos lo hicieron, respondiendo al inesperado contratiempo con una ráfaga de agudas y sucintas órdenes, mientras yo mantenía un ojo lleno de pánico sobre el hololito, atento a cualquier otro signo de un asalto de pieles verdes. Estas no tardaron en llegar, con varias oleadas más de torpedos de abordaje ya en camino, aunque con las Thunderhawks quitándose de en medio, nuestros artilleros estaban destrozando una gran cantidad de ellos, habiendo dejado de apuntar a los cruceros de guerra más grandes para enfrentarse a la nueva amenaza. Afortunadamente, la aparente lucha por reclamarnos como premio implicaba que el más destructivo fuego entrante de la flota circundante era ahora esporádico, en el mejor de los casos, y no más preciso de lo que se podría esperar, así que en general todavía estábamos saliendo mucho más bien parados de lo que yo hubiera creído posible. Probablemente debería anotar que tampoco nos vino mal que varias de las naves de los pieles verdes estuvieran intercambiando fuego entre ellas, cuando la instintiva agresividad de los de su clase encontró una forma de expresión más inmediata, una vez que la batalla por el

Revenant había llegado a un punto muerto, al menos desde su punto de vista.

-La escuadra de Trosque está en camino hacia el enginarium-, informó Gries al capitán de navío, y un repentino presentimiento se apoderó atrozmente de mis entrañas. Estaba parado en medio del blanco principal para cualquier grupo de abordaje, y sólo el Emperador sabía cuántos orkos cargaban hacia nosotros tan rápido como sus deformes piernas pudieran llevarles.

Activé de nuevo mi comunicador**-. Jurgen-, dije-, los pieles verdes han abordado el *Revenant*. Se desconoce su número. ¿Alguna señal de ellos en su área?**

-Aún no, comisario-, respondió mi ayudante, sonando un poco molesto, al menos en mi opinión. Evidentemente, Mira debía haberse mostrado tan intratable como yo había anticipado. Al menos podría tener la oportunidad de desquitarse con los orkos, lo que no dudo que haría, con tanto gusto como cualquier Valhallano cuando tienen a un piel verde en su punto de mira **(4)-.¿Quiere que vaya de caza?**

(4) *Los Valhallanos sentían un furioso odio contra esta aberración xenos en concreto, que se remontaba hasta la fallida invasión que los Orkos habían lanzado contra su mundo hogar, y se enfrentaban a ellos con una ferocidad que sin duda igualaba a la de los propios pieles verdes. Aunque los Valhallanos lo hacían con un mayor sentido táctico.*

-No, mejor quédese donde está-, le ordené**-, y mantén un ojo en la enviada Viridiana-.** Seguro que es algo que él ya había tenido en cuenta, no me cabía duda, pero la sola

idea de pensar en Mira moviéndose a su antojo en una nave llena de orkos con los que toparse me resultó inquietamente divertida. Con el humor que se gastaba hoy, probablemente desafiaría a cualquiera de aquellas bestias xenos a un concurso de cabezazos.

-Oh-, respondió Jurgen, en un tono de voz que yo conocía muy bien, y que precedía a algo que quería decirme y que realmente yo no querría saber**-. Me temo que la joven no está aquí en este momento, señor. Me dijo que iba a subir al puente para verle a usted.**

-¿Qué ella qué?-. Pregunté, mientras mi estómago se daba un viajecito por algún lugar a la altura de mis botas. No tenía sentido preguntarle por qué no la había acompañado. Le ordené que la despertara, y eso es lo que había hecho, tan puntillosamente como cumplía todas las demás órdenes que se le daban. Y, si soy sincero, en tal situación me habría gustado tanto ver su atractiva espalda alejándose tanto como le debía haber aliviado a él.

-¿Quiere que vaya tras ella, señor?-, se ofreció Jurgen.

-No, quédese en el ala de los invitados-, le dije, después de hacer una pausa para pensar al respecto. Aquella área estaba tan alejada de todo lo estratégicamente importante como era posible a bordo del crucero de ataque, y aunque los orkos no eran precisamente famosos por su sofisticado análisis táctico, sus brutales instintos resultaban ser a menudo un razonable sustituto. En cualquier caso, todavía cabía dentro de lo posible que un grupo de ellos pudiera llegar a aquella zona por error, pero viéndolo en conjunto, aquella zona era lo más cercano a un refugio

seguro que se pudiera encontrar**-. Haz lo que puedas para proteger esa zona, y espérame allí. Yo iré a buscar a la Srta. DuPanya.**

Pensé que podría sacar provecho de aquello, mientras informaba a Gries sobre este asunto tan sucintamente como pude**-. Aquí soy de tanta ayuda como el juramento de un hereje-.** Concluí, casi al mismo tiempo que Yaffel informaba que si el maldito pecio espacial estaba en cualquier lugar del sistema, ya no lo íbamos a encontrar, así que podríamos seguir hacia el siguiente punto de encuentro previsto, tan pronto como el pequeño problema de los orkos en el enginarium hubiera quedado resuelto, **(5)-, y dadas las circunstancias, difícilmente podríamos dejarla vagando por su cuenta. Si no tiene ninguna objeción, iré a encontrarme con ella y la escoltaré a sus habitaciones-.** Argumento que me dejaría en buen lugar si los pieles verdes atacaban el puente, como estaba esperando que hicieran en cualquier momento.

(5) *Pero probablemente no en los mismos términos.*

-Por supuesto-, aceptó Gries, aparentemente tomando erróneamente mi evidente afán de salir de allí por un apenas disimulado deseo de ir a cazar unos cuantos orkos.

-Que el Emperador le acompañe-. Me hizo el gesto de la rueda dentada del Mechanicus otra vez y se dio la vuelta para discutir la situación táctica con el capitán, sin duda aliviado de saber que Mira no tendría la oportunidad de acabar vagando por la nave y acabar distrayendo a sus hombres en algún punto crucial de la batalla si yo lograba encontrarme con ella primero.

Salí del puente tan rápido como pude y me fui trotando por el corredor principal que se alejaba de él, con mis armas en las manos. Estaba bastante seguro de adivinar qué ruta habría tomado Mira desde el área de invitados, y confiaba en poder interceptarla sin demasiada dificultad. Cuando llegué al primer cruce del corredor, encontré a un contingente de la tripulación de la nave montando un cañón láser sobre su trípode, mientras que otros tomaban posiciones detrás de una improvisada barricada con sus fusiles láser preparados, y comencé a preguntarme si mi decisión de abandonar el puente no habría sido un poco precipitada, pero ahora ya no había nada que pudiera hacer al respecto; y después de todo, al menos ahora tenía otro área segura a donde huir en el caso de que los pieles verdes resultaban encontrarse entre la relativa seguridad del área de invitados y mi humilde persona. Continué mi carrera, sintiéndome un poco más tranquilo, después de intercambiar unas breves palabras con el suboficial al mando.

Sin embargo, ellos fueron las últimas personas que vi durante algún tiempo. Los pasillos parecían misteriosamente silenciosos, los siervos del capítulo a los que me había acostumbrado a ver pasar de un lado a otro absortos en sus propios recados ausentes ahora asignados a tareas más urgentes, y mis pisadas resonaban en las placas de cubierta más fuerte de lo que normalmente lo hacían, al no quedar amortiguadas por los sonidos ambientales de otras actividades. Me parecía que me estaba tomando una desmesurada cantidad de tiempo encontrar a Mira, y estaba a punto de rendirme y volver sobre mis pasos, suponiendo de que ella debía haberse perdido en el laberinto de pasajes interconectados, cuando finalmente me di cuenta que el

sonido de pasos que escuchaba que no eran resultado del eco de los míos.

Me puse tenso, sujetando con más fuerza la empuñadura de mi espada sierra, y me aplasté contra la pared metálica del pasillo. Estaba cerca de una de las escotillas de mantenimiento, que cruzaban el pasillo a intervalos regulares. Sin embargo, en este caso no tenía sentido intentar refugiarse en una de las áreas de servicio, ya que las escotillas estaban todas bien cerradas y no había encontrado un pretexto plausible para solicitar los códigos de acceso. Después de escuchar atentamente durante un momento pude asegurarme de que los pasos eran demasiado ligeros para ser pertenecer a los orkos, y, en cualquier caso, si podía confiar en las voces que me llegaban a través de mi comunicador, los grupos de abordaje de los Pieles Verdes habían sido interceptados con éxito en otros lugares de la nave.

Tranquilizado por ese hecho, salí de mi escondite en el hueco de la escotilla de servicio, justo cuando una Mira de sombría expresión pasaba por delante. No me cupo duda alguna de que no estaba contenta de verme.

-Supongo que piensas que esto es una especie de broma-, comenzó, antes de percatarse de las armas en mis manos y moderar un poco su voz.

-¿Por qué las has desenfundado? No puedes abrir una ventanilla y ponerte a disparar al enemigo, Ciaphas.

-No tendré que hacerlo-, respondí a su sarcástico comentario**-. Han tenido la amabilidad de abordarnos. ¿Dónde está tu arma?**

-¡Todavía en mis maletas, obviamente!-. Me replicó frunciendo el ceño de forma mezquina-**. Tu atontado botarate no se molestó en mencionar ese pequeño detalle, sólo me dijo que había naves enemigas atacándonos.**

-Él no sabía nada del abordaje hasta que yo le informé hará un par de minutos-. Su descripción de Jurgen era innegablemente precisa, sin embargo, escucharla de su boca me irritó sobremanera**-. Vamos.**

-¿A dónde?-. Parecía que Mira estaba decidida a no dejar que un asunto tan trivial como una horda de pieles verdes correteando a su libre albedrío por la nave la desviara de dejarme bien claras lo irritada que se encontraba con mi ayudante y conmigo por perturbar su descanso.

-¿No deberías estar por ahí disparando a los orkos o algo así?

-Tal vez debería-, le repliqué, a punto de darme la vuelta y dejarla a su suerte. Después de todo, siempre podía decirle a Gries que tristemente no había logrado encontrarla a tiempo antes de que los orkos la alcanzaran**-. Sólo la estúpida idea de que debía asegurarme de que primero estuvieras a salvo.**

-¿Estabas preocupado por mí?-. Su expresión se suavizó, y por un momento recordé por qué me gustaba, hasta que su corrosiva personalidad comenzó a abrirse camino de nuevo**-. Entonces, ¿qué pensabas hacer?**

-Para empezar, llevarte de vuelta al área de invitados-, dije, comenzando a moverme en la dirección por la que ella había venido. Al parecer, ella tuvo el suficiente sentido común como para seguirme sin más discusiones, algo por lo que le estaba realmente agradecido; en las presentes circunstancias, lo último que necesitaba era otra ronda de estúpidas quejas.

Nos apresuramos a volver a través de los inquietantes desiertos pasillos, y nuestras pisadas sonaban fuertemente a pesar de que poníamos todo nuestro empeño en amortiguarlas, y Mira me miró con un deje de aquella bravuconería que recordaba del día en que nos conocimos**-. ¿No te recuerda esto a algo? -,** me preguntó sonriendo con cierta picardía, y yo asentí con la cabeza.

-Parece que estamos convirtiendo en una costumbre eso de correr en medio del enemigo-, acepté, justo cuando la voz del capitán de navío irrumpió de repente en mi auricular, disipando efectivamente cualquier inclinación que pudiera haber tenido para intercambiar más bromas.

-¡Alerta! ¡Prepárense para el impacto!

-Sujétate a algo-, le dije, y esta vez pareció que Mira confió en mi juicio lo suficiente como para hacerme caso sin discutir. Se aferró al reborde de otra de las omnipresentes

escotillas de servicio y me miró con curiosidad**-. Otra oleada acaba de superar a nuestras armas defensivas.**

Antes de que pudiera replicarme, la cubierta tembló un poco bajo nuestros pies, una débil vibración apenas perceptible a través de las suelas de nuestras botas. Mira soltó la protuberancia metálica y dio un paso hacia mí, con su testarudez claramente intensificada por la aparentemente pacifica situación en que nos encontrábamos y la sensación de haber hecho el ridículo sin motivo alguno**-. Bueno, no se puede decir que eso haya sido...-,** comenzó a rezongar, justo cuando un ensordecedor ruido resultado de metales brutalmente maltratados golpeó mis oídos, ahogando cualquier otra cosa que pudiera haber estado a punto de decir. La cubierta se onduló bajo mis botas, y una sección del techo pareció decidir que estaría más a gusto jugando el papel de una pared, balanceándose y cayendo hacia abajo hasta encontrarse con las placas de la cubierta en medio de una lluvia de chispas y restos de los conductos que se había llevado consigo.

-¿Qué decías? -. Pregunté suavemente, aunque sin poder evitar un cierto tono socarrón, mientras Mira se ponía de pie y me miraba como si todo fuera culpa mía.

-Un caballero me habría ayudado a levantarme-, me respondió secamente.

-Lo siento querida, pero tengo las manos ocupadas-, le repliqué con fingida sinceridad. Dadas las circunstancias, sólo un idiota renunciaría a cualquiera de las armas que en ese momento tenía en mis manos. No me malinterpreten,

como cualquier otro hombre, nunca dejó de lado la caballerosidad cuando hay algo que ganar, o al menos no hay nada que perder, pero un impacto tan grande como el que acabábamos de sentir solo podía significar que un torpedo de abordaje había atravesado el casco a no más que una o dos cubiertas de donde nos encontrábamos, y ponía a los pieles verdes demasiado cerca de mi persona para mi comodidad. Le di un golpecito al pinganillo del vox que llevaba en mi oído**-. Caín al puente, brecha en el casco en la sección K, cubierta 15 o sus alrededores.**

-Entendido-, contestó una voz tranquila, sin que se notara ningún sonido de combate, y empecé a lamentar con más fuerza mi impulsiva decisión de haberme ido de allí**-. ¿Cuál es su posición actual?**

-K quince-, respondí, y me apresuré a agregar-**. Escoltando a la enviada Viridiana a un lugar seguro-.** Lo que sonaba mucho mejor que decir que iba camino de poner toda la distancia posible entre cualquier piel verde que pudiera haber estado a bordo del proyectil de abordaje y mi humilde pellejo. Nunca se me ocurrió cuestionar si realmente habrían sobrevivido a un impacto que hubiera reducido a un humano a una pequeña y desagradable mancha rojiza **(6).** Había visto en Perlia más que suficiente para conocer su capacidad para soportar casi tanto castigo como un marine espacial equipado con su servoarmadura, de modo que podía estar seguro de que al menos algunos de ellos serían capaces de salir de entre los restos, seguramente incluso mientras yo hablaba. Eché un vistazo a la maraña de metal colapsado y retorcido que ahora nos impedía alcanzar nuestro objetivo original, y le hice un gesto a Mira con la mano que sostenía mi pistola láser, para que volviera por donde habíamos venido.

(6) *En este caso Caín esta sin duda exagerando un poco: los orkos son sin duda considerablemente más robustos que los seres humanos, pero no hasta el punto que comenta.*

-Por aquí-, le dije**-. Tendremos que dar un rodeo.**

-Bien-. Asintió con la cabeza sin ademan de discutir, pues evidentemente el claro y presente peligro que corríamos se sobrepuso a cualquier otra frívola objeción que tuviera en mente, y comenzó a mostrar algo de la fortaleza que la había mantenido en los túneles bajo la ciudad de Fidelis**-. Al menos eso debería ser una barrera para los orkos de la misma forma en que lo es para nosotros-,** añadió, con una última mirada al colapsado techo antes de unirse a mí.

Desgraciadamente para nosotros, apenas habían salido esas palabras de su boca, cuando la escotilla de servicios en la que se había apoyado unos momentos antes se abombó perceptiblemente por un fuerte impacto, la fina chapa metálica en que estaba construida se retorció bajo el impacto de un golpe que reverberó entre las paredes del pasillo como el tañido de una campana de una catedral**-. ¡Corre! -.** Grité, mientras se repetía el sonido, pero antes de que pudiera seguir mi propio consejo, la endeble escotilla salió de sus bisagras, dando paso a una visión que esperaba no volver a ver nunca más (aunque para mi desgracia continué viendo a lo largo de los años más a menudo de lo que puedo contar): la cabeza y los hombros de un aullante orko sediento de sangre, que bramó de alegría en el mismo momento en que nos vio, para acto seguido cargar contra nosotros.

CAPÍTULO DOCE

Afortunadamente para nosotros, y desafortunadamente para el piel verde, mis armas ya estaban en mis manos, y con los reflejos agudizados por la paranoia, le descerrajé un par de disparos en el mismo momento en que lo vi. Ambos disparos dieron en el blanco, infligiendo heridas que habrían lisiado o matado a cualquier ser humano normal, pero que sólo parecieron molestar ligeramente al orko. No era la primera vez que me sorprendía su resistencia, incluso aunque los maldijera por ello. Como fuera, el caso es que los disparos sirvieron para distraer al bruto; mientras se abría paso a través del estrecho hueco de la escotilla, deformando el marco de la escotilla para poder pasar todo el ancho de sus hombros. Se tambaleó por el impacto, atrapando su pie contra el umbral. Pivotando hábilmente fuera del camino de enorme y malvada bestia babeante que se desplomaba enloquecida hacia delante, le decapité limpiamente con un solo tajo de mi espada sierra, y me volví para correr antes de que cualquiera de los restos de aquella criatura hubiera tenido tiempo de chocar contra las placas de la cubierta.

-¿Qué estás esperando?-. Grité, al encontrar mi camino bloqueado por Mira, quien, para mi asombro, trotaba hacia el orko caído con una expresión de sombría determinación en su cara.

-Necesito un arma-, dijo, inclinándose hacia la monstruosa mano que aún sostenía una enorme pistola de tosca fabricación.

-¡Esa no!-. Le volví a gritar, quitándola del camino justo cuando un espasmo muscular terminal del cadáver apretó el dedo en el gatillo, y el lugar donde había estado parada se convirtió abruptamente en un agujero en la cubierta y en una lluvia de fragmentos de metal de afilados bordes. Incluso si hubiera podido abrir la mano del orko, algo más que dudoso en el mejor de los casos, coger el arma no le habría ayudado mucho en ningún caso: habría tenido problemas incluso para levantar aquella cosa, y cualquier intento de dispararla habría acabado arrojándola para acabar haciéndola caer simple y llanamente sobre su aristocrático culo, por bien "*acolchado*" que este estuviera, y probablemente rompiéndose el brazo en el proceso **(1)**. No era el momento de explicar todo esto, así que simplemente señalé a la aullante y frenética turba de pieles verdes que luchaban entre sí para atravesar el hueco en la pared, mientras que los más inteligentes comenzaban a desmembrar a su antiguo camarada en un intento de pasar por encima del cadáver que obstruía el paso para llegar a nosotros**-. ¡Corre!**

(1) *En este caso Caín está hablando con autoridad, dada la considerable experiencia que había adquirido en Perlia con las armas recuperadas de los orkos.*

Por muy terca y exasperante que fuera, Mira no tenía un pelo de tonta. Ya me estaba pisando los talones mientras yo corría por el pasillo, intentando tan solo alejarnos de allí tanto como pudiéramos antes de que los orkos pudieran pasar por encima del cadáver. El retumbar de una breve ráfaga de disparos a nuestras espaldas me estimuló sobremanera, indicándome sin lugar a dudas que la discusión sobre quién lideraba el grupo acababa de resolverse a la tradicional manera de los orkos, y que a

buen seguro la vanguardia del grupo ya estaba persiguiéndonos.

-¿Qué plan tienes?-, me preguntó Mira entre jadeos.

-No ser comido-, le repliqué. Yo sería el primero en admitir que, como plan, aquello no era gran cosa, pero hasta el momento siempre me había funcionado. Activé mi transmisor**-. Caín a puente, contacto confirmado, enfrentándonos a fuerzas hostiles-.** (Lo que me pareció que sonaba mucho mejor que "huyendo tras un golpe de pura potra").

-Oh, y la enviada Viridiana sigue conmigo.

-Recibido-. El capitán de los Astartes sonaba un poco distraído, incluso considerando la actual emergencia. Mientras hacía una pausa, los débiles sonidos del combate se colaron por el pequeño receptor de vox de mi oído. Parecía que los orkos estaban asaltando el puente, tal y como me había temido, pero aún no habían logrado atravesar las defensas que había visto erigir al salir **(2)-. Todas las unidades están actualmente ocupadas-.** En otras palabras, buena suerte, estás solo.

(2) *Difícilmente sorprendente, dado que se enfrentaban a un Capitán de los Marines Espaciales junto a su Escuadra de Mando, así como a los bien armados miembros de la tripulación, como Caín bien se había percatado minutos antes.*

-El Emperador protege-, dije al cerrar la conexión, lo que él podría interpretar si quería como una exhortación de apoyo. Yo tenía en mente a una persona más próxima sobre

la que Él podría dedicar su atención, y no pude evitar desear que Él pudiera echar mano de unos cuantos Astartes de sobra para facilitar el trabajo.

-Voy en camino, comisario-, escuché decir a una nueva voz, y estaría mintiendo si no admitiera que sentí una repentina oleada de alivio ante el familiar sonido de la flemática voz de Jurgen. Al menos podía contar con una ayuda en la que sabía que podía confiar, incluso si sabiendo que le iba a llevar un tiempo llegar allí.

-Te guardaremos unos cuantos pieles verdes-, le aseguré. A ningún Guardia de Valhallan le gustaría quedarse al margen mientras hubiera orkos contra los que disparar, y estaba seguro de que había estado sufriendo por mis órdenes de permanecer donde estaba**-. ¿Hay alguna señal de ellos ahí abajo?**

-Ni siquiera el olor de uno de ellos-, afirmó Jurgen, su tono ligeramente decepcionado que confirmaba mi suposición, y como siempre, totalmente ajeno a la intrínseca ironía de sus palabras.

-Entonces nos encontraremos a mitad de camino-, le dije. Parecía que tenía razón en que las habitaciones de los invitados estaban tan cerca de ser un refugio seguro como cualquiera de los que se encontraban a bordo del *Revenant* dadas las circunstancias, así que me pareció una lástima no aprovecharme de ello. Jurgen puede haber carecido de mi afinidad en los laberintos tridimensionales, pero sus sencillos procesos mentales lo compensarán con creces. Habría apostado mi pensión (que, en cualquier caso, al igual que cualquier otro comisario de campo, nunca esperé

realmente vivir para llegar a reclamar) a que simplemente se dirigiría a K quince por ser la ruta más corta posible, y que Mork **(3)** ayudara a cualquier piel verde que se interpusiera en su camino.

(3) *Una de las principales deidades de los Pieles Verdes, un término trivial de la cultura orka que seguramente Caín había adquirido durante su frenética estancia en Perlia años atrás.*

-¿Encontrarnos con quién, y a medio camino de dónde?-. Exigió saber Mira, que sólo había escuchado un lado de la conversación, así que la puse al tanto tan rápido como pude.

-**Jurgen, en el área de invitados. Hay combates por toda la nave, así que ese parece el mejor lugar para mantenerte a salvo-.** Por supuesto, siempre nos quedaban las cápsulas de salvamento, pero definitivamente aquel sería el último recurso: nuestras posibilidades de sobrevivir en un sistema lleno de orkos eran poco menos que insignificantes. Por otro lado, el *Revenant*, era nuestro hogar, aunque ahora estuviera infestado de pieles verdes. Si no recibían refuerzos de nuevo rápidamente, aún podríamos cambiar las tornas de la marea.

Como para burlarse de mis esperanzas, la voz del operador del auspex sonó en mi vox casi tan pronto como terminé aquel pensamiento**-. Nueva oleada de torpedos de abordaje. Prepárense para repeler más fuerzas de abordaje.**

-Como si pudiéramos ignorarlos, no te jode-, murmuré irritado, recibiendo una inquisitiva mirada por parte de Mira, que probablemente se preguntaba si finalmente me estaba

quebrando bajo la tensión. Sin embargo, antes de que pudiera destilar su inquietud con un comentario lleno de su típica acidez, la voz bastante más bienvenida de Drumon crujió en mi oído.

-Enginarium purgado. Iniciando la transición al Inmaterium ahora.

Apenas terminó de hablar cuando se apoderó de mí esa angustiosa sensación de desgarramiento de la sinapsis que normalmente acompañaba a la entrada a la disformidad, aunque con más brusquedad e intensidad de lo que yo recordaba haber sentido en anteriores ocasiones; obviamente, lo que fuera que el tecnomarine hubiera hecho, lo había ejecutado apresuradamente, sin tiempo para completar todos los rituales necesarios. Mientras la oleada de náuseas recorría mi cuerpo, fui capaz de reunir fuerzas para dar gracias de corazón al Emperador por haberlo logrado. Los refuerzos enemigos que nuestro auspex acababa de detectar ya estaría pasando inofensivamente por el espacio vacío que habíamos ocupado hasta hace bien poco, **(4)** en lugar de inyectar otra dosis de veneno en forma de orkos en nuestra maltratada nave, y por tanto la suerte de la batalla acababa de inclinarse sin duda alguna a nuestro favor. Ahora sólo nos quedaba la ingrata tarea de localizar a los que habían conseguido abordar nuestra nave y eliminarlos.

(4) *O más bien para verse arrastrados a la disformidad por el arrastre generado por el Revenant y acabar siendo las presas de los demonios que habitaban aquella región del espacio.*

-¿Qué demonios era eso?-. Preguntó Mira, con su rostro totalmente pálida después de vomitar su cena de una

manera poco aristocrática, sobre la cubierta.

Me encogí de hombros, conteniendo el impulso de responderle algo como "*Parece que hace poco fueron pasteles de florn*", y acabé por responderle de una manera más práctica.

-Estamos de vuelta en la disformidad. Drumon consiguió efectuar la traslación en el último momento.

-Bueno, podría haber sido un poco más cuidadoso-, respondió Mira**-. Me encuentro fatal.**

-Te habrías encontrado mucho peor con otra oleada de pieles verdes arrasando la nave-, apunté, y aunque se me pudiera acusar de hacerlo con menos tacto del que podría haber tenido, el caso es que tampoco me sentía precisamente bien. Apenas habían salido las palabras de mi boca, cuando un rugido de triunfante rabia me recordó que aún había más que suficientes orkos a bordo pendientes de ser erradicados**-. ¡Corre!**

-¿Correr? ¡Si apenas puedo caminar! -, me replicó Mira, aunque se recuperó milagrosamente rápido en cuanto volvió la cabeza y, animada sin duda por la visión de una multitud de orkos surgiendo de la última curva que habíamos pasado en el extremo del corredor que habíamos tomado, decidió que después de todo podría apañárselas bastante bien para correr. Eran cinco, aunque los dos de delante ocupando toda la anchura del pasillo, blandiendo todos ellos **(5)** en una mano estrafalarias piztolaz como la

que yo había disuadido a Mira de coger, y hachas igualmente burdas en la otra.

(5) *Una palabra orka para armas de fuego en general. No tienen nada más específico en su limitado vocabulario, y al igual que muchas otras palabras referidas a equipos de combate, parece que no son sino el resultado de corromper palabras del Gótico Imperial.*

El que iba delante tenía una mandíbula metálica, algo que estoy obligado a decir que realmente mejoraba su apariencia, y más tejido cicatrizado que el propio Gries. Era de lejos el más peligroso, y por lo tanto el nuevo líder. Los demás eran poco mejores, en particular el que parecía haber tomado un baño de ácido en algún momento del pasado, que veía al mundo a través de un solo ojo augmético rodeado de un ominoso brillo rojizo, y cuya posición al lado, aunque un paso por detrás de Mandíbula de Metal me indicaba sin duda que los dos habían luchado juntos el tiempo suficiente para haber aprendido a cuidarse las espaldas tan eficazmente como un piel verde podría hacer.

Antes de que pudiera echar un vistazo decente al resto, los bólters y pesadas balas empezaron llenar de cráteres la pared al lado de donde nos encontrábamos, pero afortunadamente no parecían ser mejores tiradores que la mayoría de los de su especie. Con todo, era sólo cuestión de tiempo que les tocara la lotería, así que me escabullí por el pasaje más cercano, con Mira pegada a mis talones.

-¿Por qué no devolviste el fuego?-, me preguntó entre jadeos, tras un breve vistazo sobre su hombro para ver si las pieles verdes habían llegado al cruce. Yo ni me molesté en imitarla, pues estaba seguro de que una nueva descarga

de fuego anunciaría su presencia tan pronto como pudieran atisbarnos, y gire en el primer pasillo transversal que nos llevaría de vuelta a nuestra ruta original. Lo último que necesitaba ahora era que Jurgen no se encontrara con nosotros por la improvisada desviación que nos habíamos visto obligados a tomar.

-Porque hubiera tenido que tener lo que se dice mucha suerte para derribar a uno, y el resto hubiera caído sobre nosotros apenas ese tocara el suelo-, le expliqué pacientemente, recordándome a mí mismo que ella nunca antes había visto a esas criaturas, por lo que no tendría el impagable conocimiento sobre su resistencia y ferocidad, por el que tanto había pagado yo.

Sin duda recordando en ese momento las exageradas historias que había escuchado sobre mis hazañas en Perlia, Mira asintió enérgicamente**-. ¿Entonces, crees que podremos? -,** me preguntó.

-Lo dudo mucho-, le respondí sin miramiento alguno. Podríamos adelantarnos a ellos por un tiempo, pero su superiores fuerza y resistencia acabarían pasándonos factura.

-Entonces necesitamos una ventaja-. Se detuvo y miró especulativamente al más cercano de los omnipresentes paneles de acceso, al que se le había colocado un sello de cera, el fresco y mudo testamento de la diligencia de los visioingenieros del *Revenant***-. ¿Puedes abrir una de estas?**

A modo de respuesta, lance un tajo con mi espada sierra, cuyos dientes penetraron el fino metal en segundos, en medio de una lluvia de chispas. Sin duda los tecnosacerdotes estarían horrorizados por una profanación tan casual de un santuario al Omnissiah, pero aquello no sería nada comparado con el daño que los orkos le harían a la nave si no se los controlaba rápidamente. O a nosotros, que ya puestos debo admitir que era una preocupación bastante más apremiante para mí**-. ¿Qué tienes en mente?**

Mira me sonrió, por primera vez desde que nos habíamos encontrado-**. Un viejo truco de cazador-,** dijo, empezando a tirar de los cables del hueco entre las paredes.

Tengo que admitir que tenía mis dudas sobre la sabiduría de seguir adelante con su plan, pues cada segundo que nos retrasábamos reducía nuestra duramente ganada ventaja, pero me quedé para cubrir la esquina por la que esperaba que los orkos llegaran en cualquier momento mientras Mira trabajaba con los cables que había extraído. Parecía que a pesar de mi anterior escepticismo en el búnker bajo el palacio de Fidelis, sus viajes de caza la habían dotado de algunos conocimientos y habilidades que podrían resultarnos de utilidad en la presente emergencia. Su puntería, excepcional para un civil, ya me daba buenas razones para estar agradecido, así que valía la pena arriesgarse a esperar unos momentos para ver qué as se guardaba bajo la manga. Además, yo confiaba en que podría correr más rápido que ella si me esforzaba, y nuestros perseguidores se nos acercaban demasiado.

-Listo-, me dijo alegremente, después de unos momentos de tensión, y no antes de tiempo, pues el estruendo de unos bestiales pies calzados de hierro golpeando las planchas de la cubierta empezaba a reverberar por mi columna vertebral**-. ¿Me prestas eso?**

Antes de que pudiera preguntar a qué se refería con "*eso*", me quitó la gorra de la cabeza y la enganchó a un cable que había tirado sobre un tubo que pasaba por el centro del techo. Mi llamativa gorra se balanceó en medio del pasillo, un poco por encima de mi cabeza y a la altura de la cara para un orko. No tenía la menor idea de lo que ella pretendía lograr con él, aparte de quizás atraer su fuego, pero mi cuello me parecía sin duda mucho más importante que mi gorra, así que simplemente empecé a correr de nuevo.

-No vayamos muy lejos-, me advirtió Mira, poniéndome una mano en el brazo**-. Estaremos en la siguiente esquina antes de que puedan vernos-.** Bueno, eso me venía bien. Parecía tener alguna idea de lo que estaba haciendo, así que disminuí un poco el ritmo y me refugié detrás de la esquina del siguiente cruce, apuntando con mi pistola láser al lugar por donde habíamos venido. Dejar que nos vieran era una cosa, pero no iba a ser tan estúpido como para mostrarme en campo abierto donde tendrían un tiro claro. Se perfectamente que ocasionalmente, incluso un orko puede dar en el blanco.

Irrumpieron en nuestro campo de visión en grupo, luchando entre ellos por la posición de mando, como siempre hacen esas criaturas, lo que sin duda les había ralentizado considerablemente y nos dio el tiempo suficiente como para que Mira preparara lo que fuera que había preparado.

Apreté el gatillo con el dedo, hasta el punto de que el más mínimo movimiento fuera suficiente para disparar. Mis horas de práctica contra los ciber-cráneos de la capilla de entrenamiento habían dado sus frutos, y sujetaba el arma con gran seguridad, casi de modo instintivo con mis nuevos dedos augméticos, prácticamente de la misma forma en que lo habría hecho con los originales; más aún, si cabe, ya que me resultaba más fácil mantener mi arma apuntando con gran precisión sin esos débiles temblores que ningún periodo de entrenamiento y disciplina puede llegar a eliminar **(6)**. Sin embargo, me contuve a fin de asegurar el tiro. Todavía no tenía la menor idea de lo que Mira había estado haciendo, y lo último que quería hacer era desperdiciar cualquier ventaja que nos pudiera proporcionar por una mera acción precipitada.

(6) *Dado que la mayor causa de perturbación en la mano que sostiene un arma al apuntar son los latidos del corazón, puesto que obviamente estos afectan a todo el cuerpo, aparentemente Caín daba por hecho que sus dedos augméticos eran los responsables de la mejora de su puntería, algo que en realidad tenía un origen psicológico más que fisiológico.*

Como esperaba, lo primero que vieron los pieles verdes fue mi gorra, y todos ellos se quedaron mirándola con expresiones de vaga confusión, que es lo más cercano que se puede esperar observar de cualquier signo de actividad cerebral en los de su clase. Su precipitada carrera disminuyó, aunque siguieron avanzando por el corredor, en nuestra dirección, gruñendo y ladrando en su bárbara lengua, que yo conocía lo suficiente como para deducir que el que yo había matado había sido su líder y que su sucesor seguía intentando imponer su autoridad a los demás **(7)**.

(7) *Lo que posiblemente explicaba algunos de los tiroteos que Caín había escuchado poco antes, dado que los orkos son bastante básicos en cuando a las formas de dirimir sus diferencias.*

-Si no te es mucha molestia, podrías empezar a dispararles...-, me espetó Mira irritada, así que apunté con cuidado a Mandíbula de Metal, puesto que era el que más gritaba, y ese suele ser un indicador bastante fiable de estatus entre los pieles verdes, y apreté el gatillo. Sólo pretendía llamar su atención, que era presumiblemente lo que Mira tenía en mente, pero tuve éxito más allá de mis más salvajes expectativas: El caso es que disparé justo cuando mi objetivo había abierto su bocaza para gritarle a un subordinado recalcitrante, y para mi gran fortuna, mi disparo laser le alcanzó en la parte posterior de la garganta, para cruzar su cráneo y acabar saliendo por el otro lado, llevándose consigo la mayor parte de lo que funcionaba como su cerebro.

Por una fracción de segundo, los pieles verdes supervivientes se quedaron realmente atónitos, observando como otro de sus líderes se derrumbaba sobre las placas de la cubierta, para luego reaccionar todos a una, cargando hacia adelante con un estruendoso rugido de "¡WAAAAAAAAAAAAAAGH!”. A pesar de esa horrible visión, sentí una débil oleada de optimismo. En muchas ocasiones, durante mis aventuras en Perlia, había sido testigo de cómo, una vez que el número de un grupo de orkos caía por debajo de una cierta proporción crítica respecto a su número original, estos tendían a perder completamente las ganas de luchar, prefiriendo huir para buscar otro grupo al que unirse, en lugar de continuar con su ataque. Si pudiera derribar a otro, eso podría ser suficiente para destruir la determinación del resto.

Pero antes de que pudiera apretar el gatillo de nuevo, mi campo de visión quedó repentinamente desprovisto de

orkos. Todo el grupo se había caído, se desparramándose por las placas de la cubierta como borrachos en un antro de mala muerte, golpeándose y gritando con rabia mientras intentaban levantarse, obstaculizándose unos a otros mientras se agitaban como niños pequeños en medio de un terrible berrinche.

Mira los observó con un ligero aire de decepción.

-Esperaba que dejaran sus armas-, me confesó.

-¿Esa era tu brillante idea?-. Le pregunté, con un toque de aspereza, preparándome para huir de nuevo. Había tantas posibilidades de que un orko soltara sus armas como de que decidiera dedicarse a los arreglos florales**-. ¿Un cable trampa? -.** Por supuesto, eso explicaba por qué había necesitado mi llamativa gorra: el primer principio en la colocación de una trampa es dirigir la atención de la víctima a otra parte.

-Básicamente-, admitió.

-Entonces, ¿no deberíamos salir corriendo? -, pregunté, con una pizca de impaciencia. El único efecto de un cable trampa sería retrasar a nuestros perseguidores, y quedarse parado mientras estos se levantan y se recomponían tiraría por la borda la momentánea ventaja así conseguida.

-Tal vez-, me respondió Mira, todavía mirando hacia atrás por el corredor con un aire de vaga expectativa, aunque sin mostrar signos de ponerse en marcha. Cara Acido ya se

había puesto en pie, gritando imprecaciones a los otros, y golpeó mi colgante gorra con el hacha que llevaba en la mano, sin duda aliviando sus sentimientos de la manera más directa que podía encontrar.

Mientras aquel tosco arma golpeaba mi gorra, un arco de energía blanco-azulada salto hacia la burda hoja de metal, y el orko se puso en temblar, rugiendo y bramando debido a la repentina conexión de un circuito gracias al cable que Mira había tendido a través del pasillo. Sus compañeros también quedaron atrapados en la descarga, golpeando el suelo de metal como peces en una plancha, mientras sus propios e involuntarios berridos resonaron lo suficientemente fuerte como para que les dolieran los oídos.

-Al final ha salido tan bien como se podía esperar-, añadió Mira eufórica, mostrando ahora una expresión petulante en extremo.

La miré, y luego volví a la pila temblorosa de orkos humeantes.

-¿Y cómo no te electrocutaste a ti misma mientras preparabas la trampa?-, le pregunté, con cierta perplejidad.

Mira se encogió de hombros.

-Botas de suela de goma-, me explicó**-. Ahorra tiempo mientras instalas la valla de protección alrededor del campamento. Es un...**

-Un viejo truco de cazador-, termine de decir en su lugar**-. Pues la próxima vez que veas a ese viejo cazador, dale las gracias de mi parte.**

Antes de que ella pudiera responder, la abusada alimentación eléctrica finalmente se cortocircuito, y el piel verde en pie se derrumbó sobre sus camaradas, con un débil estruendo al caer sus armas de sus inermes manazas. Un nuevo olor, acre y muy familiar, se abrió paso entre el hedor a orko carbonizado, y me volví para saludar a mi ayudante.

-**Jurgen-,** le salude**-. Tan rápido como siempre-.** Indiqué el débil y agitado montículo de pieles verdes incapacitados a mis espaldas**-. ¿Me hace el favor? -.** Podría fácilmente haberle atravesado el cráneo a cada uno de ellos yo mismo, pero el caso es que le había prometido que le guardaría unos cuantos orkos, y sabía que se enfadaría si no cumplía aquella promesa.

-Por supuesto, señor-, dijo alegremente, y salió trotando para dar el golpe de gracia a los orkos caídos con evidentes señales de entusiasmo. Unos momentos más tarde regresó, trayendo consigo mi gorra, y me la entregó con un ligero aire de perplejidad**-. Tendré que ver qué puedo hacer con esto-,** señaló**-, aunque me temo que está un poco chamuscada.**

CAPÍTULO TRECE

Como había supuesto, ahora que se habían visto privados del casi infinito número de refuerzos con los que seguramente contaban para tomar al *Revenant*, los pieles verdes que quedaban fueron blancos fáciles para los Recobradores. Como se puede entender, fue localizarlos lo que llevó un poco más de tiempo, dado el tamaño de la nave, pero un orko completamente desarrollado no es exactamente algo que pase desapercibido con facilidad, aunque intente esconderse, y por otra parte, los Astartes eran extremadamente expertos en la caza de xenos. Para cuando Gries convocó una reunión para discutir la situación, los restos del último asaltante habían sido llevados al taxidermista **(1)**, y los visioingenieros de la nave estaban susurrando bendiciones entre dientes **(2)** por el daño que esos proyectiles habían hecho a sus bonitos y limpios mamparos. Como era de esperar, Mira había sido invitada, aunque no nos sorprendió a ninguno que prefiriera volver a la cama. Eso sí, antes de hacerlo, desenterró su pistola láser del fondo de su equipaje y la colocó cuidadosamente bajo la almohada, como yo solía hacer. Pensé que más vale tarde que nunca, pero por si acaso aun pudiera existir la posibilidad de que quedara algún kommando **(3)** acechando en algún lugar de las entrañas de la nave, le pedí a Jurgen que vigilara el pasillo. No hace falta decir que su vigilia fue en vano, pero se tomó aquella decepción tan estoicamente como lo hacía con todo lo demás.

(1) *No está claro si en este caso Caín está siendo literal o si simplemente hace una frívola referencia a la anterior demostración de las habilidades de Mira como cazadora. Ciertamente, muchos Marines Espaciales guardan trofeos con los cuerpos de sus enemigos derrotados, aunque dado el alto número de ellos que tienen en su haber debido a su trabajo, suelen ser bastante selectivos en cuales conservar.*

(2) *Tradicional bendición que realizan los artesanos mientras llevan a cabo una reparación; su origen se ha perdido en el tiempo, aunque algunos eruditos especulan con que se trata de una simbólica comunión con los equipos que son reparados, infundiéndoles de esta manera una parte de su propia esencia antes de que comiencen a funcionar. En cualquier caso, es una tradición que sigue vigente hoy en día a lo largo y ancho del imperio.*

(3) *Orkos especializados en operaciones de infiltración y sabotaje.*

Eso nos dejó a Gries, Drumon, Yaffel y a mí reunidos en torno al hololito, mientras la tripulación de la nave correteaba a nuestro alrededor, tratando de poner nuevamente orden en el puente. Los daños en aquella zona parecían muy leves, aunque el número de agujeros, marcas de quemaduras e inquietantes manchas en los pasillos circundantes eran un mudo y elocuente testamento de la ferocidad de la batalla que había tenido lugar para preservarlo. Es difícil saber si, después de todo, hubiera sido mejor quedarme allí, o si, a pesar de mis desventuras, había sido más prudente salir cuando lo hice, así que dejé de especular al respecto en favor de fijar toda mi atención en la discusión que nos ocupaba.

-Los daños en el enginarium han sido bastante serios-, nos informó Drumon**-, pero los espíritus guardianes de los interruptores respondieron rápidamente, preservando de daños a los sistemas principales. En est mismo momentos, nuestros visioingenieros están realizando los ritos de reactivación, tras haber honrado a los guardianes. Los motores de la disformidad están funcionando tan bien como cabría esperar después de un arranque en frío, pero será necesario apagarlos para realizar una**

reconsagración completa después de que emerjamos al materium.

-Eso suena a un trabajo largo y complicado-, aventuré con cautela, no me gustaba para nada como sonaba todo aquello. Si nuestra siguiente escala programada resultaba ser un nido de avispas de fuego como del que acabábamos de escapar, lo último que necesitábamos era encontrarnos allí varados sin opción alguna de retirada.

-Serán necesarios nueve días estándar, aproximadamente-, respondió rápidamente Drumon**-. La mitad si contamos con las instalaciones de una estación espacial con un santuario del Mechanicus, pero hay tantas probabilidades de eso como de encontrarnos con un mundo-forja en estas profundidades del Golfo.**

-Yo me conformaría simplemente con un sistema felizmente libre de orkos-, comenté, mientras que Gries y Yaffel, reflexivamente, entrelazaban sus dedos para formar el gesto de la rueda dentada del Adeptus Mechanicus, en respuesta a la pasajera referencia a uno de los mundos sagrados dedicados a los trabajos del Dios-Máquina.

-Dadas las circunstancias, también yo lo haría-, se mostró de acuerdo Drumon.

-Entonces debemos confiar en el Omnissiah para proporcionar el respiro que nuestros sistemas requieren-, dijo Gries, en una voz que dejaba bien claro

que no le gustaría que no se cumpliera esa petición, y pasó al tema principal del orden del día**-. Puesto que aunque su ingenio salvó nuestra nave, puede haber puesto en peligro el éxito de nuestra misión.**

-Así es-. Confirmó Yaffel asintiendo, balanceándose un poco como siempre hacía, y continuó**-. Las condiciones en las que entramos en la disformidad son cruciales para nuestra capacidad de seguir la corriente correcta. Debido a que me encontraba un tanto distraído en ese momento (4), fui incapaz de completar los cálculos relevantes antes de hacer la transición, lo que a su vez ha hecho que nuestra capacidad para detectar el siguiente punto de emergencia sea problemática en el mejor de los casos.**

(4) *De acuerdo a los registros del Revenant, en realidad se encontraba rechazando un ataque orko con sus mecadendritas y empleando una silla, justo cuando la nave ejecuto la traslación a la disformidad.*

-¿Cuál es el peor escenario posible?-. Pregunté, para mostrarles que estaba prestando la debida atención a sus palabras, y tratando de no parecer visiblemente complacido de que el trabajo de ese zoquete pareciera sonar como si estuviera a punto de llegar a un callejón sin salida a no mucho más tardar. Seguramente habría alguna presencia de la Guardia en muchos de los mundos imperiales qué nos rodeaban, desplegados para desalentar las oportunistas incursiones de nuestros recientes invitados, así que si me daba a conocer en alguno de aquellos destacamentos, no me debería resultar muy difícil ser capaz de encontrar una nave que se dirigiera a Coronus con facilidad. Mencionar eso antes de mi partida implicaría que Mira se enterara con rapidez, así que me guarde aquellas cavilaciones para mí,

nada interesado en volver a encontrarme con ella apareciendo en la rampa de acceso cuando fuera a embarcar.

-Que fallemos totalmente en localizar el punto de emergencia, y nos encontremos sin ninguna pista sobre el paradero del pecio-, dijo Yaffel, mirándome como si yo no fuera más que un estúpido, incapaz de entender el más simple de los conceptos.

-¿Y qué probabilidades hay de que eso suceda?-. Pregunté, negándome a que me desviara de la respuesta que deseaba escuchar. Si pudiera lograr que se dieran cuenta de que la misión no tenía sentido para ellos, evitaría cualquier tipo de discusión futura.

-Pues del orden del tres por ciento-, respondió el vacilante magos, pareciendo en ese momento realmente perturbado al pensar que realmente podría darse tal posibilidad.

-¿Por qué tan altas?-. Pregunté sonriendo ladinamente, antes de caer en la cuenta que tal vez practicar el sarcasmo no era particularmente sensato dadas las circunstancias, puesto que ni Gries ni Yaffel habían mostrado mucho sentido del humor a lo largo de nuestra búsqueda. Sin embargo, si alguno de los dos se ofendió por mi ligereza, o incluso se percató siquiera de ella, no dieron ninguna señal de ello. Yaffel simplemente señaló al hololito, donde el embudo verde brillante todavía se proyectaba sobre el campo de estrellas.

-Hemos sido capaces de refinar nuestras estimaciones-, dijo**-, pero sólo hasta aquí. Considerando el flujo de la corriente en la que ahora nos encontramos, nuestro destino podría ser cualquiera de estos tres sistemas, con una probabilidad del diecisiete, doce y treinta y dos por ciento respectivamente. Otros destinos menos probables serían los siguientes-.** Una serie de iconos aparecieron por todo el cono, unos pocos en los sistemas planetarios, aunque la gran mayoría yacían en el profundo abismo que había entre ellos. Al contemplarlos, sentí un leve escalofrío de aprensión; si termináramos en el vacío entre las estrellas, y por alguna razón los motores disformes no respondieran a las atenciones de Drumon, seguramente todos moriríamos en la insondable oscuridad, a siglos de distancia del socorro, incluso a la mejor velocidad que nuestra nave fuera capaz de alcanzar en el reino material.

-¿Y si volviéramos al sistema infestado de orkos y volviéramos a ingresar en la corriente después de que pudiera refinar sus cálculos?-, preguntó tranquilamente Gries, como si el verdadero suicidio que implicaba tal propuesta fuera algo perfectamente razonable.

Para mi horror, Yaffel asintió con la cabeza.

-He considerado esa idea-, dijo, con el mismo tono que emplearía para discutir del clima, en lugar de estar considerando condenarnos a todos a una muerte segura, y de lo más atroz. De repente, jugármela en un viaje en una cápsula de salvamento estaba empezando a parecerme una opción de lo más atractiva.

-Mi estimación de una probabilidad de éxito del 97% se basaba en que hubiéramos podido hacer eso mismo.

-Pues tendremos que descansar y reconsagrar los sistemas antes siquiera de intentarlo-, afirmó Drumon con firmeza**-. Muchos de los espíritus máquina están aún demasiado traumatizados, y necesitan ser curados antes de que podamos llevar la nave de nuevo al combate.**

-Entonces parece que por el momento tendremos que centrarnos en seguir buscando el próximo punto de surgimiento del *Engendro*-, dije, tratando de no sonar muy aliviado. Si había suerte y lográbamos encontrar ese punto; o bien el pecio estaba allí, o tendríamos que continuar buscando, pero en cualquier caso, no habría razón para volver al infierno infestado de orkos del que acabábamos de salir. Por otro lado, si no lo conseguíamos, al menos tendría nueve días o más para encontrar una excusa plausible para decirles adiós y desearles mucha suerte... y si no, pues siempre podría contar con las cápsulas de escape-**. ¿Cuáles son nuestras posibilidades de éxito en nuestras actuales circunstancias?**

-No más del setenta y dos por ciento-, sentenció Yaffel melancólicamente, y yo resistí la tentación de arrojarle el objeto pesado más cercano, con una fuerza de voluntad que aun hoy día considero una heroica hazaña de autocontrol. Anteriormente, en incontables ocasiones, había sobrevivido teniendo en mi contra probabilidades considerablemente mayores que esa, y no perdí la ocasión de mencionarlo. Si soy sincero, estaba casi mareado de alivio tras escuchar aquellos números, pero todavía fui capaz de mantener el

suficiente control de mis facultades como para abstenerme de decirle al disecado tecnosacerdote lo que realmente pensaba sobre su alegre disposición a sacrificarnos a todos a fin de poner en orden sus cálculos del carajo.

-Esperemos que su confianza esté justificada, comisario-, dijo Gries secamente, y con ese alentador comentario la reunión llegó a su fin.



Teniendo tanto en juego, no fue de extrañar que las siguientes semanas fueran algo más que un poco tensas. Pasé el tiempo lo mejor que pude pasando de una tarea a otra, disfrutando de mi ejercicio diario con los drones teledirigidos de práctica, y un par de sesiones de entrenamiento con Drumon, que parecía tan aliviado como yo de poder descansar un rato de sus obligaciones. Aunque nunca lo dijo directamente, pronto deduje que los orkos habían dejado un considerable legado de daños tras su paso, y la tarea de coordinar las reparaciones era singularmente onerosa. A pesar de mis mejores esfuerzos por ignorarlas, las palabras de Yaffel me habían dejado perplejo, y aunque sabía que las posibilidades de que me arrastraran de vuelta al dominio de los orkos en un intento suicida de hacer que sus cálculos cuadraran eran remotas (prácticamente inexistentes si yo tenía algo que ver con ello), no podía librarme de una persistente sensación de inquietud, que se negaba a abandonarme por completo excepto cuando estaba practicando algún ejercicio físico.

Tal vez como resultado de eso, o tal vez porque electrocutar a una multitud de orkos parecía haberla puesto de mucho mejor humor, me encontré de nuevo pasando más tiempo con Mira. No puedo decir que estuviera disfrutando de su compañía tanto como lo había hecho en Fidelis, pero el entusiasmo que ella sentía por la mía no había disminuido ni un ápice y, como he dicho antes, mis oportunidades de interacción social a bordo del *Revenant* eran algo limitadas, y eso por decir algo. Para ser honesto, al principio me había mostrado un poco cauteloso de renovar nuestra relación, pues una débil voz en el fondo de mi mente todavía insistía en que era una mala idea, por razones que realmente no podía explicar razonadamente, al menos si me hubiera molestado en escucharla. Pero a medida que los días pasaban, y ella mantenía el lado marimacho de su personalidad bajo mejor control, empecé a sentirme un poco más cómodo en su compañía. Tal vez demasiado; pues de lo contrario, sin duda habría prestado más atención al picor en las palmas de las manos, que seguía apareciendo de vez en cuando, justo cuando nos encontrábamos trabados en conversaciones aparentemente inocuas.

Hubo una en particular que se me quedó grabada en la mente, aunque de cuyo significado real no me percate en aquel momento. Animado por nuestro reciente encuentro con los Pieles Verdes, le había contado unas cuantas coloridas patrañas durante una cena tranquila sobre mi supuesta gloriosa campaña para liberar a Perlia de sus congéneres, y que había sido debidamente recompensada por la credulidad de unos ojos enormemente abiertos en la mayoría de los momentos adecuados, hasta que en un determinado momento me observó detenidamente desde el borde de su copa, como si estuviera haciendo complejos cálculos.

-¿Nunca has pensado en hacer algo más con tu vida? -, me preguntó, con la estudiada manera neutral que tendía a adoptar cuando intentaba fingir que no le importaba la respuesta. Sacudí la cabeza, con cierta perplejidad, completamente desconcertado.

-¿Lo haces tú?-. Pregunté a mi vez, sabiendo que mi pregunta era realmente ridícula. Mira había nacido en el seno de la familia gobernante de un mundo imperial, destinada desde ese mismo instante a tomar parte en el gobierno del mismo, y sin duda su educación y crianza se había basado en aquella suposición; ella no tenía más control de su propio destino que yo. Desde el día en que fui designado como futuro comisario por un funcionario de la Schola Progenium con un retorcido sentido del humor **(5)**, mi destino había quedado escrito en piedra, tan seguro como el de Mira, pero sin la ilimitada riqueza que sin duda había hecho su adolescencia mucho más cómoda que la mía.

(5) *O quizás con un incomparable buen juicio, dados los progresos realizados por Caín a lo largo e su carrera.*

-Todo el tiempo-, respondió para mi sorpresa, con un inesperado aire de melancolía en su tono. Luego sonrió, como si quisiera prepararme para ser iluminado, y se encogió de hombros, creando unas más que sugerentes oscilaciones en la tela dorada de su vestido favorito, que si alguien me pregunta la hacía parecer un poco golfilla. Entiendan que ese aspecto de su apariencia no era algo que yo fuera a considerar como una gran desventaja-. **Pero la oportunidad que yo deseaba tener siempre me ha esquivado-.** Ella me miró disimuladamente**-. Al menos hasta ahora.**

-Te refieres a estar fuera de tu planeta, ¿no? -, dije, consiguiendo fácilmente aparentar como si estuviera interesado en aquella conversación. Era una extremadamente útil habilidad que había adquirido lo suficientemente temprano en la vida para hacer mi tiempo en la schola resultara más tolerable de lo que podría haber sido de otra manera, y que me había servido más que bien en mi posterior carrera.

Mira asintió**-. En parte-,** concordó. Al instante siguiente adoptó un aire conspirativo, como si estuviera a punto de compartir un pensamiento íntimo y como si temiera ser escuchada por sirvientes que la estuvieran espiando. Aunque como Jurgen seguía siendo lo más cercano que cualquiera de nosotros tenía al personal doméstico, y su presencia resultaba bastante notoria aun cuando estuviera fuera de la vista, no creí que ella tuviera mucho de qué preocuparse en ese aspecto**. -En realidad me abre un interesante abanico de oportunidades.**

-¿Si, .eh?-. Pregunte, sin poder ver adónde quería llegar.

Ella asintió de nuevo**-. Sí-,** confirmó, como si yo hubiera entendido lo que estaba diciendo, y tácitamente lo aceptara**-. Con el consorte correcto a mi lado, mi padre estaría obligado a confirmarme como su heredera. Viridia necesitará un liderazgo fuerte una vez que el desastre haya sido limpiado, y tengo la intención de proporcionárselo.**

-Bien, me alegro por ti-, dije, tratando de no sonreír cuando finalmente comprendí la verdadera razón por la que

había embarcado a bordo de nuestra quijotesca nave. Se estaba posicionando para defenderse de cualquier rival que reclamara el trono, y quería probar que haría cualquier cosa para proteger su mundo natal. Y si podía conseguir un Marine Espacial para casarse en el camino, tanto mejor: por supuesto, aquella idea era bastante absurda, pero de alguna manera me resulto encantadora por su ingenuidad **(6)**.

***(6)** Aquí tenemos a Caín en estado puro. Parece realmente sorprendido de no haberse percatado de adonde lo estaba conduciendo Mira. Sin embargo, he de decir en su defensa que sus relaciones con el género femenino en esa particular etapa de su vida, había sido muy amplia pero igualmente poco profunda, por así decir, y además había tenido muy poco contacto con la nobleza del Imperio, de ahí que estuviera tan perdido en cuando a las ambiciones dinásticas de Mira.*

-No puedo pensar en un par de manos más seguras.

-Esperaba que dijeras eso-, respondió Mira, sonriéndome de una ansiosa manera que no había visto en mucho tiempo. Le devolví el gesto amablemente, pensando que esto era realmente un buen augurio para el posterior desarrollo de la velada nocturna, y me veo obligado a decir que en ese aspecto no quede en absoluto decepcionado.

CAPÍTULO CATORCE.

No tuve mucho tiempo para disfrutar del repentino cambio en el comportamiento de Mira, aunque no puedo negar que después de eso se convirtió en una compañía mucho más agradable Fue casi como revivir el primer período de nuestra relación en Viridia, y aunque no podía evitar preguntarme de vez en cuando qué narices tendría en mente, y en particular en aquellas ocasiones en que me la encontraba mirándome como si yo fuera una presa, el caso es que en general yo simplemente me sentían enormemente agradecido por la mejora. De hecho, tan profundo había sido el cambio que me tomó por sorpresa cuando una mañana resurgió un momentáneo destello de su antigua soberbia, justo después de que Jurgen llamara a la puerta de mi habitación para informarme de que Gries había solicitado mi presencia en el puente lo antes posible.

-¿De verdad tienes que acudir a toda prisa como si fueras un mero lacayo cada vez que alguien te envía un mensaje?-. Preguntó, mientras me ponía el uniforme, y evaluaba el estado de mi gorra, la cual, a pesar de los esfuerzos de Jurgen, seguía sin tener buena pinta para usarla, aunque al final decidí que tendría que servir puesto que no tenía otra**-. En el mensaje dice que "*cuando te sea posible*", no justo en este momento.**

-Es lo mismo-, le dije, inclinando la gorra para ocultar lo peor de los daños recibidos y comprobando el efecto en el espejo**-. Tú puedes hacer esperar a la gente todo el tiempo que desees, pero mi situación es diferente. Esas palabras no son más que una forma educada de expresar una orden-.** Decidiendo que ahora estaba tan

presentable como pudiera llegar a estar dadas las circunstancias, me giré, para encontrarme con que su expresión se había suavizado de nuevo.

-No tiene por qué ser así para siempre-, me dijo con una inquietante sonrisa, que ingenuamente yo le devolví, conmovido la pensar en su evidente fe en la ascendente trayectoria de mi futura carrera. (Que, por cierto, es un argumento que ocasionalmente me ha permitido hacer esperar a la gente todo el tiempo que me apeteciera, y que he ejercido desde hace algunas décadas, aunque la realidad de mi trabajo hace que normalmente sea poco cortes dar rienda suelta a ese impulso).

-Volveré tan pronto como pueda-, le prometí, y me fui tan rápido como me lo permitió el protocolo. Era inútil preguntarle si quería acompañarme; pues incluso aunque se pudiera persuadirla para que se pusiera en marcha, algo que con Mira siempre resultaba problemático aun en el mejor de los casos, la citación sólo había sido dirigida a mi persona. Claro que también era totalmente posible que le hubiera enviado un mensaje a sus propias habitaciones, en interés de la diplomacia, pero era tan improbable que ella respondiera que no me hubiera sorprendido saber que Gries simplemente había renunciado incluso a la pretensión de intentar incluirla en cualquier decisión que se tuviera que tomar.

-Comisario-. El capitán de los Marines Espaciales me saludó afablemente mientras caminaba por el puente, antes de devolver su atención al capitán de navío, con quien mantenía una animada conversación sobre asuntos que no significaban nada para mí.

Si tenía alguna duda sobre el porqué se había requerido mi presencia, se disipó casi de inmediato, ya que mis ojos se posaron en Yaffel y Drumon, que estaban de pie junto al hololito, examinando el mapa estelar con aspecto satisfecho. Me acerqué para unirme a ellos, y el Tecnomarine levantó la mirada hacia mi mientras me acercaba.

-Comisario-, dijo, haciéndose a un lado para permitirme una clara visión de la pantalla**-. Justo a tiempo.**

-Ya veo-, le respondí, reconociendo el mapa estelar de un solo vistazo. Uno de los tres sistemas que Yaffel había señalado en nuestra anterior reunión estaba iluminado más brillantemente que cualquiera de los otros, y el embudo verde se había encogido de nuevo, para dejar aquel icono aparentemente atascado en su garganta estrecha. Asentí con la cabeza para saludar a Yaffel**-. Felicidades, magos. Parece que tus cálculos han sido tan fiables como siempre.**

-Por la gracia del Omnissiah-, el Tecnosacerdote comentó, intentando proyectar una impresión de suficiencia a pesar del monótono tono en que pronunció las palabras, y la expresión impasible que generalmente considerada apropiada para tales expresiones**-. Hemos detectado otra debilidad en la interfaz entre las realidades, consistente con las que ya hemos registrado anteriormente.**

-Lo que debería situarnos aquí-, añadió Drumon, señalando con su servo brazo el brillante icono que había

observado al llegar-**. El sistema Serendipita. Por supuesto, dentro de los márgenes de error habituales.**

-Por supuesto-. Asentí, para mostrar que estaba prestando atención, y traté de no reflejar que predecir un punto de emergencia desde el interior de la disformidad era siempre poco más que un ejercicio de magia; aunque nuestro Navegador había demostrado ser notablemente diestro en ese sentido, lo que sin duda explicaba la razón del porque había sido contratado para servir en una nave de los Marines Espaciales **(1)**. Entonces algo más llamó mi atención**-. Anteriormente siempre hemos emergido de la disformidad a ciegas. ¿Cómo podemos estar tan seguro de que esta vez saldremos justo en este sistema?**

(1) *EL ratio exacto de Navegantes masculinos o femeninos contratados a la Navis Nobilitie es un dato tan sólo por ellos conocido, aunque ambos sexos parecen igualmente capaces en cuanto a sus arcanas dotes, y podemos inferir que solo los más dotados de entre todos ellos tendrían el honor de servir a bordo de las naves del Adeptus Astartes.*

Desgraciadamente debí haberme anticipado el discurso técnico que acababa de provocar, y pasé la mayor parte de los siguientes diez minutos asintiendo cortésmente mientras Yaffel vomitaba términos técnicos alegremente, y preguntándome si sus mejoras augméticas le habían dejado realmente sin necesidad de respirar, o si simplemente sonaba así a mis agotados tímpanos. Gracias al Trono, finalmente se detuvo.

-Eso ha sido una excesiva simplificación del tema-, observó Drumon sardónicamente**-, pero es bastante**

precisa en lo esencial-. Luego, aparentemente para asegurarse de que yo me daba cuenta de que estaba bromeando, añadió**-. Parece el candidato más probable, dado el flujo de las corrientes que nuestra nave ha estado siguiendo.**

-Ya veo-, dije, preguntándome por qué Yaffel no podía ser igual de conciso**-. ¿Es un sistema imperial?**

-Absolutamente Imperial-, me aseguró Drumon, con una de las leves sonrisas que había aprendido a observar desde que nos habíamos convertido en compañeros de entrenamiento**-. Un mundo primario, otros siete asentamientos de apoyo, y treinta y ocho estaciones en el vacío. Dos de las cuales son puertos estelares con diques secos-.** Lo que evidentemente explicaba su optimismo. Empecé a sentir una sensación de creciente inquietud.

-Eso implica una población considerable-, señalé-**. Lo que también significaba que era el lugar perfecto para que los genestealers esparcieran su corrupción.**

-Así es-, se mostró de acuerdo Gries, volviéndose para mirar en nuestra dirección, y recordándome una vez más el fenomenal oído con el que el Emperador había considerado adecuado dotarle**-. Puede estar seguro de que estaremos preparados para cualquier acto de traición.**

-Me alegro de escuchar eso-, respondí, aunque me sentía mucho menos tranquilo de lo que intentaba parecer.

Habíamos sido emboscados casi tan pronto como llegamos al Sistema Viridia, y aunque el *Revenant* ni se había inmutado ante aquel ataque, Drumon había dejado muy claro que ahora no estábamos en condiciones de combatir. Y probablemente Viridia había sido infectada por no más de un puñado de huéspedes implantados; si toda la prole a bordo del *Engendro de Condenación* hubiera sido despertada, serían capaces de arrasar con la virtualmente población virtualmente inconsciente del peligro que corrían, y el Sistema Serendipita bien podría estar ya perdido para la humanidad. Si ese fuera el caso, puesto que mis imaginaciones cada vez más pesimistas estaban a medio camino de convencerme, entonces estaríamos de nuevo en una situación similar a cuando llegamos al sistema infestado de orkos.

Así que, como podrán suponer, cuando todos nos dirigimos a la pantalla de imágenes para observar la visión del universo exterior, la persistente náusea de nuestra transición al materium fue la menor de mis preocupaciones.

He de confesar que en este caso sentí como una especie de anticlímax. En lugar de las naves de guerra que me había preparado para esperar, no había nada que ver en ninguna dirección excepto el tranquilizador brillo de las estrellas. Ninguno de los puntitos de luz parecía moverse, lo cual me hizo sentir un alivio adicional; si lo hubieran hecho, eso hubiera significado que debían ser naves de algún tipo. Por supuesto, el operador del auspex tenía sentidos mucho más sofisticados en los que confiar que mis ojos, y un momento después confirmó mi primera impresión.

-Todo despejado-, informó, en el mismo monótono mecánico que toda la tripulación de la nave parecía emplear

mientras estaba de servicio**-. Iniciando un escaneo en profundidad del sistema.**

-¿A qué distancia estamos?-. Pregunté. Mi paranoia demostró ser tan aguda como siempre, dejándome convencido de que más tarde o más temprano ese sistema iba a demostrar ser otro nido de avispas de fuego, y quería asegurarme de que tendríamos tantas advertencias como fuera posible si los problemas que temía finalmente nos encontraban. Ninguna de las moteadas luces parecía más brillante que las otras, pero yo era un viajero lo suficientemente experimentado como para no encontrar nada extraño en eso: considerando las distancias normales a las que las naves estelares entraban y salían de la disformidad, el sol local estaría tan lejos como para no parecer más grande que cualquier otra estrella del firmamento.

-Un poco más allá del área principal del halo-, respondió Drumon, con una expresión pensativa en su rostro, ya que sin duda había llegado a la misma conclusión que yo. Innumerables bloques de restos cósmicos flotando al azar podrían obstruir los receptores de nuestro auspex, lo que implicaba que una flotilla atacante sería prácticamente indetectable a la distancia a la que actualmente nos encontrábamos, al menos si ese supuesto enemigo tuviera la sensatez de apagar y avanzar dejándose llevar por su inercia, encendiendo sus motores únicamente para el ataque final.

-Eso me parece un poco lejos-, señalé, decidido a parecer tranquilo a pesar de la aprensión que ya corroía mi interior. Por regla general, las naves estelares hacen la traslación a la galaxia real tan cerca de la estrella primaria

de un sistema como se atreven, a fin de minimizar el intervalo de tiempo requerido para llegar a su destino; detalle que he llegado a apreciar gracias al largo y lento viaje que Jurgen y yo habíamos hecho desde el halo a Perlia a bordo de una cápsula de salvamento.

Yaffel no se encogió de hombros debido a sus obvias carencias físicas, pero se las arregló para ejecutar una imitación más que aceptable de tal gesto mientras se inclinaba sobre la mesa del hololito, bamboleándose ligeramente como en él era habitual**-. El pecio viaja a la deriva totalmente al azar, y nosotros simplemente lo seguimos hasta el materium en el punto donde este ha emergido-,** señaló, con la misma actitud que uno de mis viejos tutores de la schola cuando, por milésima vez en su carrera, explicaba cansinamente algo de una obscena obviedad a un indiferente cuadro de cadetes progeni. (Una sensación con la que hoy en día empiezo a simpatizar, dado que en estos tiempos soy yo el encargado de intentar que estos jóvenes cachorros presten atención a las lecciones que me toca impartir).

-Lo que podría significar que aún no ha estado en el sistema el tiempo suficiente como para que los genestealers hayan logrado infectar a nadie-, apunté, sintiendo un débil destello de esperanza por primera vez desde nuestra llegada. Yaffel me miró confuso, así que traté de explicarme**-. Todas aquellas naves orkas estaban agrupadas alrededor del último punto de emergencia, ¿no es así?**

El tecnosacerdote asintió**-. Eso creo. Pero, ¿qué importancia tiene eso?**

-Quiero decir que eso debe implicar que el *Engendro* permaneció allí un tiempo antes de nuestra llegada-, señalé, consciente de la ironía de la repentina inversión de nuestras posiciones**-. Una flotilla de ese tamaño no podría haberse movilizado para interceptarnos tan rápidamente. Esas naves debían haber tenido el pecio como objetivo, aunque llegaron demasiado tarde para interceptarlo, pero justo a tiempo para atacarnos en cuanto salimos de la disformidad.**

-Una acertada deducción-, comentó Gries mostrándose de acuerdo con mi suposición, y Drumon asintió con la cabeza.

-Lo cual implica que deberíamos concentrar nuestros esfuerzos de búsqueda en esta área-. Explicó mientras manipulaba los controles del hololito, murmurando conjuros en un tono apenas audible, y luego golpeó tres veces la pantalla con el canto de su mano para estabilizar la imagen. El ya familiar campo estelar desapareció para ser reemplazado por una simulación del sistema estelar al que habíamos llegado. Una dispersión de puntos carmesí señalaba los centros de población imperiales, confinados en su mayoría a las lunas del mayor gigante gaseoso, mientras que una sola runa dorada marcaba la posición del *Revenant*. Una rejilla tridimensional se abrió en abanico delante de la nave, llegando casi a mitad de la distancia al sol situado en el centro de la pantalla.

Yaffel la estudió por un momento, y luego asintió con la cabeza**-. Estoy de acuerdo. Si la deducción del comisario es correcta, lo que parece muy probable, la**

probabilidad de encontrar el *Engendro de Condenación* dentro del volumen señalado es de aproximadamente el noventa y nueve coma veintisiete por ciento.

-Me complace oír eso-, dije, apartándome para hacer sitio a Gries, que, como todos los Astartes, necesitaba un espacio más que considerable para estar allí. Realmente yo estaba más que encantado con cómo había sonado ese número que con los anteriores resultados de los cálculos del tecnosacerdote. También, desde mi punto de vista, fue aún más alentador el hecho de que el gigante gaseoso y su grupo de iconos se encontrara en el lado más lejano del sol, mucho más allá del área del espacio que Drumon había delimitado. Incluso el puesto avanzado más cercano de la civilización **(2)** estaba muy lejos de sus límites. Por supuesto, todavía cabía dentro de lo posible que una nave de chatarreros de algún tipo hubiera tropezado con el pecio, como aparentemente había sido el caso de Viridia, pero incluso si se hubiera dado ese caso como el peor escenario posible, la contaminación xenos aún podría ser contenida si actuábamos con la suficiente presteza. A pesar de contar con toda una vida de experiencia que me decía que tales sentimientos no solían ser sino el mero preludio del descubrimiento de una amenaza aun mayor, insospechada hasta entonces, me encontré sonriendo confiadamente**-. Parece que por fin las cosas están saliendo a nuestro favor.**

(2) *Una refinería de promethium en las capas exteriores de la atmósfera del gigante gaseoso más alejado del sol, con una población aproximada de treinta mil personas.*

A pesar de la persistente pequeña voz que me llegaba desde lo más profundo de mi cabeza, y que seguía insistiendo en que las cosas sólo podían ir tan bien para

darnos una falsa sensación de seguridad, debo confesar que en los días siguientes me encontré empezando a relajarme. La búsqueda de nuestro objetivo fue tan meticulosa y lenta como en todas las ocasiones anteriores, con la obvia excepción del tiempo en que nos distrajeron los orkos, pues la gran cantidad de escombros presentes en el halo de Serendipita obstaculizaba a nuestros auspex tanto como yo había anticipado que lo harían. Sin embargo, esta vez tenía algo productivo que hacer, y me lancé al trabajo con un entusiasmo que incluso me sorprendió a mí mismo.

Obviamente, habíamos transmitido la noticia de nuestra llegada a Serendipita **(3)**, y la presencia de una nave de los Marines Espaciales dentro de sus fronteras había creado una gran conmoción, como era de esperar, especialmente una vez que las piezas encajaron, y los altos mandos de la Flota de Defensa del Sistema se dieron cuenta de que nuestra misión implicaba un peligro real para su mundo natal. En consecuencia, una delegación de dignatarios locales había sido enviada a nuestro encuentro; y como la diplomacia no era precisamente el punto fuerte de Gries, me vi obligado a colaborar con ellos en su lugar.

(3) *Aparentemente Caín se refiere aquí al mundo principal, en lugar de al sistema en su, que de acuerdo a la tradición Imperial, compartía su nombre.*

Sin embargo, y aunque no fue una sorpresa para mí, Mira no pareció compartir mi entusiasmo por aquella labor, pareciendo, si acaso, positivamente aburrida por mis nueva obligaciones**-. No veo por qué tienes que hacer todo el trabajo por ellos-,** me dijo, con ecos de una mezquindad que yo recordaba muy bien, coloreando su voz muy vívidamente por primera vez en semanas.

Me encogí de hombros y di un sorbo de tanna, mientras ella daba un buen mordisco a un trozo de un pastel de mantequilla recién horneado y lo masticaba bruscamente. Estábamos disfrutando de lo que sinceramente esperaba que se convirtiera en un raro y tranquilo interludio, antes de que llegara el pesado transbordador con los últimos invitados de los Recobradores, y sentí que, en la medida en que me fuera posible, lo mejor sería mantener la paz**-. No tengo elección-,** señalé lo más razonablemente que pude, al tiempo que pasaba una porción del pastel a mi plato mientras aún tenía la oportunidad, y cubriéndolo con una generosa cucharada de mermelada de arándanos. Tuve la oportunidad de observar que el consumo de alimentos de Mira se incrementaba de manera directamente proporcional a lo ofendida que se sintiera, y contando con tal experiencia me preocupé de acopiar los alimentos que me interesaban**-. Mis órdenes eran ser el enlace entre los Recobradores y la Guardia Imperial, y como hay una guarnición de la Guardia en Serendipita, sería negligente en mi deber si no me hubiera puesto en contacto con ellos lo antes posible-.** Al tiempo que sentaba las bases para mi regreso a Coronus, tan pronto como pudiera desligarme de esta cada vez más inútil misión, aunque aún nadie necesitaba saberlo.

-Puedo entender eso-, admitió Mira, con una conciliadora inclinación de cabeza, seguido de un débil rocío de migas**-. Pero no veo por qué tienes que perder el tiempo con el resto de ellos.**

-Preferiría no hacerlo-, le dije con sinceridad**-. Pero están llegando todos juntos. Dividirlos y separarlos no es realmente una opción.**

-No-. Sacudió la cabeza, y empecé a darme cuenta de que probablemente entendía la situación mejor que yo: después de todo, había crecido rodeada de facciones que competían entre sí por una posición, y donde alguien tenía que ocuparse de que todos trabajaran juntos en la mayor medida posible en favor del bien común**-. Eso crearía demasiadas divisiones, y si queremos evitar que los genestealers invadan Serendipita, todos debemos cantar la misma canción.**

-Serías un buen comisario-, dije, bromeando sólo a medias, y ella me sonrió desde el otro lado de la mesa.

-Y tú serías un buen regente-, me replicó. Luego giró la cabeza, la sonrisa desapareció de su cara, cuando el familiar olor de mi ayudante se adueñaba de la habitación, seguido un momento después por su fuente**-. Te dije que no debíamos ser molestados.**

-Perdone la intrusión, señor-, dijo Jurgen, dirigiéndose directamente a mí, con los tonos exageradamente formales que solía emplear mientras se ceñía rígidamente al protocolo ante los furiosos rostros de los oficiales, para acto seguido girar ligeramente la cabeza para añadir un superficial "***señorita***", antes de dedicarme de nuevo toda su atención-**. Al capitán Gries le gustaría que se uniera a él en el puerto de atraque ventral. El transbordador diplomático de Serendipita llegará en unos diez minutos.**

-Gracias, Jurgen-, dije**-. Por favor, transmítale mis respetos al capitán. Me reuniré contigo allí abajo en un momento.**

-Muy bien, señor-. Saludó, sin duda para subrayar que se trataba de un asunto militar que superaba cualquier cosa que Mira pudiera pensar sobre su inesperada llegada, y marchó con un porte vagamente marcial.

Me volví a Mira, cuya expresión ahora parecía tan cálida como un invierno Valhallano, y cualquier ocurrencia que hubiera estado a punto de decir para suavizar su estado de ánimo se escabulló de vuelta a la seguridad de mis neuronas.

-¿Hablas en serio?-, preguntó, en tono incrédulo**-. En nombre del Trono, ¿para qué quieres a ese maloliente zoquete a tu lado?**

-Porque es mi ayudante-, señalé, con un poco más de aspereza de lo que pretendía**-. El protocolo lo exige. Y demás, él desvía la atención de mí persona-.** Lo que significaba que podría evaluar a los recién llegados mientras estos se encontraban bien distraídos, en vez de que se me quedaran mirando embobados como si fuera un mutante de feria debido a mi ridícula reputación.

-Puedo creerlo-, admitió Mira, y la escarcha en su tono comenzó a descongelarse. Se levantó y comenzó a dirigirse hacia la puerta**-. Mejor te dejo con tus preparativos.**

-Ya estoy bastante preparado-, admití, cogiendo mi maltratada gorra y ajustándola en mi cabeza sin pensarlo dos veces. Había dejado de intentar colocarla para

minimizar el daño, y si a alguno de los Serendipitanos no le gustaba su aspecto, pues tendría que aguantarse.

Para mi sorpresa, Mira se dio la vuelta, levantó la mano y ajustó ligeramente mi gorra, para luego evaluar el efecto con una leve sonrisa-**. Así está mejor-,** dijo**-. Te hace parecer peligroso, en lugar de sólo un poco desaliñado.**

Miré al espejo para ver lo que había hecho, y me encontré mirando el reflejo de un curtido guerrero que había tomado prestado mi rostro-**. Gracias-,** le dije, asombrado por la transformación**-. ¿Cómo lo hiciste?**

Mira sonrió, desaparecido todo rastro de su anterior mal humor**-. No se trata de lo que uno lleve puesto-,** explicó**-, sino de la forma en la que uno lo lleva. Todas las mujeres saben eso-.** Acto seguido se dio la vuelta y reanudó su camino hacia la puerta.

-Ahora si me disculpas, necesito seguir mi propio consejo. Nos vemos en el muelle.

-¿También vas a venir?-. Pregunté, y su sonrisa se ensanchó aún más.

-Tú mismo lo acabas de decir-, me respondió**-. El protocolo lo exige.**



Todas las bahías de atraque empleadas por las Thunderhawks estaban situadas en los flancos de la nave, donde las baterías de los costados de la nave podían cubrirlas lo mejor posible, en las ocasiones en que debían desplegarse bajo el fuego enemigo, así que esta fue mi primera vista de los muelles ventrales que sobresalían de la quilla del *Revenant*. En total había dos bahías, colocadas una detrás de la otra y separadas por pesadas compuertas blindadas, que Drumon me había explicado que podían ser replegadas para combinar las dos cámaras si era necesario. No tenía ni idea de cuándo podría ser necesario hacer aquello, ya que no había visto nada del tamaño de una nave de descenso de la Guardia Imperial en servicio con los Astartes, pero estaba más que contento en aceptar en su palabra **(4)**. Supongo que si me hubiera importado podría haberle pedido más detalles, pero estuvo conversando con Gries y sus guardaespaldas durante la mayor parte de la espera, y no habría sido educado interrumpirlo.

(4) *Precisamente acomodar transbordadores de grandes dimensiones eran una de esas situaciones. De hecho, en la Armada, combinar dos bahías de atraque era conocido como Operación Doble Atraque, cuyo objetivo era permitir que tanto cazas como transbordadores regresaran para rearmarse por un extremo y despegaran por el otro, en situaciones de combate. Eran operaciones arriesgadas, con el hangar despresurizado y abierto al vacío, aunque claro, tanto los Marines Espaciales como sus vasallos no se preocupaban por detalles como tener aire que respirar.*

En cualquier caso, se accedía a ambas bahías desde el espacio abierto mediante la disposición habitual de puertas herméticas, lo suficientemente gruesas como para soportar la embestida de un Chimera sin que esta les hiciera la menor mella, y que cerraban el extremo opuesto al

mamparo que las separaba. Desde la galería de observación que discurría a lo largo de uno de los lados, y protegidos de la descompresión por paneles de cristal blindado con un espesor equiparable al canto de los guanteletes de sus armaduras, nos resultó bastante obvio cuál de ellas recibiría en breve a nuestros invitados: el enorme portal se había abierto lentamente, revelando el terciopelo moteado de estrellas que era la noche eterna del más allá, mientras que la otra cámara seguía sellada y presurizada.

-Impresionante-, me susurró Mira en mi oído, mientras su perfume empezaba a desplazar el más terrenal aroma de Jurgen, y yo me sobresalté brevemente, pues no había sido consciente de su llegada.

-Mucho-, dije, volviéndome para mirarla**-. Luces como la perfecta diplomática-.** Para mi mudo alivio, ella había prescindido del traje de golfilla de colmena, reemplazándolo por un sobrio vestido de color índigo y corte muy formal, que hacía juego con los coquetos zapatos de suela de goma que había empleado para acercárseme tan sigilosamente. Pero supongo que adaptar su apariencia a la ocasión era una habilidad con la que había crecido, no muy diferente de mi propio talento para disimular.

-Me alegro de que lo apruebes-, me dijo con total sinceridad**-. ¿Me he perdido algo?**

Sacudí la cabeza**-. Aun nada-,** le aseguré, con un movimiento de cabeza hacia la vacía bahía de atraque. Aunque estaba claro que algo estaba comenzando a pasar allí abajo, pues los sirvientes del Capítulo equipados con trajes para el vacío iban de un lado a otro por las metálicas

placas de la cubierta, por lo que podía deducir que la llegada del transbordador era sin duda inminente. Una nueva ráfaga de movimiento me llamó la atención, y asentí con la cabeza**-. Oh, ese es un buen detalle.**

Gries y otros Astartes entraban en la cámara a través de una esclusa de aire casi directamente debajo de nosotros, y comenzaban a tomar sus posiciones, listos para saludar a los recién llegados, completamente tranquilos aun a pesar de la falta de algo que respirar allí abajo. La impresión que causaron en los delegados, que pudo observarse a través de las portillas panorámicas de su transporte mientras la cámara se presurizaba, fue sin duda alguna, muy fuerte, reforzando el aire de sobrehumana invulnerabilidad que los Marines Espaciales tendían a proyectar como algo natural.

-Es más diplomático de lo que quiere aparentar-, destacó Mira, cuando el transbordador finalmente apareció en la rectangular abertura de oscuridad salpicada de estrellas, y se adentró en el interior tan silenciosamente como un ave rapaz nocturna abalanzándose sobre un roedor. Era más grande de lo que esperaba, más próximo en tamaño a un transporte de carga pesada que al Aquila que yo había previsto, y comencé a darme cuenta de que quizás Gries había tenido la idea correcta de mantenerse lo más lejos posible de sus pasajeros.

-Parece que hay demasiada gente-, observó Jurgen, y yo asentí, haciendo cálculos rápidamente. Todo un pelotón podía entrar en aquella nave y encima con comodidad, incluyendo a su dotación de Chimeras, pero si me fiaba de mi propio juicio, una nave tan profusamente ornamentada habría sido diseñada teniendo como prioridad la comodidad de sus pasajeros, poniendo eso por encima del uso eficiente

del espacio. Sin embargo, incluso considerando que tuviera camarotes individuales y una zona común bastante amplia, aún habría espacio para un par de docenas de personas, como mínimo.

-Yo diría que habrá unas treinta personas-, apuntó Mira, y de repente me di cuenta de que probablemente estaba mucho más familiarizada que yo, o con cualquier otra persona a bordo, con aquel tipo de transporte. Señaló un minuciosamente detallado mosaico de azulejos térmicos que envolvían el romo morro de la nave**-. Ese es el escudo heráldico personal del gobernador, por lo que podemos esperar que quien esté a bordo sea alguien de cierta influencia.**

-¿No crees que habríamos sido informados si el gobernador fuera a acudir a nuestro encuentro?-. Pregunté, y Mira se encogió de hombros, un gesto que en ella siempre me pareció agradablemente divertido.

-No necesariamente-, replicó**-, pero lo dudo mucho. Probablemente esté histérico, organizando controles de seguridad en Serendipita, para asegurarse de que cualquier señal obvia de corrupción o mal gobierno desaparezca antes de la llegada de los Astartes-.** Entonces sonrió, de una manera entre juguetona y pícara que tan bien le quedaba**-. Al menos, eso es lo que yo haría.**

-Pero ha puesto su transbordador personal a disposición de la delegación-, dije**-. Un generoso gesto por su parte.**

Mira sonrió de nuevo, ya sea por mi aparente ingenuidad, o por el apenas velado sarcasmo**-. La generosidad no tiene nada que ver con eso-,** me explicó**-. Demuestra que se toma en serio a los Recobradores y que está dispuesto a involucrarse para apoyarles en la forma que pueda, pero le mantiene convenientemente alejado de cualquier decisión que se tome aquí y que pueda causar problemas en casa-.** Su voz tenía un toque de admiración**-. Sin duda conoce muy bien este juego.**

-Esperemos que tengas la oportunidad de comentárselo, antes de que los genestealers devoren su sistema desde el interior-, comenté. Ciertamente habíamos empezado bien, pero mi innato pesimismo, forjado en un crisol alimentado por demasiadas sorpresas desagradables que me habían estallado en los morros justo cuando había creído que me había librado de todo peligro, se negaba a liberarme de la convicción de que era poco probable que las cosas siguieran siendo tan fáciles como hasta ahora.

Jurgen asintió**-. Cierto, no es sabio darles la espalda a esos bichos-,** apuntó, sin duda recordando nuestras amargas experiencias en Keffia.

-No creo que vayamos a hacer algo así-, le replicó Mira.

-Naturalmente que no-, confirmé. Una fría neblina comenzaba a flotar entre las servoarmaduras de los Astartes, mientras la atmósfera iba haciéndose más densa en la bahía de atraque, que se había enfriado debido a la temperatura del espacio, y un apenas perceptible zumbido

se iba haciendo audible, indicando que el aire se volvía lo suficientemente denso para transmitir el sonido de las bombas que lo introducían en la cavernosa cámara. Empecé a dirigirme hacia la escalera que conducía a la esclusa de aire**-. Nuestra primera prioridad debe ser evaluar la amenaza, y la mejor manera de combatirla con los activos disponibles en el sistema-.** Había calculado bien los tiempos, pues las puertas exteriores de la esclusa se abrieron, dejando pasar el decreciente aullido de los motores del transbordador **(5)**, mientras el piloto procedía a su apagado.

(5) *Lo que implica que ambos juegos de compuertas habían sido dejadas abiertas, para acelerar el desembarco de los pasajeros; no es precisamente una maniobra segura, pero como ya he mencionado anteriormente, los Marines Espaciales no se preocupan por una posible exposición al vacio.*

-Comisario. Una puntualidad encomiable-, retumbó Gries, cuando la rampa de embarque comenzó a descender. Si le sorprendió ver a Mira a mi lado, su casco lo oculto a la perfección, y reconoció su presencia con un simple**-. Emisaria.**

-Capitán-, le respondió ella, con una superficial reverencia**-. ¿A quién vamos a tener el placer de recibir?**

No era precisamente lo que se dice un placer lo que yo esperaba, no me importa admitirlo. Ansiaba hablar con los verdaderos soldados de la delegación, que básicamente serían los oficiales de la Guardia Imperial, junto con los representantes de la FDP y la FDS, estos último tan solo útiles por su conocimiento local. Ya estaba seguro de que la gran mayoría de ellos serían zánganos del Administratum y

miembros de la aristocracia local, más deseosos de mejorar su posición gracias a una breve asociación con los Astartes que por hacer una significativa contribución a la defensa del sistema.

Evidentemente Gries pensaba lo mismo que yo, a juzgar por la brusquedad de su respuesta-**. El Omnissiah sabrá-,** le respondió-**. Igual que sólo Él sabrá cuántos de ellos tendrán algo relevante que decir.**

-Entonces, si me permite hacer una sugerencia-, sugirió Mira muy animada**-, tal vez Ciaphas debería ejercer el papel de enlace entre los militares y usted, como se supone que debe hacer, mientras yo me ocupo de mantener a los zánganos alejados de ustedes. En cualquier caso, yo tengo nada aportar respecto a la planificación estratégica, pero sé muy bien cómo tratar con los políticos.**

-Eso sería de gran ayuda-, aceptó Gries, y yo asentí, ocultando mi sorpresa lo mejor que pude.

-Y tanto que lo sería-, coincidí, preguntándome qué ganaría ella con ello, aunque al final decidí que en este momento no me importaba un pimiento. Lo importante era evitar que Serendipita siguiera el mismo destino de su mundo natal, y de muchos otros a lo largo de todo el Brazo Oriental.

-Bien-. Mira me sonrió**-. Entonces intentemos que parezca que todos son bienvenidos, ¿de acuerdo?**

NOTA EDITORIAL:

Como de costumbre, aunque de pasada Caín menciona algunos de los detalles astrográficos, sigue con la tónica de mostrarse vago respecto a los detalles, y eso en el mejor de los casos, respecto a las particularidades del Sistema Serendipita. Por consiguiente, he insertado aquí el siguiente extracto, con la esperanza de que pueda ayudar a aclarar un poco las cosas.

***"De lugares interesantes y gente ociosa: Guía para trotamundos"*, por Jerval Sekara, 145.M39**

Serendipita en un sistema que responde al significado de su propio nombre, puesto que es una deliciosa sorpresa para el viajero cansado de la disformidad; una pequeña constelación de mundos habitables, aunque, hay que advertir que, con diversos grados de comodidad, orbitando un solo gigante gaseoso de un tamaño prodigioso. En efecto, es tan grande que irradia luz y calor imitando a una pequeña estrella **(6)**, haciendo su media docena de lunas de tamaño planetario cuenten con una atmosfera y un clima tolerables para la gente, con cierto grado de resistencia, haya construido en ellos sus hogares. La más favorecida es la propia Serendipita, que disfruta de un clima templado, abundantes océanos y dos pequeños casquetes polares. Convertida en la capital del sistema por el hecho de albergar al grueso de su población, y habiendo sido el primer orbe del sistema colonizado por la humanidad, es una esfera lo suficientemente agradable como para tentar a quedarse un tiempo allí, incluso al viajero más hastiado.

(6) *A pesar de como pueda sonar, Sekara no está exagerando. De acuerdo a Mott, mi sabio, tales protoestrellas son bastante comunes en el universo, aunque es extremadamente inusual encontrar una de ellas y que a su alrededor orbite un mundo habitable, por no decir la variedad de ellos descrita en este apunte. Aparte, Serendipita significa sorpresa, de ahí el comentario.*

Sin embargo, si uno siente que sus encantos se desvanecen, las otras lunas de este singular sistema primario también merecen ser visitadas, con la excepción de Tarwen, el centro industrial de esta curiosa conglomeración de mundos. Tarwen es tan estéticamente desagradable como sus habitantes, que, al igual que su mundo hogar, son sucios y adustos, y lo mejor que se puede decir de ese lugar es que su existencia permite a la propia Serendipita permanecer encantadoramente intacta, salvo por esas pequeñas comodidades de la civilización que sólo parecen importantes cuando son inalcanzables. De manera similar, gran parte de la agricultura que sostiene a su vasta población está relegada a otras lunas, aunque Serendipita se jacta de tener algunas zonas rurales tolerablemente pintorescas que sirven a sus ciudades más grandes.

Cabe señalar de pasada que existen otros centros de población en el sistema estelar con mayor población, pero no contienen nada de interés, dedicándose enteramente a la minería, el comercio u otras ocupaciones similares de la clase de los artesanos, mientras que un notable número de nómadas recorren continuamente el magnífico sistema de anillos e innumerables lunas menores alrededor de Serendipita en busca de recursos explotables y otros posibles tesoros; no menos curiosas resultan las destartaladas embarcaciones que se emplean generalmente en esta búsqueda, y que a menudo se ven afectadas por graves accidentes, tal y como se podría esperar, dado el desmesurado número de peligros para la navegación en un

cinturón de escombros tan denso. Desde la superficie de los mundos habitables, sin embargo, el anillo resulta aún más notable por el impresionante espectáculo que ofrece a los que buscan diversión después del anochecer.

CAPÍTULO QUINCE

Debo confesar que durante los siguientes días tuve muy buenas razones para estar bastante agradecido por la intervención de Mira. Tal y como yo había temido, la delegación había probado estar repleta de oportunistas burócratas, molestos eclesiarcas devotos del Emperador y los obtusos imbéciles representantes de la aristocracia local. La mayoría de ellos se peleaban como orkos para tratar aparecer en alguna pictograbación acompañados bien por los más fieles protectores del Emperador, los guerreros Astartes, bien por el famoso Héroe de Perlia, o si podían conseguirlo, con ambos a la vez. Esa actitud hubiera sido más que suficiente para poner a prueba constantemente mi capacidad para mantener mi temperamento bajo control. Pero gracias a Mira pude ahorrarme aquel considerable reto a mi fuerza de voluntad. Adicionalmente, la perspectiva de tener que congraciarse con Jurgen para poder acceder a mí disuadió a la mayoría de ellos, excepto a los más persistentes, aunque la perseveración de estos pocos no les proporciono más suerte que la del resto de aquellos a los que yo no quería ver. Como fuera, no pude negar que Mira estaba haciendo un excelente trabajo para mantener ocupada a la mayoría de aquellos zánganos, y como he dicho antes, yo le estaba profundamente agradecido. No tenía ni idea de cómo se las apañaba con ellos, y me importaba aún menos, pero a buen seguro tendría menos repercusiones que mi opción preferida: lanzarlos a todos al espacio exterior a través de la esclusa más cercana y dejarlos flotando camino a casa.

En cualquier caso, su buena disposición a sufrir gustosamente a aquella caterva de zoquetes, o al menos a tolerarlos conteniendo graciosamente el impulso de

pegarles un tiro, me dejó el camino libre para que yo pudiera evaluar la amenaza real con la ayuda del General Torven, el **CEJ (1)** general de las unidades de la Guardia que guarnecían el sistema contra la posibilidad de un ataque de los orkos que nos habíamos encontrado en nuestro camino hasta allí, la Mariscal Planetaria Kregeen, su homólogo en la FDP local (quien, para mi aliviada sorpresa, parecía tomarse sus responsabilidades con la debida seriedad, así como entenderlas, dos características en las que normalmente no podía confiar en encontrar cuando como aquí, el personal del alto mando de las fuerzas del sistema procedía de las familias de la aristocracia local), y el Almirante Duque, cuya administración de la flota de la FDS podría carecer de la intrepidez de Horatio Bugler **(2)**, pero al menos parecía sólidamente competente. Como no podía ser de otra forma, todos ellos habían traído consigo una plétora de ayudantes, asistentes y consejeros, pero aquellos a los que se permitió estar presentes en las reuniones tuvieron por regla general el buen sentido de guardar silencio a menos que tuvieran algo útil que aportar, y debo decir que conseguimos hacer importantes avances. No hace falta decir que Gries estaba demasiado ocupado dirigiendo la caza del Pecio Espacial como para estar presente, pero al fin y al cabo ese era el objetivo de mi trabajo como enlace, y me aseguré de que tuviera un resumen detallado de nuestras deliberaciones al final de cada sesión.

(1) *Acrónimo de uso habitual en la Guardia Imperial para designar al Comandante en Jefe.*

(2) *Oficial de la Armada Imperial de cierto renombre en el Golfo de Damocles. Aunque él y Caín estuvieron involucrados en el Incidente de Adumbria en el año 937 del 41º Milenio, no hay evidencia alguna de que se encontraran cara a cara en alguna ocasión.*

La buena noticia era que parecíamos estar bastante bien preparados para contrarrestar a los genestealers si eran tan tontos como para mostrar abiertamente sus manos (o garras, para ser un poco más exactos). La siempre presente amenaza de los orkos significaba que Serendipita estaba en un constante estado de vigilancia, y en los últimos años todos los presentes habían participado en la ejecución de una o dos incursiones. No tenía ninguna duda de que los Serendipitanos, y sus aliados de la Guardia, serían más que capaces de resistir incluso una incursión a gran escala, pero la más insidiosa amenaza a largo plazo que representaba una *"infiltración de genestealers"* requería aplicar medidas de contrainsurgencia más sutiles que simplemente no había sido necesario considerar hasta ese momento.

-Tenemos un par de regimientos con ese tipo de experiencia-, apuntó Torven. Uno de ellos resultó haber adquirido la suya en Keffia, lo cual resultó ser una ventaja considerable**-. Ellos pueden hacerse cargo y ayudar a que el resto de nuestras fuerzas se pongan a su nivel-.** Como siempre, hablaba en voz baja, pero con el deliberado énfasis de alguien que sabía que no necesitaba levantar la voz para estar seguro de que era escuchado, una suposición que tenía todo el derecho a asumir, dada su gran experiencia en el campo de batalla contra los enemigos del Emperador. Su apariencia era tan modesta como su voz; a pesar de su rango, seguía vistiendo el uniforme de combate, que consistía en un traje de faena y un chaleco antibalas, aunque pocos de los hombres bajo su mando contarían con un uniforme con un corte tan fino y que les quedara tan bien como a él, o que estuviera tan escrupulosamente limpio. No es de extrañar que fuera popular entre la soldadesca, quienes lo consideraban como uno de los suyos; y sin duda había pasado su tiempo en el campo de combate, si podíamos atenernos a la cicatriz de la

quemadura que aún le marcaba el lado izquierdo de su cara (resultado de una explosión de plasma cercana, si no me equivocaba) y el desgastado estado de la empuñadura de su pistola.

-Mi gente también podría beneficiarse de alguna instrucción en esa área-, comentó Kregeen**-, si pudiéramos organizarnos para coordinarlo**-. Era lo suficientemente astuta para saber que las FDP eran consideradas como una especie de broma por el contingente de la Guardia, aunque nunca reconoció ese hecho, y siempre hablaba con Torven de igual a igual; asimismo él fue lo suficientemente sensato para no sentirse resentido por ello, o mostrar sus verdaderos sentimientos en el caso de que si lo hiciera. A pesar de traicionar su aristocrático linaje vistiendo un uniforme de gala que incluso Mira podría haber considerado como un poco exagerado, prestó mucha atención a nuestras deliberaciones, y las preguntas que hizo fueron siempre más que pertinentes. Ahora apoyaba sus codos en la mesa, sosteniendo su barbilla en las manos, y miraba al general como si no hubiera pedido nada más significativo que una taza de recaf recién hecha.

-Eso sería prudente-, aceptó Torven, y dos grupos de ayudantes se apartaron de la mesa, para reunirse en un rincón de la sala de conferencias que se había reservado para nuestro uso. Dado que la larga mesa y los bancos acolchados eran de un tamaño cómodo, en lugar de estar adaptados a la sin duda más masiva estructura de los Astartes, asumí que algunos de los miembros de la tripulación nos estarían maldiciendo en silencio por la interrupción de su habitual sala de descanso, una impresión reforzada por una mancha en el material de la mesa no muy

lejos de donde yo estaba sentado, que se parecía extrañamente a una producida por alguna especia de salsa.

Kregeen asintió con la cabeza, encontrando los ojos marrón claro del general con los suyos propios, que eran del mismo color gris que su pelo. Aunque presumiblemente ella tenía el mismo acceso a los tratamientos de rejuvenecimiento que cualquier otra persona de su condición, estaba claro que había elegido fijar su edad biológica en torno a los cuarenta años, como un recordatorio visible de la importancia de su cargo.

-También contactaré con los Arbites-, añadió**-. Estoy segura de que tendrán algunos consejos útiles sobre lo que tenemos que buscar.**

-Esa me parece una muy buena idea-, confirmé. Como la mayoría de los mundos civilizados, Serendipita tenía un pequeño equipo de árbitros residentes para supervisar las fuerzas de la ley locales, y me sorprendió vagamente no encontrar a ninguno de ellos incluido en la delegación **(3)-. Tienen más experiencia que nadie en erradicar actividades clandestinas, así que si se hubiera establecido un culto de genestealers, es casi seguro que ellos serían los primeros en detectarlos.**

(3) *Al parecer había tres de ellos asignados al sistema: un Arbiter senior y dos asistentes, aunque ninguno de ellos se encontraba en Serendipita cuando el transbordador había despegado.*

-Si, si en primer lugar saben lo que tienen que buscar -, añadió Torven.

Asentí con la cabeza**-. Buen punto. Quizás podría usted usar los contactos de la Mariscal para asegurarse de que se beneficien de la experiencia de sus veteranos keffianos-.** No era una forma desesperadamente sutil de asegurarme de que la Guardia y la FDP estarían trabajando juntos, en lugar de seguir sus inclinaciones naturales de ignorarse mutuamente tanto como les fuera posible, pero me pareció que cumpliría esa función: Torven y Kregeen asintieron con la cabeza, y un par de ayudantes, situados a su lado se miraron brevemente antes de realizar breves entradas en sus placas de datos. Acto seguido pasamos al siguiente punto de la agenda.

-Todo eso está muy bien y son decisiones prudentes-, dijo Duque, después de escuchar el intercambio sin hacer comentarios**-, en cuanto a estar preparados para luchar contra los genestealers si es necesario, pero seguramente sería mucho más sensato eliminar por completo la amenaza antes de permitir que las cosas lleguen a ese punto-.** Tenía la tez pálida y la ectomórfica complexión de un nacido en el vacío, y sin duda se sentiría más cómodo a bordo de una nave en el espacio que en la superficie de un mundo, lo cual era bastante irónico dado el inusual grado de posibilidades que su sistema de hogar ofrecía en ese sentido.

-Lo sería-, estuve de acuerdo**-, si eso fuera posible. ¿Tiene alguna sugerencia de cómo podemos lograrlo?**

El almirante asintió con la cabeza, su rostro pálido se balanceaba sobre un uniforme azul medianoche que por contraste parecía aún más oscuro de lo que era en

realidad**-. Sí-,** me aseguró, con discreta confianza. Hizo un gesto a uno de sus asistentes, un subteniente que se parecía un poco a él, quizás fuera una sobrina o una prima, y tomó la placa de datos que ella le tendió**-. Dado el progreso de la búsqueda hasta ahora, podemos asumir que el *Engendro de Condenación* será localizado en una semana, probablemente mucho antes-.** Consultó la pantalla, y luego miró alrededor de la mesa.

-Ya he dado órdenes para que la mayor parte de la flota de defensa del sistema se reúna con el *Revenant*, con la esperanza de que cuando nos alcancen, el pecio ya haya sido localizado.

-Bien hecho-. Asintió con la cabeza Kregeen en señal de aprobación**-. Si podemos mantenerlo bloqueado, nada podrá escapar de él. Todo lo que tenemos que hacer es esperar a que entre de nuevo en la disformidad, y entretanto volar en pedazos todo lo que se acerque demasiado o que pretenda salir.**

-¿Un bloqueo?-. Duque pareció sorprendido por un momento, luego sonrió, en lo que me pareció diversión, aunque sin ánimo de burla**-. Me malinterpreta, señora mariscal. Tengo la intención de destruirlo.**

-Con todo respeto, almirante-, intervine**-, creo que está subestimando el tamaño de esa cosa. Tengo entendido que en anteriores encuentros se registró su masa del orden de un pequeño planetoide, en lugar de una nave espacial que es como normalmente entenderíamos el término pecio.**

-Soy consciente de ello-. El hombre pálido no parecía muy molesto en la interrupción.

-Pero tendremos tiempo de sobra para dispararle a placer. Si las estimaciones que nos han dado los Astartes son exactas, pasará al menos un mes antes de que el pecio pase lo suficientemente cerca de cualquier hábitat humano como para suponer una amenaza. Podemos reducirlo pieza por pieza si es necesario, pero sin duda lo destruiremos.

-¿No crearía eso un peligro aún mayor?-, preguntó Torven, con aspecto preocupado**-. La cantidad de escombros que generaría supondrá un peligro significativo para la navegación en todo el sistema.**

-No por mucho tiempo-, le aseguró Duque**-. El *Engendro de Condenación* se dirige actualmente casi directamente al sol, y terminará atrapado en una órbita cometaria alrededor del sol en los próximos dos o tres años. No llevará mucho tiempo que los ataques lo empujen un poco, de modo que la mayor parte de los escombros pasen lo suficientemente cerca de la estrella como para ser vaporizados. Por supuesto, algunos escaparán, pero en esa órbita no pasarán cerca de Serendipita, o de cualquiera de los otros hábitats, y para cuando vuelva a aparecer estaremos ya a mediados del 43º Milenio; tiempo suficiente, creo yo, para tomar cualquier precaución razonable para evitar cualquier riesgo.**

-Suena un poco arriesgado-, dije**-, pero prefiero tener una nube de basura con la que lidiar que un pecio espacial lleno de genestealers-.** Después de todo, no se sabía cuánto tiempo le tomaría al *Engendro* volver a entrar en la disformidad; según Yaffel, a veces permanecía en la galaxia real durante décadas, y la idea de miles de genestealers a la deriva en un sistema densamente habitado, esperando que algún idiota cuya avaricia fuera más fuerte que su sentido común acudiera a los restos en busca de botín, hacía que se me congelara la sangre en las venas. Después de todo, eso es lo que aparentemente había sucedido en Viridia, y el maldito pecio sólo había estado en el sistema durante menos de un día. La FDS de Duque podía montar un bloqueo, de eso no me cabía duda alguna, pero cuanto más tiempo pasara, más posibilidades habría de que uno o dos de los genestealers se las arreglaran para infectar a un huésped y consiguieran superar el bloqueo para causar estragos en el sistema.

Asentí pensativamente**-. A falta de un plan más efectivo para preservar la seguridad del sistema Serendipita, recomendaré que lo llevemos a cabo.**



-Eso es inaceptable-, dijo Gries rotundamente. A estas alturas ya lo conocía lo suficiente como para darme cuenta de que una declaración así significaba el fin de la discusión, pero debo admitir que me sorprendió la rapidez y la vehemencia de su reacción.

En consecuencia, me limité a asentir con la cabeza, enmascarando mi consternación con la facilidad instintiva de un hombre que, en sus tiempos había apostado mucho por una arriesgada jugada de tarot de aspecto prometedor, sólo para darse cuenta poco después de que las de los demás eran mejores. (Un acto reflejo que a la larga me permitió hacerme con más apuestas de las que de otra manera hubiera podido ganar**)-. Pero, ¿puedo preguntar el porqué de esa decisión? -,** pregunté, como si solicitara la respuesta como algo meramente de interés académico.

No podía negar que el plan de Duque era arriesgado, y eso siendo optimistas, pero me parecía que el equilibrio del riesgo estaba marginalmente a su favor.

-Porque el *Engendro* tiene un valor incalculable-, explicó Drumon, mirando a través del puente hacia el hololito, donde Yaffel y un grupo de sus acólitos de túnicas rojas se comunicaban entre sí en binario, mientras estudiaban una imagen tridimensional de lo que a mí me parecía el sistema circulatorio de un corazón enfermo**-. Un pecio espacial tan vetusto como ese es un depósito de arqueotecnología prácticamente inimaginable.**

Con una repentina sensación de terror, me di cuenta de que el diagrama que los tecnosacerdotes estaban estudiando tan intensamente debía ser un esquema del interior del Pecio, sin duda reconstruido a partir de los datos recogidos por generaciones de escaneos de sensores extraídos de los archivos, y por lo tanto tan desactualizado que resultaría mucho mejor partir de cero **(4)-. ¿No me digas que estáis planeando abordarlo? -.** Protesté, demasiado asustado para preocuparme un carajo por el protocolo.

***(4)** O quizás no. La configuración del interior de un pecio no cambiaba apenas con el paso de los siglos, aparte de por el ocasional colapso estructural de materiales sometidos a excesivas tensiones.*

-Lo estamos-, confirmó Gries, con un tono de voz que no admitía discusión. Probablemente es una buena medida de lo estupefacto que yo me encontraba el hecho de que de todos modos continué discutiendo al respecto.

-Las posibles recompensas pueden hacer valer la pena el riesgo-, concedí, seguro de que alguien más estaría dispuesto a tomarlo, y decidido al menos a ser un poco diplomático sobre mis reservas**-, pero entenderá que nuestra mayor prioridad tiene que ser la seguridad de Serendipita.**

Evidentemente, Gries no estaba acostumbrado a que sus decisiones fueran cuestionadas, al menos por alguien ajeno a su propio Capítulo **(5)**, pero afortunadamente para mí, estuvo dispuesto a hacer una excepción en mi caso. Mis sesiones de entrenamiento con Drumon me habían hecho consciente de la velocidad y precisión con la que un Astartes enfadado podía derribar a cualquiera que provocara su ira, y no tenía ningún deseo de ser yo quien le proporcionara un blanco para que practicara esas habilidades.

***(5)** O incluso de él. Las unidades de Marines Espaciales tienden a operar autónomamente durante años, incluso décadas, y los oficiales del rango de Gries tenían escasas oportunidades para consultar a sus superiores en la cadena de mando, o bien carecían de tal inclinación,*

-Nuestra principal prioridad es nuestro deber con el Emperador-, me dijo Gries, mirando hacia abajo para buscar mi mirada, y vi en sus ojos la clase de completa y absoluta convicción que estoy más acostumbrado a ver en los locos, inquisidores y en los miembros de la Adepta Sororitas **(6)-. Y yo seré quién determine cuál es ese-.** No tenía que añadir un *"y no tú "*, porque en cualquier caso lo escuche tan claramente como si lo hubiera gritado en mi oído.

(6) *Difícilmente me puedo ofender por ver a los inquisidores en esta lista, considerando que para el momento en que Caín escribió estas líneas tan solo había tratado conmigo y con Killian, un renegado radical, responsable de innumerables asesinatos en masa y totalmente fuera de sus cabales.*

-Sin duda-, acepté, inclinando mi cabeza en un respetuoso asentimiento. Quería que continuara pensando en mí como un aliado de confianza, en lugar de como un potencial problema**-. Dada sus amplios conocimientos y experiencia, ni siquiera se me ha pasado por la cabeza pensar lo contrario. Pero me temo que es mi trabajo mantener a los Serendipitanos de nuestro lado, y lo único que a ellos parece preocuparles es el claro y presente peligro para su mundo natal.**

-Por supuesto-. Gries asintió con la cabeza, aparentemente apaciguado**-. Entonces debe asegurarles que seguimos comprometidos con ese objetivo.**

-Les haré entrar en razón-, le prometí, aunque para ser honesto esa era una mercancía que en este momento me parecía más que escasa a bordo del *Revenant*. Aparentemente tanto Gries como Drumon se tragaron mi actuación, mirándome de una forma ligeramente

aprobatoria que me recordaba a mis antiguos tutores de la schola cuando repetía como un loro la respuesta que sabía que querían oír**-. En cualquier caso, establecer un bloqueo en torno al Pecio parece una opción bastante más práctica.**

-Considerablemente más-, se mostró de acuerdo Drumon**-. Y la presencia de un crucero de ataque de Astartes debería disuadir a cualquiera de intentar atravesarlo.**

-Sin duda a mí me disuadiría del todo-, le aseguré**-. Pero no soy el capitán de un transporte de chatarreros que cree que el Emperador acaba de dejar caer una fortuna en su regazo. Cualquiera lo suficientemente estúpido para arriesgarse a abordar una nave llena de genestealers no se va a desanimar por la casi certeza de ser volado en pedazos al tratar de alcanzarlo.**

Por un momento, mientras mi cerebro alcanzaba el ritmo de mi lengua, me pregunté si me había arriesgado a ofender de nuevo a mis anfitriones, pero aparentemente ninguno de los Astartes había considerado que mis palabras sobre la idiotez de intentar abordar el *Engendro de Condenación* se aplicaran a ellos. Pero para asegurarme, pensé que sería mejor dejar clara la diferencia**-. Estoy seguro de que su operación estará mejor planeada y dotada de recursos que una banda de chatarreros (7).**

(7) *Un término insultante común a gran número de Colmenas, refiriéndose tanto literalmente como figurativamente a un individuo de lo más hondo de la escala social, que se las arreglaba para subsistir gracias a lo que conseguía recuperar de la basura de los niveles superiores. Caín alude repetidamente a la juventud*

que paso en los bajos fondos de una colmena, aunque jamás dijo el nombre de la misma.

-Sin duda-, dijo Gries, asintiendo de nuevo. Entonces, para mi sorpresa, se dirigió al hololito, dispersando a los tecnosacerdotes a medida que avanzaba, y me hizo un gesto para que le acompañara.

Miré la maraña de pasadizos desplegados por la débilmente fluctuante imagen tridimensional, y mi instinto de habitante de colmena interpretó las rayas de luz de distintos colores en un sentido casi físico del espacio que representaban. (Algo por lo que iba a estar muy agradecido más tarde, como resultó ser, pero que en ese momento no parecía más que una ayuda conveniente para la interpretación de la información).

-Este será nuestro primer punto de entrada -, señaló Drumon, indicando una cámara en algún lugar de la capa exterior del complejo tejido de conductos y corredores**-. Un relativamente intacto muelle de atraque, que parece lo suficientemente grande para acomodar una Thunderhawk, y lo suficientemente defendible como para proporcionar una cabeza de playa. Los Exterminadores suprimirán cualquier resistencia que podamos encontrar y asegurarán el perímetro. Una vez hecho esto, el Magos Yaffel y yo dirigiremos un grupo de trabajo aquí...**

Hizo algo con su servo-brazo que provocó que la imagen se ampliara en el sector que había indicado primero, separando la cabeza de playa y el objetivo por casi un metro en lugar de sólo el milímetro o dos que habían

ocupado en el esquema general. A medida que el área representada se agrandaba, también lo hacían los detalles, y una nueva maraña de capilares interconectados fue creciendo alrededor de las venas y arterias que habíamos estado estudiando, dejando todo el hololito tan atestado como lo había estado antes. Por primera vez, empecé a apreciar lo vasto y complejo que era el leviatán de la disformidad que estábamos cazando, y deseé a mis anfitriones toda la suerte que el Emperador pudiera otorgarles; ya que estaba seguro de que la iban a necesitar.

-...e intentar recuperar el núcleo del cogitador de esta nave-, concluyó Drumon.

-¿Por qué de esa en concreto?-. Pregunté.

-Porque tiene los bancos de cogitadores más fácilmente accesibles de cualquiera de los restos que componen el casco del pecio-, explicó Gries, como si eso debiera haber sido obvio de un vistazo rápido a la maraña de líneas virtuales que flotaba delante de mi cara.

-Y porque ha sido provisionalmente identificado como un crucero de clase Redentor, ninguno de los cuales ha estado en servicio durante más de cinco mil años-, añadió Yaffel, sin duda salivando de ansia ante la perspectiva de poner sus garras en aquella nave**-. Ya solo sus registros de mantenimiento deberían proporcionarnos incontables bendiciones del Omnissiah que se han perdido para la posteridad.**

-Un premio sin duda-, dije secamente, lo que fue mucho más discreto de lo que hubiera sido de haberme atrevido a verbalizar mis verdaderos pensamientos. Me parecía que, si la galaxia había sobrevivido bien sin esas bendiciones pérdidas durante los últimos cinco milenios, entonces perder con ellas a los genestealers sería incluso mejor. Pero para mí amargo pesar, no era mi decisión, y no había más que decir. Sólo tendría que informar a Duque que por el momento no estaba autorizado a llevar a cabo acción alguna contra el pecio, y superar las seguras discusiones que esta orden conllevaría. Llegados a ese punto, también Torven y Kregeen estarían muy lejos de estar encantados con la situación. Al menos yo podría echarle la culpa a Gries, y había sido comisario el tiempo suficiente para saber cómo usar su común resentimiento para que cooperaran un poco más eficazmente de lo que lo hubieran hecho de otra manera, así que, en definitiva, las cosas podrían haber sido peores. Entonces se me ocurrió algo más**-. Esta es probablemente una pregunta tonta-,** comencé a decir**-, pero ¿qué pasa si el pecio vuelve de nuevo a la disformidad mientras su expedición de recuperación aún se encuentra en su interior?**

Yaffel me lanzo una mirada con un poco de superioridad, como la de un eldar que se digna a hablar con una de las razas menores de la galaxia (que consideran que son todos menos ellos). **-Eso no puede suceder-,** afirmó, con una confianza airosa que me dejó lejos de estar convencido.

Drumon asintió**-. El pecio se dirige hacia el sol-,** me recordó**-. Y las fisuras naturales de la disformidad sólo pueden darse fuera de un pozo de gravedad. Incluso una nave estelar con un campo Geller bien ajustado**

tan sólo puede abrirse camino entre los reinos en los límites de un sistema.

-Así que está aquí varado, si se me permite la expresión, hasta que su trayectoria le llevé de nuevo más allá del halo-, dije, agradecido como siempre por su más abreviado y comprensible resumen de la situación.

El magos y el Tecnomarine asintieron con la cabeza al unísono, aparentemente igual de encantados ante tal perspectiva. Tendrían años para hurgar entre los restos en busca de baratijas de arcana tecno hechicería, sin nada más que preocuparse de el Emperador supiera cuántos voraces genestealers que les acecharían desde las sombras.

Eso también significaba que, lejos de estar a punto de terminar como yo esperaba, mi misión aquí podría prolongarse indefinidamente. Alguien tendría que hacer de enlace entre los Recobradores, los Serendipitanos y la Guardia Imperial, y, para bien o para mal, había sido yo mismo quien se había presentado voluntario para el trabajo.

Consideré las implicaciones pausadamente. No me resultaría muy difícil convencer a todos de que el mejor lugar para trabajar sería el cuartel general de Torven en Serendipita, donde tendría acceso a todo el sistema de inteligencia, las estructuras de mando de la FDP y la FDS, y, lo más importante a mi entender, de todas las pequeñas comodidades disponibles en un mundo civilizado, en lugar de estar atrapado a bordo de una nave estelar donde las posibilidades de participar en una partida de tarot decente eran tan altas como de que Jurgen se convirtiera en el próximo Lord General. Y mientras me aseguraba de

aparentar estar muy ocupado, estaría convenientemente lejos del cuartel general de la brigada en Coronus, junto con cualquiera de aquellos fósiles petimetres que trataran de enviarme a cualquier misión suicida que se les ocurriera. Considerando los pros y los contras, llegue a la conclusión de que podría vivir con eso.



Regresé a mis aposentos muy animado, para encontrar a Mira esperándome mientras Jurgen preparaba una cena tolerablemente agradable, y no perdí tiempo en compartir las buenas noticias con ella. Sabía que de todas formas ella lo acabaría descubriendo muy pronto, y me pareció más prudente ser yo el que se lo dijera. De esa manera, se pusiera como se pusiera, al menos no podría acusarme de engañarla.

Sin embargo, a pesar de los presentimientos que había albergado, ella parecía casi tan contenta como yo, lo que supongo que no debería haberme sorprendido. Sin duda había encontrado la vida a bordo del *Revenant* aún más tediosa que yo, y a buen seguro aprovecharía la primera oportunidad que se le presentara para trasladarse a un entorno más saludable con la misma rapidez que yo.

-De hecho-, dijo, mientras un pedazo de salma ahumada de su atestado plato estaba ya a medio camino de su boca**-, supongo que mi pequeño trabajo aquí también ha terminado.**

-Supongo que sí-, asumí, tomando un bocado de mi propio plato y regando el bocado con un trago de una insípida cosecha que sospechaba que era lo mejor que la nave de los Marines Espaciales tenía que ofrecer**-. Definitivamente el pecio no va a presentar ningún tipo de amenaza a Viridia de ahora en adelante-.** Cuando finalmente volviera a la disformidad, no me cabía ninguna duda de que los Recobradores y el Adeptus Mechanicus lo seguirían en las corrientes disformes, tan reticentes a dejarlo ir como un perro a un hueso; imbuidos por su, en mi humilde opinión, loco afán de seguir saqueando el pecio dondequiera que fuera, aunque también impedirían con ello que este volviera a representar una amenaza real para cualquier sistema imperial al que llegara, con lo que al final todo quedaba bien.

Mira sonrió, como si acabara de decir algo ingenioso**-. Bastante-,** aceptó**-. Pero sabes bien que tenía otros motivos para venir, no lo olvides.**

-Por supuesto-, dije, tratando de poner en marcha mi memoria. Había dicho algo sobre fortalecer sus derechos al trono en casa, y encontrar un consorte capaz de ayudarla a tomarlo**-. Me alegro de que todo te haya ido tal y como esperabas-.** Parecía haber renunciado a la ridícula idea de persuadir a un marine espacial para que se fugara con ella, y por un momento me pregunté a quién más habría encontrado que le pareciera un candidato adecuado. Presumiblemente sería un miembro de la delegación de Serendipita... al parecer no todos habían sido tan inútiles como me habían parecido.

Su sonrisa se ensancho**-. A buen seguro para los dos.**

-Bueno, sí-, me mostré de acuerdo. No se necesitaría mucho para convertir mi trabajo de enlace en una sinecura que garantizaría mantenerme cómodamente fuera de peligro durante años, lo que resultaba casi tan bueno como podría serlo para alguien en mi posición. Levanté mi copa, en un brindis ligeramente irónico.

-Brindemos porque ambos obtengamos lo que queremos.

-Por nosotros-, dijo Mira, mientras su copa chocaba contra la mía, y me encontré deseándole lo mejor de todo corazón, lo que para alguien tan centrado en mis propias preocupaciones como era yo, resultaba realmente una pequeña sorpresa. Sus mejillas enrojecieron ligeramente, y mientras bajaba la copa, me miró de una manera que me pareció un poco extraña**-. ¿Estás seguro de esto?**

-Por supuesto que lo estoy-, dije, un poco afectado por su preocupación**-. Cuanto antes pueda volver a sentir un mundo bajo mis pies, mejor.**

-Bien-. Ella adopto de nuevo el rol de mujer de negocios**-. Serendipita no comercia mucho con nosotros, pero hay una o dos naves conectando de continúo ambos sistemas, con apenas un par de escalas intermedias. Deberíamos ser capaces de conseguir un pasaje en unos pocos meses-. Ella me miró de forma especulativa-. A menos que tú tengas algunos hilos de los que puedas tirar... Podríamos usarlas mientras podamos.**

-¿Mientras podamos?-. Me hice eco de sus palabras, sintiéndome extrañamente como un personaje de una comedia de salón de baile **(8)**. El idioma era innegablemente Gótico, pero el significado detrás de tales palabras seguía eludiéndome.

***(8)** Una variante de obra teatral muy popular en muchos mundos del sector, en la cual una amplia serie de personajes se enfrentan a estridentemente cómicos malentendidos. Generalmente ambientados en personajes de la aristocracia, lo cual permite al populacho divertirse a costa de un segmento de la sociedad que nunca siquiera se percata de su existencia, y sin causarles perjuicio alguno, y que culminan en un ardid dramático que los involucra a todos al mismo tiempo. Por obvias razones, se suele elegir un baile como escenario de tales escenas finales, de ahí el nombre que han recibido.*

Mira asintió**-. Quiero decir que mientras todavía tengas alguna influencia en el Munitorum-,** explicó, como si eso tuviera más sentido para mí**-. ¿Crees que podrías conseguirnos un camarote en una nave militar?**

-Supongo que sí-, dije, recurriendo al instinto del jugador de cartas que generalmente me ayudaba en momentos como aquel. Una y otra vez he descubierto que si das a entender que sabes lo que está pasando, y no te asustas, tarde o temprano te darán una pista de lo que ocurre. Todas las piezas encajaran en su lugar, y nadie sabrá nunca que estuviste totalmente perdido. Ahora que lo pienso, también es una habilidad muy importante para un comisario, ya que se supone que debemos parecer tranquilos y controlando la situación pase lo que pase. Es notablemente difícil reunir tropas bajo fuego cuando estás dudando entre gritar *"¡Joder, o joder, vamos a morir todos!"*. Así que asentí meditabundo, como si ella acabara de hacer una pregunta perfectamente razonable.

-Por supuesto, es lo mejor si quieres volver lo más rápido posible.

-Bien dicho-, se reincorporó, sonriéndome de nuevo, de una manera que sólo puedo describir como curiosamente empalagosa**-. Disfrutemos por unas semanas mientras podamos. Parece que Serendipita es un mundo bastante agradable.**

-Supongo que tendrá algo que ver con el sistema de anillos-, dije, pues había aprendido un poco sobre el sistema gracias a Torven y los demás.

-He oído que es bastante espectacular.

-Entonces me has convencido-. La sonrisa de Mira se volvió más coqueta e indudablemente picara**-. Así podríamos disfrutar de la luna de miel antes de que tengamos que ponernos a trabajar.**

-Exactamente-, escuché que salía de mi boca, cuando finalmente las piezas encajaron en su sitio, y nuestra anterior conversación cobró un nuevo y terrorífico significado que hasta ese momento se me había escapado por completo. Ella no había venido a ver si lograba ligarse a un Astartes. El *Libertador de Perlia* le serviría perfectamente bien como consorte, particularmente porque ahora yo también parecía ser un reconocido héroe en Viridia.

Un escalofrío de puro pánico recorrió mi columna vertebral. No puedo negar que, en abstracto, la idea de seguir disfrutando indefinidamente de los encantos más obvios de

Mira, junto con las comodidades materiales que formalizarían nuestra relación, tenía su atractivo, pero la idea era absolutamente absurda. El Comisariado no era como uno de los regimientos de brillantes charreteras y brocados en exceso **(9)** en los que mi prometida y sus compinches aristocráticos se divertían jugando a ser oficiales, donde se aceptaban alegremente las dimisiones de sus cargos cada vez que se presentaban asuntos que ellos consideraban más urgentes o divertidos. Si abandonaba mi cargo para volver a Viridia con ella, me tacharían de desertor, y la única pregunta que quedaría por responder respecto a mi futuro sería si el siguiente tribunal me haría fusilar por un pelotón, o me enviaría a una legión penal para que se encargaran de ello los enemigos del Emperador y así se ahorraran las municiones. Sin duda Mira creía que ser el consorte de una gobernadora planetaria sería protección más que suficiente contra la ira de mis antiguos colegas, pero yo no me hacia ninguna ilusión al respecto: una vez que uno se ciñe la faja escarlata, ahí estará hasta que le entierran a uno con ella (suponiendo que puedan encontrar suficientes trozos de uno como para poder celebrar tal ceremonia, algo que en nuestra vocación nunca se puede dar por seguro). Incluso si uno se las arregla para llegar intacto a la jubilación, puede verse devuelto al campo de batalla por los meros azares del destino, como yo mismo he descubierto muy a mi pesar en estos últimos años **(10)**.

(9) *No hace falta mencionar que en Viridia, así como en otros muchos mundos, un periodo de servicio de la FDP es considerado como un aceptable modo de mantener a los jóvenes miembros de la aristocracia relativamente ocupados y a salvo, al tiempo que pueden lucir unos uniformes más flamígeramente ornamentados que prácticos, y que les hacían parecer como cajas de bombones envueltos en enormes lazos. No puedo sino especular el porqué de los motivos que llevan a reputados sastres a confeccionar tales monstruosidades.*

(10) *Una clara referencia a su participación en la defensa contra la flota colmena tiránida al final del milenio, cuyos detalles, aunque fascinantes, no son parte de este capítulo de su historia.*

Con todo, dudé antes de continuar hablando. Mira tenía la clara impresión de que yo no sólo había adivinado su propósito, sino que de alguna manera mostraba estar de acuerdo con su absurda propuesta. Sabía muy bien cómo reaccionaría si la sacaba de su ensoñamiento. Había visto a la agresiva marimacho que acechaba en su interior surgir violentamente de su escondite tras su refinada y femenina fachada, cuando habíamos tratado asuntos tan nimios, que yo apenas había pensado que tuvieran algo que ver conmigo, y en ese momento estaba a punto de cortar de cuajo sus más preciadas ambiciones con una espada-sierra. Peor aún, supondría además un golpe mortal contra su vanidad. A la mayoría de las mujeres les gusta pensar que son irresistibles, y descubrir que en lo que a mí respecta ella no lo era, no le sentaría nada bien. Si a eso añadimos el hecho de que la he visto matar a herejes sin que se le moviera un solo pelo de su inmaculado peinado, se comprenderá sin problemas el porqué de mi extrema cautela al tratar este asunto.

En definitiva, no era de extrañar que me quedara paralizado por la indecisión, asintiendo y respondiendo automáticamente con tópicos vacíos, mientras Mira parloteaba sobre los grandiosos planes que tenía para Viridia una vez que hubiéramos consolidado su dominio sobre el sistema, la mayoría de los cuales parecían consistir en ajustar cuentas con gente de la que nunca había oído hablar. Sin embargo, nunca sabré si finalmente habría encontrado el coraje para sincerarme con ella, o si simplemente habría corrido sin previo aviso a la primera nave de transporte para ir de vuelta a Coronus sin decirle

nada. Estaba a punto de servirme la copa amasec más grande que pensé que podría tragar, cuando Jurgen regresó a mis aposentos, con la clásica expresión ligeramente dispéptica en su rostro que tendía a adoptar cada vez que sentía que la situación requería un cierto aire de gravedad.

-Siento interrumpir su comida, señor-, dijo**-, pero se solicita su presencia en el puente. Parece ser que creen haber dado con el pecio.**

CAPÍTULO DIECISÉIS

Aprovechando la oportuna intervención de mi ayudante, no perdí tiempo en salir hacia al puente como alma que lleva el diablo, dejando a Mira planeando felizmente su golpe de estado **(1)** con todo el entusiasmo que la mayoría de las mujeres de su rango reservan para organizar bailes. Aunque mi mente continuaba tambaleándose por el terrible shock de haber comprendido finalmente en el jodido pozo en el que estaba metido, debo confesar que el bullicio de la actividad que se presentó ante mis ojos en el momento en que entré en el centro neurálgico del *Revenant* fue casi suficiente para expulsar por completo tales nocivos pensamientos.

(1) *A pesar de la exagerada y subjetiva descripción que Caín hace de Mira tildándola tanto de despiadada como de egoísta, no hay evidencia alguna que pruebe que Mira hubiera planeado complot alguno para destronar a su padre por la fuerza de las armas. Lo más seguro es que su primera apreciación fuera la correcta, y que ella no pretendiera más que afianzar su posición respecto a sus rivales para una posible reclamación de su derecho a ser la heredera del gobernador.*

-Contacto confirmado-, informó el operador del auspex cuando entré por las puertas, que aún mostraban leves rastros de fuego de armas de portátiles orkas, a pesar de los mejores esfuerzos de los artesanos de a bordo por restaurar las imágenes devocionales que las adornaban, y el aire de expectación que impregnaba la cámara se hizo tan denso que casi tuve que recurrir a mi espada-sierra para abrirme camino**-. Definitivamente ha sido una dura traslación (2), hay metales refinados con su firma-.** Por primera vez escuché un temblor de excitación reprimida en los uniformes tonos que me había acostumbrado a oír en los siervos del capítulo que servían el puente, y, a pesar de mis

propias preocupaciones, sentí un enérgico sentimiento en respuesta surgiendo de mi interior.

***(2)** Por lo que podemos inferir que el objetivo del escaneo del auspex era lo suficientemente denso como para ser detectado con total claridad, y que con toda probabilidad no se trataba de un fenómeno natural.*

Si aquel era realmente el final de nuestra búsqueda, difícilmente podría haber llegado en un momento más oportuno. Significaba que iría a Serendipita casi de inmediato, y una vez allí, podría evitar a Mira mucho más eficazmente de lo que podría hacerlo en los estrechos confines del *Revenant*. Incluso un débil parpadeo de optimismo se atrevió a alimentar la esperanza de que, una vez que estuviéramos de vuelta en tierra firme, y ella estuviera de nuevo inmersa en su propio entorno social, empezaría a ver el enorme abismo entre nuestras respectivas posiciones sociales, y abandonaría el absurdo proyecto que había concebido ella sola. (No es que me pareciera un escenario particularmente probable. Cuando Mira se decidía por algo, lo perseguía con la misma tenacidad que un tiburón siguiendo un rastro de sangre.) Sin embargo, era posible, que yo pudiera salir de la nave antes de que ella se diera cuenta de que me había ido, escudándome en las órdenes y el deber, con lo que lograría tener un respiro.

-¿Podría ser sólo una nave?-, preguntó Gries, inclinándose un poco hacia adelante, como si pudiera forzar la picto pantalla a incrementar el aumento por pura voluntad-**. La flotilla de la FDS ya debería estar cerca del punto de encuentro.**

-Eso es poco probable-, negó Drumon**-. Ninguna de las naves de la FDS podría haberse alejado tanto de su posición esperada-.** Se asomó a la terminal del auspex e hizo algunos ligeros ajustes en los diales de la superficie del atril de control, asiéndolos delicadamente entre los dedos de sus guanteletes, como un oso tratando de coger una diminuta taza de té de porcelana.

-Además, la magnitud del desplazamiento de masa registrado alcanza las gigatoneladas.

-Entonces tiene que ser el *Engendro*-, afirmó Yaffel, sonando bastante más excitado de lo que estrictamente se podía esperar dada su posición. No es que se hubiera puesto a dar saltos de alegría, lo que habría sido más que difícil dada su carencia de piernas, pero definitivamente se bamboleaba más violentamente que de costumbre**-. Esa es la única conclusión razonable.**

-Y justo donde usted predijo que estaría-, apunté para darle un poco de coba, aunque sabía que no era exactamente cierto, ya que sólo había sido capaz de reducirlo a un volumen del espacio que en todo caso era bastante amplio, pero estaba tan animado que no pareció inclinado a corregirme, y simplemente asintió sabiamente con la cabeza.

-El Omnissiah nos guía por el camino de la lógica a un destino seguro (3)-, entonó con la cómoda certeza de un hombre para el que el universo no sólo funcionaba como un reloj, sino que cada la hora en punto tocaba los primeros compases del "*Trono Eterno*".

(3) *Otra cita relativa al espíritu maquina sacado, como no podía ser de otra forma tratándose de Yaffel, del Soylens Viridiensis*

-Aumentando la resolución de las imágenes de largo alcance-, informó Drumon, haciendo algo que no pude ver en la parte trasera de un atril cercano con su servo-brazo, y Yaffel se dirigió al hololito, donde a su vez comenzó a toquetear.

-Entonces si los interocitores se mantienen unidos-, añadió el tecnosacerdote**-, deberíamos ser capaces de... Alabado sea el Omnissiah-.** La pantalla tridimensional se iluminó, y la imagen de lo que parecía un pedazo de chatarra comenzó a situarse suavemente en el centro del holograma, creciendo con cada minuto que pasaba, hasta que llenó el espacio casi por completo. Se tambaleó un poco al aumentar la imagen, como suelen suceder con estas representaciones, pero Yaffel parecía saber de qué se trataba, y con unas pocas bendiciones murmuradas, algunas manipulaciones en los controles, y un golpe de puño bien apuntado, logró estabilizar la imagen.

-He aquí el *Engendro de Condenación*-, dijo Drumon, su voz notablemente baja para un Marine espacial. Gries asintió con la cabeza, aparentemente demasiado abrumado para hablar, y el lado maltrecho de su rostro se relajó en una expresión que encontré difícil de interpretar, pero que ciertamente nunca había visto antes.

Estudié la imagen, sin ver nada que tuviera mucho sentido al principio. Por supuesto, intelectualmente era consciente de la escala de aquella cosa, pero no fue hasta que de repente reconocí una pequeña mancha en la superficie

como una nave de transporte de tropas de clase Galaxia que me alcanzó algo del asombro que evidentemente sentían todos los presentes**-. ¡Por el Trono de Terra! -,** exclamé sin darme cuenta-. **¡Es enorme!**

Incluso esa involuntaria exclamación apenas lograba hacer justicia del tamaño del pecio. Era tan grande como una luna pequeña, más allá de cualquier sentido de escala que un humano pueda comprender o concebir para un pecio espacial **(4)**. A pesar de saber que el esfuerzo era inútil, comencé a tratar de descubrir más detalles, pero cualquier intento de imponer orden o comprensión en la enmarañada amalgama de restos estaba condenado al fracaso. Incluso tratar de estimar el número de naves que habían sido víctimas de este arrecife espacial, sólo para a su vez acabar formando parte de él, resultaba una tarea imposible; al menos para mí, aunque estaba seguro de que Yaffel habría sido capaz de intentarlo. Atraídas por los remolinos de las corrientes de la disformidad, sus estructuras físicas habían acabado por combinarse y mezclado, retorciéndose alrededor y dentro unas de otras al chocar, en lugar de romperse y fragmentarse como lo habrían hecho en el materium. Era como si una gran mano hubiera recogido una aleatoria selección de naves estelares y las hubiera amasado como un pastelero amasando un pastel. Y no eran sólo naves: Estaba seguro de que aquí y allá podría distinguir las líneas más agrestes de restos de escombros de origen natural, como rocas y asteroides, atraídos por el campo gravitatorio del pecio durante sus periódicas transiciones a través del espacio real, para acabar convirtiéndose en partes intrínsecas de él gracias al crisol de la disformidad.

(4) *En realidad no se trataba más que de una esfera de cuatro o cinco kilómetros de diámetro, aunque dadas las circunstancias eso ya era más que*

suficiente.

Sin embargo, lo peor de todo fue la sensación de amenaza que irradiaba, una amenaza casi palpable, como el gruñido de un orko justo antes de cargar.

-¿Dónde están planeando abordarlo?-. Le pregunté a Yaffel, y me señalo un casco semi integrado en el pecio a tres cuartos del camino alrededor del bulto del naufragio del transporte clase Galaxia que había reconocido previamente.

-En esa bahía de atraque de ahí-, me explicó, y por fin logre orientarme, las sinapsis de mi instinto de chico de colmena lograron imponerse a la visión de la superficie exterior que había visto inicialmente**-. Es cierto que los registros de los sensores que recuperamos de los archivos son de hace siglos, pero parecen indicar que podríamos ser capaces de hacerla funcionar con poco esfuerzo.**

-Siempre y cuando una prole de genestealers no se haya establecido en su interior-, apunté, sin estar del todo seguro de lo serio que estaba siendo.

-Tomaremos precauciones-, me aseguró Yaffel, con una alegre despreocupación que me disgustaba profundamente; pues me había tocado ver puracepas genestealers con demasiada frecuencia para mi gusto, por no decir que lo había hecho muy recientemente, para descartar tan imprudentemente la amenaza que representaban.

-Entonces, por el Trono de Terra, será mejor que estas sean suficientes-, le aconsejé, tal vez un poco más sonoramente de lo que pretendía. Pudo haber sido esto lo que hizo que Drumon se uniera a nosotros, o tal vez tan sólo quería disfrutar de una mejor vista del pecio espacial. En cualquier caso, de repente me encontré con que estaba a mi lado, asomándose sobre mí como si de un Titan se tratara.

-Lo serán-, me prometió**-. Para cuando lleguemos allí, sabremos dónde está el núcleo del nido de la prole-.** Su comportamiento era tranquilo, y me tranquilizó, a pesar de lo improbable de su afirmación. Después de todo, era uno de los elegidos del Emperador, y probablemente se había enfrentado a genestealers o cosas peores desde que mi bisabuelo estaba buscando tesoros entre la chatarra del sumidero de la Colmena (o más probablemente tratando de huir de aquellos amigos de lo ajeno ávidos de sus magras posesiones **(5)**), así que debería saber perfectamente lo que estaba haciendo.

(5) *Una rara referencia al pasado de la familia de Caín, aunque como ya estoy cansada de apuntar, todo lo que el comenta a este respecto debe ser tratado con extremo cuidado. Muchos de estos fragmentos de información resultan ser claramente contradictorios, particularmente cuando las suelta en narraciones donde hace referencia a conversaciones con terceras personas.*

-¿Para cuándo se estima que sucederá eso?-. Pregunté, consciente de mis responsabilidades con Torven y los demás. Si iba a argumentar la necesidad de ser transferido al cuartel general de la Guardia Imperial en Serendipita debido a mi puesto como enlace, sería mejor que tuviera algunas jugosas noticas que mostrarles.

Drumon meditó un momento al respecto**-. Alrededor de doce horas-,** respondió**-. Para entonces los G.A.T.O.S deberían haberse dispersado lo suficiente por la zona designada como para haber localizado a cualquier genestealer activo.**

-¿Gatos?-, repetí, desconcertado. Muchos regimientos de la Guardia utilizan animales para uno u otro propósito en el campo de batalla, generalmente como monturas de caballería o bestias de ataque, pero nunca había oído que los Astartes hicieran algo similar; e incluso si lo hicieran, los felinos difícilmente me parecerían las criaturas más dotadas para dar caza a un genestealer.

-Ge-a-te-o-, deletreo Yaffel, sin duda adivinando el origen de mi confusión.

-Es el acrónimo de unidades de *Geolocalización Autónoma Tecnológicamente Optimizada*. No son más que servidores extremadamente simples, sin componente biológico alguno, empleados para tareas sencillas.

-Entiendo, ¿y cómo funcionan entonces? -, pregunté, aún más desconcertado que antes. Puede que no fuera un tecnosacerdote, pero incluso yo sabía que era un cerebro orgánico real el que permitía a un servidor recordar y procesar hasta las instrucciones más simples.

-Bastante satisfactoriamente-, aseguró Drumon, con una breve sonrisa por su propio ingenio, antes de continuar**-. No requieren funciones cognitivas; sólo un**

simple circuito vox para transmitir imágenes y otros datos ambientales. Una vez activados, siguen moviéndose en línea recta hasta que se topan con un obstáculo.

-Asumo que de obstáculos-, comencé a decir con la misma sequedad**-, habrá para dar y tomar en el *Engendro de Condenación*.**

-Sin duda-, se mostró de acuerdo Yaffel, aparentemente tan incapaz de reconocer el sarcasmo como la mayoría de aquellos que compartían su vocación.

-El caso es que estos G.A.TO.S tienen un mecanismo sumamente simple conectado a sus orugas. Cuando llegan a un obstáculo que no pueden esquivar, simplemente pivotan diez grados en el sitio donde están, antes de tratar de volver a avanzar. Si todavía están bloqueados, repiten el proceso, y así sucesivamente. Eventualmente encontrarán una dirección en la que podrán avanzar.

-Muy ingenioso-, dije, preguntándome a quién se le había ocurrido la idea, y sospechando que probablemente a Drumon; los dispositivos que Yaffel estaba describiendo parecían encajar en su práctica forma de pensar bastante mejor que la analítica mente del tecnosacerdote **(6)**.

(6) *Pues aquí Caín se equivoca, pues de hecho los G.A.T.O.S han estado en servicio con los Astartes y el Adeptus Mechanicus durante centurias, sino milenios. Pocos Capítulos de los Marines Espaciales suelen emplearlos, decantándose por la experiencia de sus unidades especializadas de exploración y reconocimiento en cualquier entorno, mientras que en el Mechanicus más práctico el empleo de servidores mejor equipados para propósitos más variados.*

En cualquier caso, la construcción y modificación de los G.A.T.O.S continúa siendo un pasatiempo muy popular para un considerablemente amplio número de tecnosacerdotes, que aseguran alcanzar un meditabundo estado de paz y calma al practicar tal actividad, así como lograr los intrínsecos beneficios de desarrollar si comprensión de las bendiciones del Dios Máquina, con lo que es rara la ocasión en que uno no se ve molestado en la visita a un templo por uno de estos dispositivos móviles. Sin embargo, y a pesar de tales pías declaraciones y aunque los verdaderos y devotos sirvientes del Omnissiah negaran vigorosamente tal declaración, la mayoría de la gente ajena al culto considera tal pasatiempo como la creación de simples mascotas mecánicas, en lugar de tomarlas como proyectos de montaje de entretenimiento.

-Deberían servir a su propósito sin problemas-, concordó Drumon**-. Planeamos teletransportar treinta de ellos al Pecio, alrededor del área en la que pretendemos trabajar. Si hay suficientes genestealers como para representar una amenaza, lo sabremos mucho antes de que la Thunderhawk llegue a la bahía de atraque.**

-Eso me suena como una muy sabia precaución-, afirmé, asintiendo juiciosamente. Si hubiera planeado ir a saquear un pecio espacial, sabiendo que había una prole de genestealers acechando en algún oscuro rincón de su interior, me sentiría mucho más tranquilo sabiendo dónde con antelación donde se escondían, o al menos, que teniendo la certeza de que no se encontraban en las inmediaciones de la zona donde yo planeaba estar**-. ¿Se les podría instalar un bólter?**

Yaffel sacudió la cabeza, tan incapaz de pillar una broma como Jurgen**-. Me temo que eso no sería una opción práctica-,** comenzó**-. El ratio potencia de fuego-peso...**

-Lástima-, le interrumpí, sin darme cuenta de lo presciente que acababa de ser**-. Eso podría ahorrarles muchos**

problemas.



Como había anticipado, Torven y los Serendipitanos no se mostraron nada entusiasmados con las noticias que les transmití, y la atmósfera alrededor de la improvisada mesa de conferencias estaba claramente congelada cuando concluí mi sesión informativa. Evidentemente los tres compartían mis dudas sobre la sabiduría de abordar al *Engendro de Condenación*, y, como esperaba, fue Duque el primero en verbalizar tales dudas.

-Así que lo que nos está diciendo-, dijo lentamente**-, es que no sólo se nos impide destruir ese impío objeto por la presencia de unidades amigas en su interior, sino que además podemos esperar que a los genestearlers se les permita contar con un potencial vector para diseminar su corrupta plaga en bandeja de plata, ¿me he dejado algo?**

-Simplificándolo mucho, sí, así es-, le repliqué, tomando nota de la intranquila manera en que Torven y Kregeen se retorcían en sus sillas mientras yo hablaba.

-Pero estoy seguro de que nuestros valientes aliados Astartes tomarán todas las precauciones necesarias-. No era la primera vez que me encuentra en un campo minado entre las conflictivas agendas de los Recobradores y

de los defensores de Serendipita. Si debía convertir esta misión en un cómodo refugio para mi humilde persona, y protegerme así de una galaxia aparentemente empeñada en matarme, tenía que hacer que ambas facciones sintieran que yo apoyaba más su punto de vista que el del otro.

-Sin duda-, comentó Kregeen, con una voz que rezumaba duda.

-Deberían saber lo que están haciendo-, comentó a su vez Torven**-. Después de todo son Astartes. En realidad, son los mecanos los que me preocupan. Parecen tan obsesionados con la perspectiva de conseguir un alijo de arqueotecnología que son incapaces de evaluar los riesgos de una forma objetiva.**

No podía discutir tal argumento, y no tuve el corazón para explicarle que por lo que había podido ver, los Recobradores estaban igualmente dispuestos a salir corriendo a la caza del tesoro, así que me decanté por asentir pensativamente**-. Por supuesto, eso es lo que ellos creen, pero aún no he conocido a un genestealer que se diera la vuelta y huyera por el mero hecho de que alguien le informe de que su presencia no respondía a las probabilidades estadísticas calculadas-.** Con esa pequeña broma logré aligerar el ambiente, como esperaba, y les recordó a todos que yo me había enfrentado y luchado contra tales criaturas en más de una ocasión, consiguiendo así una ventaja personal al tiempo que insuflaba un cuidadoso estímulo a su moral**-. Al menos si alguien cae presa de esas criaturas, el daño debería ser bastante limitado**-, añadí-. **Los Astartes y Mechanicus no es que**

sean conocidos por tener familias numerosas que puedan ser infectadas.

En esa ocasión, vez mi ocurrente comentario produjo visibles sonrisas, incluso de algunos de los ayudantes, que en general parecían sentir que sus posibilidades de ascenso dependían de comportarse lo máximo posible a los servidores, aunque que no estuvieran lobomotizados.

-Así es-, afirmó Torven un poco más animado**-. Pero el grueso de la tripulación del *Revenant* son hombres normales. Si alguno de ellos se contamina y se dirige a Serendipita, comenzarán a engendrar híbridos casi de inmediato-.** Esto era cierto, obviamente, y yo asentí tranquilamente**-. Por eso es una suerte que sólo Astartes y miembros del Adeptus Mechanicus están incluidos en el grupo de abordaje. Ninguno de los siervos del capítulo será expuesto a la corrupción genestealer.**

-Quizás no inicialmente-, añadió Torven**-. Pero usted mismo lo ha dicho, pretenden seguir explorando el pecio mientras este permanezca en el materium. Eso podría abarcar años, quizás hasta una década, y en tal periodo de tiempo son muchas las cosas que pueden acabar pasando**.

-¿Y qué ocurriría si uno de los Astartes resultara ser implantado?-. Preguntó Kregeen**-. No tienen que engendrar hijos para actuar en interés de la mente de la prole, ¿no es verdad? -.** Por un momento, la imagen de las tropas de las FDP contaminadas que se habían vuelto contra Mira y contra mí en los túneles bajo

Fidelis me llegó a la cabeza, y traté de no imaginar los estragos que podría causar un Marine Espacial igualmente comprometido. Sin mencionar la posibilidad de que lo que ocurriría si un piloto de una Thunderhawk acabara implantado y se dedicara a pasar de contrabando abordo a unos cuantos puracepas, para asimilar una importante proporción de la tripulación humana, así como de la delegación local, y sembrando así el núcleo de otro culto de genestealers en el mismo corazón de la sociedad serendipitana.

-No, no necesitarían procrear-, le confirmé, reafirmando mi resolución de alejarme lo más rápido posible del *Revenant* **-. Plantearé esa posibilidad al capitán Gries lo antes posible y le haré saber qué necesitan conocer que precauciones tomará contra ello-.** Por lo menos era realista, y estaba seguro de que el capitán tenía planes de contingencia, aunque fueran los mismos que teníamos en la Guardia: ejecución sumaria y quemar el cuerpo. (Lo que de hecho acabó siendo el caso: cuando finalmente tuve la oportunidad de plantear el tema se puso tan agitado como nunca lo había visto, algo que he de reconocer que me pareció extrañamente tranquilizador. Obviamente consideraba que la idea de perder a uno de los suyos en favor de la mente colmena de una prole genestealer era tan aborrecible como le hubiera parecido a cualquier comandante mortal **(7)**).

***(7)** Si no más aun, pues tal acción habría contaminado también la sagrada semilla genética que portaba su huésped en las glándulas progenoides, pasando la mancha corrupta a cualquier nuevo recluta a el que se le fuera implantada.*

-Eso está muy bien-, dijo Duque**-, pero prefiero tomar mis propias precauciones-.** En ausencia de un hololito, o

pantalla de imágenes lo suficientemente grande para que todos pudiéramos mirar, nos pasó una placa de datos, en la que aparecían un grupo de puntos iluminados, con iconos que los identificaban como el pecio, el *Revenant* y una docena de naves de la FDS**-. Estoy desplegando mis naves para iniciar un bloqueo de acuerdo al patrón que pueden ver. He previsto rotaciones de las naves, de unas pocas cada vez, conforme a los requerimientos operacionales, reajuste de las trayectorias y reabasteciendo, pero de manera que el número total de naves desplegadas nunca baje por debajo del número que indico en la pantalla.**

-Parece bastante ajustado-, dije, aunque mi comprensión de las tácticas tridimensionales era tenue, y eso en el mejor de los casos; en cualquier caso, una de las primeras cosas que aprende un buen comisario (a diferencia de aquellos que solo saben tirar de manual y que ejecutan a un soldado en un abrir y cerrar de ojos, y que no terminan en el lado equivocado de una discusión en combate **(8)**), es a saber cuándo es el momento de dispensar unas pocas palabras de aliento**-. ¿Pero no dejará eso indefensas otras partes del sistema, al comprometer tantos de sus efectivos en esta operación?**

(8) *Un término de la Guardia Imperial para describir un caso de baja por fuego amigo.*

-Nos las arreglaremos-, aseguró Duque**-. Ciertamente no nos quedará mucha reserva estratégica, no lo puedo negar, pero si es necesario aún podemos responder a un ataque de los Pieles Verdes con suficiente eficacia. Y los genestealers están aquí y ahora, así que ahí no hay más que discutir. Aquí es**

donde desplegaré mis naves. Si ocurre lo peor, estaremos en disposición de evitar que causen daño alguno.

-Bueno, esperemos que no tenga que hacerlo-, dije, mirándole a los ojos y asintiendo casi imperceptiblemente con la cabeza para hacerle saber que lo había comprendido. Había colocado sus naves donde pudieran combinar su fuego contra el *Revenant* en caso de que llegara a suceder lo peor, y suficientes Recobradores así como sus vasallos fueron asimilados por la mente colmena de la prole para tomar el control del crucero. Si alguna vez llegara a suceder eso, la lucha sería realmente sangrienta, pero estaba casi seguro de que la FDS prevalecería por el simple peso de los números**-. Supongo que todos los demás han estado considerando los peores escenarios posibles, ¿estoy en lo cierto?**

Torven y Kregeen se miraron el uno al otro, luego asintieron al unísono, y me alegró ver que, en este aspecto, parecían estar trabajando juntos razonablemente bien**-. Lo hemos hecho-,** confirmó Torven**-. La mariscal y yo estamos de acuerdo en que los planes de contingencia existentes contra una invasión orka serán más que suficientes si llega el caso-.** Así que parecía que estábamos tan preparados como podríamos llegar a estarlo para defendernos de una fuerza de ataque de Marines Espaciales implantados encabezando un enjambre de genestealers: una posibilidad que esperaba fervientemente que siguiera siendo puramente teórica.

-El problema es-, dijo Kregeen**-, que no tenemos una idea real de la escala de la amenaza. En el mejor de los casos, los Astartes y los del Mechanicus están tan**

al tanto de las cosas como les gusta pensar, y podemos dejarlos que sigan adelante sabiendo que el bloqueo del almirante será suficiente para hacer el trabajo si fallan. En el peor de los casos, todo va a saltar en pedazos a la velocidad de la disformidad, y tenemos que estar listos para movilizarnos en un abrir y cerrar de ojos-. Se encogió de hombros**-. Entonces, ¿Cómo podremos ser advertidos si pasa algo?**

Adopté una expresión severa a fin de transmitir una sobria reflexión**-. Supongo que no lo sabremos con seguridad hasta que hayan estado allí-,** dije, después de detenerme lo suficiente para dar la impresión de que lo había estado meditando.

-Exactamente-, se mostró de acuerdo Torven. Se inclinó hacia mí, como si estuviera a punto de impartir una confianza que preferiría que nadie más escuchara**-. Por lo que todos nos sentiríamos mucho más felices si hubiera un observador objetivo en el grupo de abordaje.**

Cuando Duque y Kregeen asintieron con la cabeza y con una repentina emoción de horror que recordaba extrañamente a mi conversación con Mira, me di cuenta de a dónde querían llegar y quise gritar *"hijo de..."*. Sin embargo, me mordí metafóricamente la lengua y asentí de nuevo, como si estuviera considerando seriamente aquella maldita *"sugerencia"*.

-Podría pedirle al capitán Gries que me dejara acompañarle-, dije, lo cual era perfectamente cierto, dado

mi cargo era más que factible; pero tenía tanta intención de hacerlo como de volver a la fortaleza orka para desafiar al jefe de guerra local a un combate de lucha libre sin armas**-. Pero obviamente, no puedo predecir su respuesta-,** dije mientras me encogía de hombros, para demostrar que no tenía ni idea. No es que fuera una treta muy sutil, estoy seguro de que estarán de acuerdo conmigo, pero el caso es que funcionó. Todo el mundo se relajó visiblemente y, aunque nadie llegó a darme una palmadita en la espalda, no me quedó ninguna duda de que me esperaría una cálida bienvenida en Serendipita.

-No le podemos pedir más-, dijo Torven.

Sonreí, haciendo honor a mi reputación de modesto heroísmo, como si el hecho de que me pidieran que corriera un riesgo increíblemente peligroso, por no decir suicida, fuera algo rutinario para mí (y pensándolo bien, a esas alturas de mi carrera la realidad era más o menos así), y eché un vistazo a la mesa**-. Entonces, tal vez tenga más noticias para ustedes cuando nos encontremos en Serendipita-, dije**. Pasará lo que pasara, éste sería nuestro último encuentro a bordo del *Revenant*: al parecer los parásitos que Mira había estado pastoreando ya estaban hartos de la hospitalidad de los Recobradores, un sentimiento que estaba seguro de que era correspondido de corazón, o quizás solo fuera que el gobernador quisiera recuperar su lanzadera. En cualquier caso, la delegación debía partir al día siguiente, y el personal militar con ella. (Aparte de Duque y su gente, que se volverían a su buque insignia en un Aquila que había enviado con ese fin, y que estaba programado para llegar varias horas antes de que el grupo de embarque partiera hacia el *Engendro*).

Por supuesto, a pesar de la impresión que había dado, no tenía la menor intención de participar en lo que estaba convencido de que no era más que una misión suicida. Pero, una vez más, no había contado con Mira.



Había tomado la precaución de avisar a Jurgen antes de salir de la sala de conferencias, para asegurarme de que mis aposentos estaban libres de mi autoproclamada consorte, así que debo admitir que me sentí un poco engañado por el destino cuando esta apareció de un pasillo transversal cercano a los aposentos de los invitados tan abruptamente como un villano en una obra de misterio **(9)**.

(9) *Un popular tipo de festival de entretenimiento en cierto número de mundos del Brazo Oriental, en los que se mezclan episodios de las vidas de los santos o del Emperador con crudas muestras de humor cotidiano. Lejos de ser consideradas obras sacrílegas, generalmente cuentan con la favorable aprobación de la Eclesiarquía, donde entienden que es una forma más de transmitir la palabra del Emperador entre el pueblo llano, y que bien se podían aguantar algunas bromas flatulentas para que su mensaje llegara a cuantas más personas fuera posible.*

Verla de nuevo en carne y hueso, por muy agradable que fuera, me desconcertó considerablemente, y el dilema que había conseguido apartar del fondo de mi mente bajo la presión de los acontecimientos más recientes volvió a emerger, dejándome totalmente acorralado.

-Ciaphas-. Me saludó, sonriendo como un gato a un ratón. Evidentemente todavía estaba de buen humor y

aparentemente muy contenta de verme**-. Que agradable sorpresa.**

-Podría decir lo mismo-, respondí, sonriéndole a mi vez y preguntándome si sería capaz de evitar la inevitable confrontación un poco más, o si simplemente debería acabar con ese mal trago lo antes posible. Seguí caminando en dirección a mi camarote mientras hablaba, con la vaga esperanza de que tuviera asuntos urgentes en otra parte, o de que al menos, si todo se torcía, estuviera menos dispuesta a intentar matarme estando Jurgen presente. Para mi sorpresa, se colocó a mi lado, parloteando alegremente mientras avanzábamos por el pasillo.

-Acabo de recibir una excelente noticia-, me informó, y a pesar de la leve picazón en las palmas de las manos que me provocaron sus palabras, asentí, como si no pudiera esperar a escuchar los detalles.

-Bien-, dije, sin mentir del todo**-. No puedo esperar a escucharlas.**

Mira sonrió, y por un momento pareció que yo le había felicitado por el esmalte de sus uñas**-. He estado hablando con el senescal-,** me dijo alegremente, como si yo supiera o me importara a cuál de los endogámicos zánganos de la delegación se estaba refiriendo**-, y me ha dicho que no todos los militares van a volver a Serendipita en el transbordador mañana.**

-Así es-, dije, preguntándome cómo se había enterado de eso algún civil metomentodo, mientras tomaba nota mental

de recordar a todos los presentes de las FDS lo que significaba enfermar de quiero que saber'', y meterles el miedo al Trono hasta que se les curara**-. Duque y su gente se unen al bloqueo (10).**

(10) *Irónicamente, a pesar de su ambivalente opinión respecto a ella, y salvando las distancias, para aquel entonces Caín ya consideraba a Mira más una oficial que una civil, a menos claro está, que se estuviera refiriendo a sus habilidades diplomáticas.*

-Oh, ya lo sabías-. Parecía un poco decepcionada, como si yo hubiera adivinado el final de un chiste que estaba contando antes de llegar al final. Luego se animó de nuevo**-. Así que sabes lo que significa, ¿verdad?**

-¿Qué tendremos un poco más de espacio para las estirar piernas?-, me aventuré, aunque por lo que recordaba de la llegada del transbordador, eso no parecía muy importante.

Mira me sonrió, sin saber si estaba bromeando o si realmente no lo entendía. Claramente se decantó por esto último, y sonrió más ampliamente**-. Hay sitio para más pasajeros-,** dijo. Como no me puse a dar palmas con las orejad, se apresuró a añadir**-. Nosotros.**

Que el Emperador me ayude, pensé, lo decía totalmente en serio. Dejé de caminar y la miré perplejo.

-Mira, no puedo decidir que dejo mi puesto e irme por un capricho-. Los primeros nubarrones empezaron a aparecer sobre sus cejas perfectamente arregladas, mientras arrugaba el ceño hasta formar unas profundas

líneas de expresión, y yo continué como si siempre hubiera tenido la intención de hacerlo, con la esperanza de evitar que se enfadara. Ahora que parecía una posibilidad clara, decidí que no podía enfrentarme a una confrontación justo en ese momento**-. Por mucho que me guste la idea, tengo deberes y responsabilidades que considerar. Hay demasiada gente aquí que cuenta conmigo.**

-¿Acaso significan ellos más para ti que yo?-, preguntó, y pude oír en su voz el primer estruendo de la tormenta que se acercaba, como el retumbar de una artillería lejana.

-Lo que yo quiera no tiene nada que ver-, dije. De un modo u otro, aquello era enteramente cierto, desde el primer día en el que me fije la faja, y dio verosimilitud al resto de mis palabras**-. Lo que estoy haciendo ahora podría ser crucial para proteger Serendipita de los genestealers. Si ahora les diera la espalda a todos ellos, ¿sería entonces realmente el hombre que quieres a tu lado en Viridia? -.** Para mi alivio, el primer leve destello de duda empezó a aparecer en su rostro, mientras empezaba a meditar sobre ello, así que me asegure de aprovechar la ventaja que acababa de obtener**-. Si me subiera a ese transbordador contigo ahora, te arrepentirías. Tal vez no hoy, ni mañana, pero sí lo harías a no mucho tardar, y te lamentarías por el resto de tu vida. Nunca sabrías si estaba contigo por ti, y por el bien de Viridia, o por mis propias y egoístas razones.**

-Lo sabría-, dijo ella tratando de aparentar seguridad, pero el parpadeo de duda en sus ojos la delataba.

-Si pudiera ir contigo, lo haría, ya lo sabes-, dije, con bastante sinceridad; no tenía mucha idea de lo que se suponía que debía hacer el consorte de una gobernadora, aparte de proporcionarle uno o dos herederos, algo que confiaba en poder hacer dada la cantidad de práctica que habíamos tenido a ese respecto, pero de lo que si estaba seguro es de que les disparaban con bastante menos frecuencia de la que yo estaba acostumbrado, y la comida y el alojamiento serían ciertamente muy superiores a todo lo que ofrecía la Guardia Imperial**-. Pero el caso es que me necesitan aquí. El grupo de abordaje zarpará en las próximas horas, y la Guardia y los Serendipitanos necesitaran mis informes. La seguridad de todo el sistema podría depender de ello-.** No me importa admitir que a estas alturas estaba mintiendo como un cosaco, pero los resultados fueron innegablemente satisfactorios: Mira me miraba con una especie de respeto asombrado que no había visto antes y que, no me molesta confesar, me gustaba bastante.

-¿Vas a ir al pecio espacial?-, preguntó, ya sin ningún rastro de su incipiente rabieta, y yo asentí, aprovechando el momento.

-En cualquier caso, me han pedido que así lo haga. Iba a discutirlo con el capitán Gries cuando me encontré contigo-. Demasiado tarde, me di cuenta de la trampa que me había tendido mi propia lengua. Mira no podría guardarse un jugoso chisme como ése para sí misma, como tampoco podía dejar de respirar, y apostaba todos mis créditos a que mis palabras ya estarían en boca de todos los parásitos a los que estaba pastoreando antes siquiera de que pasara una hora. Algo que me importaba un comino,

salvo que Torven y Kregeen estarían en el transbordador con ellos, así que a buen seguro también se enterarían de todo, y mis posibilidades de conservar su buena opinión de mi persona una vez que se dieran cuenta de que había evitado aproximarme al *Engendro* serían entre escasas e insignificantes.

-Entonces será mejor que te deje seguir con lo tuyo-, me dijo Mira, soltándose de mi brazo cuando llegamos a la puerta de mis aposentos. Cuando la abrí, el inconfundible aroma de Jurgen se esparció por el pasillo y ella se dio la vuelta rápidamente-**. Buena suerte.**

-Gracias-, respondí, entrando y esperando de corazón no necesitarla.

-¿Se encuentra bien, señor?-, me preguntó Jurgen, con una preocupada expresión de sorpresa en su sucio rostro**-. Parece un poco cansado, si no le importa que se lo diga.**

-No puedo negar que me he sentido mejor en otras ocasiones-, admití.

-Le voy a preparar un poco de tanna-, dijo Jurgen, alejándose en busca de una tetera.

-Gracias-, dije**-. Por otro lado, si no le importa, ¿puede organizar una reunión con el capitán Gries?**

Mientras el agradable aroma de la tanna que Jurgen estaba preparando empezaba a impregnar la habitación, me dije a mi mismo que aún no estaba todo perdido. Después de todo, Gries siempre podía decir que no.

CAPÍTULO DIECISIETE

Debería haber sabido que eso no sucedería. Gries se mostró de acuerdo en el mismo instante que le transmití la propuesta; no llegó a darme una palmadita en la espalda y a decirme *"ojalá yo pudiera ir con usted, recoja un par de objetos arqueotecnologicos para mí"*, pero probablemente lo hubiera hecho si ese tipo de cosas no resultaran indecorosas para un Astartes de su rango y antigüedad. Estando así las cosas, se limitó a asentir con la cabeza, mientras decía**-. Eso sería aceptable-,** e hizo que uno de los siervos del Capítulo se apresurara a hacer los arreglos antes de que yo pudiera pensar en una excusa plausible para tratar de hacerle cambiar de opinión.

El único lado positivo de todo aquel lamentable lío fue que Mira se quedó tan impresionada con mi aparente heroísmo que insistió en pasar conmigo las pocas horas que quedaban antes de mi partida, dándome una "*despedida*" tan prolongada y extenuante, que realmente estuve a punto de pensar que arriesgarme a una dolorosa e inminente muerte quizás valiera la pena y todo. Sin embargo, mientras caminaba por la explanada hangar hacia la Thunderhawk que me esperaba, decidí que la perspectiva de llevarme a la tumba unos cuantos recuerdos felices no compensaba el plomizo plomo del miedo que ahora lastraba mi estómago.

-Comisario-, me saludó Drumon en cuanto me vio llegar**-. Tengo buenas noticias. Los relés vox de los G.A.T.O.S están funcionando bien, al menos en la mayoría de los casos, y no parece haber actividad genestealer en las cercanías de nuestra zona de aterrizaje.**

-No sabe cómo me alegra oír eso-, le respondí, tratando de parecer relajado, entusiasta y perfectamente seguro de mí mismo, aunque probablemente fracasé estrepitosamente en todos los aspectos, antes de que el significado completo de sus palabras lograra atravesar mis temores**-. ¿Qué quiere decir con "*en la mayoría de los casos*"?**

-Tres de ellos no transmiten dato alguno-, me explicó Drumon**-. Deducimos que se han materializado demasiado profundamente en el interior del pecio para que la señal vox logre atravesar el casco.**

-Entonces podemos afirmar con total certeza que no fueron destrozados por los genestealers, ¿correcto?-. pregunté, tratando de sonar como si estuviera bromeando.

-Podemos inferir que esa posibilidad es extremadamente poco probable-, me aseguró Yaffel, acercándose a nosotros, y me pregunté cómo le iría a él si el *Engendro de Condenación* estaba tan destrozado por dentro como parecían estarlo los restos de los cruceros parcialmente reconocibles en su superficie **(1)**.

(1) *La experiencia de Caín con naves dañadas era básicamente respecto a los daños producidos en combate, así que seguramente estaría suponiendo daños producidos por torpedos o baterías de lanzas, con lo que a buen seguro el tecnosacerdote tendría problemas para entenderle.*

Drumon asintió**-. Si hubieran sido inutilizados por una acción enemiga, habrían transmitido algunos datos antes de que se cortara el enlace-,** señaló, y, algo tranquilizado, me hice eco del gesto.

-Bueno, uno de ellos así lo hizo-, comento Yaffel, perfectamente sincronización para dar por el saco, y mi floreciente confianza se marchitó de nuevo como una ensalada Tallarniana**-. Pero puedo descartar con seguridad que la causa haya sido la agresión de un genestealer.**

-Estoy encantado de oírlo-, bufé**-. ¿Y la razón de su confianza se debe a...?**

Yaffel se estremeció un poco, aunque no sabía si era debido a la indignación reprimida ante mi manifiesto escepticismo, o por las vibraciones producidas en la cubierta por el avance sincronizado de nuestra escolta de Exterminadores hacia la Thunderhawk**-. El G.A.T.O en cuestión estaba equipado con sensores de movimiento-,** explicó**-. Nada podría haberse acercado a menos de veinte metros sin que quedara registrado, y nada lo hizo. Así que, a menos que conozca a alguna clase de genestealer capaz de desplazarse a más de noventa metros por segundo para superar el tiempo de respuesta del auspex a los movimientos en su proximidad, lo más probable es no se haya tratado más que de un simple fallo mecánico-.** Parecía realmente molesto por admitir la probabilidad de una avería, lo que supongo que era de esperar, habiendo observado en ocasiones anteriores lo reacios que eran los tecnosacerdotes a admitir que algo pudiera fallar en sus preciados artilugios.

-Los genestealers son endiabladamente veloces-, afirmé**-, pero no tanto-.** Se me ocurrió otra idea, y la aproveché con entusiasmo, viendo una última y débil

esperanza de evitar tener que acompañar a esta ridícula empresa**-. Supongo que ninguno de sus mascotas mecánicas ha sido capaz de analizar si hay algo apto que respirar por allí-.** Por supuesto, a los Recobradores les daría exactamente igual, y por lo que yo sabía, todos los miembros del contingente de tecnosacerdotes tenían pulmones augméticos, pero definitivamente yo necesitaría contar con una atmósfera con una pizca de oxígeno para seguir adelante. Ya había intentado respirar al vacío una vez, y había sido suficiente para toda una vida.

-Oh, sí que lo han sido-, me aseguró Drumon**-. Tanto la composición como la presión están dentro de los límites tolerables para un humano no modificado.**

-Bien, bueno es saberlo-, dije, y al momento percibí como el aire en mis inmediaciones se volvía ligeramente menos saludable, anunciando la llegada de mi ayudante.

-Siento haberle hecho esperar, señor-, se disculpó Jurgen, con un saludo en dirección a Drumon, un compromiso al que solía recurrir cuando no estaba seguro de cuál era la posición de alguien relacionado con el ejército respecto a su propia posición **(2)**, un tanto nebulosa, y una inclinación de cabeza hacia Yaffel**-. Estaba preparando un termo de tanna y unos sándwiches, por si más tarde le entra un poco de hambre.**

(2) *Como Caín comenta en múltiples ocasiones a lo largo de sus memorias, Jurgen, aunque contaba sin duda con el apoyo del Comisariado, y aunque técnicamente estaba fuera de la cadena de mando de la Guardia Imperial, seguía sirviendo técnicamente como un miembro de la Guardia, y por tanto sujeto a sus códigos de conducta. Generalmente, Jurgen solía ignorar por completo las contradicciones a las que se enfrentaba sobre su estatus, a menos*

que hubiera algo que le pudiera beneficiar al actuar de una forma u otra, que es precisamente lo que sucede en este caso.

-Gracias, Jurgen-, dije, y aunque en ese momento habría hecho falta mucho más que un rápido sorbo de tanna para animarme, sentí que mi ánimo empezaba a resurgir. Como ya he comentado antes, su flemática actitud y su aparentemente ilimitada confianza en mi liderazgo, aunque fuera errónea, me resultaban curiosamente alentadoras. Llevaba el fusil láser colgado de un hombro, de una forma tan aparentemente casual que contradecía la rapidez con la que podía descolgarlo y aprestarse a disparar, y como siempre, parecía tan perfectamente dispuesto a seguirme en aquella absurda aventura sin pensar más en los riesgos que esta entrañaba, que en hacer una incursión en la cantina en busca de un tentempié.

Su armadura antibalas estaba parcialmente oculta por una maraña de bolsas y correas, que sólo el Emperador sabría qué narices contendrían (aparte de un termo de tanna y algunos bocadillos, por supuesto, aunque su ubicación exacta también era una completa incógnita), pero a esas alturas habíamos servido juntos durante tanto tiempo que algo me hubiera parecido que iba mal si se hubiera mostrado dispuesto a aventurarse en el campo de batalla sin ellas**-. Como siempre, su sincronización es impecable-.** Obviamente eso no era exactamente cierto, pero lo cierto es que nadie más parecía estar realmente listo para irse.

-Será mejor que subamos a bordo-, dijo Drumon, guiándonos hacia la rampa de acceso al interior de las entrañas de la Thunderhawk. Al no ser capaz de encontrar razón alguna para quedarme atrás, le seguí

inmediatamente, con Jurgen pisándome los talones. Yaffel se quedó dónde estaba, tambaleándose ansiosamente, mientras un par de servidores de carga que lucían como con orgullo con el emblema del Adeptus Mechanicus en sus uniformes se acercaban a la Thunderhawk, transportando cajas cubiertas de latón, poniendo extremo cuidado, como si una esposa aprensiva estuviera observando cómo dos operarios llevaban la porcelana familiar a un camión de mudanzas. No tenía ni idea de lo que contenían, y me importaba aún menos, más allá de deducir que tenían algo que ver con la expedición de saqueo de los tecnosacerdotes **(3)**.

***(3)** Debido a la vaga descripción de Caín, es bastante difícil estar seguro de ello. Aunque entra dentro de lo posible que se tratara de núcleos de cogitadores portátiles, diseñados para descargar los datos de los venerables archivos que pudieran localizar en el interior del pecio, antes que tratar de recuperar físicamente dichos equipos. De esa forma la información sobreviviría, incluso si el mecanismo que la contuviera probara ser demasiado frágil para ser recuperado intacto.*

El interior del compartimento de pasajeros parecía bastante menos cómodo de lo que recordaba, ya que una docena de Exterminadores ocupa bastante espacio **(4)**, aunque encontramos fácilmente nuestros asientos, y esta vez me aseguré de hacerme con unos auriculares antes de ponerme el cinturón. El asiento al que Drumon me había guiado, antes de acomodarse en el suyo y que estaba situado entre el imponente volumen de los Exterminadores y los tecnosacerdotes vestidos de rojo que parloteaban entre sí en binario, me proporcionaba una clara línea de visión gracias a una cercana portilla de observación, a través de la cual pude observe cómo Yaffel dirigía la carga de los últimos bultos de su equipaje antes de subir la rampa y reunirse con nosotros.

(4) *Dado que el Codex Astartes especifica un límite máximo de diez hombres para una escuadra de Marines del Espacio, incluyendo a los Exterminadores, podemos inferir que se encontraban presentes dos escuadras más pequeñas, o quizás tan solo una, aunque reforzada mediante la inclusión de algunos especialistas de algún tipo. Teniendo presente que la mayoría de los individuos que tenían el honor de portar armaduras de Exterminador actuando como especialistas adscritos a una unidad normal solían ser bibliotecarios, y que estos habrían reaccionado visiblemente al don de Jurgen, podemos deducir razonablemente que se trataba de la primera posibilidad; lo que encaja con la anterior descripción de Caín sobre una escuadra especializada de asalto trabajando con una unidad normal de Exterminadores. Claro, que eso sería si confiamos en su por otro lado vaga estimación del número de Marines en las unidades presentes.*

Apenas lo hizo escuchamos el estruendo de la escotilla al cerrarse, aunque más bien sentimos su vibración pues su sonido fue amortiguado por el creciente estruendo de los motores, pero como fuera, mis huesos se estremecieron ante ese cierre, y una vez más, la sofocante sensación de aprensión que tanto había luchado por disipar se apoderó de mí. Me gustara o no, ya estaba comprometido, a punto de poner el pie a bordo de una trampa mortal creada por la disformidad, y por mucho que lo deseara, ya no podía dar marcha atrás.



No esperaba que el corto trayecto desde el crucero de asalto al *Engendro de Condenación* durara más de un puñado de minutos **(5)**, pero he de reconocer que me pareció una eternidad, y mi aprensión aumentaba con cada segundo que pasaba. Para tratar de distraerme, fui cambiando las distintas frecuencias que los auriculares podían captar, pero ninguna de las conversaciones que capté tenía mucho sentido para mí: el contingente del

Mechanicus parecía contentarse con seguir parloteando entre ellos en su propio idioma, mientras los Exterminadores estaban absortos en una de las letanías previas a la batalla propias de su Capítulo y Drumon parecía estar meditando, sin duda rezando al Omnissiah para que le proporcionara un alijo de arqueotecnología lo suficientemente jugoso como para que mereciera la pena correr el absurdo riesgo que estábamos asumiendo. Dado que ni en el mejor de los casos se podría decir que Jurgen destacara precisamente por ser un conversador brillante, no me quedó otra que sumirme en mis propias contemplaciones, sin nada en que poder ocupar mi mente a excepción de la ominosa visión a través de la portilla de cristal blindado que tenía ante mí.

(5) *Más bien un cuarto de hora, de acuerdo a los registros oficiales de la misión.*

Hasta que nuestra Thunderhawk salió de la bahía de atraque, no había tenido ni idea de lo que se había acercado el *Revenant* al pecio espacial; pero casi tan pronto como la robusta nave de combate salió de la sombra de las puertas del hangar, el vasto derrelicto llenó nuestro campo de visión, como si fuera un deforme asteroide metálico. Nuestro piloto nos alejó del *Revenant* en una trayectoria parabólica para aproximarse al pecio, concretamente a los destrozados restos de la nave de clase Redentor, que yacía en algún lugar del lado más lejano de la vasta amalgama de chatarra. Nuestro crucero de ataque se fue encogiendo rápidamente, a medida que nos alejábamos de él, mientras que las dimensiones del pecio espacial no parecían apenas haber cambiado. Me acordé de los diminutos peces que acompañan a los leviatanes oceánicos **(6)**, y luego, para mi mayor incomodidad, de las bioformas menores que pululan alrededor de la masiva forma de una nave colmena tiránida.

(6) *Algo de lo que pudo haber sido testigo en persona, durante la batalla por las Colmenas flotantes de Kosnar.*

Aunque intenté distinguir algunos de los rasgos más identificables que recordaba de la imagen hololítica que Drumon y Yaffel me habían mostrado, mi esfuerzo resulto ser inútil. Ni que decir tiene que yo ya había visto naves espaciales desde el exterior en múltiples ocasiones, pero en todos los casos sus cascos habían estado bien iluminados por una miríada de fuentes de luz, desde los enormes focos que guiaban a los pilotos de las lanzaderas hacia las bahías de los hangares, hasta las chispas de los sopletes de soldadura en las manos de los teconoadeptos equipados con trajes de vacío que trabajaban en el casco, por no mencionar el cálido y acogedor resplandor que se filtraba desde innumerables portillas. Sin embargo, la inmensa masa del *Engendro de Condenación* era totalmente oscura, tan sombría e inhóspita como el propio vacío, de modo que, a pesar de su tamaño y solidez, parecía un insustancial fantasma, apareciendo como un pozo de absoluta negrura contra el estrellado telón de fondo del espacio.

Al cabo de unos instantes, la sombra se había expandido hasta acabar abarcando toda la portilla de observación, y sentí una abrumadora sensación de vértigo, como si estuviéramos cayendo por un abismo infinito desgarrado en el mismo tejido del universo. Me agarré con fuerza a los reposabrazos y escuché el acelerado martilleo de mi corazón, que por un momento o dos pareció ahogar el perpetuo aullido de los motores de la Thunderhawk **(7)**.

(7) *Mas bien habían sido los reactores de la nave los que habían reducido su potencia, para permitir que la cañonera se aproximara a su destino, mientras el piloto corregía la altitud en preparación para la maniobra de atraque.*

Sólo en ese momento, quizá porque ya estábamos tan cerca, empecé a ser capaz de distinguir distintos patrones en la oscuridad de aquella inquietante negrura, sombras más profundas que delataban profundas fisuras en la superficie de detritus acumulados que sobrevolábamos, y el tenue brillo de la luz de las estrellas reflejada en retorcidos picos y promontorios del horizonte metálico.

-¡Magnífico!-, exclamó Yaffel, con una sinceridad aparentemente genuina, y me encontré reflexionando sobre el porqué nunca había un objeto pesado lo bastante cerca como para tirárselo a alguien cuando uno realmente lo necesitaba.

-Esperemos que siga pensando lo mismo cuando tenga una manada de genestealers pisándole los talones-, rezongué, olvidando momentáneamente que él no contaba con tal característica humana, aparte del áspero sarcasmo que se alejaba bastante de lo que la cortesía y el protocolo permitían.

-Seguramente nuestros Exterminadores deberían ser más que capaces de mantenerlos a distancia-, comentó Drumon con ironía, despertándose de su trance a tiempo para evitar cualquier réplica que el tecnosacerdote estuviera a punto de hacer.

-Permanecer al rango máximo del alcance de los bólters sería mejor-, apunté, esforzándome esta vez por poner un tono agradable, y asentí para transmitirle mi gratitud por ayudarme a suavizar un momento potencialmente incómodo.

-Mejor para algunos-, comentó el Exterminador más cercano, levantando una mano para mostrar las temibles garras que había visto por última vez destrozando una pieza de artillería. Su casco se volvió en mi dirección, y la voz que salía de él estaba impregnada de la tranquilidad que da una confianza inquebrantable**-. A mí, la distancia de mi brazo ya me vale.**

-Me alegro de oírlo-, respondí amablemente**-. De acuerdo a mi experiencia, si hay algo que se puede afirmar con total rotundidad sobre los genestealers, es que siempre hay suficientes para todos.**

-Bien dicho-, dijo el sargento que había visto por última vez en las ruinas de Fidelis**-. Estaremos preparados si les da por aparecer.**

-No van a aparecer-, afirmó Yaffel, con un tono de voz que podría haber sido de irritación si los tecnosacerdotes no estuvieran por encima de tales sentimientos humanos**-. Los corredores alrededor de la cabeza de playa están completamente libres de criaturas. Ninguno de los G.A.T.O ha registrado movimiento alguno.**

-Entonces, ¿dónde diablos se esconden? -, pregunté tratando de mantener un tono razonable.

-Lo más probables es que estén hibernando-, explicó Yaffel antes de añadir**-. Si es que para empezar queda alguno vivo ahí dentro-.** Aunque su cuerpo no estaba precisamente diseñado para encogerse de hombros, hizo un esfuerzo encomiable, neutralizado eficazmente por su el

exoesqueleto de sus hombros**-. Después de todo, sólo hemos podido deducir su presencia en base a la infiltración en Viridia. Es posible esta procediera de una fuente totalmente ajena al pecio.**

-Es posible-, admitió Drumon**-, pero altamente improbable.**

-Sea como sea-, continuó Yaffel, concediendo veracidad al argumento de Drummon, probablemente porque si se hubiera molestado en calcular las probabilidades, como solía hacer, no habría logrado más que echar por tierra su propia argumentación **(8)-, no hay razón para suponer que hubiera más que un puñado de esas criaturas a bordo.**

(8) *Suposición bastante acertada por parte de Caín. La probabilidad de que los genestealers que infestaron el Sistema Viridia hubieran tenido un origen distinto al Engendro de Condenación es del orden del 0,35%, de acuerdo con los cálculos realizados por mi sabio, Mott, quién tiene una innegable capacidad para este tipo de análisis estadísticos. En cualquier caso, ya que se menciona, Mott acompañaba frecuentemente a Caín en sus numerosas visitas a casas de juego.*

-¿Me puede poner eso por escrito?-, pregunté, permitiendo una vez más que el nerviosismo que sentía impregnara las palabras con más irritabilidad de la que hubiera querido**-. Si realmente hay genestealers a bordo del pecio es porque los tiránidos los han puesto ahí, y estos nunca se molestan con un puñado cuando no les cuesta un carajo poner unos pocos cientos -.** Resultó que incluso aquella fue una lamentable subestimación, pero como todavía continuaba en la feliz ignorancia de aquel hecho en particular, mi inicial conjetura

me preocupaba más que suficiente como sentirme bastante aterrado de seguir adelante.

Cualquier otra discusión se vio interrumpida por incómoda pausa cuando los motores volvieron a encenderse y la Thunderhawk se inclinó bruscamente, mientras levantaba el morro cuando el piloto alineaba la nave con lo que quedaba de la bahía de acoplamiento del viejo *Redentor*. Entonces se encendieron los focos externos de nuestra aeronave, mostrando la vista del metálico desierto del exterior, y los miembros del pequeño grupo de tecnosacerdotes emitieron un ansioso jadeo, incluso a pesar de que sin duda la mayoría de ellos consideraban que tales muestras de emoción estaban fuera de lugar ante el curso normal de los acontecimientos.

No es que pueda culparles por ello. A su manera, el paisaje metálico era bastante impresionante, aunque innegablemente sombrío. Se extendía por debajo de nosotros, llenando las portillas de observación hasta el irregular horizonte, mostrando un páramo de placas de cascos doblados y abollados, elementos estructurales cortados y lo que a mí incómodamente me parecían los restos de un transbordador de un tamaño similar a nuestra Thunderhawk. Fuera lo que fuera, había impactado demasiado rápido como para dejar restos en buen estado para poder identificarlo, aunque si me percaté de que las proporciones de sus retorcidos restos eran erróneas desde el punto de vista humano, lo que me hizo sospechar que había sido fabricada por xenos. Sin embargo, ya había quedado fuera de nuestro campo de visión antes de que hubiera tenido tiempo de llamar la atención de Drumon para pedirle su opinión, mientras nuestro descenso se había vuelto aún más precipitado.

Después de haber pasado por más bahías de atraque de las que puedo contar, ya incluso en aquellos días, me aferré a los reposabrazos de mi asiento justo cuando el piloto nos hizo girar vertiginosamente, y el campo gravitatorio de a bordo fluctuó incómodamente durante uno o dos segundos mientras se sincronizaba con el local y establecía una dirección sutilmente diferente de donde era abajo. Ahora, en lugar de descender, parecíamos estar aproximándonos a una sólida pared de metal agrietado y, a pesar de saber intelectualmente que nuestro piloto era más que competente, me tensé involuntariamente esperando un impacto que mi cerebro insistía en que estaba a punto de llegar.

Pero evidentemente no fue así. Tan pronto como Jurgen ahogó una imprecación respecto a las respectivas familias de los pilotos, que se desvaneció en medio de los ecos que nos rodeaban, el exterior de la abandonada nave desapareció para ser reemplazado por las distintivas paredes de una bahía de atraque.

-Parece que todavía funciona-, comento Yaffel, con un extraño rin tin tin en su mecánico tono, como diciendo “*ya os lo dije*”.

-En efecto-, coincidió Drumon**-, pero las apariencias pueden resultar engañosas.**

-Así es-, convino Yaffel**-. Pero deberíamos ser capaces de cerrar las compuertas y presurizar la cámara sin demasiada dificultad-.** Las luces de los focos montados en el casco se reflejaban brillantemente en las paredes de

envejecido metal, mostrando que sus contrafuertes eran más esbeltos y finamente forjados que los que estaba acostumbrado a ver a bordo de las naves imperiales, y los arcanos mecanismos esparcidos por la periferia del muelle parecían de algún modo más simples y compactos. No tenía ni idea de lo que esto significaba, más allá de una vaga noción de que nuestros intrépidos cazadores de arqueo tecnología se habían adelantado a los acontecimientos, y que todos los objetos realmente útiles probablemente habrían sido rescatados tiempo atrás por otros generaciones de cazatesoros; pero Yaffel y los demás no parecían desanimados, más bien al contrario, charlando entre ellos a la endiablada velocidad que permitía el binario, y señalando cosas con los dedos y mecadendritas como si fueran chiquillos en una tienda de chucherías.

Un último impacto me sacudió la columna vertebral y el chillido de los motores se redujo a un tono que me permitió quitarme los auriculares. Jurgen sacudió la cabeza, rociando caspa a su alrededor, mientras seguía mi ejemplo.

-Bueno, el viaje no ha durado mucho-, comentó, comprobando su fusil láser mientras bajaba de un salto al suelo desde el sillón diseñado para el tamaño de un Astartes que había estado ocupando**-. Visto, lo visto, será mejor que la próxima vez me traiga un escabel.**

-Buena idea-, dije, flexionando las piernas y preguntándome por qué no se me habría ocurrido a mí esa idea. Un leve temblor se transmitía por la cubierta bajo mis pies, algo que me pareció un tanto extraño, y me encontré buscando la causa.

-Es asombroso-, musito embelesado Yaffel, mirando por la portilla durante un momento, antes de dirigirse a Drumon con aire de autocomplacencia**-. Parece que los relés autónomos siguen funcionando.**

Como acertadamente supondrán, yo no tenía ni idea de lo que estaba hablando, ni me interesaba un pimiento, pero lo esencial me quedó lo suficientemente claro: el espíritu máquina de la nave debía seguir vigilando el hangar, incluso después de todos aquellos milenios, porque las enormes puertas se cerraron con una suavidad y una precisión espeluznantes. En el *Revenant* se había necesitado una docena de tripulantes equipados con trajes de vacío para supervisar un mecanismo equivalente a este, y el mismo número para empezar a bombear la atmósfera en la cámara una vez había quedado esta sellada. Al parecer, aquí la nave era capaz de hacer el trabajo por sí misma, sin necesidad de supervisión alguna.

-¿Quién está cerrando las compuertas del hangar?-, preguntó Jurgen, empuñando su fusil láser mientras miraba ansioso a través del cristal blindado, evidentemente esperando encontrar con que en cualquier momento, hordas de enemigos emboscados se abalanzarían sobre la Thunderhawk.

-El espíritu máquina de la nave-, le explicó el tecnosacerdote, sin duda disfrutando de la oportunidad de describir los milagros del Dios-Máquina, a pesar de la manifiesta incapacidad de mi ayudante para comprender los argumentos más simples de la tecnoteología. (En este punto me veo obligado a confesar que mi capacidad para comprender tales asuntos teológicos tampoco es precisamente buena).

Para mí, o algo funciona o no funciona, y en el segundo caso no es más que un problema para los visioingenieros. (Para eso tenemos a los tecnosacerdotes, ¿o no?)**-. Es evidente que es consciente de nuestra presencia.**

-Pues entonces esperemos que sea el único-, dije, escudriñando las sombras en busca de señales de movimiento. No tenía ni idea de si los genestealers podían sobrevivir sin aire **(9)**, pero hacía tiempo que había aprendido que vale mucho la pena no subestimar nunca a un enemigo.

(9) *No, definitivamente los genestealers no pueden sobrevivir en el vacío indefinidamente, como algunos otros de las bioformas tiránidos adaptados a este medio, pero si tienen la capacidad de aguantar en el vacío, manteniendo totalmente su capacidad de raciocinio y su peligrosidad, más tiempo del resistiría ningún ser humano desprotegido; por lo que despresurizar una nave o incluso una estación del vacío no asegura su completa eliminación.*

Drumon miró en mi dirección, con una placa de datos en la mano, y asintió tranquilizadoramente**-. Ninguno de los G.A.T.O está registrando movimiento-,** dijo**-, así que parece una razonable deducción.**

-Por el momento-, puntualicé.

-Por el momento-, coincidió Drumon, y se puso el casco. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba un poco atenuada por el vox externo**-. Te avisaré en cuanto registren algo-.** Comenzó a dirigirse a la esclusa más cercana, sin duda con la intención de hacer lo que fuera necesario para proporcionarnos algo de aire exterior que pudiéramos respirar, pero antes de que pudiera entrar en ella, me di

cuenta de un tenue zarcillo de niebla que se deslizaba justo delante de la portilla.

-Creo que te han ahorrado otro trabajo-, le dije, empezando a comprender por qué Yaffel y él estaban tan interesados en recuperar las antiguas tecnologías que hacían posible maravillas como ésta. Una vez comprendidas, sin duda podrían utilizarse en beneficio del Imperio de formas que yo ni siquiera podía imaginar. Sin embargo, por muy grandes que fueran esos hipotéticos beneficios, la amenaza de los genestealers era real e inmediata, y decidí no bajar la guardia ni por un segundo.

-Eso parece-, confirmó el Tecnomarine. Señaló hacia la rampa de embarque, incluyéndonos a todos en la invitación general**-. ¿Aprovechamos entonces la circunstancia?**

-No me lo tendrá que decir dos veces-, acepté gallardamente, decidido a dar la impresión de que me sentía seguro de sobrevivir a las próximas horas, y avance hasta ponerme a su lado.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Para mi sorpresa, la primera impresión que tuve cuando escuché el eco de mis botas al pisar las antiguas planchas de metal de la cubierta, que posiblemente tuvieran la mitad de la edad del Imperium **(1)**, fue de paz. La vetustez y el tamaño de la cavernosa bahía del hangar le otorgaban en cierta forma un aire catedralicio, y aunque nunca he tenido mucho tiempo para los cantos, salmos y demás chorradas, **(2)** debo admitir que he encontrado tales lugares agradablemente tranquilos en las pocas ocasiones en que he tenido motivos para visitar su interior. El techo era alto, aunque carecía de los contrafuertes curvados que habría esperado ver a bordo de un buque de la Armada, pero el bajorrelieve del águila en la pared del fondo, que se alzaba dominando el hangar, era lo suficientemente tranquilizador, aunque había sido representado de una manera que lo hacía parecer como si flotara sin que realmente dependiera de que apoyo soportara su peso. Evidentemente el aire estaba enrarecido, pero no peor de lo que uno esperaría encontrar en los niveles inferiores de la típica colmena promedio, y sentí que la espuria sensación de familiaridad que eso le daba a nuestro entorno también ayudaba a tranquilizarme un poco, al menos tanto como era posible dadas las circunstancias.

(1) De hecho era bastante posible que fuera incluso más antigua que eso; de acuerdo con los registros que han llegado a nuestros días, los cruceros pesados de clase Redentor fueron comisionados por primera vez en vida del mismo Emperador, y fueron empleados en gran número durante las ominosas cruzadas de Horus en la Herejía de Horus. Junto con muchos otros más, el secreto de su construcción se perdió en el curso de las centurias que siguieron a aquellos cataclismicos tiempos, y aunque permanecieron en servicio en la Flota Imperial, las subsiguientes e inevitables perdidas no pudieron ser reemplazadas. Según los registros, la última unidad superviviente fue destruida por los renegados

cuando trataron de abrirse camino a través del bloqueo en la Puerta de Cadia en el 35º Milenio.

(2) *Una irreverente manera de referirse a los cantos litúrgicos y a los inciensos votivos generalmente empleados por la Eclesiarquia.*

-Esto no está tan mal-, comentó Jurgen, sacando una linterna de algún lugar de entre su variopinta colección de bolsas que portaba, y encajándola en el soporte para la bayoneta de su fusil láser. Los focos externos de la Thunderhawk seguían encendidos con la suficiente intensidad como para que nuestro entorno inmediato fuera claramente visible, pero a pesar de ello barrió metódicamente las sombras de las esquinas, y yo asentí, elogiando su precaución.

-Por ahora, todo va bien-, coincidí, desabrochando el cierre de la funda de mi pistola y aflojando el de mi espada-sierra en su vaina. Los Exterminadores avanzaron al trote para asegurar nuestra cabeza de playa, con sus armas preparadas, y me relajé un poco; nada iba a pasarles por encima sin que fuera más que evidente y se armara un escándalo. Sin embargo, para mi sorpresa, en lugar de tomar posiciones de disparo para cubrir la puerta que daba a la estigmatizante oscuridad del pasillo que salía del hangar, las corpulentas figuras cruzaron directamente la puerta y se perdieron más allá de la misma.

-¿Adónde van?-, preguntó Jurgen, sonando tan desconcertado como yo.

-Se están desplegando para cubrir nuestra línea de avance hacia los bancos de cogitadores-, explicó

Drumon, volviéndose a nosotros mientras se acercaba**-. Hay varios corredores transversales que se cruzan con nuestra ruta óptima.**

-Buena idea-, coincidí, recordando la maraña de conductos y pasillos proyectados en el hololito. Para mi gusto había demasiadas oportunidades donde preparar emboscadas, y tenía sentido asegurar tantas como fuera posible con centinelas antes de que el cuerpo principal de la expedición saliera de la bahía del hangar**-. No querría encontrar una horda de genestealers cargando contra tu... ah, magos. ¿Lleva todo lo que necesita?**

-Eso creo-, confirmó Yaffel, que se acercó con sus sirvientes y un grupo de acólitos vestidos de rojo. La mayoría de ellos cargaban más trastos que Jurgen, aunque no tenía ni pajolera idea de para qué narices les servirían. Lo único que reconocí con total certeza fue el bólter que llevaba Drumon y, con una repentina sensación de aprensión, caí en la cuenta de que, aparte del tecnomarine, Jurgen y yo éramos los únicos que llevábamos armas**-. Está claro que eso no lo sabremos con certeza hasta que lleguemos al santuario, pero creo que hemos sido capaces de anticipar la mayoría de las contingencias.**

-Aparte de tener que luchar para salir por patas-, dije, incapaz de reprimir el comentario**-. ¿No crees que sería aconsejable llevar algunas armas?**

-Los riesgos son insignificantes-, me aseguró Yaffel sin inmutarse por mi sarcasmo**-. Todavía no tenemos señales de movimiento de los G.A.T.O, y en el improbable caso de que uno o dos de los**

genestealers inactivos revivan dentro de nuestro perímetro, estoy seguro de que los Exterminadores serán más que capaces de mantenerlos alejados de nuestro grupo.

-¿Nuestro grupo?-. Repetí, disimulando mi horror lo mejor que pude**-. Tenía la impresión de que Jurgen y yo los acompañábamos sólo en calidad de observadores-**. Una responsabilidad que pretendía desempeñar desde la seguridad y la relativa comodidad del interior de la Thunderhawk, bien lejos de cualquier genestealer que pudiera estar al acecho en los alrededores.

-Pero comisario, ¿qué mejor oportunidad para observar que acompañarnos? -, preguntó Yaffel, como si estuviera concediéndome ¿haciéndome? un enorme favor**-. Puede controlar los canales de comunicación con la misma eficacia a través de su comunicador vox personal al tiempo que viene con nosotros, y de esa forma también podrá ser testigo de la operación de recuperación de primera mano.**

-Esa es una oportunidad que no puedo desaprovechar-, respondí asintiendo en su dirección como si le agradeciera la oportunidad que me dispensaba, mientras disimulaba la sensación de aprehensión que me estrujaba la boca del estómago con la facilidad que da toda una vida interpretando el papel de un valiente héroe imperial. Me seguía pareciendo que él era peligrosamente optimista sobre las posibilidades de un ataque genestealer, pero al menos tendríamos un escuadrón de Exterminadores detrás de los que escondernos, y por lo que había visto de la facilidad con la que habían limpiado el nido bajo las calles de Fidelis, no podrían superarles fácilmente. Por supuesto,

podría haberme negado a ir, pero eso habría significado sacrificar una parte de la consideración que Drumon me tenía, y con ello mi inmerecido prestigio entre los Recobradores. Así que, como siempre he hecho en ese tipo de situaciones, saqué pecho y busqué la manera de sacar provecho de una mala situación, al tiempo que me preparaba para salir por piernas si era necesario.

Sin embargo, mis temores parecían infundados, al menos al principio. Después de salir del muelle, avanzamos sorprendentemente rápido, pues los pasillos estaban libres de desorden y detritus en su mayor parte, aparte de algún panel que otro que había caído del techo, y algunas de las placas de la cubierta estaban lo suficientemente corroídas como para suponer un peligro de caída para los incautos. En uno o dos lugares había signos de haber habido obstáculos más serios, pero la vanguardia de Exterminadores se había ocupado de apartarlos de nuestro camino y no quedaba ningún obstáculo real para nuestro avance.

La única señal de que nuestros compañeros habían llegado antes que nosotros eran el polvo removido por sus pisadas en la capa de polvo milenario, y que discurría a lo largo del centro del pasillo, aparte de alguna ciclópea huella ocasional, captada por la linterna de Jurgen. La suya era la único encendida, dejando que la resonante oscuridad nos envolviera de una forma opresiva. No tenía ningún problema con eso: nuestro entorno era lo suficientemente parecido a los pasadizos subterráneos en los que yo había crecido como para permitir que todos mis viejos instintos regresaran, proporcionándome cierta comprensión de la forma en que los sonidos rebotaban de las superficies que nos rodeaban y la sensación de las corrientes de aire perdidas contra mi cara, que compensaban con creces la

falta de luz, y estaba perfectamente feliz de no convertirme en un objetivo obvio por llevar una. No tenía duda de que Drumon no necesitaba linterna alguna para orientarse, ya que su casco estaba plagado de sensores artificiales para complementar a sus propios sentidos, y sin duda los tecnosacerdotes contaban con ojos augméticos o elementos similares como para no chocar con los obstáculos o entre sí, al menos con demasiada frecuencia.

Nos encontramos con uno de los Exterminadores a los pocos instantes de salir, en pie de espaldas al pasillo, orientado hacia uno de los pasillos laterales, con su bólter de doble cañón apuntando hacia la oscuridad con una tranquilizadora firmeza. Mientras pasábamos junto a él, Drumon se detuvo para intercambiar unas palabras con su camarada, me di cuenta por primera vez de lo voluminoso que era la pesada armadura; incluso el Tecnomarine parecía relativamente pequeño al lado de él. El Exterminador, por el contrario, ocupaba casi toda la anchura del estrecho pasillo, con las encorvadas hombreras que se alzaban tras su casco rozando el techo, y por primera vez empecé a preguntarme si tal vez habríamos estado mejor con una escolta más ligera y ágil. En el peor de los casos, estos pesados mastodontes bloquearían los estrechos pasillos como corchos en una botella. No me importa admitir que un escalofrío de aprensión me recorrió la columna vertebral al pensar en ello, ya que mi morbosa imaginación era capaz de proporcionarme una muy vivida visión de las posibles consecuencias de no poder disparar debido a que nuestros propios guardianes nos bloqueaban el campo de tiro, o aún peor, de esquivarlos para huir si fuera menester.

-¿Alguna señal de movimiento?-, pregunté al llegar a su espalda, y el Exterminador respondió de inmediato, con una

voz que resonó ligeramente en mi comunicador al solaparse con la voz que salía del altavoz externo de su armadura.

-Apenas pocos débiles retornos del auspex, pero muy tenues-, me dijo**-. No hay contacto visual-.** Lo que confirmaba mi anterior suposición sobre los sistemas sensores de sus cascos.

Las palmas de mis manos empezaron a cosquillear, lo que era mala señal**-. ¿A qué distancia? -,** pregunté.

-A unos trescientos metros-, me dijo, aparentemente despreocupado**-. Si es que son reales.**

-No son más que lecturas fantasma de los auspex-, afirmó Yaffel con seguridad**-. Nada de lo qué preocuparse.**

-¿Fantasmas?-. Preguntó Jurgen, sonando ligeramente curioso, y no más perturbado que de costumbre**. - ¿Están embrujados los pecios? -.** Giró por un momento su linterna, como si esperara encontrar la sombra de algún tripulante fallecido eones atrás que goteara ectoplasma sobre los mamparos.

-Es un término teológico-, explicó pacientemente Yaffel**-, para referirse a una lectura falsa, que da la impresión de ser un rastro genuino. Hasta el más concienzudo de los espíritus-máquina se equivocan a veces, o tal vez les mueve un sentimiento de maldad impropio de la santidad de su tarea.**

-O tal vez haya realmente algo ahí fuera-, dije, desenfundando mi pistola láser. El gesto podía ser inútil, pero el peso del arma en mi mano me reconfortaba, y puse mis sentidos a prueba, escuchando atentamente los ruidos de arañazos en la oscuridad.

-Si lo hay, no serán más que alimañas-, me aseguró Yaffel con rotundidad, con una mirada ligeramente despectiva hacia mi arma de mano desenfundada**-, o simplemente cables que se balancean debido a las corrientes de aire de los recirculadores.**

-¿Alimañas que han pasado incontables generaciones expuestas a la disformidad?-, me pregunté, aunque lo hice en voz alta-. Sólo el Emperador sabrá en qué pueden haber evolucionado-. O ya puestos, de qué narices se alimentarían. Buscar comida no sería precisamente fácil en un entorno compuesto principalmente por metal, que era el motivo por el cual los genestealers tendían a hibernar en los viajes entre sistemas. (Al menos, según los archivos a los que Gries me había autorizado a acceder, y que resultaron ser notablemente breves, teniendo en cuenta que este particular pecio espacial había sido identificado por primera vez de forma fiable hacía casi dos mil años **(3)**).

(3) *Quizás el que los informes fueran tan breves no fuera adrede, como pensaba Caín, considerando la relativa rareza de las ocasiones en que este pecio había aparecido en el Espacio Imperial durante su deriva a través de la disformidad, y en aquellas raras situaciones, en menos aún había habido alguien con un auspex a mano para estudiar el pecio. Si alguien había tratado de abordarlo antes de la expedición de los Recobradores, no habían quedado registros de ello, ni siquiera en los más detallados archivos del Ordo Xenos.*

Yaffel se calmó, pareciendo un poco menos seguro de sí mismo, aunque tuve poco tiempo para disfrutar de mi pequeña victoria. Me comuniqué por vox a Drumon, seguro de que había estado prestando al menos una parte de su atención a la conversación, y le pregunté**-. ¿Algún cambio en las lecturas de los G.A.T.O.?**

-Aún no hay señales de movimiento en las inmediaciones-, respondió al instante el Tecnomarine, confirmando mi suposición**-. Pero otro acaba de dejar de transmitir.**

-¿De la misma forma que el primero?-, pregunté, sintiendo una vaga sensación de inquietud.

-Precisamente-, confirmó Drumon. Su casco giró hacia Yaffel.

-Hay que recuperarlo para examinarlo. Un porcentaje de fallos tan elevado puede indicar un factor ambiental imprevisto.

-Puede que así sea-, admitió el tecnosacerdote, que parecía no estar muy contento con esa posibilidad**-. Pero nuestra máxima prioridad debe ser la recuperación del núcleo del cogitador.**

Agaché el cuello para echar un vistazo a la placa de datos que Yaffel había sacado. En la pequeña pantalla aparecía un plano de la cubierta, que me resultaba familiar por el hololito a bordo del *Revenant*, nuestra posición estaba marcada precisamente donde yo esperaba que

estuviéramos, y un moteado de iconos a nuestro alrededor señalaba el cordón de Exterminadores. También mostraba una dispersión más amplia de puntos de colores situados un poco más allá de ellos, la mayoría de los cuales se movían lenta y erráticamente, y supuse que representaban a los G.A.T.O.S; el más cercano a nosotros estaba inmóvil y marcado en rojo, indicando que acababa de fallar.

-Eso es evidente-, dije, pensando rápidamente. Si Jurgen y yo nos desviábamos por el siguiente pasillo transversal, suponiendo siempre que pudiéramos pasar por encima del Exterminador que lo custodiaba, llegaríamos al mecanismo derribado en apenas un puñado de minutos. No sería difícil llevarlo de vuelta a la Thunderhawk, y podríamos pasar allí el resto del tiempo antes de nuestra partida con varios centímetros de ceramita y un tranquilizador volumen de potencia de fuego entre nosotros y los genestealers que podrían infestar esta trampa mortal, en lugar de deambular por un laberinto oscuro esperando que algo se abalanzara sobre nosotros**-. En mi opinión Drumon a señalado un tema muy importante. Si hay algo en este pecio que afecte a nuestros dispositivos, debemos aclararlo porque si no, nunca sabremos qué es lo que podría fallar después.**

-Eso es muy poco probable-, rezongó Yaffel, con un evidente aire de estudiada despreocupación, sin duda reflejando que para alguien tan dependiente de los augméticos como él, yo acababa de plantear una posibilidad bastante inquietante**-. Pero supongo que sería prudente investigarlo. ¿Qué sugiere?**

-Tal vez Jurgen y yo podríamos recuperar ese G.A.T.O-, propuse, como si la idea se me acabara de

ocurrir**-, mientras vosotros seguís hacia el objetivo. De todos modos, no seremos de mucha ayuda con los asuntos teológicos, y todos los demás serán necesarios para recuperar los cogitadores.**

-Parece que ese será el uso más eficiente de nuestros recursos-, aceptó Drumon. Indicó el icono que marcaba el Exterminador que custodiaba el siguiente cruce**-. El hermano Blain puede acompañarte, ya que ello no debería comprometer nuestro perímetro. Puede volver a su puesto una vez que hayas recogido el G.A.T.O.**

-Me parece bien-, acepté, y pasé por una puerta a una cámara más o menos cuadrada, donde el Exterminador con garras que había conversado brevemente con nosotros a bordo de la Thunderhawk estaba de centinela. Al igual que los otros portales que habíamos atravesado en el camino hacia allí **(4)**, lo habían dejado abierto, presumiblemente la avanzadilla que nos precedía; la puerta de la izquierda respecto a aquella por la que habíamos entrado también estaba abierta, las huellas en el suelo del pasillo expuesto confirmaban que era efectivamente la ruta hacia nuestro objetivo, mientras que las dos que estaban justo delante y a nuestra derecha permanecían firmemente cerradas.

***(4)** Otra típica vaguedad de Caín, aunque el estudio de los planos de las cubiertas hubiera indicado que habían atravesado al menos dos o tres portales, dependiendo de si habían contado la salida dela Bahía de Atraque o no.*

Jurgen y yo nos hicimos a un lado, hacia la esquina más alejada, dejando libre el camino para que el resto de nuestro grupo girara a la izquierda y continuaban su marcha adentrándose en la oscuridad, mientras Drumon y Blain

intercambiaban algunas palabras. Si el Exterminador estaba sorprendido o resentido por su repentino cambio de órdenes, no mostro señal ninguna de ello, simplemente nos indicó que le siguiéramos mientras pulsaba el contacto de apertura de la puerta instalado en la pared junto a la puerta opuesta a la que habíamos entrado en la sala.

-Por aquí-, nos dijo innecesariamente, mientras la gruesa placa de acero se desplazaba suavemente a un lado, sin el metálico gemido al que me había acostumbrado a bordo de las naves en las que había viajado hasta ahora. Jurgen hizo apuntó su linterna a lo largo del corredor recién revelado, sin distinguir nada más amenazante que otro portal idéntico cerrado al final de este, a unos diez o doce metros de distancia.

-Después de ti-, le respondí, consciente de mis anteriores temores, y sin querer encontrarme atrapado entre una puerta atascada y un gigante de ceramita si todo se iba al carajo, posibilidad que mi bien desarrollada vena paranoica insistía en que iba a ocurrir, y que sólo era cuestión de tiempo. Independientemente de lo que prefiriera creer el tecnosacerdote, no cabía duda de que había genestealers en algún lugar, y eso significaba que iban a aparecer tarde o temprano**-. ¿Algo nuevo en el auspex? -.** También era bastante seguro que, al igual que el Exterminador con el que nos habíamos cruzado en nuestro camino, Blain tuviera suficientes sistemas extra de sensores integrado en su casco para darnos una ventaja útil si los "*ladrones*" empezaban a acercarse a nuestra posición.

-Nada significativo-, dijo Blain**-. Estoy registrando débiles señales de movimiento en la cubierta superior, pero nada en este nivel-.** Se adentró en el

estrecho pasillo, ocupándolo casi por completo, como si fuera un muro en movimiento, mientras Jurgen y yo nos veíamos obligados a trotar para seguirle el paso, con nuestras armas apuntando hacia atrás previniendo una inesperada emboscada. Un momento después se detuvo bruscamente, casi provocando un indigno choque**-. Debería ser por aquí.**

Escuchamos un silencioso siseo neumático, cuando las presiones de aire se igualaron a ambos lados de la puerta que se abría, y penetró a una sala tragada por la más absoluta oscuridad. Jurgen le siguió, barriendo las paredes con el haz de su linterna, y, tranquilo tras comprobar que no había nada acechando entre las sombras, me situé en la retaguardia.

Enseguida me percaté de que estábamos en otra cámara cuadrada, y los ecos del ambiente me permitieron detectar la presencia de otras tres puertas, aunque el haz de luz de mi ayudante no me lo hubiera mostrado, todas ellas cerradas. Blain se dirigía hacia el centro del espacio cerrado, apartando despreocupadamente unos cuantos contenedores de carga desperdigados que habrían puesto a prueba a un servidor de carga pesada, cuando se detuvo y miró hacia abajo. (O, para ser más exactos, su casco se inclinó unos cuantos grados respecto a la vertical, lo que parecía ser todo el movimiento de cabeza que era capaz de hacer cualquiera que llevara un traje de Exterminador).

-Está por aquí-, dijo, señalando una maraña de metal retorcido a sus pies.

Jurgen y yo nos apresuramos a unirnos a él, centrando el haz de la linterna en el destrozado mecanismo. Activé el vox de mi audífono mientras estudiaba perplejo el destrozado G.A.T.O. Las cosas habían empeorado, pero no de la manera que yo había previsto.

-Drumon-, transmití**-, lo hemos encontrado. Y se podría decir que tenías razón al suponer que el error de funcionamiento se debía a un factor ambiental.**

-Con el debido respeto, comisario-, intervino Yaffel, antes de que el Tecnomarine pudiera responder**-, usted no está capacitado para llegar a esa conclusión.**

-En este caso si lo estoy-, dije, no demasiado molesto como para no disfrutar del momento llevándole la contraria**-. Alguien le ha disparado. Un proyectil de calibre medio, de acuerdo con los daños que puedo apreciar.**

Hubo un momento de aturdido silencio, tan sólo roto por el débil silbido de la estática, antes de que Drumon respondiera**-. Los genestealers no usan armas.**

-Los híbridos sí-, apunté, con la inquebrantable autoridad que me proporcionaba mi experiencia personal**-. Te recomiendo proceder con extrema precaución-.** Era consciente de que era un consejo innecesario dadas las circunstancias, pero no estaría de más dar la impresión de que me tomaba la misión en serio.

-Tomo nota-, contestó Drumon, con el tono de un hombre que se proponía seguir ese consejo al pie de la letra.

Me volví hacia Blain**-. ¿Alguna lectura en el auspex que se encuentro dentro del alcance de un arma de fuego? -,** pregunté, consciente de repente de que lo que pudiera parecer una distancia razonablemente segura para un puracepa lo sería bastante menos para un híbrido armado con un bólter.

-Aun nada en este nivel-, me aseguró, y juraría que sonaba ligeramente decepcionado, aunque claro, él estaba protegido por suficiente ceramita como para resistir sin problemas un impacto directo de cualquier cosa que no fuera el proyectil de un tanque **(5)**.

(5) *Aquí exagera, aunque increíblemente resistentes, incluso cuando se las compara con las servoarmaduras habituales de los Marines Espaciales, las de los Exterminadores también pueden ser vulnerables a un disparo afortunado como cualquiera de las otras. Lo cual no es algo malo, si recordamos que las legiones traidoras también emplean ese tipo de armaduras.*

Al no haber sido bendecido de forma similar, como pueden imaginar, yo me sentía mucho menos optimista.

Caminé alrededor del masticado mecanismo, preguntándome cuál sería la mejor manera de moverlo. De cerca, parecía mucho más grande, y considerablemente más difícil de manejar, de lo que inicialmente había previsto. Sin embargo, Jurgen y yo deberíamos ser capaces de cargar con él entre los dos, aunque eso significaría tener que guardar nuestras armas, y por un momento dudé; pero nuestro viaje de vuelta a la bahía del hangar estaría protegido por la línea de Exterminadores, así que el riesgo

de hacerlo debería ser mínimo, y la única alternativa que veía era admitir la derrota y tratar de alcanzar a los demás. Además, le había prometido a Drumon que recuperaría su juguete, y regresar sin él a la Thunderhawk socavaría mi credibilidad ante su Capítulo, así que solo tenía dos opciones: o cargar con aquel trasto o a aceptar tomar mi turno como "*cebo para genestealer*". Entonces sentí que había algo que mal en la forma en que el destrozado G.A.T.O yacía en el suelo, no podría decir exactamente de qué se trataba, pero mi instinto me decía que sin duda había algo sutilmente incorrecto.

-¿Cómo cree que esta cosa ha llegado hasta aquí?-, me preguntó Jurgen, y yo me encogí de hombros, pues mi mente seguía ocupada el asunto más apremiante en ese momento, que era ver de dónde sería mejor coger aquel maldito trasto.

-Supongo que de la misma manera que nosotros-, le respondí.

-Oh-. Frunció el ceño perplejo**-. Es sólo que no acabo de ver cómo pudo abrir la puerta, nada más.**

-No pudo-, repliqué repentinamente alarmado, echando un veloz vistazo al portal abierto detrás de nosotros y a los otros tres, sólidamente cerrados. Levanté mi pistola láser y comencé a retroceder hacia la puerta por la que habíamos entrado, tratando de mantener cubiertos todos los dispersos contenedores de carga a la vez. Confiado como siempre en mi criterio, aunque sólo el Emperador sabe por qué, Jurgen puso su fusil láser en posición de disparo y se colocó a mi espalda, aportándome al hacerlo una agradable sensación

de mayor seguridad y una inevitable ráfaga de su característica halitosis.

-¿Comisario?-, preguntó Blain, sonando tan desconcertado como mi solía hacerlo mi ayudante**-. ¿Ocurre algo?**

-La sala estaba cerrada cuando llegamos-, dije, con escalofríos de aprensión recorriendo mi columna vertebral**-. Lo que sea que le haya disparado podría seguir aquí.**

-Si así fuera, habría quedado registrado en el auspex antes de que entráramos-, dijo Blain, con lo que sonó sospechosamente como un rastro de diversión en su tono**-. Y ya estaría muerto.**

Eso debería haberme tranquilizado, pero por alguna razón sólo aumentó mi aprensión. Me quedé mirando los detritus que rodeaban al destrozado G.A.T.O, y una súbita y horrorizada comprensión me golpeó.

-Las señales del nivel superior-, pregunté apurado**-. ¿Qué tan cerca están de este lugar?**

-A una veintena de metros-, contestó Blain.

-¡Salgamos de aquí!, ¡ya!-. Jurgen respondió al instante, como sabía que haría, mientras que el Exterminador se limitó a dar un par de pasos en nuestra dirección, sin duda preguntándose si yo había perdido la cabeza. De repente, la corriente de aire que había supuesto que procedía de una rejilla sobre nuestras cabezas adquirió connotaciones

mucho más siniestras, y desenfundé mi espada sierra, activando la hoja al hacerlo**-. ¡Jurgen, el techo!**

-Comisario-. Mi ayudante respondió de inmediato, levantando la linterna fijada a su fusil láser y descubriendo un agujero en el techo de la cámara. El desafortunado G.A.T.O no había sido alcanzado por un francotirador, como había supuesto inicialmente, sino por la ráfaga completa de un solo bólter, mientras el resto habían impactado en las placas del suelo a su alrededor, dañando su integridad lo suficiente como para que cediera y el mecanismo cayera a la cubierta inferior. Para mi horror, el atenuado haz detectó algo que se movía en las sombras más allá de la brecha, avanzando a una inhumana velocidad, antes de fluir como el mercurio a través de la abertura situada sobre nuestras cabezas.

-¡Blain!-. Apenas tuve tiempo de gritar una advertencia**-. ¡Cuidado! -,** cuando el primero de los puracepas estaba sobre él. Vi el crepitar de las arcanas energías que ya había visto antes, en Fidelis, recorriendo los filos de las cuchillas en el extremo de sus brazos, mientras rechazaba el primer golpe del "genestealer", igualando sus ataques, tajo por tajo. La obscena criatura se derrumbó, partida en dos, mientras Jurgen y yo abríamos fuego con nuestras armas al agujero, deduciendo que podríamos causar algún daño a nuestros enemigos. Y, efectivamente, otra de las criaturas cayó, en el acto de abalanzarse sobre nosotros, mientras que unos cuantos disparos láser perdidos fueron inofensivamente rechazados por el tranquilizador volumen de la ceramita del Exterminador.

Entonces sentí que se me cortaba la respiración. La superficie de la inexpugnable armadura presentaba unos

surcos paralelos donde el primer genestealer le había golpeado antes de que lo hubiera destrozado, y un líquido espeso y oscuro se estaba filtrando, formando una costra como la resina, tratando de sellar los daños causados **(6)**. Dudé, no queriendo arriesgarme a matar a un aliado con fuego amigo ahora que su traje había sido dañado, pero los acontecimientos ya no estaban en mis manos: cuando Jurgen y yo empezamos a retirarnos por el pasillo, un tercer puracepa se lanzó contra la desprotegida espalda de Blain. Él se agachó hacia delante, bajando el hombro derecho todo lo que le permitía la engorrosa armadura, intentando quitárselo de encima de la misma forma que un luchador atacado por la espalda, pero fue en vano; unas poderosas garras desgarraron la ceramita con la misma facilidad con que los dedos de un alfarero manipulan la arcilla, encontrando donde agarrarse allí donde no debería haber sido posible. Blain retrocedió con fuerzas contra la pared, y escuchamos el agradable sonido de la quitina al resquebrajarse. El genestearler soltó un gemido de agonía que hizo que me rechinaran los dientes y que se clavó entre mis ojos como una astilla de hielo con el filo de una afilada navaja, al tiempo que resonó en la oscuridad, pero se mantuvo firme, abriendo las mandíbulas mientras un maloliente icor se derramaba a treves de las grietas de su caparazón.

(6) *Aunque parece que Caín no lo sabía, se trataba sin duda de la misma sangre de Blain, pues en los Astartes está modificada para coagularse instantáneamente al quedar expuesta al aire, a fin de sellar heridas que hubieran incapacitado a un ser humano normal, al tiempo que no reducían en modo alguno sus capacidades de combate. Que el Exterminador hubiera perdido tanta sangre como para que esta se filtrara al exterior a través de los desgarros en su armadura era un indicativo más que fiable del severo trauma que debía haber sufrido el Marine, incluso para sus increíbles estándares.*

-¡Date la vuelta!-, le grité, olvidando en el terror del momento que Blain podía oírme perfectamente por el vox**-. ¡Para que podamos dispararle! -.** El Exterminador se tambaleó en nuestra dirección, con los maltratados servos de las articulaciones de sus rodillas y tobillos gimiendo en señal de protesta, pero antes de que pudiera obedecer, el genestealer alzo su cabeza sobre la suya y, ante mis horrorizados ojos, hundió sus dientes en la ceramita de su casco. Las placas de la cubierta se estremecieron mientras Blain caía de rodillas, y el genestealer que estaba a su espalda elevaba un puñado de garras perversamente curvadas, para acto seguido clavarlas en la articulación donde se unían el casco y el traje. El vox de mi oído emitió un pequeño sonido, entre una tos y un suspiro, y Blain se desplomó, cayendo hacia Jurgen y hacia mí, con el torso golpeando con fuerza el metálico suelo del pasillo.

El genestealer levantó la cabeza y nos miró a Jurgen y a mí, aparentemente desconcertado, mientras sacudía la cabeza como si estuviera aturdido por el impacto **(7)**. Luego pareció reponerse y me observó con una mirada de pura malevolencia. Sin embargo, su momentánea vacilación resultó ser su perdición, ya que Jurgen y yo habíamos aprovechado el breve respiro para centrar las miras de nuestras armas sobre él; y antes de que pudiera saltar hacia nosotros, disparamos al unísono, destrozándolo en una endiablada ráfaga de fuego láser.

(7) *O quizás por la presencia de Jurgen, dado que su peculiar don anti psíquico aún estaba sin desvelar, hasta el incidente de Gravelax que sucedería años más tarde. Es seguro que el especial talento de Jurgen anularía la comunión de la mente colmena de la prole, aislando y desorientando a aquellos genestealers que incautamente se aproximaron demasiado a su persona.*

-Blain ha caído-, transmití a través de mi vox**-, creo que está muerto -.** Para mi sorpresa, mi voz sonaba calmada y

autoritaria, a pesar de la oleada de pánico de la adrenalina que me recorría el cuerpo**-. He contabilizado tres puracepas, pero es probable que haya otros en las cercanías-.** El débil eco de las garras raspando llegó a mis oídos**-. Corrección, definitivamente hay otros, moviéndose hacia aquí-.** Eche una mirada al cadáver de Blain, extendido en el umbral, y eso fue más que suficiente para disipar cualquier esperanza que hubiera tenido de poder cerrar la puerta antes de que llegara la marea de garras y mandíbulas; apenas podría haber movido su mano, y mucho menos con toda esa montaña de ceramita.

-Sus signos vitales han cesado-, me confirmó Drumon **(8)**, después de lo que probablemente no fue más que un instante o dos, pero que se me hizo bastante más largo. Me sentí aliviado; porque por un momento había temido tener que intentar algún tipo de rescate, a pesar de la manifiesta imposibilidad de tener éxito alguno, a fin de mantener intacta mi reputación.

***(8)** Obviamente, él estaba monitorizando el estado de los demás Astartes de la partida de abordaje, lo cual nos dice que él estaba a cargo de ellos: a menos claro, que, al ser el responsable del mantenimiento de sus equipos, estuviera más preocupado por la condición de las armaduras que de sus portadores.*

-Entonces nos retiramos-, dije, retrocediendo por el estrecho pasillo tan rápido como me atreví, reacio a dejar de apuntar con mi pistola laser al fondo del pasillo. Y con razón: un instante antes de que Jurgen y yo hubiéramos llegado al extremo opuesto, entrando caminando de espaldas a la cámara que Blain había estado custodiando, de una manera que no dudo que si alguien hubiera podido observara nuestra llegada la hubiera encontrado extremadamente cómica, la cabeza y los hombros de otro puracepa irrumpieron en el pasillo, mientras el resto de su

deforme cuerpo trataba de abrirse paso entre los cadáveres que obstruían su paso. Jurgen y yo disparamos un par de disparos cada uno, tratando de disuadirlo, y logrando hacer uno o dos blancos, más por pura suerte que por otra cosa, pero el horror quitinoso demostró ser tan resistente como la mayoría de los de su especie, limitándose a agacharse cuando nuestros disparos láser vaporizaron trozos del tamaño de un puño de su exoesqueleto **(9)**. Sin embargo, eso nos dio el tiempo suficiente para pulsar violentamente la placa del sistema de apertura, y antes de que el genestealer o cualquiera de sus compañeros pudiera recuperarse, la gruesa placa de metal se deslizó de nuevo en su lugar, sellando de nuevo la sala.

(9) *En verdad, una o las dos armas debieron causar extensivos daños primero, de manera que un disparo posterior pudiera hacer daños tan extensivos como los descritos en el caparazón de un genestealer, en lugar de penetrar ligeramente en su armadura natural. A menos claro, que Caín estuviera de nuevo recurriendo a meras hipérboles para describir el encuentro.*

O a nosotros, supongo, ya que todavía tenían el control de la mayor parte del pecio; aunque por lo que a mí respecta, ya les podía aprovechar.

-¿Y ahora qué, señor?-, me preguntó Jurgen**-. ¿Debemos tratar de reunirnos con los demás?**

Negue con la cabeza.

-Volvamos a la Thunderhawk-, dije, sin ya importarme una higa lo que los demás pudieran pensar. Ya se me ocurriría alguna excusa antes de que Drumon y los mecanos volvieran, si es que lo hacían. Puede que esta vez hubiéramos conseguido librarnos de ellos, pero a estas

alturas la mente colmena de la prole ya sabría de nuestra presencia a bordo del pecio, y movilizaría a sus genestealers contra nosotros con tanta seguridad y desapasionamiento como los anticuerpos contra un virus invasor. Exhalé, liberando la tensión que me había embargado, mientras temblaba un poco por la bajada de adrenalina, y activé el vox de mi audífono**-. Volvemos al punto de vigilancia. Hay más genestealers persiguiéndonos, pero hemos sellado la escotilla, así que, por ahora, el perímetro vuelve a ser seguro.**

Desgraciadamente debería haber sabido lo que iba a pasar; una prole genestealer puede ser tan sólo un pálido reflejo de la colmena tiránida que la había engendrado, pero con toda su inteligencia gestalt seguía siendo muy poderosa. Cuando menos, las proles con las que me había enfrentado en Viridia y Keffia deberían haberme enseñado eso, pero los puracepas, cuando actúan como individuos, se comportan de forma tan parecida a cualquier otro depredador y yo caí en la trampa, pensando que no eran más que bestias descerebradas, un error que se me hizo evidente de la forma más cruda y gráfica posible, cuando la puerta volvió a abrirse suavemente y una manada entera de aquellas malignas criaturas entró en la cámara.

CAPITULO DIECINUEVE

-¡Han roto el perímetro!-, grité, abriendo fuego de nuevo con mi pistola láser, y deseando haber sustituido la célula de energía mientras había tenido la oportunidad. Jurgen puso el selector de su fusil láser en modo automático, sin duda pensando que, si no conseguíamos frenar la avalancha de criaturas, quedarnos sin munición iba a ser la menor de nuestras preocupaciones. La primera de ellas cayó bajo la lluvia de fuego láser, y no lo hizo un segundo antes de tiempo, aunque aun así se acercó mucho a mí, y mientras me retiraba tuve que apartar su malvada zarpa de afiladas garras con la hoja de mi espada sierra.

Para mi horror, un murmullo de voces superpuestas respondió a mi advertencia, y el lejano rugido de los bólters pesados que resonaba en los pasillos desde lo que parecía ser en todas direcciones, me confirmó inmediatamente mis peores temores. Parecía que los genestealers habían estado esperando su momento, aguardando hasta haber contado con un número suficiente en los límites del alcance de nuestros auspex, antes de atacarnos con toda su fuerza.

-Señales múltiples por todas partes-, confirmó uno de los Exterminadores**-. Acercándose rápidamente.**

-Entablando combate-, gritó otro, mientras yo lanzaba una ráfaga de disparos al genestealer que saltaba sobre el cadáver del líder del grupo, aparentemente obsesionado con arrancarme el bazo. Esta vez mis disparos apenas lo frenaron, y rechacé el primer tajo de sus garras con mi espada sierra, sintiendo como sus chirriantes dientes

metálicos mordían profundamente sus placas quitinosas. A continuación, por puro reflejo, me puse al alcance de su cuarteto de brazos y le clavé la punta de la espada en la mandíbula hasta enterrarla en el cerebro de la criatura.

-¡Comisario!-. Jurgen disparó otra ráfaga, ralentizando al siguiente mientras trataba de abalanzarse sobre mí, yo pivoté a un lado, arrastrando al genestealer moribundo conmigo para impedir el avance de su compañero, mientras liberaba la hoja de mi espada sierra, y partiendo en dos su cráneo al hacerlo**-.¡Por aquí!-,** me gritó. Se había colocado en una posición que le permitía defender la puerta por la que habíamos entrado por primera vez en la cámara, protegiendo nuestra línea de retirada hacia la Thunderhawk, y me apresuré a unirme a él, disparando al azar hacia el grupo mientras avanzaba. Su fusil láser volvió a ladrar y luego se silenció**-. Lo siento, señor, me he quedado seco.**

Privado de su fuego de cobertura, me apoyé en mis reflejos de duelista, retrocediendo paso a paso, parando por puro instinto cada golpe que intentaba destriparme. No había tiempo para pensar, y si lo intentaba estaría muerto. Volví a disparar un par de veces mi pistola, y en una ocasión logré derribé a otro de los genestealers con un tiro afortunado que le alcanzó en la cuenca del ojo, pero en general confié mi supervivencia al experto uso de la hoja que tenía en la mano. No me cabe duda de que las horas de práctica que había pasado en la capilla de entrenamiento terciario del *Revenant* y mis combates con Drumon salvaron mi miserable pellejo en aquellos frenéticos instantes, gracias al agudo filo que habían logrado desarrollar a mis habilidades de combate y que sin duda marcaron la diferencia.

Por el rabillo del ojo, vi que Jurgen metía la mano en una de sus bolsas, pero, para mi sorpresa y consternación, en lugar de la célula de poder para su fusil láser que esperaba ver, sacó una granada de fragmentación. Antes de que pudiera gritar una sola palabra de advertencia, ya la había activado, y sólo la presión de su agarre evitó una explosión que sin duda nos mataría a ambos en un espacio tan reducido. Observándome atentamente, se retiró un paso o dos hacia el pasillo que había detrás de él.

Bueno, con granada o sin ella, seguía pareciendo un lugar más saludable que estar en medio de un enjambre de genestealers, así que blandí la espada sierra en un último arco desesperado, haciendo retroceder a mis asaltantes por el espacio de un latido, y yo mismo cruce el portal, lanzando un golpe sobre el panel de control de la puerta al hacerlo. No es que cerrar la puerta hubiera servido de algo la última vez, pero incluso uno o dos segundos de ventaja serían mejor que nada, y después de más de una década de servir juntos creía tener una idea bastante clara de lo que Jurgen tenía en mente.

Y estaba en lo cierto. En el momento en que alcancé el control de la puerta, mi ayudante lanzó la carga de fragmentación que había preparado, y la losa de metal se deslizó suavemente hasta cerrarse justo antes de que esta detonara. El golpe sordo de la explosión fue seguido al instante por un estruendo metálico, como el de alguien que deja caer una bandeja llena de cucharas de tanna **(1)**, mientras la tormenta de fragmentos de metralla de afilados filos golpeaba la placa de acero que la protegía. (y con un poco de suerte, lo haría después de haber atravesado un espesor considerable de genestealer).

***(1)** Pequeños cubiertos con una cabeza cóncava en un extremo, del tamaño de un pulgar, tradicionalmente empleadas para dosificar la cantidad de tanna adecuada para preparar una infusión. Entre los Valhallanos, el consumo de esta bebida, a la cual Caín se aficionó inexplicablemente durante su larga asociación con regimientos originarios de tal planeta, de gran valor en cuanto a la etiqueta de su consumo, y que sorprende a los extranjeros casi tanto como el propio sabor de la infusión.*

-Bien hecho-, felicité a mi ayudante, que asintió con silenciosa satisfacción**-. Pero ¿qué habría hecho si me hubieran matado antes de llegar al control de la puerta?**

-Golpear la placa con el codo-, me explicó Jurgen, tan incapaz como siempre de reconocer una broma, y asentí de nuevo, como si estuviera considerando el asunto.

-Eso habría funcionado-, reconocí**-. Pero me alegro de haberle ahorrado la molestia.**

-También yo, señor-, asintió, colocando por fin la nueva célula de energía en su fusil láser, y, seguro de que ahora era capaz de mantener la puerta cubierta en caso de más sorpresas desagradables, no perdí tiempo en seguir su ejemplo. Según las runas brillantes de la culata que llevaban la cuenta de esas cosas, el número de disparos restantes se reducía a un valor de tan solo una cifra, y yo quería contar con mucho más que eso mientras los genestealers anduvieran sueltos.

Esperamos en tensión durante uno o dos segundos, con nuestras armas apuntando a la plancha metálica, pero si quedaba algún genestealer al otro lado capaz de abrirla para perseguirnos, tuvo el suficiente sentido común como

para no intentarlo. Cuando quedó claro que no iba a pasar nada, me giré y empecé a deshacer el camino de vuelta hacia la Thunderhawk a un veloz ritmo. Debo admitir que se me pasó por la cabeza destrozar la placa de control de la puerta con un rayo láser, sólo para asegurarme de que no nos podrían seguir, pero la razón prevaleció sobre el impulso. Difícilmente podría mantener mi buena reputación con los Recobradores si alguien sobrevivía al ataque inicial de los genestealers, para luego descubrir que yo había bloqueado su camino de huida, encerrándolos con una horda de voraces puracepas, y por otro lado, tampoco había garantía alguna de que dañar aquel control asegurara el bloqueo de la escotilla. Por lo que sabía, el espíritu máquina que había cuidado de esta naufragada nave durante tanto tiempo podría reaccionar ante tal acto de vandalismo abriéndola de nuevo por simple despecho, y lo último que necesitaba era provocarle y que se pusiera del lado de los horrores quitinosos. Al final resultaría que iba a agradecer mi contención incluso antes de lo que esperaba.

-Retrocedan-, tronó la voz de Drumon en mi oído, y me di cuenta de que sólo habían pasado unos segundos desde mi primera advertencia**-. Formen en esta posición y nos abriremos paso hasta el muelle de atraque-.** Fue contestado por un coro de asentimientos, que yo ignoré; no iba a ponerme en peligro otra vez teniendo un refugio seguro a unos pocos minutos de distancia.

O eso creía, hasta que un notable aumento del ruido atrajo mi atención, y contemplé una visión que me heló la sangre casi tanto como una lluvia valhallana. El Exterminador que habíamos pasado al entrar estaba retrocediendo hacia nosotros, disparando continuamente a medida que se acercaba, prácticamente ocupando el pasillo con la mole de

su armadura. No había ni una jodida posibilidad de superarlo, aunque gracias a los estroboscópicos destellos de su bólter tormenta **(2)** pudimos vislumbrar una masa de genestealers que le presionaban con fuerza, así que me sentí muy poco inclinado a intentarlo. Las criaturas caían en masa, como era de esperar, pero por cada uno que caía destrozado, otro ocupaba su lugar, saltando sobre los cadáveres de sus congéneres en su afán por cargar directamente contra los cañones del arma del Exterminador. Me resultaba imposible entender que es lo que esperaban conseguir con esto, al menos al principio; al igual que los tiránidos que los engendraron, la mente colmena de la prole de genestealers parecía considerar básicamente prescindibles a sus miembros individuales, pero de acuerdo a mi experiencia sólo lo hacían a fin de lograr un objetivo concreto. Esto parecía un desperdicio gratuito de vidas, incluso para sus obscenos estándares.

***(2)** Designación habitual de los Astartes para la variante de bólter de doble cañón que Caín ya había descrito anteriormente. Presumiblemente aprendió ese término en alguna de sus conversaciones con los Astartes, probablemente con Drummon.*

-Atrás-, le dije innecesariamente a Jurgen, puesto que estaba claro que no había ningún otro sitio al que ir; ni siquiera un conducto de aire por el que hubiéramos podido colarnos en un apuro. Asintió con la cabeza, tan flemático como siempre, y empezó a trotar de regreso por donde habíamos venido.

Cuando me giré para seguirle, el propósito de la estrategia de la mente de la prole se hizo terriblemente claro. El arma del Exterminador se había atascado, probablemente sobrecalentada por los constantes disparos; durante un momento luchó por desatascarla, y entonces el genestealer

que iba en cabeza se abalanzó hacia delante, lanzándole tajos con sus afiladas garras. El Exterminador se mantuvo firme, tratando de rechazar a la criatura con su inútil arma, pero la criatura logró atrapar férreamente su brazo. Mientras intentaba liberarlo con la otra mano, una segunda figura surgió de la oscuridad, destrozando la ceramita que protegía su torso como si no fuera más que papel. Antes de que se me ocurriera tratar de intervenir, ya lo habían derribado al suelo, y las vibraciones del golpe de su brutal caída se transmitieron a través de las placas del suelo y las sentí a través de las suelas de mis botas. Me di la vuelta y corrí, mientras el resto de la manada se afanaba y luchaba por superar el voluminoso obstáculo, a fin de alcanzarnos para desmembrarnos tanto a mi ayudante como a mí.

Sin duda, advertido por el eco de mis pisadas, Jurgen también aceleró, golpeó la placa del control de a puerta con el codo al pasar a su lado y se lanzó a través de la abertura cada vez más grande sin disminuir la velocidad, con su fusil láser preparado. No se escuchó ningún ruido de combate, así que le seguí sin dudar y disparé un par de veces mientras me giraba para cerrar la escotilla detrás de nosotros. Los proyectiles impactaron en el hocico de un genestealer que había logrado superar al fallecido Astartes y a la maraña de sus compañeros que aún seguían encima de él, y se había acercado demasiado a mi desprotegida espalda como para sentirme cómodo. Se tambaleó a causa de los impactos hasta acabar tirado en el suelo del pasillo, aunque nunca sabré si le dañe lo suficiente como para matarlo. La puerta se cerró, ocultando la vista de la carnicería que tenía lugar más allá.

-Será mejor que nos pongamos en marcha-, dije, abriéndome paso entre los restos de genestealers que

decoraban la habitación, un resultado bastante satisfactorio del truco de Jurgen con la granada. Ahora que las criaturas estaban muertas, parecía evidente que había menos de las que recordaba, aunque no podía estar seguro de si eso se debía a que los supervivientes habían huido o a que en aquellos momentos yo había estado demasiado ocupado para hacer un recuento preciso**-. Llegarán en cualquier momento.**

-¿Hacia abajo?-, preguntó Jurgen, haciendo parpadear su linterna a lo largo del pasillo que Drumon y los tecnosacerdotes habían tomado la primera vez que habíamos pasado por aquella cámara. Escuché un momento y negué con la cabeza. Un sonido demasiado familiar de arañazos resonaba en la oscuridad más allá del alcance del rayo.

-No-, dije**-. Los genestealers están delante de nosotros-**. Sin duda, en ese momento estaban decididos a masacrar al grupo de recuperación de arqueotecnología, pero estaba seguro de que nos dedicarían parte de su atención si nosotros éramos tan tontos como para atraerlos. Levanté mis armas y golpeé la placa de control de la puerta sellada de enfrente; ya sabíamos que la otra salida conducía directamente a más genestealers, así que a mi modo de ver esa era la mejor carta de una mano ya de por si bastante pobre. Sin embargo, a pesar de mi inquietud, la oscuridad del otro lado me resultó tranquilizadora por el silencio que transmitía, por lo que no perdí tiempo en cruzarla; un momento después, un aumento en los niveles de luz ambiental y un pequeño pero perceptible aroma en la atmósfera me indicó que Jurgen estaba de nuevo a mi lado y cerré la puerta.

-¿Dónde estamos?-, preguntó, haciendo brillar el haz de su linterna alrededor de nuestro refugio. Se parecía a todos los demás pasillos que habíamos visto hasta entonces, pero eso no me preocupaba; había recordado lo suficiente la distribución interna que había visto en la pantalla del hololito como para seguir confiando en que sería capaz de encontrar el camino de vuelta a la bahía del hangar sin demasiada dificultad, siempre y cuando no hubiera demasiados genestealers en los alrededores incordiando.

Me encogí de hombros**-. Sólo hay una forma de averiguarlo-,** dije, liderando el camino hacia la oscuridad.



No puedo estar seguro de cuánto tiempo estuvimos vagando por los pasillos, pero ciertamente me daba cuenta de que nos estaba llevando mucho más tiempo de lo que había esperado para volver a la Thunderhawk. Sin embargo, mi sentido innato de la orientación parecía funcionar tan bien como siempre, así que estaba bastante seguro de que sabía aproximadamente dónde estábamos nosotros y donde se encontraba la nave, pero no podía evitar darme cuenta del hecho de que la conexión entre los dos puntos iba a ser mucho menos sencilla de lo que había previsto. Todavía podía recordar las imágenes que había visto en el hololito con razonable detalle, pero la realidad del laberinto de pasillos que se cruzaban entre sí era considerablemente más compleja de lo que sugerían las claras líneas de aquel diagrama. Algunas rutas estaban bloqueadas por escombros o tenían las placas de la cubierta tan deterioradas que era

arriesgado ir por ellas, lo que nos estaba obligando una y otra vez a dar largos rodeos, mientras que yo mismo vetaba otras rutas por los ecos de ominosos arañazos que llegaban por ellas, y que delataban la presencia de más genestealers acechando en la oscuridad. Ni que decir tiene que evité por completo cualquiera de esos pasillos, llegando incluso a volver sobre nuestros pasos durante un buen rato antes de desviarnos, sólo para asegurarnos de que habíamos dejado estos focos de actividad lo suficientemente lejos como para no ser detectados.

Para complicar más las cosas, no tardé en darme cuenta de que habíamos pasado más allá de la sección del *Engendro de Condenación* que había estudiado en el esquema ampliado, por lo que la mayoría de los pasillos o conductos que seguíamos no habían aparecido en absoluto en la reducida escala del mapa principal: lo único de lo que podía estar seguro era de que nos estábamos desviando cada vez más hacia el núcleo del pecio, y de que habíamos pasado del relativamente entorno intacto de la olvidada nave que habíamos abordado por primera vez a una zona decididamente más decrépito y arruinado. En un par de ocasiones incluso sentí una curiosa sensación de momentáneo vértigo, cuando las cubiertas niveladas se convertían de repente en pendientes, o viceversa, mientras mis ojos insistían obstinadamente en que nada había cambiado **(3)**. Como pueden imaginarse, esto era especialmente desconcertante cuando atravesábamos tramos de los distintos pecios que, en cualquier caso, estaban desparejados; En un par de ocasiones, Jurgen y yo nos encontramos abriéndonos paso entre grupos de dispositivos de iluminación inoperativos que sobresalían del suelo como si no fueran más que oxidada maleza, y nos dimos cuenta de que estábamos caminando por lo que en su día había sido el techo de una cubierta de una nave,

antes de que la disformidad atrapara al desafortunado crucero que una vez había sido, y en una ocasión especialmente desagradable atravesamos una sección de la nave girada a noventa grados respecto a sus vecinas, de modo que los pasillos se habían convertido en abismales pozos, que se hundían más allá de lo que el haz de nuestra linterna podía sondear, obligándonos a sortearlos por estrechos salientes de lo que en su tiempo habían sido los portales.

(3) *Este tipo de fluctuaciones en el campo de gravedad local son bastante comunes a bordo de los pecios espaciales, y no es para nada un fenómeno desconocido en los cruceros espaciales de mayor tamaño o en cruceros de pasajeros, particularmente cuando merodeaban pecios en operaciones de recuperación; aparentemente es debido a un mal alineamiento o a un solape de los generadores de campo gravitatorio, que resulta prácticamente inevitable cuando se juntan diferentes navíos en un área muy pequeña, como por ejemplo ocurre en un pecio espacial formado por una amalgama de restos de naves.*

A cualquier sitio al que llegáramos, nos encontrábamos rodeados de puertas, aunque una vez que abandonamos el entorno del antiguo derrelicto Imperial y al venerable espíritu máquina que lo custodiaba, nos vimos obligados a abrirlas o cerrarlas con gran esfuerzo, acompañado de sudor y blasfemias. (Jurgen se encargó principalmente de lo primero, mientras que yo me hacia cargo de lo segundo, aunque debo admitir que al final cada uno de nosotros contribuyó generosamente en ambos aspectos). En general, dejamos abiertos los portales por los que habíamos pasado, sin querer dedicar el tiempo o el esfuerzo necesarios para volver a cerrarlos, y reacios a cortar una línea de retirada conocida, aunque yo era más que consciente del riesgo que esto suponía; pueden estar seguro de que mantuve los oídos bien abiertos para detectar cualquier sonido sospechoso a nuestras espaldas, y nos detuvimos en innumerables ocasiones para escuchar con más atención y

descartar la posibilidad de que nos estuvieran siguiendo. La mayoría de los pasillos por los que deambulamos también estaban llenos de puertas, por supuesto, pero conscientes del esfuerzo necesario para entrar en ellos, y espoleados por la preocupante posibilidad de que la Thunderhawk partiera sin nosotros, no quisimos explorar ninguna de las cámaras laterales.

Quizá lo más inquietante en nuestras circunstancias actuales fue el hecho de que había perdido el contacto con Drumon y los Exterminadores supervivientes. El audífono de comunicaciones seguía funcionando, a juzgar por la débil estática que me llegaba al oído, pero los fragmentos de señales que había estado escuchando, con la esperanza de seguir su progreso (y, por extensión, el paradero de la mayor concentración de genestealers, o al menos eso esperaba), se habían ido debilitando progresivamente durante algún tiempo. Ahora parecía que la gran masa de metal que nos separaba impedía que las señales de baja potencia me alcanzaran. Me pregunté si alguno de nuestros compañeros seguía con vida, y tuve la esperanza de que así fuera, aunque las últimas confusas transmisiones que había escuchado habían sido poco alentadoras. Ciertamente, habían caído más Exterminadores, aunque algunos habían logrado reunirse a Drumon cuando perdí el contacto. Pero por lo que había visto, sus posibilidades de volver a la bahía del hangar a través del laberinto de estrechos pasillos eran escasas, y eso en el mejor de los casos.

Jurgen, que caminaba unos pasos por delante de mí, repasando metódicamente las paredes, el techo y el suelo con el haz de su linterna, prestando especial atención a las zonas de sombra proyectadas por salientes o recovecos, me sacó de mi sombría ensoñación. Los dos habíamos visto lo

suficiente como para ser conscientes de la facilidad con la que los puracepas podían ocultarse, y no estábamos nada contentos con la posibilidad de una repentina emboscada.

-Espere, señor-. Levantó una mano en señal de advertencia y avanzó unos pasos más, el cono de luz distinguió una masa apiñada en las planchas de la cubierta delante de nosotros.

Desenfundé mis armas cuando la masa se hizo más visible**-. ¿Está muerto? -,** pregunté. El genestealer permaneció inerte, en lugar de ponerse en pie y cargar contra nosotros, como habría esperado, pero aun así me mantuve alerta. Nunca había visto a uno dormido, si era eso lo que ese hacía, y el centro de un pasillo parecía un lugar extraño para dormir la siesta, por no decir otra cosa.

Jurgen apretó el gatillo de su fusil láser y el genestealer se quedó dónde estaba, a pesar del cráter que apareció en su deforme frente. Mi ayudante se encogió de hombros**-. Ahora seguro que lo está-,** afirmó con total naturalidad.

Escuché los ecos del chasquido de la descarga del arma desvanecerse en la distancia, rebotando en el laberinto, y esperé que no hubiera llamado la atención de nadie; pero el daño ya estaba hecho, si es que lo había, y reñirle habría sido inútil en estas circunstancias. En su lugar, me limité a asentir**-. Así parece.**

Envalentonado, me acerqué a la criatura y la examiné con curiosidad. La herida que Jurgen le había infligido había penetrado en su cráneo, de forma limpia, pero eso no era lo

que había acabado con ella. Su tórax estaba abierto desde el interior, de una manera que pude reconocer fácilmente.

-Es una herida de bólter-, dije, preguntándome cómo se las había arreglado para arrastrarse tan lejos de la zona de combate con los Astartes antes de expirar.

Mi ayudante asintió**-. Y es vieja-,** añadió, con una mueca de desagrado en el rostro**-. Por el olor yo diría que ya está empezando a pudrirse.**

-Así es-, asentí, cuando el hedor de la decadencia llegó tardíamente a mis fosas nasales, superando al más cercano y familiar aroma de Jurgen. A medida que ampliaba el barrido de la zona con la linterna, empecé a distinguir una salpicadura de icor y vísceras secas en las paredes y el enrejado bajo los pies**-. Y le dispararon justo aquí-.** Señale las huellas dejadas en nuestro entorno por la detonación del proyectil explosivo en algún lugar de la cavidad torácica de la criatura.

Jurgen asintió pensativo**-. ¿Cree que hay otro grupo de Astartes a bordo?**

-Lo dudo-, dije, después de pensarlo un momento. Era posible que Gries hubiera enviado otro equipo sin decírmelo, pero no me parecía probable. Reunir a nuestro propio grupo había sido una tarea bastante compleja, y no podía ver como hubiera podido sacar tiempo para preparar otro, incluso si los Recobradores tuvieran algún asunto clandestino que no querían compartir con el resto de

nosotros**-. ¿Por qué iban a disparar a su propio G.A.T.O?**

Jurgen se encogió de hombros**-. No lo sé-,** admitió**-. Pero ¿por qué un iba un híbrido disparar a otro genestealer?**

Eso tampoco tenía mucho sentido, y también acabé encogiéndome hombros**-. Se nos está escapando algo-,** dije, rodeando con cuidado el repulsivo cadáver. Pero no tenía sentido preocuparse por eso en aquel momento. Lo importante era volver al hangar y a la seguridad lo antes posible. Dudé un momento, reorientándome, y seleccioné el siguiente desvío a la derecha que pude ver, unos metros más allá de donde estábamos**-. Creo que es por ahí.**

Por una vez, pareció que me había sonreído la suerte. El pasillo que había elegido era largo y sin obstáculos, lo que nos permitió avanzar a buen ritmo, a pesar de la precaución con la que seguíamos haciéndolo. Aunque seguí parándome a escuchar tan frecuentemente como pude, no escuchaba el siniestro sonido de los arañazos que tan bien conocía, de hecho, parecía haber una notable ausencia de genestealers en aquella parte del pecio, por lo que di repetidamente gracias al Emperador en voz baja. A pesar de la buena acogida de ese inesperado acontecimiento, debo admitir que lo encontré vagamente inquietante. La única explicación que se me ocurría era que Drumon y los Exterminadores seguían dándoles guerra y manteniendo distraída la mente colmena de la prole. Sin embargo, no podía esperar que esa feliz circunstancia durara mucho más tiempo, si es que realmente era así, y me apresuré todo lo que pude para sacar la máxima ventaja de la situación mientras pudiera.

Al cabo de un rato, me di cuenta de que nuestro entorno estaba cada vez más nítido: las formas sombrías de los puntales y las vigas emergían de la oscuridad, y los contornos de las tuberías y las rejillas de los ventiladores se hacían más visibles. Hice un gesto a Jurgen**-. Apaga la linterna-,** le ordené.

Jurgen lo hizo de inmediato, sumiéndonos en una oscuridad que al principio parecía tan profunda como antes. Sin embargo, cuando nuestros ojos se adaptaron, me di cuenta de que mi instinto había probado ser acertado, ya que un pálido rayo de luz se filtraba en nuestro entorno desde algún lugar más adelante**-. Tenemos que ir con cuidado-,** advertí.

-Tiene razón, señor-, dijo Jurgen, aprestando su fusil láser, y seguimos adelante, atentos a cualquier señal de emboscada. Hasta donde yo sabía, los genestealers puracepa no necesitaban más luz que los Astartes, pero al menos algunos híbridos parecían más cómodos cuando podían ver por dónde iban **(4)**, y no podía concebir otra explicación para las luces que teníamos delante. Estábamos muy lejos de nuestro propio grupo, si es que aún quedaba algo de ellos, y las posibilidades de que un sistema de iluminación siguiera funcionando a bordo de alguno de los derrelictos después de siglos de estar a la deriva en la disformidad sin las atenciones de un tecnosacerdote me parecían más que escasas. Todos mis instintos me pedían dar la vuelta y esquivar lo que pudiera estar esperándonos, pero no había señales de ninguna amenaza inmediata, y la Thunderhawk no iba a esperar eternamente. Al menos, si algo intentaba matarnos ahora podríamos ver qué era, lo cual, según mi experiencia, suele ser una ventaja.

***(4)** Un punto discutible. Algunos híbridos que resultan exteriormente indistinguibles de los seres humanos cuentan con los mismos sentidos y arcanas habilidades propias de sus congéneres más monstruosos debido a la contaminación de su material genético, mientras que otros, más parecidos en su físico a los puracepas, no los tienen. Con todo lo relacionado con la genética, el azar parece jugar el papel más importante en la distribución de tales características.*

Tal y como esperaba, los niveles de luz ambiental siguieron aumentando a medida que nos acercábamos a la fuente, y el resplandor se filtraba por las esquinas y los pasillos laterales, hasta que por fin llegamos a una sección del pasillo en la que las luminarias funcionaban con normalidad. Mientras miraba a nuestro alrededor, observando lo que nos rodeaba, una sensación de inquietud cuyo origen no podía explicar del todo, se apoderó de mí como la asfixiante y siempre presente nube de polvo. Había cables que salían de las placas de iluminación del techo, uniéndolas entre sí, y bajaban a través de un agujero irregular en un panel de la pared cercana, más allá del cual habían sido burdamente empalmados a un cable más grueso, que chispeaba y chisporroteaba de forma alarmante.

-Huellas-, dije, agachándome para examinarlas, pero el polvo que se había levantado las habían alterado demasiado como para discernir algo más que el hecho de una considerable actividad, algo que ya me habían indicado las reparaciones del sistema de iluminación.

Jurgen pasó junto al cable que chisporroteaba como si fuera a alzarse de sopetón, imitando al ataque de una serpiente, y debo confesar que sentí otra ráfaga de aprensión. Se trataba de un trabajo claramente no santificado, sin ninguno de los sellos votivos ni las oraciones de protección que un

tecnosacerdote habría colocado al realizar un trabajo adecuado y seguro, en cambio, aquella chapuza crepitaba y hedía positivamente al agrio aroma del peligro **(5)**; entonces sentí que se me erizaban los pelos de la nuca en respuesta a la amenaza que presentía.

(5) *Posiblemente ozono, generado por las descargas eléctricas.*

De hecho, aquella sensación de peligro que acechaba en ese profano lugar resultaba tan penetrante que recibí con alivio el repentino sonido de disparos procedentes de un pasillo cercano.



Vacilé por un momento, como tantas veces en el curso de mi vida, decidiendo entre el impulso de huir y el deseo de descubrir exactamente a qué amenaza me enfrentaba. Sin embargo, realmente sólo había una opción posible que seguir, de modo que así lo hice; en el campo de batalla es lo desconocido lo que le puede acabar matando a uno, y por ello, la mejor oportunidad que tenía para seguir con vida era averiguar qué más acechaba en aquellos pasillos aparte de un hediondo Guardia, mi humilde persona y un número desmesurado de genestealers. Supongo que podría haberme dejado influir por la constatación de que al menos algunos de los disparos parecían proceder de un bólter, lo que podría implicar la presencia de más Recobradores tras los que podría esconderme, pero en el fondo sabía que esa una posibilidad demasiado buena como para ser cierta. Por lo tanto, hice un gesto a Jurgen para que me acompañara, y

me dispuse a descubrir qué más había colocado el Emperador a bordo del *Engendro de Condenación* para complicarme la vida.

Jurgen y yo aceleramos el paso, confiando en que los sonidos de la batalla enmascararían cualquier ruido que pudiéramos hacer, y agradeciendo por poder ver por fin por dónde íbamos. El estruendo de los disparos se hizo más fuerte a medida que nos acercábamos a su origen, y yo aferré con fuerza mi arma, sintiendo la tranquilizadora solidez de su empuñadura en la palma de mi mano. Ya sentía mis recién adquiridos dedos augméticos como una parte natural de mi cuerpo, y apoyaba suavemente el dedo índice en el gatillo, de manera que apenas se necesitaría la más mínima flexión para escupir la muerte a cualquier enemigo que tuviera la temeridad de presentarse ante mí. En la otra mano sostenía la espada-sierra, con el pulgar preparado para activar los dientes giratorios en un abrir y cerrar de ojos. Aquellos pequeños gestos siempre me tranquilizaban lo suficiente como para al menos aliviar parcialmente la ansiedad que realmente sentía en aquellos momento; aunque como se pueden imaginar, me resistía a ir en busca de problemas, también es verdad que estaba bastante seguro de poder hacer frente a cualquier cosa que se nos presentara, especialmente si podíamos acercarnos sigilosamente y cogerlo por la espalda. Lamentablemente aquella era una hermosa idea, de la que pronto iba a quedar profundamente desengañado.

El rugido de las armas había aumentado de volumen y comencé a distinguir sonidos de diferentes fuentes. Ya había reconocido el inconfundible bramido sibilante de los disparos de bólter, pero de fondo y a su alrededor había un tartamudeo de fusiles automáticos y el agudo ladrido de

una o dos escopetas. Algo en aquella cacofonía me resultó vagamente familiar, pero en ese momento no podía precisar por qué. También había otro sonido, que envolvía y se superponía a los demás, un rugido incipiente como el borboteo del sumidero de los subterráneos de una colmena **(6)**, que estaba seguro de poder identificar, pero que por alguna ignota razón se me escapaba.

(6) *Lugar a donde se vierten los fétidos torrentes cloacales de la colmena, procedentes tanto de las torres más elevadas hasta de los subterráneos más decrépitos. Cuando se producen los vertidos se genera un enorme estruendo que puede durar años o incluso décadas. Dada la naturaleza cerrada de una colmena, este estrepito que se genera durante los vertidos puede dejar literalmente sordos a quienes estén en las inmediaciones a menos que adopten las medidas de protección adecuadas.*

-Parece que estamos llegando a una especie bodega o algo así-, dijo Jurgen, y yo asentí con cierta sorpresa. Habíamos pasado por algunos espacios abiertos en nuestro errático avance, pero la última cámara realmente vasta que habíamos visto había sido la bahía del hangar en la que había atracado la Thunderhawk; y cuanto más nos adentrábamos en el pecio, más estrecho parecía haberse hecho nuestro camino **(7).** Sin embargo, ahora el patrón de ecos indicaba un espacio abierto mucho mayor que cualquiera de los que hubiéramos encontrado hasta entonces, y comencé a moverme de nuevo con más precaución. El pasillo que seguíamos parecía estar llegando a su fin, donde había una abertura rectangular un tanto irregular que llevaba a una zona con una iluminación más brillante. Esa abertura fue creciendo ante nosotros a medida que nos íbamos acercando, aunque todavía no tenía ni idea de lo que nos encontraríamos al llegar a la abertura.

(7) *Como consecuencia de la presión generada por las nuevas naves atraídas por las corrientes de la disformidad y que pasan a formar parte del pecio. Como*

resultado de los impactos y las tensiones internas generadas, se producía una compresión de las estructuras existentes, que o bien se fundían unas con otras o bien acababan cegadas. Adicionalmente, cada viaje a través de la disformidad cambiaba permanentemente gracias a los breves periodos de calma que el pecio pasaba en el materium.

Mientras avanzábamos, el ruido, cuya atenuación se iba reduciendo proporcionalmente a como lo hacía distancia, nos llegaba casi como si fuera una fuerza física. Di un último paso o dos, descubriendo que el pasillo terminaba en una vertiginosa caída, y miré hacia abajo, aplastándome contra el último metro de la pared metálica. La respiración pareció congelarse en mi pecho, y murmuré algunos improperios, en una combinación que sólo había escuchado antes en cierto establecimiento de juego de mala fama, cuando se descubrió que uno de los clientes llevaba unas cuantas cartas propias como ayuda para su buena suerte.

Como siempre, Jurgen fue más directo.

-Orkos-, dijo, como si de alguna manera pensara que a mí me hubieran podido pasar desapercibidos**-. Miles de ellos.**

CAPITULO VEINTE

De un rápido vistazo, que fue más que suficiente para mí, comprobé que la precisión de la estimación de mi ayudante respecto al número de pieles verdes parecía ser deprimentemente exacta. Solo había orkos mirara donde mirara. Desde nuestra elevada atalaya, en lo alto de una pared algo inclinada, podíamos mirar hacia abajo, a un vasto hueco en el corazón del pecio, que tenía cientos de metros de ancho y casi otros tantos de profundidad, y que se encontraba hirviendo de febril actividad. Dondequiera que se posaran mis ojos, solo encontraba más criaturas, peleándose, conduciendo al azar en destartalados vehículos, o afanándose en golpear el metal para darle nuevas formas, con propósitos que me eran totalmente desconocidos. Entre las criaturas más grandes correteaban los gretchin, como no podía ser de otra forma, que iban a toda velocidad de un lado a otro, haciendo recados para cualquier orko que les ofreciera cierta protección, y que se quitaban de en medio como quien no quiere la cosa cuando se tropezaban con cualquier otro que les impidiera avanzar, o bien se enzarzaban en vigorosos altercados. Una nube de humo ascendía desde la zona más bulliciosa, donde los mekanikoz **(1)** y sus achaparrados sirvientes se afanaban en la construcción de nuevas máquinas de guerra; pero, por más que intentaba agudizar la vista para penetrar en la asfixiante cortina de humo, la distancia y esa oscura cortina se combinaban para ocultar cualquier detalle útil sobre lo que pudieran estar haciendo.

***(1)** Palabra orka para referirse a su equivalente de nuestros tecnosacerdotes, aunque sus ritos son tan primitivos como el resto de su cultura. En lugar de propiciar el entendimiento con los espíritus máquina que les sirven, tal y como hacen los miembros del Adeptus Mechanicus, los mekanikoz se dedican a aterrorizarlos hasta que acceden a servirles.*

Por un momento me pregunté cómo era posible que existiera un espacio tan grande en una acumulación tan densa de cruceros varados. Entonces, mi mirada se posó en el borde desgarrado de las planchas de la cubierta en la que me encontraba, y la respuesta me golpeó con fuerza, al registrar las inconfundibles marcas de herramientas toscamente empuñadas: los orkos habían creado ellos mismos esta cueva de acero, cortando el metal que les rodeaba empleando toda la fuerza bruta de la que eran capaces, y reutilizando la chatarra extraída para construir nuevas armas y demás maquinas que necesitaban **(2)** para apoyar su proceso de colonización del pecio. Esto explicaba el misterio sobre el origen de la armada que nos había salido al encuentro a nuestra llegada al sistema fortaleza orko. No habían sido sino los rezagados, que regresaban demasiado tarde para reembarcarse en el Pecio y reunirse con sus congéneres antes de que este regresara al inmaterium, impulsados por algún innato impulso sito en lo más profundo de la psique orka y que los llevaba a emigrar con las mareas de la disformidad, a dondequiera que estas los llevaran **(3)**.

(2) *Tratándose de orkos, no hay necesidad de hacer comentarios a este respecto.*

(3) *Este instinto, que ya había sido observado en múltiples ocasiones a lo largo de los milenios, es indudablemente real y profundamente engranado en la psique orka. Con todo, dado que los orkos son capaces de construir naves espaciales capaces de navegar entre las estrellas, la respuesta a la pregunta del porque siguen aferrándose a unir sus destinos a la impredecible deriva de un pecio espacial a través de la disformidad sigue siendo un misterio. Por el motivo que sea, el caso es que siguen siendo una de las razas xenos que infestan los pecios espaciales, seguidos tan solo en cuanto a frecuencia de avistamientos por los genestealers, e incluso hay evidencias aunque quizás más anecdóticas que otra cosa, donde se sugiere que son capaces de ejercer un cierto control sobre el curso que siguen los pecios que ocupan una vez que se ha producido la reentrada en el materium.*

-Santo Trono-, respiré, mientras caía en la cuenta de todas las implicaciones de aquel horripilante descubrimiento. Serendipita no sólo se enfrentaba a la posibilidad de una silenciosa infiltración genestealers; en cuanto el *Engendros de Condenación* se acercará lo suficiente, vomitaría un torrente de invasores orkos como el pus de un forúnculo, con la única intención de derramar sangre y matar. El cordón de naves de la FDS de Duque nunca podría detener semejante marea, y a menos que encontrara alguna forma de avisarles, también los defensores del planeta serían cogidos completamente por sorpresa.

Alcé una mano al vox del audífono que tenía en la oreja, pero la dejé caer sin llegar a activarlo. No había nadie lo suficientemente cerca como para recibir mi transmisión, a excepción claro, de los pieles verdes, y cuanto más tiempo permanecieran estuvieran estos sin saber de nuestra presencia, mejor para mí. Me retiré un poco más hacia el interior de nuestro refugio, pero ninguna de las criaturas miró siquiera en nuestra dirección, y los que estaban lo suficientemente cerca como para haber notado nuestra llegada estaban completamente absortos en la fuente de los disparos que habían atraído nuestra atención. Como sucede a menudo entre los orkos, parecía haber estallado una disputa entre dos de las innumerables facciones de la horda, y no habían perdido el tiempo en comenzar a resolver sus diferencias a la habitual manera de los de su raza. Alrededor de una docena de individuos disparaban a sus rivales, con la falta de precisión que yo tanto había agradecido durante mis encuentros con ellos en Perlia, mientras que casi el doble de ellos se golpeaba y herían entre sí con una amplia variedad de espadas y garrotes, mientras varios cientos de sus compañeros gritaban ánimos

o insultos **(4)** desde la barrera, haciendo caso omiso del peligro de ser abatidos por una o dos balas perdidas.

(4) *Algo que entre orkos resulta indistinguible.*

Resultaba muy fácil distinguir a los líderes rivales, ya que eran más grandes que cualquiera de sus compatriotas y blandían las armas más grandes y destructivas a la vista. Ambos lucían toscas armadura, decoradas con los bárbaros glifos que los pieles verdes emplean en lugar de la heráldica y la escritura Imperial, y Jurgen asintió meditabundo**-. Son líderes de clan-,** me explico**-. Ambos están acostumbrados a ser Kaudilloz (5)**.

(5) *Como cualquier otro valhallano, Jurgen era capaz de interpretar los glifos orkos, un legado cultural derivado de la fallida invasión que los pieles verdes habían llevado a cabo contra su mundo de origen generaciones atrás. Aun hoy día, los nativos de ese mundo mantienen un particular odio hacia los orkos, y con una persistente tradición en cuanto a conocer a su enemigo.*

Aquello tenía sentido. Ya había visto en Perlia cómo las diferentes tribus dejaban de lado sus enemistades en favor de un conflicto mayor, pero las viejas rivalidades permanecían como un lento fuego bajo la superficie, haciendo que sus alianzas fueran frágiles en el mejor de los casos. (Una circunstancia que había jugado fuertemente a nuestro favor, una vez que yo hube matado ignorante de tal peculiaridad, al jefe de guerra que mantenía a los demás a raya, y toda la fuerza de invasión se había desmoronado como un castillo de naipes cuando sus posibles sucesores dirigieron sus armas unos contra otros en lugar de contra las fuerzas imperiales a los que se enfrentaban). Si conocía bien a los orkos (aptitud que me acompañó ya por siempre desde Perlia donde llegué a conocerlos mucho mejor de lo

que jamás hubiera deseado), ninguno de los dos estaría dispuesto o sería capaz de retroceder, por miedo a que un potencial contrincante oliera su debilidad e intentara usurpar su posición, lo cual nos venía de perlas: cuanto más tiempo se mantuvieran ocupados los pieles verdes de allá abajo viendo quien la tenía más grande, más posibilidades tendríamos Jurgen y yo para escabullirnos silenciosamente, y más contento me sentiría yo.

Eché un último vistazo a la ruidosa cueva de acero, calculando velozmente su extensión aproximada de la mejor manera que pude, y sentí un leve escalofrío de aprensión. Tardaríamos horas en rodearla, sobre todo si hacíamos lo posible por mantenernos a una prudente distancia para minimizar la posibilidad de ser descubiertos, con lo que las posibilidades de que la Thunderhawk nos siguiera esperando en el hangar cuando llegáramos se volverían mínimas. No era la primera vez que me esforzaba en recordarme a mí mismo que "*mínimo*" e "*inexistente*" no eran ni mucho menos sinónimos, y que esa crucial distinción había marcado la diferencia entre la supervivencia y la muerte con la suficiente frecuencia como para que esa lección quedara firmemente grabada en mi cerebro. (Aunque no tan a fondo como lo haría en las siguientes décadas, ya que ya fuera por las circunstancias o bien por la mala suerte, donde se me obligo a aplicarla reiteradamente).

-Retrocede-, le ordené a Jurgen, sotto voce, aunque la cacofonía de abajo seguía siendo más que suficiente para ahogar incluso a una banda de música. En todo caso, el ruido aumentaba, ya que otro noblez orko **(6)**, más grande y generalmente más repulsivo que los otros dos, y rodeado de guardaespaldas que cuando menos los igualaban en cuanto

al físico, se abría paso entre la multitud, gritando órdenes y amenazas. Sólo por esto, habría supuesto que era el jefe de guerra de todo el ¡Waaaaghh!, incluso sin el claro parecido con el difunto y nada llorado Korbul **(7)-. Ya es hora de que nos vayamos.**

(6) *Palabra orka para indicar un elevado estatus. Otra de las muchas palabras que Caín había aprendido a lo largo de sus actividades en Perlia, o de sus subsecuentes encuentros con estas criaturas.*

(7) *Caudillo orko de las fuerzas orkas en Perlia y a quien Caín derroto en combate singular, quebrando en el proceso la estructura de mando de las fuerzas de invasión.*

-Tiene razón, señor-, coincidió Jurgen, que sin duda había comprendido que la multitud de allí abajo era demasiado numerosa para enfrentarse a ella, a pesar del sentimiento de ancestral venganza que todo valhallano sentía hacia los orkos. Señaló al jefe de guerra, que estaba restableciendo el orden con el mismo tacto y la sutileza de un berserker de Khornate con resaca, y le dio una palmada a su fusil láser**-. Lástima que no pueda hacer un disparo limpio desde aquí.**

-Sería un buen trofeo-, acepté, volviendo sobre nuestros pasos lo más rápidamente posible, aunque sin quitarle a Jurgen un ojo de encima, no fuera a ser que de todos modos tuviera la tentación de intentarlo. Eso ya sería todo lo nos faltaría, un ejército de orkos enfurecidos y sedientos de sangre persiguiéndonos, mientras jugábamos al escondite con los genestealer**-. Pero no estoy seguro de que haya espacio para colgarlo en la pared de sus aposentos.**

-Probablemente no-, admitió Jurgen, tras un momento de reflexión. Luego se animó**-. Pero al menos ahora ya sabemos quién disparó al G.A.T.O ese.**

-Supongo que si-, coincidí, mientras nos refugiábamos por fin en la acogedora oscuridad de los túneles sin iluminación. La lluvia indiscriminada de disparos de bólter que había abierto un agujero en la cubierta, así como el objetivo, era ciertamente consistente con los que entendían los orkos por puntería. Pero recordé también que los orkos eran saqueadores por naturaleza, casi de una forma tan innata como su sed por el combate, y ninguno de los pieles verdes que había encontrado anteriormente habría abandonado un premio como aquel G.A.T.O después de haber logrado inutilizarlo, especialmente con un contingente de mekanikoz cerca con los que hacer trueques por los restos del mecanismo una vez que hubiera arrastrado la cosa hasta su campamento. Las palmas de las manos volvieron a picarme, pero el inquietante patrón que mi subconsciente había reconocido no logró abrirse paso en mi cerebro consciente. Sabiendo por experiencia que era mejor no intentar forzarlo, trate de centrar mi atención en establecer una estrategia para volver a la bahía del hangar; desgraciadamente, lo mejor que se me ocurrió fue ***"Seguir moviéndonos y esquivar a los xenos"*,** que, aunque parecía haber funcionado hasta el momento, me parecía un plan un tanto cutre en cuanto a los detalles esenciales.

Jurgen asintió meditabundo**-. Mejor estar atentos a las patrullas que tengan por el perímetro-,** advirtió, encendiendo de nuevo su linterna**-. Debe de haber sido algún orko de una de ellas quien cazó a aquel G.A.T.O y al genestealer de allá atrás.**

-Es más que probable-, asentí. Si mi sentido innato de la orientación funcionaba tan bien como de costumbre, la bahía de atraque estaría en algún lugar al otro lado del campamento de los orkos, y era bastante seguro que habrían colocado vigilantes allí para asegurar el perímetro, uno de los cuales habría utilizado al peripatético autómata para practicar el tiro al blanco. Lo que significaba que a partir de ahora ponerse a salvo implicaría eludir una mayor concentración de pieles verdes, así como las errantes patrullas de los seres controlados por la mente colmena de la prole.

Fue entonces cuando parte de la sensación de inquietud que me había estado invadiendo se cristalizó de repente en un doloroso nudo de aprensión**-. Si tienen centinelas ahí fuera-,** dije lentamente**-, ¿Cómo es que no vimos ninguno al llegar?**

Jurgen se encogió de hombros**-. Tal vez los genestealers los hayan atrapado-,** aventuró**-. Fueron lo suficientemente rápidos para atravesar el agujero que los orkos habían hecho en el suelo.**

-Lo fueron-, asentí de nuevo, sin que la oscura sombra se disipara de lo que fuera que estuviera preocupando a mi subconsciente**-. Pero tampoco vimos a ninguno de ellos cerca del campamento de los pieles verdes**.

-Aparte del muerto-, me recordó Jurgen, haciendo una pausa para apoyar su hombro en el canto de una corroída escotilla que bloqueaba nuestro avance y hacer fuerza contra ella para moverla. Mantuve cubierta con mi pistola láser la brecha cada vez más amplia hasta que estuvimos

razonablemente seguros de que nada iba a saltar y atacarnos, y entonces le indiqué que pasara, mirando hacia atrás por el pasillo en busca de cualquier signo de una presencia hostil. A pesar de mi evidente aprensión, no escuche nada parecido a los típicos arañazos de las garras o al repiqueteo de las botas con remaches de hierro sobre las placas de la cubierta, aunque mi imaginación me proporcionó suficientes fantasmas de movimiento en las sombras a nuestras espaldas.

-Les dispararon con un bólter-, reflexioné en voz alta, y Jurgen asintió, sin duda tomando el intento de ordenar mis pensamientos como si le estuviera pidiendo su opinión.

-A mí también me parece eso-, coincidió**-. Y al menos hace una semana. Quizás podría ser algo más. No hay forma de saber lo rápido que se pudren estas cosas en un lugar como este.**

-Los orkos ya llevan aquí mucho más tiempo que eso-, dije, comprendiendo por fin-. Entonces, ¿por qué la mente de la prole no ha actuado contra ellos? Los genestealers nos habían atacado menos de una hora después de nuestra llegada a bordo del ***Engendro de Condenación***. Sin embargo, parecía que aún no se había percatado de la presencia de los orkos, que presumiblemente llevaban aquí muchas semanas.

-¿Quizás son demasiados?-. Sugirió Jurgen. Bueno, por supuesto que esa era una posibilidad, pero según los archivos de datos de Gries, un pecio tan grande como este normalmente podría albergar a miles de genestealers, y una

batalla a esa escala ciertamente habría dejado muchas más evidencias que un simple cadáver.

-No lo creo-, dije, sacudiendo la cabeza. Los genestealers habían sido lo suficientemente rápidos como para reaccionar ante la presencia de los Recobradores y los tecnosacerdotes, y si estaban dejando en paz a los orkos tenía que ser por alguna razón. Una vez más, me vi obligado a considerar que la mente colmena de la prole era un enemigo más sutil y peligroso de lo que las oleadas de bestiales genestealers que controlaba la hacían parecer**-. Los genestealers están tramando algo.**

Jurgen volvió a encogerse de hombros**-. Pudiera ser, señor. Al fin y al cabo, son xenos-,** señaló razonablemente**-. Pero si se están concentrando en los orkos en lugar de en nosotros, mejor para ellos.**

Bueno, aquel era un encomiable deseo que difícilmente podría discutirle, así que en su lugar asentí, pero de todos modos mantuve mis armas a mano. Ambas razas de xenos eran totalmente hostiles a la humanidad, y por lo que a mí respecta ya podían dedicarse a zurrarse entre sí hasta que ninguno de ellos quedara en pie; desgraciadamente, mi afinado sentido de la paranoia me seguía insistiendo en que, ganara quien ganara, nosotros acabaríamos llevando las de perder.



Buscar nuestro camino alrededor de la cabeza de playa de los pieles verdes nos llevó tanto tiempo como había temido, y más de una vez tuve que dar gracias por el termo de tanna y las barritas de racionamiento que Jurgen había escondido en alguno de los muchos macutos ocultos en su persona, antes de abandonar el seguro refugio que había representado el *Revenant*.

Aunque necesarias, cada una de aquellas pausas para descansar y refrescarnos me resultaron terriblemente angustiosas, salpicadas de nerviosas miradas a mi cronógrafo, hasta que incluso mis más optimistas estimaciones sobre el tiempo que la Thunderhawk permanecería esperando a que los más rezagados de entre los supervivientes llegaran se habían visto superadas con creces. Pero dado que no había ningún otro lugar al que pudiera ir, la bahía de atraque seguía siendo nuestro objetivo. Aun cuando toda la expedición hubiera sido masacrada por los puracepas que les acechaban, estaba bastante seguro de que los Recobradores y sus aliados del Adeptus Mechanicus no estarían dispuestos a renunciar al tesoro arqueotecnológico a bordo del *Engendro de Condenación* durante mucho tiempo, y sólo sería cuestión de tiempo que enviaran otra partida de saqueo al pecio. Lo que significaba que el rescate sería simplemente una cuestión de tener tiempo, paciencia y rezar por qué no acabáramos sucumbiendo al hambre, a las embotadas cuchillas de los orkos o a las babeantes mandíbulas de los genestealers, antes de que aquellos dejaran de vacilar y se pusieran manos a la obra. Es cierto que no había ninguna garantía de que volvieran a dirigirse al mismo muelle del crucero clase *Redentor*, pero esa era una posibilidad en la que no me permitía pensar durante demasiado tiempo.

Con el simple y expeditivo recurso de mantener el débil resplandor de las luminarias en funcionamiento a nuestra derecha, cuyo brillo seguía filtrándose a través del laberinto de pasillos, conductos y canalizaciones como el heraldo del amanecer en algún mundo habitable, nos las arreglamos para permanecer lo suficientemente lejos del cuerpo principal de los pieles verdes como para evitar ser detectados fácilmente, sin desviarnos demasiado hacia las profundidades del pecio. En varias ocasiones nos vimos obligados a refugiarnos en algún sombrío recodo, o detrás de alguna pila de escombros, debido a la proximidad del sonido de los pasos y guturales ladridos en la bárbara lengua de los pieles verdes, aunque gracias a que los orkos y los gretchin no destacan precisamente por su sigilo ni aun en la mejor de las circunstancias, Jurgen y yo pudimos ocultarnos mucho antes de que el riesgo de ser detectados llegara a ser una posibilidad real. Por lo que pude ver todos los grupos estaban armados, aunque para un orko llevar armas es tan natural como respirar, y aunque apenas asomé la cabeza lo suficiente como para que se percataran de mi presencia, si pude apreciar que las empuñaban de una manera claramente informal, y así se lo comenté a Jurgen, mientras las estridentes voces de un grupo de gretchin rebuscando entre la basura bajo la hosca supervisión de un aprendiz de mek y un par de chikoz de aspecto aburrido **(8)** se desvanecían en la distancia.

***(8)** Guerreros orkos o tropa de infantería normal; aunque también se emplea este término como sufijo para designar a un grupo con determinadas habilidades especializadas, como por ejemplo los Mekanikoz, Eztrambótikoz (versión de los psíquicos entre los pieles verdes), Matazanoz (lo más cercano a un medicae o un cirujano entre los orkos, aunque contar con sus servicios estaba más allá de los sueños de cualquier orko común), etc. Generalmente es sinónimo de gitz, que es también comúnmente empleado con cualquier grupo de chikoz cuando éste no incluye a un portavoz.*

-Lo mismo creo yo, señor-, me confirmó mi ayudante, encendiendo de nuevo su linterna fijada al cañón de su fusil láser una vez que estuvo seguro de que los pieles verdes estaban demasiado lejos para notarlo. Aunque estos habían sido lo suficientemente amables como para hacernos saber que venían desde decenas de metros de distancia, los genestealers serían mucho menos considerados, y ninguno de nosotros se sentía particularmente interesado en que nos tomaran por sorpresa, con el terrible destino de Blain y su hermano de batalla aún vívido en nuestras memorias**-. Al parecer no esperan encontrarse con ningún genestealer tan cerca de su campamento.**

-Creo que no los conocen demasiado-, dije, habiendo tenido el tiempo suficiente para considerar el asunto y estar bastante seguro de que mi conclusión inicial había sido correcta**-. Tendrían muchísimo más cuidado si realmente supieran de sus capacidades.**

-¿No cree que el que cazó al que encontramos muerto ya habrá informado de su presencia?-, preguntó Jurgen, y yo negué con la cabeza, olvidando por el momento que él no tenía manera alguna de ver mi gesto en la oscuridad aun cuando no hubiera estado varios pasos por delante de mí.

-Así habría sido si ese centinela hubiera podido regresar para informar-, le respondí, pues había estado meditando seriamente a ese respecto**-, pero no creo que lo hayan hecho. Sólo encontramos el cuerpo de un genesrtealer muerto, y generalmente estos suelen cazar en manada. Recuerda lo que les pasó a los Exterminadores-.** Si aquellos monstruos quitinosos habían sido capaces de abrumar a tan formidables guerreros por el mero peso de la superioridad numérica, un relativamente

desprotegido orko no habría tenido prácticamente ninguna oportunidad.

-Tiene sentido-, coincidió Jurgen**-. Si uno o dos orkos desaparecieran de entre todos ellos, nadie se daría cuenta.**

-Eso es justo lo que yo creo-, dije. Si una patrulla de reconocimiento de la Guardia desapareciera, toda la guarnición estaría en alerta en cuestión de horas, y se harían enormes esfuerzos para encontrarlos o determinar cuál había sido su destino. Pero los pieles verdes iban y venían a su antojo, sin que su ausencia le importara a nadie, y a no ser que la presa de los genestealers hubiera sido enviada a realizar un recado específico por un noblez situado en lo más alto de su cadena alimenticia **(9)**, era realmente probable que su ausencia hubiera pasado totalmente desapercibida. Todo ello no hacía más que confirmar la inquietante conclusión a la que ya había llegado: la mente colmena de la prole tenía sus razones para mantener a los invasores ignorantes de su presencia a bordo del pecio espacial. Sin embargo, por mucho que me estrujara el cerebro, aun no podía concebir cuál podría ser esta; y cuando por fin lo descubrí, iba a desear fervientemente haber permanecido en la más profunda de las ignorancias.

(9) *En el caso de los orkos, esta no es necesariamente una metáfora.*

CAPÍTULO VEINTIUNO

A pesar de estar muy cerca de algunos encuentros con pieles verdes errantes, finalmente llegamos al otro lado de su enclave sin incidentes graves; y debo decir que sentí un gran alivio cuando dejamos a nuestras espaldas el último resplandor de sus luminarias. Es cierto que habíamos perdido la protección contra los genestealers que habíamos obtenido debido a su proximidad, pero cada paso que dábamos nos acercaba a nuestro objetivo. Todavía estábamos a una distancia apreciable de los restos del crucero clase Redentor que habíamos abordado a nuestra llegada, lo que significaba que tenía que encontrar nuestro camino puramente por suerte y por instinto. Pero la afinidad de mi viejo habitante del submundo de una colmena con entornos como aquel parecía tan fiable como siempre, y estaba bastante seguro de que un par de kilómetros más nos llevarían a la zona que había visto ampliada en el hololito del puente del *Revenant*. A pesar de lo breve que había sido ese vistazo, que ahora me parecía que había tenido lugar hacia toda una vida, estaba seguro de que una vez que llegáramos a la zona allí descrita sería capaz de recordar suficientes detalles como para acelerar considerablemente nuestro avance, así que seguí adelante tan rápido como me parecía prudente, tan ansioso por llegar a nuestro destino como cabía esperar.

Por supuesto, seguía siendo plenamente consciente del peligro de los genestealers, y mantenía los oídos atentos a cualquier indicio que pudiera obtener de la oscuridad, pero cuanto más nos alejábamos de los pieles verdes, más aumentaba mi ánimo. Al menos, eso significaba que podríamos concentrarnos en una sola amenaza a la vez.

-Tenemos que volver atrás, señor-, dijo Jurgen, desde unos metros más adelante, sin sonar más desanimado que si me hiciera saber que mi taza de tanna matutino iba a llegar unos minutos tarde**-. Esto es un callejón sin salida.**

-Demonios-, solté sentidamente. Habíamos avanzado bastante durante la última media hora, había encontrado con un pasillo relativamente libre de obstáculos, pero nos habíamos cruzado con pocos pasajes laterales que parecieran ser transitables, y por ninguno en los últimos diez minutos. Por lo que recuerdo, volver sobre nuestros pasos hasta un punto en el que pudiéramos desviarnos con una posibilidad razonable de encontrar una ruta paralela nos llevaría de nuevo incómodamente cerca de los orkos, por no mencionar que perderíamos más tiempo del que me parecía que podíamos permitirnos.

Estaba a punto de darme la vuelta, cuando un patrón tenue y regular apareció en el cono de luz que proyectaba la linterna de Jurgen, casi oculto por bajo una pátina de óxido y suciedad acumulada que se adhería a la pared metálica frente a nosotros. Me acerqué y levanté una mano para apartar lo peor, haciendo que mi guante alcanzara el mismo triste estatus que mi ya tan maltratada gorra**-. ¿Puede mantener la luz fija?**

-Por supuesto, señor-, respondió Jurgen, acercándose un poco más para ver lo que estaba haciendo y acompañado por una fuerte ráfaga de su singular aroma. Apenas me di cuenta de ello de tan preocupado como estaba, y seguí el

rastro de las tenues letras góticas que mis esfuerzos habían hecho ligeramente más legibles**-. ¿Qué dice?**

-Mamparo de emergencia-, colegí laboriosamente, en lo que antes habían sido autoritarias mayúsculas, seguidas de una serie de letras y números, que presumiblemente identificaban la sección del crucero que estaba más allá**-. Debe haber sido activado por lo que fuera que le hubiera sucedido a la nave a la que en su tiempo había pertenecido.**

-Como en la *Mano de la Venganza*-, dijo Jurgen, sin duda recordando la gruesa y maciza losa metálica que se había deslizado para sellar la sección en la que habíamos quedado atrapados cuando nuestra nave de transporte había recibido un impacto en Perlia, y así proteger la nave de la descompresión. Me estremecí al recordar aquel episodio**-. ¿Cree que podremos abrirla?**

-Podemos intentarlo-, respondí, un poco dubitativo. Para ese momento ya habíamos abierto un montón de escotillas que obstruían el paso en nuestro involuntario periplo por las entrañas del pecio espacial, pero esta parecía más pesada y resistente que la mayoría. Eché un vistazo a los restos que nos rodeaban**-. Necesitaríamos algo para hacer palanca.**

Afortunadamente, después de apenas unos minutos de búsqueda encontramos una barra de metal de unos tres metros de longitud, que parecía lo suficientemente resistente, y la levanté para evaluarla**-. Esto debería servir-,** concluí, regresando al obstáculo, que Jurgen iluminó para mí.

Examiné la barrera de metal con cuidado, buscando un punto adecuado. No había ninguna señal de unión en el centro, lo que significaba que debía moverse como una única pieza. Eso no era precisamente alentador. Trasladé mi atención al borde más cercano, encontrando sólo el más estrecho de los surcos donde el mamparo se unía a la pared. Entonces es que debía deslizarse hacia este lado, lo que implicaba que debería hacer palanca desde el otro.

-Maldita sea-, dije vehementemente, descubriendo exactamente lo mismo tras una somera inspección en el otro lado del pasillo**-. Debe haberse deslizado bajando del techo.**

-Entonces no lo podremos mover-, dijo Jurgen con tristeza.

A pesar de que se me había ocurrido el mismo pensamiento, negué con la cabeza. La sensación de decepción que me había invadido fue bruscamente apartada por una oleada de ira, casi infantil en su petulancia, hecho que sólo puedo atribuir al hambre y al cansancio que había mantenido a raya durante algún tiempo sólo gracias a mi fuerza de voluntad. No iba a dejar que un trozo de chatarra me hundiera ahora que estábamos tan cerca de nuestro destino**-. Esperé un momento-,** dije, con una voz sorprendentemente tranquila dadas las circunstancias**-. No nos rindamos aún.**

Examiné más cuidadosamente lo que nos rodeaba, aprovechando que mis ojos se habían adaptado al nivel de luz suministrado por una linterna de la Guardia. Ni que decir

tiene que el suelo bajo nuestros pies había cambiado innumerables veces desde que habíamos emprendido nuestra interminable caminata por las entrañas del *Engendro de Condenación*, desde planchas macizas de metal a rejillas de malla y viceversa, e incluso en algunos tramos estaban ocasionalmente cubiertos por alfombras, restos de madera y, en una ocasión, lo que se parecía incómodamente hueso **(1)**. Ahora nos encontrábamos de nuevo sobre un suelo de malla metálica, suspendidos unos centímetros por encima de una trinchera que discurría bajo el suelo, por el que discurrían cables y tuberías hacia el Emperador sabía que mecanismos, y que sin duda habían dejado de funcionar generaciones atrás.

(1) *Posiblemente se tratará de un crucero Eldar o bien de los restos de un Leviatán tiránido muerto hacia largo tiempo.*

Me agaché y tiré con esperanza de la sección de malla más cercana al mamparo; al encontrarla literalmente sellada en su sitio por el óxido de los siglos, renuncié a una aproximación sutil y la solté con un par de mandobles con mi espada sierra. Los dientes de adamantium desgarraron la venerable estructura metálica en cuestión de segundos, en medio de una lluvia de chispas y un chirrido que me puso los pelos de punta. Tras unos momentos de ansiedad, en el que las hordas de genestealers y curiosos orkos no surgieron de las sombras, volví a envainar el arma, maravillado por mi locura, que sólo puedo atribuir al cansancio que aún amenazaba con abrumarme **(2)**.Por desgracia la trinchera era demasiado poco profundo para pasar por ella, pero encontré lo que buscaba y sonreí: la gruesa plancha de metal descansaba en una ranura cortada en el suelo, que iba de una pared a la otra, revestida por los restos descompuestos de algún material laminar flexible, sin duda destinado a garantizar un cierre hermético. El podrido

material había dejado un hueco en el que pude introducir el extremo de la barra y, tras unos momentos de esperanzada manipulación, sentí que se enganchaba contra la parte inferior del mamparo.

(2) *En este momento Caín debería haber estado realmente exhausto para haber asumido tal riesgo, pues era algo que jamás habría hecho en condiciones normales; aunque bien mirado, aun tuvo la suficiente cordura como para no haber tratado de abrirse paso a través del mamparo con su espada sierra, lo que le hubiera tomado una considerable cantidad de tiempo aparte del ruido que habría generado su espada sierra, y eso si realmente hubiera podido atravesarlo.*

-Por ahora todo va bien-, dije, y el fruncimiento de la frente de Jurgen desprendió parte de la mugre adherida a ella. (Aunque, para ser justos, yo mismo no debía estar mucho más limpio que él a esas alturas).

-Nunca podremos desplazar eso nosotros dos solos-, dijo pensativo, ilustrando su afirmación apoyando todo su peso en el extremo elevado de la barra. Más allá de un leve y crujido en señal de protesta del borde de la placa de malla que ahora actuaba como punto de apoyo, sus esfuerzos no tuvieron ningún efecto perceptible.

-Lo sé-, dije, guiando el camino de vuelta al pasillo lateral lleno de escombros donde había encontrado la barra. Justo allí había cedido una parte del techo, sólo el Emperador sabía cuánto tiempo atrás, y por debajo del hueco había un montón de restos de chapa, cables y el típico desorden. Sólo la llegada de un enjambre de genestealers o de una horda de orkos me habría convencido de arriesgarme a adentrarme en una trampa mortal tan obvia, pero había suficientes desechos cerca del pasillo principal como para facilitar recoger muchos restos sin apenas riesgo para

nuestras vidas o nuestra integridad física. Pronto habíamos acumulado toda una colección de restos que nos habría reportado una pequeña fortuna si hubiéramos podido llevárnosla con nosotros a algún barrio comercial en los bajos fondos de cualquier colmena.

Unos breves momentos más de sudor y blasfemias fueron más que suficientes para trasladar nuestro tesoro hasta la barrera que bloqueaba nuestro avance, y yo enrollé parte del cable eléctrico que había rescatado alrededor de la parte superior de la barra, anudándolo tan firmemente como pude, antes de repetir la operación con otro cable. Así quedaron dos lazos de dos cables distintos firmemente atados a uno de los extremos de la barra, y no perdí tiempo en encajar una chapa plana entre los lazos, creando así una pequeña plataforma, pero relativamente estable. Luego encaje el extremo libre de la barra bajo el hueco de la parte inferior del mamparo. Después de eso, fue simplemente cuestión de encajar el escombro más grande de escombros bajo la barra, para crear un punto de apoyo más alto que el que habíamos utilizado antes, y empezar a cargar el resto de la chatarra en la plataforma preparada al otro extremo. Empezaba a dudar de que fuera a funcionar cuando, con un gemido que casi me causa un infarto, la plataforma con los pesos se desplazó varios centímetros y me puse en tensión, con el corazón en un puño. Después de uno o dos angustiosos segundos, me convencí de que no se iba a derrumbar y, con cierto nerviosismo, volví a apilar más escombros en el improvisado contrapeso.

-¡Funciona, señor!-. dijo Jurgen, indudablemente satisfecho, a pesar de su habitual falta de entusiasmo. Pero eso estaba bien; yo ya me encontraba lo suficientemente ansioso por los dos.

-Una última pieza-, dije, preguntándome si iba a tener que volver a por más lastre, pero el último trozo de chatarra fue suficiente. Con otro chirrido de metal antiguo contra metal, el contrapeso de chatarra descendió, levantando así la gruesa losa de metal que nos bloqueaba el paso hasta medio metro por encima de las placas de la cubierta.

-Ya podemos pasar-, me dijo Jurgen, como si de alguna manera yo no me hubiera dado cuenta, y se agachó para apuntar a través del hueco el haz de su linterna. El mamparo resultó tener sus buenos treinta centímetros de grosor, y me maravillé de la suerte que habíamos tenido de poder desplazarlo; si me hubiera dado cuenta de la magnitud de su masa, sospecho que ni siquiera me habría molestado en intentarlo. Jurgen olfateó el aire que le llegaba del otro lado con desconfianza**-. Huele un poco raro-,** me informó, tan ajeno como siempre a la ironía**-, pero es respirable.**

-Bien-, dije, dejándome caer para arrastrarme bajo la losa de metal suspendida y reunirme con él. Debo admitir que tuve una fuerte sensación de aprensión al pasar por debajo, pero cuando me puse de pie y observé nuestro entorno, ésta fue reemplazada por una oleada de alivio. Después de todo, habíamos superado el obstáculo y, aunque nos había costado bastante tiempo, era mucho menos de lo que habríamos perdido volviendo sobre nuestros pasos y buscando una ruta alternativa. Por no hablar del riesgo de encontrarnos con los orkos.

El pasillo era tan claro y despejado como el que acabábamos de abandonar al otro lado del mamparo, y

respiré con alivio. Parecía que después de todo, había tomado la decisión correcta. Al inhalar de nuevo, noté un leve sabor en el aire que no pude identificar del todo, pero que me provoco un más que preocupante escozor en las palmas de las manos. De repente, aunque nada había cambiado, las sombras que nos rodeaban parecían más profundas, más amenazantes, y volví a instar a Jurgen a ponerse en movimiento**-. Vamos-,** le dije**-. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.**



Sin embargo, mi sensación de inquietud fue creciendo cada vez más a medida que avanzábamos, a pesar del hecho de que parecíamos estar progresando sin problemas. Empecé a escuchar de nuevo los ruidos sordos que había aprendido a asociar con los merodeadores genestealers, y en varias ocasiones insté a Jurgen a que se detuviera mientras intentaba localizar la fuente. Sin embargo, cada vez que lo hacía, el siniestro susurro se desvanecía por completo, o los ecos lo hacían resonar tanto que me resultaba imposible precisar su origen. Al final, decidí proceder con la mayor cautela posible y confiar en que mis instintos nos advertirían de cualquier emboscada. Desgraciadamente, cuando llegó el ataque, este fue de una forma que nunca se me había ocurrido esperar.

-Hay un espacio abierto más adelante-, le dije a Jurgen, tan silenciosamente como pude, después de otra media hora de nerviosismo. El eco de nuestras pisadas y las corrientes de aire contra mi cara se sentían diferentes, y el

extraño sabor ligeramente ácido del aire parecía ahora un poco más fuerte.

-¿El hangar?-, preguntó mi ayudante, a lo que yo negué con la cabeza.

-Me temo que no. Aún faltan un par de horas para eso. Probablemente no sea más que una bodega-. Ni que decir tiene que yo no soy un experto en la construcción de naves estelares, pero he viajado en suficientes de ellas a lo largo de los años como para estar bastante seguro de que los restos que estábamos atravesando habían pertenecido a una nave de carga a granel de algún tipo, o al menos lo había sido, antes de que alguna catástrofe la hubiera superado, dejándola a la deriva en la disformidad hasta que las caprichosas corrientes de ese reino infernal la habían terminado arrastrando hasta quedar varada en el *Engendro de Condenación*. Los sonidos que nos rodeaban en la oscuridad eran cada vez más fuertes y numerosos, y volví a desenfundar mis armas, con una tensión que se agudizaba en la boca del estómago. Por un momento consideré la posibilidad de ordenarle a Jurgen que apagara su linterna, pero los genestealers parecían no necesitar la luz, así que supuse que no atraería su atención más de lo que lo haría nuestro olor o los sonidos que producíamos **(3)**.

(3) *Aunque Caín hierra específicamente en este punto, si acierta en lo esencial: al igual que muchos organismos tiránidos, los sentidos de los genestealer promedio (si es que se puede usar esta expresión con estas cosas, dada su increíble facilidad para las mutaciones genéticas) son bastante agudos. Aunque cuentan con su visión como cualquier otra criatura, así como el resto de los sentidos habituales, su capacidad visual no se restringe a los espectros de luz visible, siendo capaces de ver perfectamente en el espectro infrarrojo y el ultravioleta.*

Además, como ya he comentado en otras ocasiones, por lo general me resulta útil poder ver a cualquier cosa que intente matarme.

-Tiene razón, señor-, me dijo Jurgen, unos instantes después, cuando el haz de linterna detectó una puerta abierta en una de las paredes del pasillo. Al pasar por ella, el penetrante olor se hizo más fuerte, y miré a través del portal, lamentando el impulso de inmediato; el espacio más allá era inmenso, y el suelo estaba tan lleno de cuerpos inertes de genestealers, con sus cuatro brazos enroscados protectoramente alrededor de sus tórax, que no se veía ni un milímetro de metal.

-¿Están muertos?-, preguntó Jurgen, y yo negué con la cabeza, demasiado sorprendido en ese momento como para decir algo.

-No-, susurré al fin, retrocediendo con miedo, esperando que en cualquier momento todo el nido se levantara y nos destrozara. Sólo había echado un breve vistazo, pero debía de haber al menos un millar de esas abominables criaturas ahí dentro, probablemente más si pudiera molestarme en hacer un recuento adecuado**-. Sólo hibernando-.** Intenté desesperadamente **recordar los archivos que Gries me había mostrado-. Los que nos atacaron antes deben haber sido revividos para proteger al resto (4).**

(4) *O también podrían proceder de un nido diferente; distintas cámaras de hibernación podrían haber sido diseminadas a lo largo y ancho del pecio espacial, para asegurar la supervivencia de la mente colmena de la prole en el caso de que se perdiera uno o dos de dichos nidos.*

Lo que significaba que estábamos en una posición muy incómoda. Volví a mirar a mi alrededor, atento a cualquier señal de movimiento, y me retiré al otro lado del pasillo. Teníamos que seguir adelante, de eso no cabía duda, pero la idea de tener a esas monstruosidades a nuestras espaldas me resultaba aterradora.

-¿Damos la vuelta?-, preguntó Jurgen, y yo negué lentamente con la cabeza.

-No-, dije. Las posibilidades de encontrarnos con uno o dos genestealers activos serían igual de grandes en cualquier dirección que tomáramos, y al menos el hangar era un objetivo definido, a diferencia de vagar en la oscuridad esperando ser despedazados.

-Muy bien, señor-, contestó mi ayudante, con un comportamiento tan serio y alentador como el que solía adoptar en medio de una crisis, y sentí que empezaba a recuperar cierta confianza. Al fin y al cabo, los puracepas que teníamos detrás estaban dormidos, así que a menos que hiciéramos algo catastróficamente estúpido para despertarles...

El inconfundible siseo seguido del seco ¡*crack*! de un proyectil de bólter, que impactó a unos metros a mi izquierda, abriendo un agujero del tamaño de un puño en la pared metálica que tenía a mi lado, me impulsó a actuar, y levanté mi pistola láser en la dirección de la que había venido el disparo, devolviendo el fuego instintivamente mientras me lanzaba en busca de cobertura. Jurgen también respondió, y el rayo de su linterna iluminó el característico perfil de un orko mientras le apuntaba con su fusil láser. El

piel verde se agachó detrás de un pilar, mientras las descargas láser salpicaban la estructura metálica a su alrededor, y yo empecé a distinguir en las sombras otras formas que se movían más allá.

-Retrocede-, ordené, tratando de obtener una estimación de su número. Aquel no era el mejor lugar para iniciar un tiroteo, ya que sospechaba que los genestealers estarían bastante irritados al despertarse, y ya estábamos haciendo una cantidad considerable de ruido.

-Tiene razón, señor-, asintió Jurgen, con una pizca de reticencia, ansioso como cualquier valhallano por matar orkos, pero aquel no era el momento ni el lugar para complacerlo. Parecía haber una docena de pieles verdes acechando en la oscuridad delante de nosotros, y un par más de ellos comenzaron a disparar también, aunque afortunadamente sin más suerte que la que ya estaba teniendo el primero**-. Están tratando de mantenernos ocupados.**

-Y lo están consiguiendo-, dije en tono de prueba, mientras un par de pesadas balas rebotaban en el borde del santuario del Omnissiah, encima del armario de herramientas tras el que me había refugiado.

-Lo más probable es que se estén preparando para cargar-, me recordó Jurgen, una táctica con la que nos habíamos familiarizado en nuestra odisea perliana, y yo asentí con tristeza.

-Espera a que se muevan-, le dije innecesariamente, teniendo en cuenta que conocía las mejores tácticas contra las criaturas, pero asintió en respuesta, ajustando el selector de disparo de su fusil láser en modo automático.

Sin ninguna advertencia previa, un ritmo entrecortado de botas con suela metálica comenzó a resonar en las placas de la cubierta, y un pequeño grupo de pieles verdes cargó, blandiendo las toscas hachas que muchos de ellos tienden a preferir para el combate cuerpo a cuerpo. A medida que se acercaban a nuestra posición, me invadió un mal presentimiento: algo no estaba bien. (Aparte de la obviedad de que una turba enfurecida de orkos que quería hacernos pedazos, por supuesto). Entonces se me erizaron los pelos de la nuca al darme cuenta de que los pieles verdes corrían hacia nosotros en completo silencio, sin que ninguno de ellos hubiera hecho ruido desde que comenzó la escaramuza. En todas las demás ocasiones en las que me había encontrado con ellos, habían proferido gritos de guerra, amenazas y exhortaciones entre ellos incluso antes de que se iniciara el combate, por no hablar de gritar a todo pulmón mientras éste continuaba, y seguían estando en condiciones de hacerlo.

-¡No dejes que se acerquen a ti!-, le grité, como si Jurgen hubiera estado planeando ofrecerles tanna y un pastel de florn, y abrió fuego en el mismo instante en que yo lo hice, escupiendo una ráfaga de rayos láser por el pasillo. Ahora ya no tenía sentido preocuparse por los durmientes genestealers de la bodega; la mente de la prole ya sabía exactamente dónde estábamos, una deducción confirmada un instante después por un cambio apenas perceptible en las sombras a espaldas de los orkos armados. Esperando ver algo parecido, lo reconocí enseguida como lo

que era: un genestealer de pura cepa, que observaba las acciones de sus marionetas implantadas con desapasionado interés.

-¡Granada!-, gritó Jurgen, lanzando otra de las cargas de fragmentación por el pasillo, donde aterrizó justo delante de los pieles verdes que cargaban contra nosotros. Ambos nos dimos la vuelta para correr mientras ésta detonaba, y la estruendosa conmoción resultante resonaba en el reducido espacio del corredor como el disparo de un cañón Estremecedor, y la onda expansiva nos alcanzó en la espalda mientras nos poníamos en marcha. Los orkos que se acercaban vacilaron, puesto los que iban en cabeza quedaron destrozados por la lluvia de metralla y los que les seguían se vieron lo suficientemente incomodados por ella o impedidos por el resultante caos reinante como para permitirnos abrir una ventaja que yo rezaba por que fuera suficiente.

-Había un genestealer con ellos-, jadeé, rezando para que la maraña de orkos acribillados que bloqueaba el paso impidiera que reanudaran la persecución de inmediato. Teníamos una posibilidad razonable de adelantarnos a los pieles verdes durante un tiempo, hasta que su mayor resistencia empezara a notarse, pero no me hacía ilusiones de poder dejar atrás a un puracepa.

Jurgen asintió**-. También lo vi-,** me confirmó, antes de que otro bólter detonara incómodamente cerca de nosotros; la fenomenal resistencia de los orkos ya había permitido que al menos algunos de ellos se hubieran recuperado de la explosión.

Los dos nos giramos, descargando contra ellos otra ráfaga de fuego láser, aunque sin apuntar, con la vaga esperanza de forzarles a agachar la cabeza y hacer que su puntería fuera aún peor de lo habitual, y por un segundo el aire de mis pulmones pareció congelarse. La mayoría de nuestros disparos impactaron en el tórax de otro genestealer, que acababa de entrar en el pasillo desde la bodega de carga. Se movía con lentitud, en lugar de con la cegadora velocidad y agilidad que solía asociar con esas criaturas, y cayó sin siquiera intentar buscar cobertura, aunque yo ya sabía que no volveríamos a tener tanta suerte. Incluso por encima de los sonidos del combate y del repiqueteo de nuestras pisadas en las planchas de la cubierta, empezaba a escucharse un tétrico susurro, tenue al principio, como el viento agitando las hojas en un bosque, pero que poco a poco se fue incrementando hasta convertirse en un rugido sordo, que me recordaba incómodamente al del violento oleaje que casi me había arrastrado hasta ahogarme en Rikenbach. (Aunque para mi fortuna, también me apartó milagrosamente de los acorazados pies del Dreadnought hereje del que estaba huyendo precisamente en aquellos momentos; así que, aun considerando que al final acabé casi medio ahogado en un arenal, todo me salió que ni pintado, pues las baterías de nuestros Hydras lo hicieron pedazos antes de que él lograra levantarse de nuevo **(5)**).

(5) *Aunque los Hydras están diseñados principalmente como defensa antiaérea, muchos comandantes de la Guardia Imperial son conscientes de la terrible potencia de fuego de sus cañones láseres de cuádruple cañón, y por tanto del enorme daño que pueden infligir en objetivos fuertemente blindados o para dispersar unidades de infantería, y no vacilan en usar esa ventaja cuando la oportunidad se les presenta.*

-¡Todo el nido está despertando (6)!-, grité, descubriendo que después de todo aun era capaz de correr un poco más rápido. El inconfundible roce de las garras

sobre el metal resonó a nuestro alrededor, y me arriesgué a echar una rápida mirada hacia atrás, arrepintiéndome en ese mismo instante. Los genestealers que nos perseguían no sólo corrían por el suelo del pasillo, sino que se movían con la misma rapidez por el techo y las paredes, pues aparentemente sus garras lograban agarrarse sin dificultad incluso en superficies aparentemente lisas, verticales o invertidas. El rápido estrechamiento resultante en las dimensiones del pasillo, más allá del cual se vislumbraban intermitentemente más puracepas y unos cuantos orkos implantados, hacía diera la extraña impresión de que Jurgen y yo estábamos siendo tragados, una imagen que me pareció tan poco reconfortante como cabría esperar. Es cierto que las criaturas seguían moviéndose con un poco más de lentitud que de costumbre, pero de todos modos estaban ganando terreno, y me encontré tratando de calcular cuánto tiempo iba a pasar antes de sentir sus garras contra mi nuca. El único y en extremo desagradable resultado que obtuve fue que sucedería a no mucho más tardar, lo cual no me resultó de ninguna ayuda que digamos. Los pasajes laterales con los que nos cruzábamos estaban atascados de escombros, y tratar de refugiarse en cualquiera de ellos habría sido inútil, simplemente nos retrasaría lo suficiente como para que los quitinosos horrores que nos perseguían nos alcanzaran aún más rápido.

(6) *Al menos una sustancial proporción del mismo; el número de genestealers que Caín describe podrían difícilmente haber bloqueado el paso en un corredor tan estrecho.*

Mientras la respiración comenzaba a raspar en mi garganta, agravada por el polvo que nuestra precipitada carrera estaba levantando de las placas de malla metálica a nuestros pies, dispare unos cuantos rayos láser a la

oscuridad a nuestras espaldas de forma totalmente aleatoria. Las posibilidades de acertarle a algo eran mínimas, no tenía duda de ello, pero estaba casi obligado a acertarle a algo por narices dada la enorme concentración de carne xenos que nos perseguía, e incluso un esfuerzo simbólico por rechazarlos fomentaba la reconfortante ilusión de que aún podía hacer algo para evitar un destino que ahora mismo me parecía inevitable.

Fue justo entonces, cuando todo parecía perdido, cuando sentí un repentino rayo de esperanza en mi interior, cuando el haz de la linterna de Jurgen distinguió la superficie oxidada del mamparo que tan laboriosamente habíamos abierto tan poco tiempo atrás, a no más de un par de cientos de metros por delante de nosotros. Si pudiéramos ganar unos preciosos segundos más para alcanzarlo, antes de que la horda nos cazara...

Me arriesgué a echar otro vistazo por detrás, y descubrí que el enjambre había acortado la distancia más rápidamente incluso que mi estimación más pesimista; Obviamente los genestealers recién despertados se iban calentando con rapidez y ahora parecían más animados, probablemente ante la perspectiva de un tentempié. A este ritmo, ni siquiera llegaríamos hasta la barrera, y mucho menos conseguiríamos atravesar el estrecho hueco que había bajo ella, antes de que nos dieran alcance.

La recién encendida llama de la esperanza vaciló y comenzó a menguar, pero me negué a dejar que se extinguiera por completo**-. ¡Jurgen! -.** Grité, por encima del creciente ruido detrás de nosotros, y por un breve y alucinante momento, volví a saborear el agua del mar**-. ¿Le quedan granadas?**

-Un par, señor-, dijo Jurgen, rebuscando en su colección de bolsas**-. ¿Fragmentación o perforante?**

-¡Frag!-, grité, esperando que no lo tomara como una blasfemia inducida por el estrés.

-Tiene razón, señor-, respondió mi ayudante, tan imperturbable como siempre, y sacó una con el aire de haber realizado un truco de magia con éxito. Con un único y hábil movimiento, arranco la anilla y la lanzó por encima del hombro, sin molestarse en mirar o preocuparse por dónde caía. En realidad, a mí tampoco me importaba. Escuche el estruendo del choque de la granada contra las planchas de malla metálica de la cubierta, sentí que los músculos de mis hombros se tensaban instintivamente esperando al impacto de la detonación y rece al Trono para que estuviéramos fuera de su área de efecto cuando esta liberara su lluvia de metralla. Uno o dos segundos después, un ardiente y enorme puño me golpeó con fuerza en la espalda, y me arriesgué a echar un vistazo detrás de nosotros, siendo recompensado con una confusa impresión de miembros que se agitaban y colas que quedaban más lejos con cada paso que daba. No había tiempo para ver más, ya que por fin habíamos alcanzado el mamparo y, alabado fuera el Emperador, todavía estaba precariamente elevado gracias a nuestra improvisada palanca.

Al escuchar de nuevo el chirrido de las garras que se acercaban con rapidez, no perdí tiempo en escurrirme bajo la gruesa placa de metal, mientras Jurgen hacía todo lo posible por disuadir al enjambre con una última ráfaga de

su fusil láser, encajado en el poco espacio que mi cuerpo dejaba libre bajo el mamparo.

-Déjeme ayudarle, señor-, dijo Jurgen, agarrando mi antebrazo y tirando de mí para salir de golpe, como un recalcitrante corcho de una botella de amasec. Me deslicé por el impulso hasta el conducto de servicio, donde habíamos recogido los escombros que habíamos usado antes, y traté de recuperar el equilibrio, golpeándome dolorosamente la espinilla contra el borde de la siguiente sección de la cubierta.

-Gracias, Jurgen-, dije, y me giré para golpear con la hoja de mi espada sierra un brazo con demasiadas garras que se colaba por el hueco que yo acababa de dejar. La extremidad se separó limpiamente de su cuerpo y cayó en el hueco bajo las placas de la cubierta, pero si conocía bien a los genestealers, eso no iba a ser suficiente para disuadir a su dueño de seguir tratando de matarnos, y ya no digamos a sus compañeros de prole, así que me giré y, con un solo mandoble de mi hoja giratoria, corté el tramo de la barra de metal que sostenía el mamparo. El grueso mamparo metálico cayó con una gratificante velocidad y generando un sordo ruido que hizo que las placas de la cubierta se estremecieran bajo nuestros pies, aplastando de paso a los primeros puracepas que intentaban seguirnos. Un par de cabezas, una variedad de miembros y una generosa porción de torso aplastado se deslizaron por la trinchera siguiendo la estela del brazo que había cortado antes, y ensuciando mis botas.

-Esto debería contenerlos-, comentó Jurgen, con una inconfundible nota de satisfacción en su voz, y yo asentí con la cabeza, aspirando profundas bocanadas de aire fétido en

mis pulmones a fin de frenar el desbocado martilleo de mi corazón. Habíamos escapado por los pelos, y cuando por fin comprendí tal hecho, me senté sobre el montón de chatarra que habíamos utilizado como contrapeso con más violencia de la que pretendía, sin tener en cuenta el daño que los oxidados restos estaban causando a mi abrigo. En cualquier caso, ya no podía parecer mucho más desastrado de lo que ya estaba.

-Al menos temporalmente-, le confirmé, cuando un débil chirrido comenzó a sonar detrás del mamparo y me di cuenta, demasiado tarde, de que unas criaturas que eran capaces de desgarrar la armadura de Exterminador no iban a detenerse durante mucho tiempo ante unos pocos centímetros de sencillo acero. Me puse de pie, habiendo recuperado el aliento lo suficiente como para empezar a correr de nuevo si era necesario**-. Vamos-.** Y acto seguido comencé a liderar nuestro camino hacia el túnel.

-Pero, ¿No iremos por ese camino directamente a los orkos? -. Preguntó confusamente Jurgen, mientras se ponía a mi altura, y yo asentí.

-De eso se trata-, le dije, ignorando la familiar expresión de perplejidad que apareció en sus rasgos como una luna menguante**-. En las presentes circunstancias se me antoja que son la mejor oportunidad que tenemos.**

CAPÍTULO VEINTIDÓS

A pesar de que estábamos volviendo exactamente sobre nuestros pasos, tenía la impresión de que estábamos tardando mucho menos en volver al enclave de los orkos que lo que nos había llevado recorrer la misma distancia en la dirección opuesta. Supongo que, en parte, eso se debía a nuestra familiaridad con el terreno; en la ida habíamos estado comprobando la presencia de peligros inesperados durante todo el camino, mientras que ahora podíamos poner movernos confiadamente, seguros de que no nos iba a tragar el suelo y acabar lanzados a través de alguna plancha debilitada del suelo para caer en la cubierta inferior, como le había pasado al G.A.T.O dañado que para empezar nos había metido en aquel lío, cuando decidí que intentar recuperarlo sería una buena idea. Sin embargo, me da que en el fondo todo se debía a que sabíamos muy bien a qué nos dirigíamos.

Cuando cruzamos las bocas de los túneles a los que había considerado volver en busca de una ruta alternativa al encontramos con el camino bloqueado por aquel mamparo, tuve que ejercer toda la fuerza de voluntad que poseía para no desviarme con la esperanza de poder esquivar el nido de genestealers e intentar llegar de nuevo al hangar. Lo único que me detuvo fue la constatación de que ya sería imposible eludir a las criaturas. La mente de la prole se había dado cuenta de nuestra presencia, y estaba seguro de que aquella maligna masa de criaturas con las que nos habíamos tropezado se desplegaría por todos los pasillos, conductos y pasadizos, aislándonos de nuestro objetivo y persiguiéndonos cubierta a cubierta. Nuestra única oportunidad, por escasa que esta pareciera, sería darles

algo más en lo que pensar, y ahí es donde entrarían en escena los orkos.

Ver a los implantados entre el enjambre había confirmado la deducción que había hecho sobre las razones de la mente colmena de la prole para dejar al núcleo de las fuerzas orkas en la más total de las ignorancias respecto a la presencia de genestealers a bordo del *Engendro de Condenación*. Los primeros a los que había asimilado no le habrían dejado ninguna duda sobre la crueldad de la especie, y que cualquier intento de enfrentarse a tantos de ellos directamente habría dejado a los genestealers en mal estado para seguir propagando su plaga por la galaxia, si es llegaban a sobrevivir a tal encuentro. Era mucho mejor seguir acechando desde las sombras, eliminando a algunos de los intrusos aquí y allá, hasta que hubiera tenido tiempo de infestar por completo a la hueste de guerra de los pieles verdes y por tanto su capacidad para luchar contra el enjambre estuviera críticamente comprometida. Mientras tanto, invadiría Serendipita en total secreto, a través de orkos implantados y sus híbridos, que propagarían la mancha de los genestealers allá donde fuesen, llevándose sin duda a todos los puracepas que pudiesen. Y mientras lo hacían, la horda de orkos daría a los defensores del sistema motivos de preocupación más que suficientes en los que pensar, permitiendo que los genestealers empezaran a contaminar el acervo genético de los habitantes humanos de Serendipita sin que estos se dieran cuenta y por tanto, sin oposición alguna.

La única forma que veía para evitar tal destino y, lo que me resultaba más importante, para salvar mi propio pellejo, era volver las mismas tácticas de la mente de la prole contra ella. Por supuesto, eso era algo más fácil de decir que de

hacer, pero mi instintiva afinidad por los espacios cerrados y para permanecer orientado en ellos me había proporcionado el germen de una idea. Quizás fuera una idea bastante nebulosa, no lo puedo negar, pues la única parte de ella de la que estaba seguro era de que nos tocaba correr como alma que lleva el diablo, pero aquello era mejor que nada. Así fue como, demasiado pronto para mi comodidad, me encontré nuevamente merodeando por los iluminados pasillos de la sección que los orkos habían colonizado, esperando que estuviéramos en la zona correcta y que no nos encontráramos con demasiados de sus habitantes antes de estar preparados.

Sin embargo, parecía que el Emperador estaba con nosotros una vez más, y la habitual belicosidad y flatulencia de las criaturas se combinaron para crear una advertencia más que audible de su presencia de modo que Jurgen y yo tuvimos tiempo de sobra para encontrar un escondite desde donde escapar a su atención. En poco tiempo nos encontramos mirando por segunda vez la vasta caverna metálica que su implacable energía y destructividad habían arrancado del tejido del pecio espacial.

Afortunadamente, mi sentido de la orientación no me había defraudado, y habíamos llegado más o menos a donde yo había esperaba, con vistas a la sección envuelta en humo donde los mekanikoz trabajaban, creando armas y municiones para arrasar Serendipita. Incluso a aquella distancia, pude sentir el calor de las rugientes fraguas y oír el ruido de las herramientas en las cubiertas de abajo, donde las cuadrillas de ayudantes gretchin buscaban materia prima fresca para los hornos. Entre la oscuridad y la niebla producida por el calor era difícil distinguir muchos detalles, pero lo poco que pude ve fue más que suficiente.

Casi directamente bajo nuestra posición había una zona dedicada a la construcción de kamionez de guerra: meras plataformas móviles erizadas de armas, que reconocí de mis aventuras en Perlia. Por supuesto, no había dos iguales, pero me había enfrentado a ellas con la suficiente frecuencia como para saber lo difícil que podía ser derribarlas sin apoyo de tanques, y desee poder contar de nuevo con Torven y Kregeen para que entre los dos fueran destrozando un buen número de kamionez. También había un montón de camiones más pequeños, igualmente armados, por supuesto, pero al menos de momento los estaban utilizaban para trasladar los suministros de un extremo a otro de la caverna. (Y por lo que sabía, y conociendo como era la mentalidad orka, lo hacían sólo por la diversión de viajar a velocidades más que mortales). A media distancia había un entramado de andamios, donde las minúsculas figuras de innumerables gretchin se arremolinaban sobre un enorme montón de chatarra, que se parecía alarmantemente a un gargante a medio terminar; pero ese, cuando menos, sería un problema para el futuro, y preferiblemente para otra persona.

-Esos parecen tanques de promethium-, dije, dando un codazo a Jurgen y señalando un grupo de cilindros abovedados en la periferia de la zona de montaje de vehículos**-. ¿Puedes interpretar los glifos?**

Mi ayudante asintió y entrecerró un poco los ojos, tratando de enfocar los símbolos burdamente pintados en los lados de los tanques a través del aire manchado de humo**-. Me parece que es una advertencia-,** dijo por fin**-. Dizpara, o acerca fuego, y *haráz pumz* (1).**

***(1)** Vocablo orko, que se puede traducir burdamente como "lárgate de aquí", aunque también podría ser "dejadlo en paz" o incluso "dudo de que diga la verdad", dependiendo del contexto. Está claro que es el segundo de esos significados el que encaja en este caso.*

-Excelente-, dije, con mi suposición confirmada**-. ¿Cree que podrá darle desde aquí?**

-Creo que sí-, dijo Jurgen, mirando a través de la mira de su fusil láser**-. Es un tiro largo, pero al menos no hay que preocuparse por el viento.**

Contuvo su respiración, apuntando su arma con sumo cuidado, y disparó una vez. Esforcé los ojos, pero la distancia y la oscuridad eran demasiado grandes, y no pude ver ninguna señal del impacto**-. Un poco a la izquierda-.** Repitió el proceso, sin efecto aparente, y lo intentó una tercera vez. Estaba a punto de darme por vencido y tratar de encontrar un objetivo alternativo, cuando mi ayudante gruñó con satisfacción**-. Eso debería bastar.**

-¿Le ha dado al depósito?-, pregunté, esperando todavía algún tipo de efecto visible, y sintiéndome vagamente decepcionado al no ver nada. Supongo que esperaba algo parecido al infierno que se había apoderado de la estación de reabastecimiento en **Prosperity Wells (2)**, aunque eso había sido provocado por un misil perforante disparado desde un lanzacohetes y no por el débil impacto de un fusil láser disparado desde mucho más allá de su alcance efectivo normal.

***(2)** La ciudad de Perlia donde anualmente se celebra el inicio la "Marcha del Libertador". Posteriormente fue rebautizada como Cainstead, quien se sentía por ello una mezcla de diversión y bochorno; de hecho, incluso cuando fijó su*

residencia en dicho mundo, como tutor en la Schola Progenium de Perlia, siguió refiriéndose a dicha ciudad por su nombre original y nunca por el que habían puesto en su honor.

Jurgen sacudió la cabeza**-. ¿El depósito? -,** repitió, con cara de desconcierto, aunque eso no era nada nuevo**-. Estaba disparando contra la válvula de salida-.** Entornando los ojos en dirección a los tanques, pude distinguir unas diminutas perforaciones allí donde un grupo de tubos se unía al conjunto. Puede que fuera mi imaginación, pero la niebla parecía un poco más espesa en aquel punto, y me pareció distinguir el brillo del líquido que salía a borbotones del más cercano, formando un charco cada vez más grande.

-Eso debería funcionar mucho mejor-, le aseguré, maravillado, y no por primera vez, de su extremadamente buena puntería. Dar en un blanco tan pequeño a esa distancia habría implicado también un buen grado de suerte, eso no se podía discutir, aunque tampoco iba a negarle su habilidad**-. Bien hecho.**

-De nada, señor-, me agradeció Jurgen, dejando que un leve aire de satisfacción se transmitiera en su voz, y luego asintió pensativamente**-. Sólo hay que darle un momento más para que los gases se acumulen-.** Volvió a apuntar con su fusil láser-**. Entonces sólo hará falta una pequeña de chispa...**

Apretó el gatillo y me quedé mirando el vertido de combustible, con los ojos entrecerrados esperando poder ver el resultado del disparo. Pero de nuevo me fue imposible, no tuve ni idea de dónde había impactado el disparo, aunque el rayo láser debió de chocar con el metal,

producirendo la chispa que Jurgen había anticipado. Durante unos brevísimos instantes pareció que no iba a ocurrir nada, y entonces surgió de la nada una llamarada de color naranja brillante que se expandió por el aire hasta envolver todo el complejo.

-Buen tiro-, comencé a decir, cuando un trueno hizo que me pitaran los oídos, mientras el estruendo rebotaba y se duplicaba en aquel espacio reducido, hasta acabar ahogando todos los demás. Un lago de fuego líquido se extendió por la zona de montaje, bañando los karroz de combate recién terminados e inmolando a cientos de orkos y gretchin. Un par de camiones que se encontraban en la periferia del recinto de los mekanikoz dieron la vuelta y se alejaron a toda velocidad, tratando de escapar de las llamas que avanzaban con gran celeridad e incontroladamente; uno de ellos logró ponerse a salvo, mientras que el otro fue alcanzado y engullido, y su propio combustible se inflamó explotando en un eco en miniatura de la bola de fuego principal, perdiéndose en la conflagración general.

-Ha salido bien-, comentó Jurgen evidentemente satisfecho consigo mismo, por encima del estruendo de una sucesión de explosiones secundarias, mientras empezaba a detonar la munición a bordo de los karroz de combate en llamas. Empecé a preguntarme dónde estarían los principales depósitos de municiones y si no nos habríamos pasado un poco. La idea era llamar la atención de los orkos, no aniquilarlos por completo.

Bueno, afortunadamente aquello no iba a suceder. A pesar del panorama de destrucción desplegado bajo nuestros pies, la mayor parte de la colonia de pieles verdes había quedado intacta. Al apartar los ojos del infierno que

habíamos desatado, me alegró ver cómo se agrupaban en un estado de desorden aún mayor que el habitual, mientras los noblez **(3)** intentaban restablecer lo que aquellos seres entendían por orden con el éxito que cabría esperar. El jefe de guerra que habíamos visto antes se abría paso entre la multitud, rompiendo cabezas y rugiendo contra todo aquel que tuviera la mala suerte de cruzarse en su camino, y le di un empujón a Jurgen. Era una oportunidad demasiado buena para perderla**-. ¿No es aquel al que quería dispararle la otra vez? -,** le pregunté.

(3) *Orko con una cierta posición de autoridad.*

-Me parece que sí-, asintió Jurgen, captando la indirecta y apuntando para efectuar otro disparo. Era demasiado esperar que fuera capaz de derribar al líder de la hueste desde aquí (aunque teniendo en cuenta la devastación que ya había conseguido causar con sólo unos pocos disparos láser no me habría sorprendido nada si alcanzaba a aquel bruto limpiamente entre los ojos), pero en cualquier caso tenía otro objetivo en mente**-. Maldita sea. Se me ha ido a un lado.**

El jefe de guerra levantó la vista, gruñendo, cuando el rayo láser de Jurgen impactó en la placa del hombro izquierdo de su armadura, añadiendo otra apenas visible abolladura a la impresionante colección que ya la decoraba, para lanzar una mirada de odio furioso en nuestra dirección. Que era precisamente lo que yo había esperado. Me acerqué al borde del vertiginoso precipicio que había al final del breve corredor, sin tener en cuenta el sofocante calor que se elevaba desde el infierno que había debajo, y blandí desafiante mi espada-sierra, fijando la mirada en la distancia. Era un gesto que sabía que ningún piel verde

sería capaz de interpretar de otra manera que no fuera como un desafío, y no me equivocaba en lo más mínimo; con un grito de rabia, inaudible por el rugido de las llamas, y el cacofónico derrumbe del parcialmente completado gargante cuando el andamio que lo sostenía se derritió por el poderoso calor generado por el ardiente combustible, ~~y~~ comenzó a correr en nuestra dirección, bordeando el desatado infierno lo más cerca que pudo. Sus guardaespaldas le acompañaba, por supuesto, y, fieles a la mentalidad de grupo que parecía gobernar todas las acciones de estas criaturas, todos los demás orkos de los alrededores se les unieron. Incluso desde aquella distancia, y por encima del ensordecedor clamor de la destrucción que habíamos desencadenado, pude oír el creciente grito de guerra orko "¡WAAAAAGGHHHHHH!" que delataba su desatada sed de sangre.

-Ya es hora de movernos-, dije, calculando el tiempo que tardarían en alcanzarnos. Les llevaría por lo menos varios minutos, pero tampoco esperarían que nos quedáramos quietos. A medida que subieran los niveles intermedios, también se desplegarían a través de ellos, con la esperanza de adelantarse y cortarnos el paso. Lo que incluso podría haber funcionado, si no hubiera habido ya un enjambre de genestealers pisándonos los talones, sin duda con la misma idea en mente, aunque desde la otra dirección.

A falta de una idea mejor, me apresuré a volver en dirección a los corredores que me habían llamado la atención al entrar, esperando que los genestealers no hubieran avanzado tanto. Estaba bastante seguro de que seguirían evitando el enclave orko, ya que penetrar en su perímetro revelaría su presencia, lo que echaría por tierra su plan de utilizar a los pieles verdes para sus propios fines; pero a

esas alturas también los orkos debían estar desplegándose, enloquecidos por la sed de sangre y el deseo de venganza, y con un poco de suerte los dos grupos se encontrarían antes de que alguno de ellos nos alcanzara. Obviamente eso planteaba la interesante cuestión de cómo íbamos a arreglárnoslas para atravesar una guerra menor sin quedar atrapados en el fuego cruzado, pero bueno, ya me preocuparía de como cruzar ese puente cuando llegáramos a él.

Sin embargo, para mi sorpresa, no fueron los genestealers ni los orkos los primeros que nos encontraron. Todavía estábamos en el interior de la zona iluminada cuando me llamó la atención un repiqueteo de pies corriendo sobre las placas de la cubierta a nuestras espaldas, y me giré para encontrar el pasillo atestado de gretchin, que cargaban hacia nosotros con estridentes chillidos de malévola alegría, urgidos por ensordeceros rugidos de su supervisor orko. Simplemente habíamos tenido mala suerte: debían de haber estado recolectando chatarra en esta parte del pecio cuando volamos el depósito de combustible, se dieron cuenta de la conmoción y se dejaron llevar por la sed de sangre habitual de su raza.

-¡Yo me encargo del grande!-, grité, colocando un par de descargas láser de mi pistola en el centro del pecho del orko, lo cual, dado lo mucho que destacaba entre los grotz **(4)**, no resultó ser un blanco complicado ni siquiera para mi puntería. La bestia se tambaleó, pero se recuperó, y probablemente habría cargado contra mí de no ser por la masa de pieles verdes más pequeños que se arremolinaban a sus pies. Jurgen los dispersó con un par de ráfagas de su fusil láser, después de lo cual, el resto decidió que nos tenía más miedo a nosotros que al orko y se dispersó chillando. Al

encontrar el camino inesperadamente despejado, el orko empezó a cargar hacia delante, con un garrote del grosor de mi antebrazo levantado para golpear; pero yo ya le estaba esperando, y me agaché bajo él, mientras el filo de mi espada sierra atravesaba su torso en un corte horizontal ascendente. Gritando de sorpresa e indignación, el corpulento piel verde trató de darse la vuelta para volver a golpear, antes de darse cuenta de que prácticamente lo habían partido por la mitad, y con rostro estupefacto, se desplomó sobre las placas de la cubierta, mirando confundido como se desparramaban sus propias entrañas a su alrededor.

***(4)** Epíteto comúnmente usado por los orkos para referirse a sus primos más pequeños.*

-Ha sido fácil-, comentó Jurgen, y yo asentí con la cabeza, volviendo a poner la espada sierra a la velocidad mínima. Sospechaba que la iba a necesitar mucho más en las próximas horas, si es que lográbamos sobrevivir tanto tiempo, y para entonces no querría encontrarme con la célula de energía agotada.

-Será mejor que aprovechemos al máximo nuestras municiones-, le aconsejé**-. A partir de ahora las cosas se van a poner un poco más complicadas.**

Con esa perspectiva en mente, quede muy lejos de quedar decepcionado. Para cuando llegamos al relativo santuario de los pasillos oscuros, nos habíamos librado de otra media docena de orkos, que fueron llegando en grupos de dos en dos y de tres en tres **(5)**, los primeros de la turba que nos perseguía para llegar a estos niveles superiores. Pero sabía

que habría más, pisándoles los talones, y empecé a preguntarme sobre la conveniencia del curso de acción que había iniciado.

(5) *Luego obviamente no se refería a media docena como número.*

En cualquier caso, ya era demasiado tarde para pensarlo dos veces. Ya casi habíamos llegado al primero de los túneles laterales que había estado buscando, y aceleré un poco el paso, consciente de que seguramente los genestealers ya habrían atravesado el mamparo y estarían viniendo hacia nosotros desde la oscuridad tan rápido como sus seis extremidades les permitieran. Eso, por supuesto, si es que no habían llegado ya hasta allí y estaban al acecho, o si otros de su especie no habían llegado antes siguiendo otra ruta. Escuché con atención, atento a cualquier indicio de movimiento en la penumbra que nos rodeaba, pero lo que podía oír por encima del martilleo de mi corazón era demasiado débil y difuso para poderlo ubicar.

Ya no tenía sentido preocuparse, pensé, antes de que un cambio apenas perceptible en la profundidad de la oscuridad que nos envolvía empezara a hacer cosquillas en el borde de mi conciencia**-. Apaga la linterna-,** le ordené a Jurgen. Como siempre, cumplió las órdenes de inmediato y me di cuenta de que había acertado. Captamos un débil resplandor detrás de nosotros, que aumentaba de intensidad a cada momento que pasaba, y al aguzar el oído pude distinguir el tamborileo irregular de un gran número de pies que se movían con rapidez. Un momento después se unió a él el timbre de unas voces guturales, con tonos indudablemente belicosos, que disiparon cualquier posible duda sobre a quienes pertenecían**-. ¡Por aquí! Y trata de no hacer ruido.**

Supongo que aquella última advertencia no era estrictamente necesaria, ya que los estruendosos orkos que se acercaban habrían ahogado con toda seguridad cualquier ruido que pudiéramos hacer con sus interminables discusiones, pero nunca estaba de más ser precavido. Además, no había olvidado que los genestealers también estaban en algún lugar, y probablemente estarían atentos a cualquier sonido que generásemos con la misma energía e interés que yo ponía en escucharlos a ellos. Afortunadamente, había memorizado la posición del pasillo transversal que buscábamos antes de que apagar nuestra linterna, y me bastaron unas cuantas zancadas para llegar hasta allí; mi olfato me permitió fijar la ubicación de Jurgen con la misma facilidad, y guiarlo también en la dirección correcta, de modo que para cuando el difuso resplandor detrás de nosotros se separó en una veintena de fuentes de luz distintas, los dos estábamos cómodamente instalados detrás de un gran bulto de óxido a unos pocos metros en el pasillo, que parecía haber sido una bomba de algún tipo. Desde allí teníamos una buena vista del pasillo que acabábamos de abandonar, así que me agaché, con mi pistola láser preparada, y eché un vistazo alrededor del mecanismo defectuoso, con la esperanza de ver lo suficiente como para obtener una estimación del tamaño del grupo que estaba detrás de nosotros.

En realidad, iba a ver mucho más de lo que había esperado. A medida que los orkos se acercaban al cruce, y Jurgen y yo preparábamos nuestras armas para acabar con los que se separaran del grupo principal para explorar nuestro refugio, la luz que nos rodeaba se hacía más brillante con cada paso que daban los pieles verdes. La bomba hidráulica detrás de la cual Jurgen y yo estábamos acechando estaba en el lado del pasillo por el que se acercaban, así que la vista que

teníamos del corredor principal daba hacia el nido de genestealers con el que nos habíamos tropezado hacía lo que ahora parecía toda una vida, pero que mi cronógrafo insistía obstinadamente en que había pasado apenas una hora y media.

Centré la vista en el cruce de los dos pasillos y parpadeé, pensando por un momento que el cansancio y el estrés habían acabado conmigo. Las sombras se redujeron, haciéndose cada vez más profundas a medida que se acercaban los pieles verdes que portaban sus estrafalarios focos, pero una había parecido desvanecerse, moviéndose en la dirección equivocada, antes de reaparecer de nuevo, en algún lugar de una maraña de tuberías que dependía del techo.

Se me heló la respiración**-. Genestealer-,** susurré, casi inaudiblemente, sin atreverme a levantar más la voz por si me oía la quitinosa obscenidad**-. En el pasillo principal.**

-Ya cuento tres-, respondió Jurgen, igualmente en sotto voce, un instante después de que divisara a los otros, aferrados a la pared junto a una rejilla de ventilación un poco por encima del nivel de los ojos, y acechando en el canal de servicio bajo la placa de malla de la cubierta. Entonces se agitaron más sombras y, de repente, un enjambre entero de ellos estaba allí, bloqueando el pasillo por completo, justo cuando la vanguardia de los orkos llegaba a la vista desde la otra dirección.

Supongo que los humanos, ante tal tesitura, habrían dudado, paralizados por un momento por la sorpresa o la indecisión, pero ambas razas de xenos se regían por una

agresividad instintiva que generalmente les servía muy bien en ese tipo de encuentros. Con un estremecedor aullido "¡WAAAAAGGHHH!", los pieles verdes se lanzaron hacia delante, disparando sus toscos bólters y blandiendo las hojas de sus hachas, y los puracepas salieron a su encuentro, chocando el arma de fuego con la mandíbula, el acero afilado con la garra. La sangre y el icor fluyeron, mientras ninguno de los dos bandos estaba dispuesto o era capaz de dar cuartel, y cada uno igualmente decidido a aniquilar al otro.

-Vamos-, le ordené, dejándoles solos y bajando tan deprisa como podía por el pasillo sin romperme un tobillo con algún obstáculo invisible. Después de golpearme un par de veces las espinillas contra los trozos de chatarra que había en el lugar, le dije a Jurgen que volviera a encender su linterna; al fin y al cabo, los orkos también portaban luces y a esta distancia no podrían distinguirnos de sus aliados, y ya estaba convencido de que los genestealers podrían encontrarnos con la misma facilidad tanto si la usábamos como si no. El ruido de la escaramuza a nuestras espaldas estaba ahogando cualquier aviso que mis oídos pudieran detectar de la presencia de puracepas acechándonos emboscados, así que, me gustara o no, ya no teníamos otra opción que confiar en nuestra visión.

-Parece que todos se han involucrado en la pelea-, observó Jurgen, sin parecer más preocupado de lo que hubiera estado si me estuviera informado de que se esperaba lluvia para la tarde, y yo asentí con la cabeza. Los disparos esporádicos y los gritos de guerra de los orkos resonaban ahora por los pozos desde todas las direcciones, y empecé a temer que, después de todo, tal vez no encontraríamos una salida. Mi don para mantenerme

orientado en entornos como aquel seguía siendo tan fiable como siempre, pero parecía que el camino de vuelta al hangar estaba bloqueado por dos hordas de xenoformes enemigas, empeñados en sacarse los ojos los unos a los otros. Supuse que si había algo positivo en aquella situación, era que los pieles verdes eran ahora muy conscientes de la presencia de los genestealer, lo que implicaba que ninguno de ellos tendría mucho tiempo o atención para lanzar un ataque contra Serendipita, al menos en el futuro inmediato. Esto podía ser una gran suerte para los serendipitanos, aunque a mí no me ayudaba un pimiento.

-Probemos por aquí-, le dije, divisando luces que se movían más adelante, y desviándonos por un pasillo que parecía, en todo caso, aún más decrépito y peligroso que el que acabábamos de dejar. Un destello de movimiento me llamó la atención y me giré, sacando mi espada sierra instintivamente, y poniendo los dientes a velocidad de combate. Una vez más, mis reflejos de duelista me salvaron la vida, ya que la espada atravesó limpiamente el brazo de un genestealer que estaba a milímetros de cerrar sus garras en torno a mi cabeza, y giré para apartarme de su carrera, decapitándolo limpiamente en el contragolpe. Mientras caía, miré a mi alrededor en busca de más, para mi alivio éste parecía haber estado solo.

Sin embargo, cualquier respiro sólo podía ser temporal; no me cabía duda de que la mente de la prole ya estaba al tanto de nuestra ubicación y enviaría más criaturas contra nosotros. Lo único que podíamos hacer era seguir moviéndonos y esperar que los orkos mantuvieran ocupados al resto de los genestealers de los alrededores. En ese momento volví a percibir luces en la distancia, que nos

seguían por el pasillo lateral que habíamos tomado. Parecía que nos habían visto al mismo tiempo que nosotros a ellos.

-Sigamos moviéndonos-, dije con urgencia**-. Lo más rápido posible.**

-Tiene razón, señor-, dijo Jurgen, adaptando la acción a la palabra y empezando a trotar a toda leche. Parecía que habíamos entrado en otra sección del pecio, aún más deteriorada que el viejo carguero y la nave que los orkos habían estado canibalizando. El pasillo era estrecho y las placas del suelo estaban muy corroídas. El omnipresente polvo que levantaban nuestros apresurados pasos quedaba cubierto en esta zona por el color marrón por el óxido, y las escamas de material se desprendían de las paredes cada vez que mis hombros las rozaban. Los cables colgaban del techo como lianas en una la selva, donde los soportes que los sujetaban se habían aflojado, o se habían caído por completo, y por un momento me pregunté si podríamos emular de alguna manera el truco de Mira con los cables eléctricos en el *Revenant*, pero los generadores que los habían alimentado habían dejado de funcionar siglos atrás, sino milenios, y aunque no lo hubieran hecho, probablemente habría acabado electrocutándome al manipularlos.

-Es un callejón sin salida-, apuntó Jurgen, recorriendo con su linterna una cámara llena de escombros que, a juzgar por los atriles de control y los diales de cristal colocados en las paredes, probablemente había sido una capilla de control del núcleo de energía de la nave. No había otra salida que yo pudiera ver, y expresé mi decepción con varias floridas expresiones que creo que es mejor no registrar para la

posterid**-. ¿Podemos volver por donde hemos venido?**

-Si, si nos quitamos a los orkos de en medio-, dije, indicando el resplandor de la luz a cierta distancia del pasillo.

Jurgen se puso a cubierto detrás de un trozo de techo caído, con su fusil láser apuntando a la estrecha entrada**-. No hay problema-,** me aseguró.

-Me alegra oírlo-, le contesté, esperando que no fuera demasiado optimista. Me parecía que era una multitud de tamaño considerable y, aunque sólo podían entrar en la cámara de uno en uno, había luchado contra pieles verdes con demasiada frecuencia como para ser optimista sobre nuestra capacidad de eliminarlos a todos a medida que entraban. Había visto a los orkos encogerse de hombros ante heridas de fusiles láser que habrían matado o incapacitado a un hombre, y bastaría con que unos pocos se abalanzaran sobre nosotros en un espacio tan reducido para que nos viéramos desbordados**-. ¿Le quedan granadas?**

-Lo siento, señor-, dijo Jurgen negando con la cabeza**-. Ya hemos usado la última (6).**

(6) *Presumiblemente se refiere a una de las refriegas previas anteriormente descritas.*

-Oh, lástima-, dije, tratando de sonar despreocupado**-. Era inevitable. Tendremos que esforzarnos un poco-.** Disparé unas cuantas descargas láser hacia el pasillo, con la

esperanza de retrasar a nuestros perseguidores o incitarles a hacer algo imprudente, pero todo lo que recibí como recompensa fue una ráfaga de proyectiles que agujerearon las paredes metálicas que nos rodeaban con una onda de detonaciones superpuestas que me hicieron zumbar los oídos. Eso me dio otra idea, y me acerqué a las paredes para examinar los daños. Si el metal era lo suficientemente fino, podría abrir una salida con mi espada sierra, mientras Jurgen mantenía a raya a los pieles verdes.

Sin embargo, la esperanza era vana; una breve inspección bastó para convencerme de que nunca sería capaz de atravesarlo a tiempo, incluso si los dientes de mi arma no se rompían en el intento. En cualquier caso, lo que realmente me hizo desistir de intentarlo fue el parpadeo de movimiento que vislumbré a través del agujero más cercano. Retrocedí por reflejo, mientras una garra de unos treinta centímetros de largo se asomaba por la abertura y se retorcía tanteando el terreno. Al cabo de un momento se retiró y volvió a aparecer, junto con sus cuatro compañeras, atravesando el metal como si fuera de cartón. Poco a poco se fueron juntando mientras el genestealer del otro lado de la pared cerraba el puño, el metal se arrugó como el papel de un paquete de raciones, y luego se retiró, arrancando un buen pedazo, dejando un agujero del tamaño de mi cabeza.

-Los genestealers están atravesando las paredes-. le advertí a Jurgen, mientras una boca con demasiados colmillos se abría paso por el hueco, aunque sin lograr entrar. Le disparé con mi pistola láser a quemarropa y se retiró vertiendo un chorro de icor maloliente, pero el respiro duró poco. El metal de la pared empezó a doblarse y a desgarrarse en otros lugares, y con un estremecimiento de

puro horror me di cuenta de que había todo un grupo de aquellas monstruosidades abriéndose paso hasta nosotros.

-Los orkos tampoco se apartan de nuestro camino-, respondió mi ayudante, tan flemático como siempre, enviando una ráfaga de disparos automáticos por el pasillo mientras hablaba. Otra ráfaga de bólter le respondió, silbando sobre nuestras cabezas, para impactar contra la pared. Los genestealers se tambaleaban por las múltiples detonaciones, pero se repusieron rápidamente, renovando su ataque a la debilitada barrera; a este ritmo, la atravesarían en cuestión de segundos.

Retrocedí un par de pasos más, balanceando mi espada sierra siguiente un modelo defensivo, y esperando un objetivo de oportunidad para mi pistola láser. Sólo tendría tiempo para uno o dos disparos, y pretendía que valieran la pena.

Entonces, un movimiento llamó de nuevo mi atención, semioculto por las sombras a la altura de mis espinillas, y me giré hacia él, apuntando con la pistola. Mi dedo comenzó a apretar el gatillo.

-¡Comisario! ¿Eres tú? -. La voz de mi comunicador sonaba atenuada y empañada por la estática, y por un momento me quedé demasiado sorprendido para responder**-. El canal del pictograbador está considerablemente degradado.**

-¿Drumon?-. Aflojé la presión sobre el gatillo, justo a tiempo para evitar hacer un agujero en un G.A.T.O, casi

idéntico al que habíamos encontrado poco antes de que Blain acudiera a presentar sus saludos al Emperador. Salió de detrás de una consola que había quedado oculta cuando Jurgen y yo habíamos entrado en la sala**-. ¿Dónde estás? -.** Disparé un par de proyectiles láser a un genestealer que había abierto un agujero en la pared mientras yo hablaba, lo suficiente como para asomar la cabeza y los hombros, y que trataba de agarrarme. Cayó, sin la mayor parte de la cabeza, para acabar grotescamente colgado, a medio camino de la abertura, como un trofeo mal colocado.

-A bordo del *Revenant*-, contestó el Tecnomarine, sonando ligeramente sorprendido**-. Creíamos que habías muerto.**

-Pronto lo estaré-, respondí con cierta brusquedad, cortando a otro genestealer que había atravesado la pared como si saliera de una crisálida de pesadilla. Se retiró, goteando líquido de su tórax, y se preparó para cargar de nuevo**-. El pecio está lleno de genestealers y pieles verdes-.** Como para enfatizar el punto, Jurgen disparó de nuevo, provocando un enrabietado bramido orko, y abandonó su puesto para unirse a mí**-. Estamos atrapados entre ellos.**

-Lo siento, señor-, me informó Jurgen, arrancando la linterna del cañón de su fusil láser y dejándola caer sin contemplaciones a la cubierta, donde rodó, proyectando sombras grotescas sobre los monstruos que nos acorralaban. Sacó su bayoneta y la encajó en el lugar donde había estado la linterna**-. Me he quedado completamente seco.**

-Mantengan la posición-, aconsejó Drumon, y cortó el enlace.

-¡Como si tuviera otra opción!-, gruñí, esquivando un golpe de guadaña de otro genestealer que me atacaba, y abriéndole del tórax a la cabeza antes de que pudiera recuperar el equilibrio. Cayó y me giré para enfrentarme al siguiente, disparando al primer orko que entró en la cámara. Este se tambaleó, se recuperó y comenzó a cargar, con su torpe hacha levantada para dar un golpe mortal, mientras el genestealer al que me enfrentaba se lanzaba, demasiado rápido para que yo pudiera contrarrestarlo...

Entonces algo me agarró, me aplastó y me desgarró por dentro. Durante un instante eterno y cegador, perdí el sentido de quién era, qué era y dónde estaba, abrumado por más dolor y terror del que había pensado que era posible experimentar. Entonces sentí otro tirón, como el de la transición de una nave estelar desde la disformidad al espacio real, y caí, sintiendo el frío metal bajo mi cara.

-Comisario. ¿Te encuentras bien? -. Era de nuevo la voz de Drumon, pero esta vez real, no emitida por el pequeño transceptor de mi oído. Parpadeé con mi visión borrosa tan claramente como pude, y sentí que unos enormes guanteletes de ceramita me levantaban.

-Ya te diré-, respondí, preguntándome vagamente por qué los gretchin me clavaban pinchos en las sienes y nadie hacía nada al respecto**-. ¿Dónde están los genestealers?**

-Y los orkos-, añadió Jurgen, con un aspecto tan saludable como el que yo tenía, aunque en su caso no se puede decir que este no fuera muy distinto de su habitual estado.

-En el *Engendros de Condenación*-, explicó Drumon, como si eso aquello fuera algo evidente.

-Entonces, ¿dónde diablos estamos nosotros? -, pregunté, tratando de concentrarme en nuestro entorno. Estábamos en una cámara de paredes metálicos que producían un cierto eco a mis palabras, bien iluminada por conjuntos de lámparas que funcionaban a la perfección. Había mecanismos arcanos por todas partes, atendidos por tecnoadeptos que cantaban solemnemente, y el aire estaba cargado de olor a incienso y ozono. Todo lo que veía, así como el esfuerzo de girar el cuello, empeoraba mi dolor de cabeza, así que renuncié a intentar darle sentido.

-A bordo del *Revenant*-, dijo Drumon con el mismo tono de voz. Entonces hizo una seña al autómata con el que nos habíamos tropezado, que por alguna razón seguía con nosotros, y que andaba por la cámara dando vueltas al azar**-. Afortunadamente, el teletransportador del G.A.T.O seguía funcionando, así que pudimos traeros con él.**

-¿Quieres decir que podrías haber teletransportado al que fuimos a buscar y traerlo de vuelta a bordo en el momento que te diera la real gana?-, pregunté, sintiéndome tonto y enfadado a partes iguales.

El Tecnomarine negó con la cabeza**-. No, no, aquel estaba desactivado-,** me recordó.

-Así es-. Y si hubiera sabido entonces lo que sabía ahora, alegremente lo habría dejado pudrirse en aquel lugar. Miré hacia la puerta, mientras otra figura imponente la atravesaba al tiempo que nos dedicaba un gesto de saludo**-. Apotecario Sholer. Es un placer verlo.**

-Imagino que sí-, dijo Sholer-. **Un teletransporte sin la adecuada protección puede tener efectos realmente desagradables en la biología de un ser humano.**

-No se lo voy a discutir-, afirme estando totalmente de acuerdo**-. Pero, considerando todas las opciones, no me cabe duda que tal riesgo fue decididamente la mejor de las alternativas posibles.**

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Pasé la mayor parte de la semana siguiente bajo los atentos cuidados de Sholer, recuperándome de los efectos de haber sido brutalmente arrastrado a través de la misma frontera de disformidad **(1)**, sintiéndome vagamente resentido por estar sufriendo la peor resaca de mi vida sin haber podido disfrutar de la diversión que debería haberla precedido. Para mi sorpresa, Jurgen parecía haber pasado por la experiencia sin apenas problemas, recuperándose en poco más de un día **(2)**, y como siempre, se ocupó de ahuyentar a los visitantes inoportunos y de resolver las trivialidades administrativas para las que yo me sentía demasiado aturdido. Por supuesto, algunos trámites no pude esquivarlos, como por ejemplo informar a Gries, así que ocupé mi tiempo entre el sueño y los ataques de náuseas que fueron gradualmente disminuyendo, con la redacción de un informe tan completo como me fue posible, narrando nuestras andanzas a bordo del *Engendro de Condenación*, y las desagradables sorpresas que allí había encontrado.

(1) *En realidad el mecanismo de teleportación es un poco más complejo que eso, pues involucra la conexión de dos esferas físicas discretas a través de las cuales se proyecta un extremadamente preciso campo Geller, pero para nuestros propósitos, la breve descripción que hace Caín sirve más que de sobra.*

(2) *Posiblemente porque su particular don le proporcionó cierta protección contra los peores efectos de su exposición a la disformidad, aunque para aquel entonces Caín no tenía manera de descubrirlo.*

Sintiendo que debía demostrar que me tomaba en serio mi posición de oficial de enlace de la Guardia Imperial, conseguí que Jurgen enviara copias de mis aventuras así como excusas a Torven, quien a su vez se las transmitió a

Duque y Kregeen, y los tres pasaron esa información a sus respectivos mandos; el inevitable resultado fue que los rumores y las exageraciones pronto empezaron a superar los hechos reales que yo había descrito, así que para cuando me sentí capaz de levantarme de nuevo, prácticamente todo el mundo en el sistema estaba convencido de que yo en persona había repelido una invasión de pieles verdes, y un enjambre de genestealers, prácticamente sin ayuda.

-No es de extrañar que el gobernador quiera verte-, me comentó Drumon en su última visita a mis aposentos a bordo del *Revenant*. Ahora que la crisis inmediata había pasado y me encontraba mucho más cercano a mi ser normal, no perdí tiempo en organizar mi traslado a la guarnición de la Guardia Imperial en Serendipita. Por el momento ya había tenido más que suficiente de naves espaciales, y sólo quería estar en un lugar alejado de corredores metálicos y de sombras que pudieran esconder a uno o dos genestealer. Es cierto que tendría que ser un genestealer muy insensato para intentar abordar un crucero de ataque Astartes, pero cada vez que miraba por una escotilla, la ominosa masa del pecio espacial se cernía sobre nosotros, y cuanto más lejos pudiera estar de él, mejor para mí**-. Parece que actualmente eres el único hombre del sistema que recibe más honores que él.**

-Mientras no quiera retarme a duelo-, bromeé, sorprendido y un poco conmovido de que se hubiera molestado en venir a despedirme.

Drumon sonrió débilmente**-. No hay que temer eso-,** dijo**-. Por la forma en que los lugareños hablan de ti, creo que aun cuando tuviera algún motivo de queja,**

el gobernador preferiría enfrentarse antes al hermano-capitán.

Jurgen se puso detrás de nosotros, cargando mi mochila junto con la suya, mientras nos dirigíamos por los pasillos hacia el hangar donde nos esperaba nuestra lanzadera. Como correspondía a la impresión de modestia que me esforzaba por cultivar, había pedido que un Aquila de la Guardia Imperial nos recogiera a mi ayudante y a mí, en lugar de hacer que los Recobradores se vieran obligados a enviar una Thunderhawk, lo que significaba que podría dormir en paz, o ponerme al día con mis lecturas pendientes, sin tener que ponerme los incomodos auriculares de protección. Como le había ahorrado la molestia de defenderse de una invasión de pieles verdes y de la infiltración simultánea de voraces genestealers en el sistema, Torven había estado más que feliz de satisfacer mi capricho, y tengo que admitir que sentí una cálida alegría al ver la pequeña y robusta utilitaria nave encajada entre las Thunderhawks como un polluelo entre aves rapaces adultas.

Sin embargo, al principio apenas me fijé en ella, ya que estaba demasiado asombrado por la visión de una guardia de honor de Recobradores, con sus armaduras recién pulidas y resplandecientes a la luz de los focos del techo, alineados entre la puerta y la rampa de embarque ya bajada del Aquila. El propio Gries estaba a la cabeza, y se adelantó cuando Drumon y yo nos acercamos a su posición.

-Comisario. Apreciamos enormemente el servicio que nos ha prestado-, dijo, inclinando la cabeza para mirarme. De alguna manera, parecía tener la impresión de que yo había mantenido ocupados a los genestealers a propósito, ganando tiempo para que el grupo de abordaje se abriera

paso hasta la Thunderhawk con los datos que Yaffel había conseguido rescatar del núcleo del cogitador del crucero clase *Redentor*, y sinceramente, no me habría sentido cómodo desmintiendo tal idea.

-El honor ha sido mío-, le contesté, con toda sinceridad**-. ¿Es la situación a bordo del pecio lo suficientemente estable como para reanudar las operaciones de salvamento?**

-Aun no-. Sacudió la cabeza con pesar**-. Pero el conflicto entre los orkos y los genestealers está disminuyendo lentamente, junto con su número. Cuando lleguen los refuerzos, deberíamos ser capaces, cuando menos, de limpiar las zonas clave.**

-Estoy seguro de que los magos estarán encantados de oírlo-, dije**-. Como lo estará el gobernador, cuando le informe al respecto.**

No me importa admitir que sentí un parpadeo de congoja mientras Jurgen y yo subíamos la rampa de embarque. Aunque sabía que Mira había dejado el *Revenant* a bordo del transbordador del gobernador, junto con los parásitos que había estado pastoreando, una parte de mí seguía esperando que apareciera en el último momento, como ya había hecho anteriormente, dispuesta a perturbar de nuevo mi tan duramente conquistado equilibrio. Gracias al Emperador, esa vez no pudo hacerlo, y tomé asiento con un leve suspiro de alivio, atreviéndome por fin a esperar haberme encontrado con ella por última vez, y preguntándome por qué ese pensamiento vino acompañado de una leve punzada de arrepentimiento. A pesar de todo, el

tiempo que había disfrutado de su compañía no había sido ni mucho menos aburrido, y sin duda tenía que reconocerle ese hecho.

Por otro lado, no sentí esa ambivalencia al ver por última vez al *Engendro de Condenación*, y me despedí de aquella maldita nave mientras su tamaño se iba reduciendo gradualmente a una mancha y finalmente se desvanecía por completo en medio de las estrellas.



Mi primera visión de Serendipita fue tan espectacular como me habían hecho esperar, un exuberante globo azul verdoso silueteado contra los moteados tonos ocres del gigante gaseoso alrededor del cual orbitaba, mientras el sistema de anillos trazaba un brillante camino de diamantes bajo la quilla del Aquila. No sabría decir cuánto tiempo me quedé disfrutando de la visión a través de la portilla de observación, mientras el mundo crecía lo suficiente como para eclipsar a su primario y acabar ocultándolo por completo, creciendo gradualmente hasta llenar mi campo de visión. Al final, todo lo que pude ver fue la curva del horizonte y la expansión de un continente que invadía un océano cubierto de nubes; luego, la tierra se expandió hasta abarcar toda la portilla, y su superficie moteada se convirtió poco a poco en bosques, llanuras e indicios de vida. Los pueblos y las ciudades se hicieron visibles, aparecieron carreteras que los unían, y los contornos regulares de los límites de los campos empezaron a diferenciar lo que, desde arriba, no parecían más que manchas de follaje.

-Debe ser aquello-, dijo Jurgen, señalando una extensión de parque en la distancia, cuyo paisaje artísticamente natural delataba la mano de la intervención humana. Al poco tiempo, la aparición de un palacio, situado a orillas de un lago que podría haber sido natural antes de que alguien decidiera modificar un poco sus orillas, le dio la razón. Era bajo y bien proporcionado, como los edificios de ese tipo, y estaba construido con una piedra local de un tono ligeramente rosado, que reflejaba los colores del gigante gaseoso alrededor del cual orbitaba el planeta. El piloto nos llevó a una plataforma de aterrizaje delimitada con el mismo material, mientras que la plataforma estaba construida con el mucho más vulgar rococemento, que por otro lado era el material adecuado para soportar el peso de una lanzadera, y que a su vez estaba rodeada de parterres con alguna variedad de flora local.

-Y ése debe de ser el gobernador-, coincidí, cuando la rampa de embarque descendió y un tipo de aspecto distinguido, ataviado con una lujosa túnica de gala y con la barba rizada hasta la cintura, adornada con un lazo de seda amarilla, se adelantó para recibirnos. El estilo aquí era evidentemente informal. Si tenía tropas domésticas o guardaespaldas con él, estaban escondidos en algún lugar discreto fuera de la vista.

-¿El comisario Caín?-, preguntó, como si hubiera alguna duda sobre mi identidad, y yo asentí una vez, en señal de reconocimiento.

-Gobernador Metrelle. Mis felicitaciones por su jardín, un verdadero bálsamo para el espíritu

después de tanto tiempo en el espacio.

El hombre sonrió débilmente**-. Soy el mayordomo del gobernador, comisario. Su Excelencia le espera en el jardín de té. Si me hace el favor de acompañarme-.** Se dio la vuelta y comenzó a guiarnos por un césped perfectamente recortado hacia un arco topiario en un seto a la altura de la cabeza.

-Si yo caminara de esa forma-, murmuró Jurgen, con una voz que esperaba que apenas fuera inaudible**-, acabaría cantando como un soprano.**

Nuestro guía se detuvo junto a una abertura en el follaje y nos indicó que pasáramos**-. Su Excelencia, le presento al Comisario Caín y….-,** su mirada se posó en Jurgen por un momento, mientras su ceño se fruncía por el esfuerzo de intentar formular una descripción adecuada**-, otra persona.**

-Mi ayudante, el artillero Jurgen-, dije a mi vez, atravesando la arcada. Más allá había un agradable jardín formal, salpicado de cómodas sillas y pequeñas mesas, en la mayor de las cuales se sentaba un hombre de aspecto joven y complexión atlética, con una barbilla que podría haber servido para cincelar granito. Se puso de pie, sonriendo, y me estrechó firmemente la mano.

-Por supuesto. Su indispensable e inseparable mano derecha-. Ante el asombro de ambos, estrechó también la mano de Jurgen, aunque luego se limpió a escondidas la mano en la pernera de su impecable pantalón blanco

mientras volvía a su silla**-. He oído hablar mucho de ustedes.**

-Y estoy seguro de que son todo exageraciones-, dije, retomando fácilmente el papel de modesto héroe. Me percaté de que había cuatro cubiertos en la mesa, aunque no parecía haber allí más invitados.

Una cálida voz de contralto añadió: **-En absoluto-,** y mi columna vertebral se convirtió en hielo. Habría reconocido aquella voz en cualquier sitio, incluso antes de que Jurgen saludará alegremente**-. Buenas tardes, señorita-**, y me giré para ver a Mira sonriéndome a través del arco del seto.

Me gusta pensar que me recuperé rápidamente, respondiendo con una inclinación formal de la cabeza, al tiempo que devolvía una sonrisa, lo menos comprometedora posible. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo allí, y pensé que era mejor esperar hasta ver cómo estaba el agua.

Metrelle también le sonrió, con la simpleza de un hombre enamorado de un miembro del sexo opuesto y que no sabe qué hacer al respecto**-. Mi prometida es una gran admiradora suya, comisario. Parece que le ha causado usted una gran impresión mientras viajaban juntos.**

-Agradezco mucho escuchar eso-, respondí automáticamente, antes de que se asimilara todo el significado de sus palabras, y enarqué una ceja hacia Mira**-. ¿Prometido?**

-Desde anoche-. Ella sonrió al gobernador de una manera que yo recordaba demasiado bien. Luego se dirigió a mi ayudante**-. Jurgen, ¿te importaría hacerme un favor? He conseguido un poco de esa bebida valhallana que tanto os gusta, pero nuestro personal de cocina está un poco inseguro del método correcto de preparar la infusión.**

-¿Has conseguiste un poco de tanna?-, pregunté genuinamente sorprendido, ya que la riqueza y la influencia del gobernador comenzaban a hacerse evidentes para mí. Me había costado un enorme esfuerzo conseguir hacerme con un pequeño suministro personal de aquella mezcla, y eso con el acceso que mi posición me otorgaba a los vastos recursos del Munitorum. Sólo el Emperador sabía cómo se las había arreglado Metrelle para conseguirla, contando apenas con sólo unos días de antelación, o cuánto le habría costado.

Asintió con la cabeza**-. Mira me aseguró que lo agradecerían-,** dijo.

-Si sus sirvientes no la estropean-, masculló Jurgen, ajeno como siempre a las sutilezas del protocolo civil, pero nuestros anfitriones no parecieron tomárselo a mal. Después de todo, Mira estaba acostumbrada a él, y yo estaba bastante seguro de que Metrelle aceptaría lo que a ella le pareciera conveniente**-. Si no les importa, creo que será mejor que vaya a enseñarles cómo se hace.**

-Muchas gracias-, le dijo Mira, y volvió a sonreír al gobernador, de una forma tan empalagosa como un helado

en medio de una ola de calor**-. ¿Querido, te importaría indicarle la dirección correcta?**

-Por supuesto-. Metrelle se levantó de la silla del jardín y condujo a Jurgen a través del arco. Su voz se fue apagando en la distancia**-. Justo aquí abajo, pasando el estanque de los sapos y cruzando el patio...**

-Sé lo que vas a decir-, me espetó Mira en cuanto estuvimos a solas, mientras su sonrisa desaparecía y me observaba con los ojos entrecerrados**-, pero ¿qué esperabas? Te fuiste a ese mausoleo a la deriva y dejaste que todos pensaran que estabas muerto.**

-¿Y por qué molestarse en luchar por un trono en casa cuando aquí ya hay uno aquí al que puedes acceder con una sonrisa y un breve compromiso?-, añadí sonriendo.

-Precisamente-. Mira asintió, con un aspecto más aristocrático que nunca, aunque siguiera saliéndose del vestido como una golfilla desesperada por encajar**-. Viridia va a ser un completo desastre durante años después de todos los combates, y este mundo es mucho más cómodo. Además, Metty es muy dulce. Podría haberme ido mucho peor.**

Sonreí, sintiendo una oleada de alivio tan fuerte que realmente me dejó sin aliento.

-Entonces solo me queda felicitarte-, agregué alegremente.

Mira me observó atentamente, buscando en mis palabras cualquier indicio de sarcasmo.

-Entiendo que no vas a montar una escena-, me contestó Mira, sonando vagamente decepcionada.

-No-, dije con seriedad, tratando de aparentar que contenía mis emociones y reprimiendo firmemente el impulso de empezar a dar saltos de alegría por todo el jardín-**. No te lo voy a estropear. Ha ganado el mejor, y acepto mi derrota.**

Su expresión se suavizó de nuevo, así que asumí que me había logrado salirme con la mía.

-Es muy amable de tu parte-, dijo, aunque ya debía conocerme mejor**-. Y hablando del padrino, tengo que pedirte un pequeño favor...**

-Por supuesto-, dije, distraído por los olores mezclados de Jurgen y el tanna recién hecho. El Gobernador y él estaban regresando, con una pequeña cola cometaria de criados, todos agradablemente cargados de bandejas. Definitivamente, las cosas estaban mejorando.

-¿Puedes encontrar alguna excusa para volver a Coronus antes de la boda?-, me preguntó Mira**-. No se puede decir que en estos días tu presencia pase**

desapercibida por aquí, y no quisiera verme eclipsada en mi gran día, lo comprendes, ¿verdad?

-Considéralo hecho-, acepté. En realidad, ya había tomado la decisión de marcharme en cuanto pudiera, pues la idea de vivir en un planeta bajo el caprichoso y regordete pulgar de Mira me resultaba demasiado incómoda siquiera de imaginar. Levanté la taza de té que Jurgen me había acercado para brindar por la feliz pareja**-. El Emperador protege.**

Bueno, sin duda hoy me había ayudado; y ya saben, es de bien nacido ser agradecido.

[Con esta nota inusualmente piadosa, llega a su fin este capítulo de los Archivo Caín].



